

MALAZ: EL IMPERIO



IAN C.
ESSLEMONT

LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS

Ambientada en el mundo de Malaz, co-creado junto a STEVEN

Lectulandia

La isla de Malaz y su ciudad dieron nombre al Imperio. Ahora solo es un tranquilo puerto. Pero esta noche algo cambiará. La ciudad se agita; sus ciudadanos atrancan puertas y evitan a los desconocidos. Porque va a producirse una convergencia: una Luna Sombría que amenaza a los malazanos con jaurías demoníacas y oscuras criaturas.

Dice la profecía que tal noche regresará el emperador Kellanved y muchos pretenden evitarlo. Las facciones que coexisten en el Imperio se disputan su trono, y la Luna Sombría emplaza a una presencia antigua que devastará la isla.

Kiska, una joven que ansía escapar, y Temple, un curtido veterano que huye de su pasado, intervendrán en un conflicto que decidirá el destino de Malaz y del mundo que la rodea.

Lectulandia

IAN C. ESSELMONT



LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS

Malaz: El Imperio 1

ePub r1.0
author 03.08.13

Título original: *Night of Knives*
Ian C. Esslemont, 2005
Traducción: Marta García Martínez
Ilustraciones: Neil Gower
Diseño de portada: Steve Stone

Editor digital: arthor
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

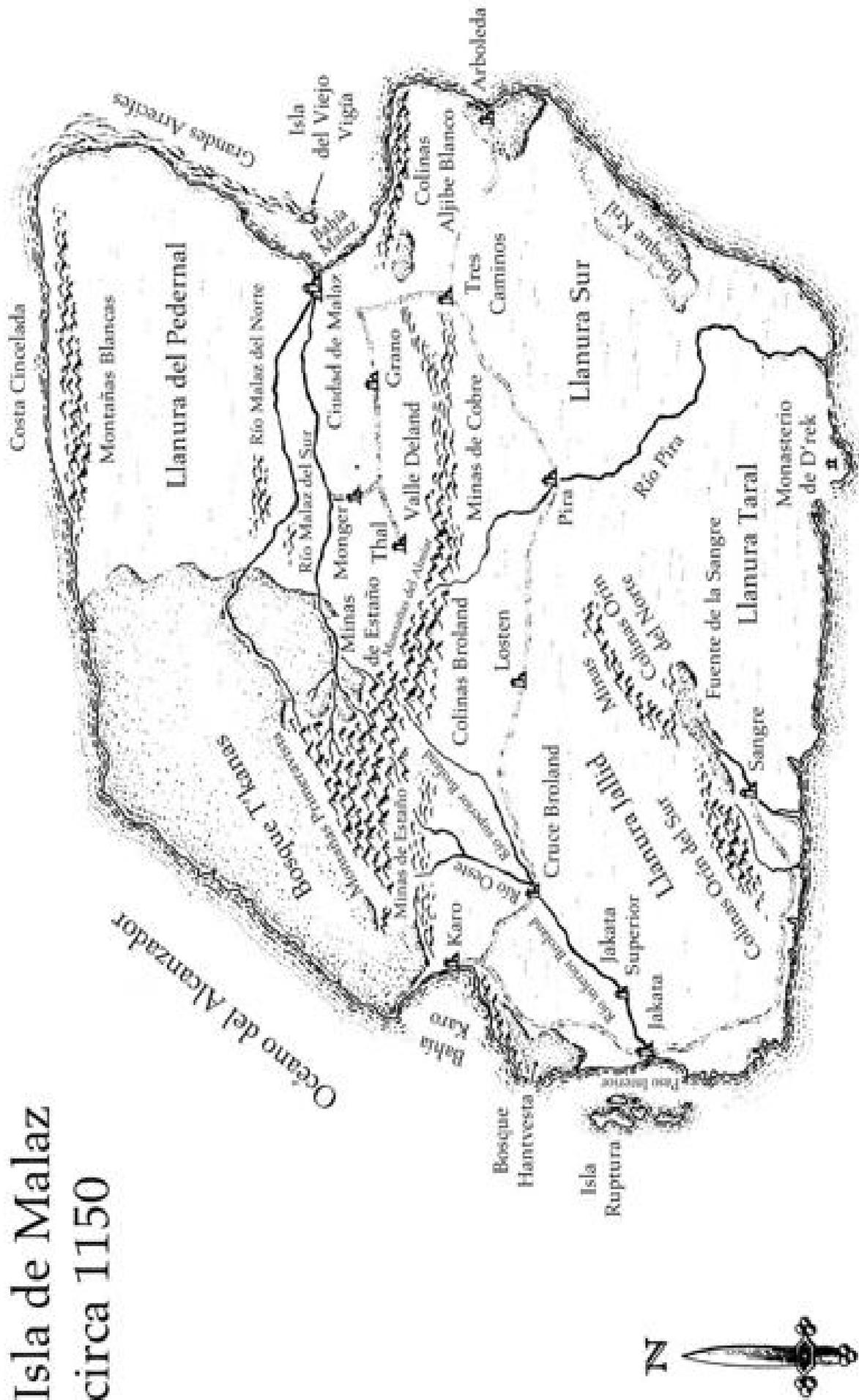
Ésta novela está dedicada a Steve, que dio realidad al mundo.

AGRADECIMIENTOS

El largo viaje de esta obra, desde su concepción hasta el momento en el que entró en la imprenta, ha contado con ayuda procedente de muchas direcciones inesperadas. Fue fruto de una colaboración de muchos años con Steven Erikson, una colaboración que sigue siendo generosa y satisfactoria en todos los sentidos, tanto en el plano creativo como en el de la amistad. A él debo dedicarle mi enorme gratitud por la asociación que compartimos para crear el mundo de Malaz. También me gustaría darle las gracias a Simon Taylor por su generosidad de espíritu, a William Thompson por su aliento y su habilidad como editor, a mi agente, John Jarrold, y a Gerri Brightwell por su apoyo perenne y sus perspicaces comentarios. Y, por último, tengo que dar las gracias de forma especial a Peter Crowther por arriesgarse con lo desconocido.

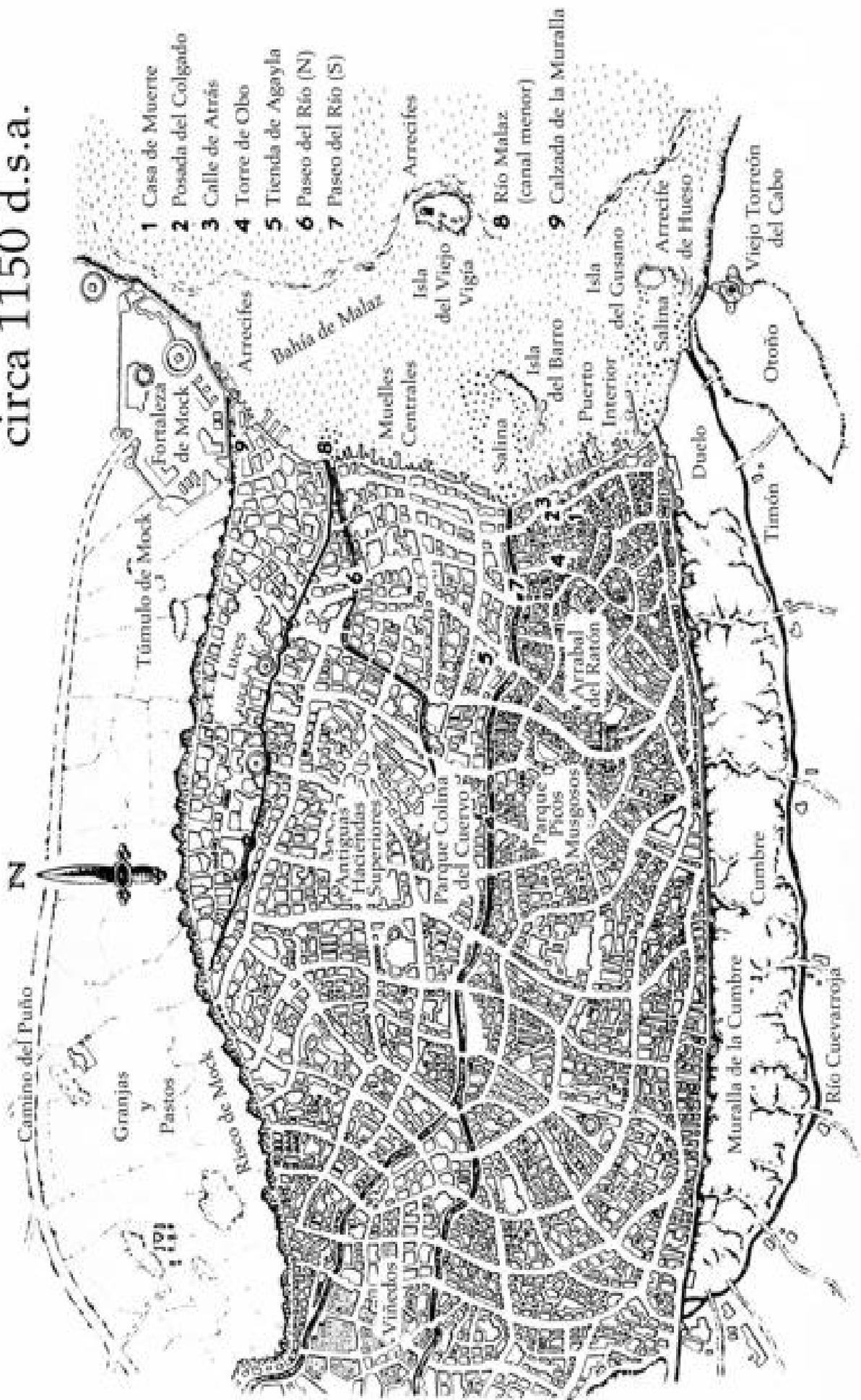
MAPAS

Isla de Malaz circa 1150



Estrecho de las Tormentas

Ciudad de Malaz circa 1150 d.s.a.



INTRODUCCIÓN



El mundo de Malaz nació en 1982 y a partir de ese momento, su historia fue tomando forma poco a poco: durante las excavaciones arqueológicas de verano y los inviernos pasados en Victoria (Columbia Británica), mientras estudiábamos Escritura Creativa, en Winnipeg y en Saltspring Island, allá donde Ian (Cam) Esslemont y yo nos cruzáramos durante el tiempo que fuera. Escribimos de manera conjunta los guiones de varios largometrajes y ya entonces quedó claro que ambas creatividades eran complementarias; en los descansos que nos tomábamos de la escritura, jugábamos con el mundo de Malaz.

Cuando nos planteamos por primera vez la idea de escribir obras de ficción ambientadas en ese mundo, nos pareció obvio que tendríamos que repartirnos la inmensa historia que habíamos elaborado a lo largo de los años. Y eso hicimos. Desde la publicación de *Los jardines de la Luna*, he escuchado y leído las preguntas de los admiradores que querían saber más del antiguo Imperio, el Imperio del emperador Kellanved y su cohorte, Danzante. Y una y otra vez me preguntaban lo mismo: ¿Vas a escribir sobre esos primeros tiempos de la historia del Imperio? O bien, ¿vas a escribir algo sobre la Guardia Carmesí? Y siempre he sido firme en mi respuesta: No. La razón es obvia.

Es un mundo imaginario inmenso, demasiado grande como para que un solo escritor pueda describirlo aunque le dedique toda su vida. Pero dos escritores... bueno, eso es otra cosa. La dedicatoria de *Los jardines de la Luna* era para Ian C. Esslemont. «Mundos que conquistar, mundos que compartir.» Creo que no podría haber dejado mi deseo, ni mi intención, más clara. Ciertamente, ha llevado cierto tiempo; ésta, la primera obra de Cam ambientada en Malaz ha tardado en llegar. Nuestros viajes vitales divergieron durante un largo periodo y otras exigencias tuvieron

ocupado a Cam: la familia, los estudios de posgrado y demás. Pero yo siempre tuve fe, siempre supe que no tardaríamos en disfrutar de una sorpresa y todo un regalo, y esta novela, *La noche de los cuchillos*, es el primer capítulo de este mundo compartido que los dos habíamos imaginado hace años.

La noche de los cuchillos no es una obra de ficción escrita para complacer a los admiradores de este mundo. Dimos forma al mundo de Malaz a través del diálogo; nuestro juego era como una novela y con temas que eran, con una frecuencia abrumadora, brutales y trágicos. Otras veces había comedia, por lo general muy graciosa. Nos batimos en duelo en el terreno de la moderación y el absurdo y nos empeñamos en confundir los tropos del género, de los que todos habían abusado. El espíritu de todo eso ha impregnado todas y cada una de las novelas que he ambientado en el mundo malazano. Y también impregna los escritos de Ian Esslemont sobre ese mismo mundo imaginario. Dicho eso, la novela que sostienes en las manos posee su propio estilo, su propia voz. La historia entera se desarrolla en el lapso de un solo día y una noche, y es exquisita. Los lectores de mi obra reconocerán el mundo, el ambiente, la oscuridad; verán a los personajes de *La noche de los cuchillos* como simples actores entretejidos en el mismo tapiz enmarañado, verán el relato como un trozo ensangrentado más de la historia imaginada. Y nos aguardan muchas cosas más.

Hasta este mismo día continuamos trabajando en la historia del mundo malazano, seguimos estudiando los detalles, confirmando la secuencia de acontecimientos, discutiendo los temas, el subtexto, y asegurándonos de la consistencia de los personajes que se repiten. Seguimos trabajando la línea del tiempo y los destinos de un sinnúmero de personajes, muchos de los cuales nadie más conoce todavía. Y discutimos los argumentos más tortuosos, y como bien saben los lectores de *Malaz: El libro de los caídos*, si algo abunda en este mundo, son los argumentos tortuosos.

Desde el principio de la serie sobre Malaz, yo escribía para un público de una sola persona: Cam. Y él me ha correspondido. Así pues, el diálogo continúa; solo que ahora hay otros, y también nos prestan sus oídos. Al fin pueden escuchar ambos extremos de la conversación.

Esperamos que resulte entretenida.

Steven Erikson
Winnipeg, Canadá, 2004

DRAMATIS PERSONAE

LOS MALAZANOS

Emperador Kellanved, gobernador ausente del Imperio de Malaz

Danzante, señor de asesinos y guardaespaldas de Kellanved

Torva, señora del cuerpo imperial de asesinos, la Garra

Tayschrenn, mago supremo imperial

Temple, soldado malazano

Corinn, maga, miembro de la brigada de los Abrasapuentes

Ceniza, exoficial de la brigada de los Abrasapuentes

Sello, antiguo sanador del ejército malazano

Dassem Ultor, paladín y primera espada del Imperio

Caza, oficial de la guarnición de la fortaleza de Mock

Hattar, guardaespaldas de Tayschrenn

Virola, miembro de la Espada, la guardia personal de Dassem

Zarigüeya, asesino imperial, una garra

HABITANTES DE LA ISLA MALAZ

Gallera, propietario de la posada del Colgado

Anji, criada de la posada del Colgado

Kiska, una joven que aspira a servir al Imperio

Lubben, guardián de las puertas de la fortaleza de Mock

Pescador, mago de la isla de Malaz

Agayla, comerciante de especias y maga de la isla de Malaz

Treneh, cliente habitual de la posada del Colgado

Faro Balkat, cliente habitual de la posada del Colgado

Obo, mago de la isla de Malaz

OTROS

Caminante del Filo, anciano habitante del reino de Sombra

Jhedel, prisionero del reino de Sombra

Oleg Vikat, estudioso de las sendas

Surgen Ress, último paladín de la ciudad sagrada

Pralt, líder del culto de Sombra

Jhenna, guardiana jaghut de la Casa de Muerte

PRÓLOGO



Mar de las Tormentas, sur de la isla de Malaz

Estación de Osserc

Año 1154 del Sueño de Ascu

Año 96 del Imperio de Malaz

Último año del reinado del emperador Kellanved

El corsario de dos palos Sueño de Rheni había puesto rumbo nordeste a toda vela, velas forzadas contra el viento. El capitán Murl se aferraba a la barandilla de popa y observaba la tormenta que se cernía sobre su barco. Puesto al límite, el casco gemía de forma ominosa y las cuerdas entonaban las notas más altas que Murl había oído jamás.

La tormenta se había hinchado como un muro de noche por el sur, un frente sólido de nubes negras que ondeaban sobre las olas azotadas por el viento. Pero no era la tormenta lo que preocupaba al capitán Murl, por muy antinatural que fuese su origen; el Sueño de Rheni había surcado los mares más peligrosos conocidos por los timoneles jakatanos, desde el septentrional mar de Kalt hasta los azotadores vientos alisios del Límite, al sur del Stratem. No, lo que hundía dedos de pavor en su corazón eran los destellos de color azul que centelleaban como esquirlas de hielo entre las olas en la base del aquel revuelto frente de nubes. Nadie hablaba jamás de haberlos visto tan de cerca. Nadie que hubiera vuelto.

«Jinetes», los llamaban Murl y los demás timoneles. Demonios del mar y jinetes de la tormenta, para otros. Seres de mar y hielo que se habían apropiado de aquel estrecho paso y no toleraban incursiones de nadie. Solo sus ancestros jakatanos

conocían cuáles eran las ofrendas apropiadas para sobornarlos y conseguir una travesía rápida al sur de la isla de Malaz. ¿Por qué entonces los perseguían los jinetes? ¿Qué podía tentarlos para llevarlos tan al norte?

Murl le dio la espalda al viento que lo castigaba. Su primo, Tuerto, luchaba por controlar el rumbo con las piernas muy abiertas y los brazos temblando sobre la amplia rueda del timón. Cuando el barco se inclinó hacia delante al meterse en el seno de una ola, Murl se sujetó con más fuerza para protegerse de la caída y del atronador impacto.

—¿Acaso nos olvidamos de alguna de las ofrendas? —gritó por encima del rugido del viento.

Sin apartar la mirada de la proa, Tuerto negó con la cabeza.

—De ninguna —exclamó—. Hemos probado con todas. —Miró, furioso, por encima del hombro y clavó en su primo un ojo azul pálido—. Todas salvo la última.

Murl se estremeció. Se fue acercando al centro del barco pasando las manos por las cuerdas de guía. La cubierta ya era terreno traicionero, lacada como estaba por una capa de hielo. La escarcha arrastrada por el viento, afilada como agujas, le ensangrentaba el cuello y las manos. *Todas salvo la última*. Pero ese era un rito que él jamás llevaría a cabo. ¡Por el frío abrazo de Chem, cada alma que viajaba a bordo del Rheni era pariente suyo! Murl recordó la única vez que había presenciado ese rito: la cabeza morena del pobre muchacho se mecía sobre las olas, los brazos pálidos se aferraban con desesperación al agua. Tuvo un escalofrío, a causa del aire gélido y de algo peor. No, eso él no tenía valor para hacerlo.

Murl se agachó junto a una figura delgada atada al mástil principal, derrumbada como si estuviera dormida. Estiró una mano entumecida por la fría espuma salada y acarició una mejilla pálida. *Ah, Rheni querida, lo siento tanto. Fue demasiado para ti. ¿Quién podría esperar ser capaz de calmar una tormenta como ésta?*

El hielo crujió junto a Murl cuando su primer oficial, Hoggen, chocó contra el mástil y después lo rodeó con un brazo.

—¿Quieres que saque las armas?

Murl contuvo una carcajada maníaca. Escudriñó con atención a Hoggen para ver si el hombre hablaba en serio. Por desgracia, eso parecía. La escarcha le cubría de un blanco brillante la barba y tenía la mirada apagada. Era como si el tipo ya estuviera muerto. Murl gimió para sí.

—Adelante, si no queda más remedio. —Después entornó los ojos y miró la cima del mástil. Vio una forma sentada a horcajadas del travesaño, entre el mástil y el madero. Algo destelló sobre los pantalones, la camisa y los brazos, una capa de hielo que lo iba a sepultar—. Y dile al joven Topo que se baje de ahí.

—El muchacho no responde. Creo que el frío ha acabado con él.

Murl cerró los ojos contra la espuma del mar y abrazó el mástil.

—Estamos frenando —comentó Hoggen con tono inexpresivo.

Murl apenas lo oyó con aquel viento. Podía sentir la ropa empapada consumiéndole todo el calor vital. Se echó a temblar de forma incontrollable.

—Hielo en las velas. No tardarán en rasgarse.

—Hay que batirlas. Derribarlo todo.

—Prueba todo lo que te plazca.

Con una tos seca, Hoggen se afanó por alejarse del mástil. Murl no se soltó. No le parecía mal, decidió, que su fin llegara allí, con Rheni, en el barco que había bautizado en su honor. Bueno, prácticamente estaba rodeado de toda su familia, hasta el leal y aplicado Hoggen eran pariente político suyo. Murl bajó la mirada. Cómo anhelaba acariciar aquel cabello largo y negro que temblaba y tintineaba como un puñado de carámbanos.

—¡Jinete a babor! —gritó alguien. Aturdido, a Murl le sorprendió que algún tripulante continuase lo bastante consciente como para dar la alarma. Giró la cabeza y guiñó los ojos entre la espuma que lo salpicaba todo muy por encima de las regalas.

Pasaban cabalgando sobre olas de una altura que duplicaba la de los mástiles, olas que chorreaban hielo y escarcha. Y entonces Murl lo vio, una deslumbrante figura de color zafiro que surcaba la superficie: con casco, armadura y una lanza alta de hielo dentado apoyada en la cadera. Su montura parecía mitad bestia, mitad ola agitada. Murl tuvo la sensación que le dirigía una mirada oscura e inescrutable tras un barbote de hojuelas congeladas. Y luego, con la misma rapidez, el jinete se hundió en el agua y regresó al mar picado. A Murl le recordó a unas ballenas gamen azules que saltaran ante la proa. Otro rompió la superficie un poco más allá. Y después otro más. Surcaban las olas a la altura del Sueño de Rheni pero no parecían ser conscientes de su presencia. ¿Eran hombres o la antigua raza jaghut, como algunos afirmaban? Murl los observó con una extraña sensación de indiferencia, como si le estuviera pasando a otra persona.

Un tripulante, Larl, se apoyó en la barandilla y levantó una ballesta para apuntar al jinete más cercano. El cuadrillo disparado se perdió en el aire. Murl sacudió la cabeza. ¿Qué sentido tenía? Ya estaban todos muertos. No podían hacer nada. Entonces recordó el escorpión persigüepopas, se apartó del mástil de un tirón y se lanzó hacia popa. Tuerto continuaba al timón, rígido, con los brazos muy abiertos y la mirada fija. Murl rodeó con un brazo entumecido el arma que se sostenía sobre el pedestal y agarró la manivela. El hierro le mordió la carne como si estuviera al rojo vivo y le arrancó trozos de piel de la palma de la mano cuando luchó con el mecanismo.

—¿Qué quieren? —le gritó Murl a Tuerto. Las lágrimas se le congelaban en los ojos y lo cegaban. El escorpión no cedía. Dio un tirón para apartar la mano del hierro candente. La sangre se congeló como jirones de tela roja. Tuerto no respondió. Ni

siquiera se volvió. Murl se arrojó sobre el timón y metió un brazo entre los radios.

Tuerto jamás volvería a responder. De pie, rígido ante el timón del Sueño de Rheni, el timonel continuaba con la vista clavada en la noche que caía, el único ojo que le quedaba blanco de escarcha. La camisa y los pantalones traqueteaban al viento, congelados y duros como láminas de madera.

Horrorizado, Murl se lo quedó mirando, y en los ojos indiferentes de Tuerto, ojos que contemplaban distancias ignotas, encontró la respuesta. A los jinetes, ellos no les importaban nada. Estaban allí por otra razón, para responder a una llamada no humana, para continuar hacia el norte entre la tormenta, un ejército invasor que arrojaba todo su poder contra lo único que los había confinado durante tanto tiempo en aquel estrecho paso: la isla de Malaz.

El barco gimió como una bestia torturada. La proa subió y bajó en el agua, cargada de hielo y medio sumergida bajo una ola. El golpe arrancó las manos de Murl del timón. Cuando la espuma se aclaró, Tuerto era el único que quedaba para pilotar aquella tumba congelada rumbo al norte. Las velas cayeron, rígidas, y se hicieron pedazos contra la cubierta. El hielo cubrió mástiles y suelos, y ciñó el barco como un corazón oscuro en el interior de un risco congelado que continuaba precipitándose entre los gemidos y el oleaje.

Con todo, la tormenta continuaba su rumbo al norte como una marea que abarcara todo el horizonte. De su negrura emergió una flotilla de montañas de color esmeralda en las que se habían grabado profundas grietas, la nieve de sus cimas resplandecía bajo las últimas luces.

Como imparables máquinas de asedio construidas para humillar continentes enteros, se lanzaban hacia delante. A sus flancos, los jinetes se abalanzaban con las lanzas levantadas y apuntando al norte.

UNA SENDA DENTRO DE SOMBRA



Un viento débil gemía sobre una llanura inmensa de arenas compactas sembrada de rocas volcánicas negras donde bailaban y vagaban remolinos de polvo. Éstos levantaban penachos de color ocre, que se desvanecían sin dejar rastro solo para cobrar, de repente, forma con un torbellino en otra parte. Cruzaba la llanura, cuyas direcciones se extendían todas hacia un horizonte anodino, idéntico, monótono, una figura que arrastraba la cojera lenta de un tullido.

Como un seguidor juguetero, un torbellino se abalanzaba sobre la figura y la envolvía en una lámina tortuosa de polvo pardo que se arremolinaba a su alrededor. La figura continuaba caminando sin inmutarse, sin levantar la mano ni girar la cabeza. El derviche de polvo volvía a girar y se alejaba deslizándose por una ruta en espiral sin rumbo fijo. La figura avanzaba en línea recta, la torcida pierna derecha abría un surco en la arena con cada paso que daba.

La figura vestía los restos harapientos de lo que en otro tiempo podría haber sido una tela gruesa sobre una armadura de cuero y escamas. Los brazos desnudos colgaban desecados y curtidos, convertidos en poco más que huesos tapados con cuero. Bajo un yelmo de bronce cubierto de verdete, el rostro desvelaba solo pozos vacíos, la nariz una caverna abierta, los labios secos y retraídos dejaban al aire unos dientes cariados. Una espada oxidada le colgaba a la espalda.

A lo lejos apareció una mancha oscura, pero la figura continuó su laboriosa marcha, avanzando bajo un cielo que permanecía apagado y aplastado por la calima, donde siluetas que semejaban pájaros barrían el cielo antes de perderse en las nubes. Solo una vez se detuvo aquel personaje. Miró a un lado y se irguió un momento, inmóvil. Muy lejos, el horizonte se había alterado. Una luz pálida y plateada brillaba sobre el azul más oscuro, como el espejismo de unas montañas lejanas. Se la quedó

mirando y después continuó.

La mancha distante se convirtió en un montículo y el montículo en un menhir. El caballero fue cojeando sin desviarse hasta los pies de una hoja de granito que le doblaba la altura antes de detenerse. Esperó y miró el menhir mientras los remolinos de polvo cruzaban de un lado a otro la llanura. Unas estrías verticales abrían la piedra como las marcas de las garras de una bestia feroz. Unos símbolos plateados, finos como cabellos, dibujaban una espiral que bajaba y rodeaba la herida de la piedra. La figura se arrodilló con gesto rígido y la estudió más de cerca, no los glifos sino la hechura de color marrón y caoba que había encorvada en la base del menhir.

La joroba cambió de postura y levantó una cabeza de escamas quitinosas carente de cabello. Unos ojos almendrados de oro ardiente se encendieron y cobraron vida. Un pecho ancho de placas angulares se hinchó con un aliento nuevo.

—Todavía con nosotros, después de todo, Jhedel —comentó la figura agachada. Su voz era el aliento seco de la tumba. Se irguió.

—Yo también me alegro de verte, Caminante del Filo.

Caminante del Filo se volvió a medias y examinó la llanura a través de unas cuencas vacías que clavaron la mirada en aquella magulladura plateada y azul.

Jhedel giró la cabeza y gimió. Estiró una pierna de placas blindadas y letales espolones astados, después flexionó los anchos hombros. Tensó el cuerpo y se dispuso a levantarse de un tirón, pero fracasó. Los brazos le desaparecieron tras la espalda, hundidos hasta las muñecas en el granito desnudo del menhir.

—¿Qué te trae por aquí?

Caminante del Filo se giró otra vez.

—¿Ha pasado algo por aquí, Jhedel? Los colmillos amarillos de Jhedel destellaron con lo que quizá fuera una muestra de humor tranquilo.

—El viento. El polvo. El tiempo.

—Lo pregunto porque se acerca algo. Lo percibo. ¿Has...?

Los ojos ambarinos se entrecerraron.

—Sabes que este pequeño círculo es todo mi mundo ahora. ¿Has venido a mofarte?

—Sabes que yo estoy constreñido por límites igual de opresivos.

Jhedel miró a Caminante del Filo de arriba abajo.

—No desde donde yo estoy sentado. Pobre Caminante del Filo. Lamenta su esclavitud. Sin embargo, aquí estabas ya mucho antes de que llegaran aquellos a los que asesiné para tomar el Trono. Y aquí continúas mucho después de la desaparición de aquellos que me confinaron a su vez, aquellos de los que ya nadie se acuerda. He oído cosas sobre ti... Rumores.

—El poder que percibo es nuevo —dijo Caminante del Filo, como si el otro no hubiera hablado.

—¿Algo nuevo?

—Es muy posible.

Jhedel frunció el ceño, como si no supiera muy bien qué pensar de lo nuevo.

—¿Ponen a prueba el reino?

—Sí. ¿A ti que te parece?

Jhedel levantó la cabeza y olisqueó el aire a través de una nariz con ventanas muy estrellas.

—Algo con un corazón de hielo y otra cosa... Algo astuto, oculto, como un reflejo borroso.

—Observa el Trono, creo.

Jhedel lanzó un bufido.

—No lo creo. No después de todo este tiempo.

—Se acerca una conjunción. Yo estoy aquí por la Casa. Es posible que se atente contra ella. Quién sabe, quizá terminen liberándote.

—¿Liberándome? —soltó de repente Jhedel—. Ya te enseñaré yo mi liberación. —Metió las piernas bajo las caderas y se estiró con un esfuerzo, las garras de los pies se hundieron en el polvo. Le temblaron los hombros. Las placas quitinosas de los brazos crujieron y se estremecieron.

Durante un tiempo no pareció pasar nada. Caminante del Filo lo observó en silencio. El polvo resbalaba por los lados labrados del menhir, que pareció vibrar. Un estallido de luz plateada sobre el monolito deslumbró a Caminante del Filo. Giró como un rayo por la espiral de glifos plateados, entre destellos, y fue cobrando velocidad y tamaño a medida que descendía, hasta que Caminante del Filo apartó la cara del fuego abrasador.

Jhedel lanzó una risa aguda y perturbada.

—Aquí viene —gritó por encima de la catarata rugiente de poder hinchado que se fundía sobre él.

La bola de poder se estrelló contra Jhedel, que lanzó un chillido. La tierra se combó. Caminante del Filo se vio lanzado al suelo. El polvo y la arena dibujaron un remolino perezoso bajo el viento suave. Cuando se despejó, Jhedel yacía inmóvil junto a la base del menhir. El humo se escapaba de las ranuras de los ojos y de la mandíbula inerte.

El rostro sin carne de Caminante del Filo continuó impasible. Guardó silencio un momento, después se incorporó un poco y se quedó agachado.

—¿Jhedel? ¿Me oyes? ¡Jhedel!

Jhedel gimió.

—¿Te acuerdas?

Tirada, la criatura asintió con aire pensativo.

—Sí. Ése es mi nombre. Jhedel. —Se encogió de hombros en el polvo.

—¿Recuerdas quién te confinó?

—Quienesquiera que fueran, hace ya mucho tiempo que han desaparecido.

—Yo los recuerdo. Eran...

—¡No me lo digas! —Jhedel se incorporó asestándose una patada—. Prefiero recordarlo yo. Me da algo que hacer. Espera... Recuerdo algo... —Apartó las piernas de Caminante del Filo con una sacudida y lanzó un siseo—: ¡Un rumor sobre ti!

Caminante del Filo dio unos pasos vacilantes para alejarse del menhir.

Tras un momento, Jhedel lo llamó.

—Vuelve. Por favor. Libérame. Está en tu poder hacerlo. ¡Lo sé!

Caminante del Filo no respondió. Solo siguió caminando.

—¡Libérame, maldito seas! ¡Tienes que liberarme!... ¡Maldito seas!

Jhedel dio unos tirones salvajes a los brazos. El polvo flotaba como un pañuelo alrededor del menhir. Entre el polvo, los glifos brillaban como la filigrana más delicada calentada al rojo vivo.

—¡Te destruiré! —bramó Jhedel—. ¡A ti y a todos los que han llegado después! ¡A todos!

Se retorció otra vez y chilló su rabia y su dolor. Cuando el suelo vibró, Caminante del Filo se tambaleó. Volvió la vista y miró el menhir. En la base, algo se agitaba y palpitaba entre una nube de tierra levantada a patadas. Un penacho de polvo se alzaba hacia el cielo.

Caminante del Filo continuó caminando. Era tarde y el tiempo y el baile celestial de los reinos no esperaba a nadie. Ni siquiera a entidades tan perturbadas y potentes como la que permanecía atrapada tras él. Cuando conversaban en momentos más lúcidos, era capaz de recordar su nombre completo: Jhe'Delekaaran, y que otrora había gobernado todo aquel reino como monarca. Señor feudal de los que'tezani, habitantes de las regiones más remotas de Sombra. Y por muy loco que estuviese, Jhedel tenía razón en una cosa: había pasado mucho tiempo desde que el Trono había estado ocupado por última vez. Con la llegada de cada conjunción, esa ausencia preocupaba a Caminante del Filo. Pero esa vez lo que más lo intrigaba era algo tan excepcional que casi no había llegado a reconocerlo... el potencial enroscado del cambio.

PORTENTOS Y LLEGADAS



En alta mar, entre las olas picadas del estrecho de los Vientos, las velas de un cúter mensajero hacían arder las aguas de un color carmín ensangrentado bajo las últimas luces del día. Temple apoyó la lanza en el muro de la almena de la fortaleza de Mock y se asomó por el borde del torreón de piedra. Allí abajo, a cien brazas de él, el acantilado se convertía en espuma y en un redoble de grandes olas. Echó un vistazo por encima del hombro y miró la pared abombada gris del torreón interior: las ventanas alargadas brillaban con una luz dorada. Unas sombras se movían por el interior.

Temple lanzó un murmullo al viento.

—Atrapado entre el Embozado y el maldito abismo.

¿Qué podía haber de interés para un oficial imperial (una mujer, un puño imperial), en aquel puesto olvidado de la mano de los dioses? Temple había estado a punto de saltar al primer barco que zarpaba de la isla cuando la había visto llegar tres días antes. Pero se las había arreglado para ahogar el impulso en la cerveza negra que servían en la posada del Colgado de Gallera. Nada de aquello, se había dicho una y otra vez, guardaba relación con él.

Se estiró e hizo una mueca de dolor. El sorprendente frío de la noche había revivido las punzadas de una antigua herida en la espalda: una cuchillada de una jabalina sufrida muchos años atrás. Un escaramuzador de Siete Ciudades había arruinado el mejor camisote que había poseído jamás, además de haber estado a punto de matarlo, maldito fuera. La herida nunca terminó de sanar bien. Quizá fuera hora de ir a ver otra vez a ese joven cirujano del ejército, Sello. Temple se rascó la

barbilla y se preguntó si no daría mal fario recordar aquel roce con la muerte cuando el sol comenzaba a esconderse. Le preguntaría a Corinn, si la veía.

Solo dos días antes se había plantado con otros cientos de personas en la muralla del puerto para asistir al desembarco de la oficial imperial. Las exclamaciones de sorpresa habían recorrido de un lado a otro las calles cuando las primeras luces habían revelado las velas de color negro azulado y el casco alquitranado, tan oscuro como ellas, de un buque de guerra malazano anclado en la bahía. Demasiado bien recordaban los hombres y las mujeres de la ciudad a sus últimos visitantes: elementos del Tercer Ejército, que llegaban al encuentro de nuevos reclutas para imponer el nuevo edicto de la regente imperial contra la magia. Los disturbios subsiguientes habían envuelto en llamas una cuarta parte de la ciudad.

La noticia del arribaje del barco había llevado a Temple a subir la estrecha escalera de Gallera. Había terminado de afeitarse, se había puesto la toalla al hombro y había bajado sin prisas hasta el paseo marítimo. Guiñó los ojos entre los almacenes para contemplar el puerto y la bahía. Anji, la criada y amante ocasional de Gallera, subía con paso forzado por el paseo con dos cubos de agua. La chica los dejó en los adoquines, se apartó el largo cabello castaño del acalorado rostro y miró hacia el puerto con el ceño fruncido.

—Dioses, ¿y ahora qué pasa?

Temple frunció el entrecejo.

—Un buque de guerra. Un navío de primera línea. Construido para enfrentarse a batallas navales, escoltar convoyes e imponer bloqueos. No es el habitual transporte de tropas ni una gabarra de mercaderes. —*Y, en el nombre de las tetas de Togg, ¿qué estará haciendo aquí?*

—Debe de ir de camino al sur, a Korel —dijo Anji. Se protegió los ojos con una mano y se volvió hacia él—. Ya sabes, la guerra y todo eso.

Temple carraspeó, consiguió soltar una buena flema y la escupió en la calle. Nadie daría la orden de que un buque de guerra bajara a Korel solo. Y, por lo que él había oído, bien sabía el Embozado que haría falta algo más que un barco de guerra para darle la vuelta a la tortilla en el sur.

Varios esquifes aparecieron meciéndose en el agua, procedentes de los embarcaderos. Largos golpes de remo los impulsaron hacia el enorme navío. Temple supuso que el comandante de la guarnición en persona, Pell, con rango honorario de subpuño, iría, mareado como un perro, en uno de ellos. Temple tomó una honda bocanada del fresco aire matinal.

—Creo que iré a echar un vistazo.

Anji volvió a apartarse el largo cabello de la cara.

—¿Para qué te molestas? Lo que con toda seguridad significa es que será más sangre nuestra la que se derrame. —La chica levantó los cubos a pulso—. Como si ya

no hubiéramos pagado bastante.

La vista desde el puerto no aclaró mucho más las cosas. En el distrito de los Mercaderes, Temple oyó entre susurros que el navío debía de traer a un nuevo comandante de la guarnición, o que estaban reactivando el papel de la fortaleza de Mock como base de mando de una nueva campaña contra Korel. Pero también oyó lo contrario: que el barco transportaba a un mando imperial de Korel, que llegaba en plena retirada. Un viejo pescador expresó otra opinión, quizá fuera el propio emperador, que había regresado. Hombres y mujeres levantaron las manos para hacer signos contra el mal y se apartaron del viejo. El pescador le guiñó un ojo a Temple.

Aparecieron cajas de mercancía en el costado del barco y la tripulación las fue bajando hasta los esquifes que se mecían a su alrededor como insectos acuáticos alrededor de una bestia marina que disfrutara del sol. El rumor de la retirada de Korel despertaba cierto interés. Las noticias que llegaban del sur eran que la resistencia local era feroz, que las bajas resultaban lo bastante numerosas como para hacerse merecedoras de un desmentido oficial y que casi no se había logrado ningún avance desde los desembarcos iniciales de hace media década.

En otras campañas, en continentes muy lejanos, Temple había viajado en barcos idénticos a aquél. Todos ostentaban el mismo emblema que se distinguía en aquellas velas: el cetro vertical con tres garras que sujetaban el orbe imperial. El veterano había presenciado asaltos a puertos durante los que esos orbes resplandecían como soles pálidos mientras reventaban murallas y espigones de defensa y solo quedaban escombros. Durante los combates en alta mar, los orbes hacían hervir las olas, los cascos estallaban en llamas y azotaban los demonios marinos invocados.

Quizá ese navío había regresado de un frente parecido. Según se decía, Korel estaba formada por una serie de archipiélagos que podían suponer el triunfo o el fracaso definitivo de las fuerzas navales de cualquier campaña. Eso explicaría su aparición en el puerto de Malaz.

El primero de los esquifes regresó al embarcadero militar que estaba bajo la fortaleza de Mock. Solo transportaba personal, figuras oscuras ataviadas con suntuosidad que desembarcaron en los muelles flotantes. Temple entrecerró los ojos cuando vio a los hombres y las mujeres, con las cabezas cubiertas por las capuchas, que iban desapareciendo en fila entre las murallas. No le gustaba nada la pinta que tenía aquello, no le gustaba en absoluto. Aquéllas figuras le resultaban demasiado conocidas, con sus botas y guantes de cuero oscuro. Con una sensación de náuseas en las tripas, Temple recordó otra guarnición en la que se podían encontrar navíos como aquél: Unta, la capital del Imperio, al otro lado del estrecho.

El pescador había levantado la barbilla y señalaba el embarcadero.

—¿Lo ves? Yo tenía razón. —Había lanzado una carcajada ronca y después había tosido, tapándose la boca con el puño.

Ésa noche, mientras temblaba bajo el aire frío y oscuro, Temple recordó que había contemplado el buque de guerra y había empezado a hacerse preguntas: ¿Estaban allí por él? ¿Lo habían rastreado a través de tres mil leguas? Pues en ese caso lo estaban haciendo a bombo y platillo. Y eso era, dadas las circunstancias, un descuido imperdonable.

Arriba, en las almenas, la campanada que ponía fin al día y al turno de Temple resonó con tono estridente y profundo en la Torre de Mock. Junto a Temple, sobre su pica, la Veleta de Mock, una veleta con forma de demonio, tembló con un tarareo, como si la hubiera sorprendido una galerna continua. Temple frunció el ceño y miró la vieja reliquia, los vientos eran tranquilos esa noche.

Unos momentos después oyó a su superior, el teniente Caza, que subía con estrépito los escalones de la almena. Temple suspiró al oír el ritmo pesado y medido. Uno de esos días alguien iba a tener que hacer un aparte con ese cachorrito para explicarle que ya no estaba desfilando por la plaza de armas. Con todo, cuando se está tan verde como un brote de primavera también se es muy puntual, *y una tarde tan larga termina secando la garganta de cualquiera.*

Caza se detuvo justo detrás de él. Temple no le hizo ningún caso. Escuchó las olas y observó al ágil cúter mensajero que se precipitaba como una gaviota entre la espuma, se había colocado a barlovento de los arrecifes de la isla del Viejo Vigía, una posición peligrosa. Un talento especial para dominar los vientos era lo que ponía el rumbo. Eso o un timonel empujado por un demonio con una prisa impía por conocer al Embozado.

La punta de una espada se le hundió en los riñones.

—Vuélvase para reconocerme, soldado.

—¿Reconocerte? Caza, a veces pienso que ojalá nunca nos hubiéramos conocido.

—Temple se dio la vuelta y plantó los codos en la granulosa almena de caliza.

Caza envainó la espada y se irguió con el ángulo con respecto al suelo exigido en la plaza de armas. Unas plumas altas de algún pintoresco pájaro aleteaban en la cima de su yelmo de hierro. El revestimiento de latón y cobre del peto de su coraza resplandecía, recién pulido. Las botas de cuero del joven parecían valer ellas solas más de lo que Temple ganaba en un año; el veterano se miró las sandalias abiertas llenas de remiendos, la tela andrajosa que le envolvía las piernas y la sobrevesta raída negra y dorada de un regular de una guarnición malazana.

—Empieza a actuar como un auténtico guardia, viejo —le advirtió Caza—. Al menos mientras la oficial esté aquí. Por los misterios de D'rek, hombre, podría haber sido, ¿cómo se dice?: «uno de los suyos». —Levantó la cabeza y miró al torreón—. El único aviso de esos habría sido ponerte tu propio corazón en la mano.

Temple se puso rígido al escuchar «de los suyos». ¿De dónde había sacado eso el

muchacho? Hacía mucho tiempo que no oía esa antigua expresión, la que se utilizaba para denominar al cuadro de seguridad del Imperio, la Garra. Por supuesto que una oficial imperial dispondría de un destacamento de garras, ya fuera como protección, para reunir información o para realizar otras tareas más sombrías e indeseables. El veterano estudió al teniente de soslayo y se hizo una pregunta: ¿lo estaba sondeando su teniente? Pero los serenos ojos castaños del joven y las mejillas lisas que protegía el barbote del yelmo no parecían más capaces de engañar a nadie que el arroyo transparente que cruzara una pradera. Temple se recuperó, contuvo la paranoia y les agradeció a los dioses mellizos del Azar que Caza no se hubiera percatado de nada.

Escupió en los bloques medio deshechos de caliza.

—En primer lugar, muchacho, te oí llegar. Y a ellos jamás los oye nadie. Y en segundo, cuando vienen de verdad —Temple se dio unos golpecitos en la nariz aplastada—, siempre se nota por el hedor.

Caza lanzó un bufido de incredulidad.

—Dioses, viejo. He oído hablar de todo lo que debes de haber visto en acción, puñeta, pero no me hagas creer que esas garras no te hielan la sangre.

Temple apretó los dientes y contuvo el impulso de darle una colleja al joven. ¿Pero qué iba a saber ese imberbe de las cosas que les revolvió el estómago hasta a los veteranos más curtidos? Temple había vivido las campañas de Siete Ciudades; había estado allí cuando habían tomado Ubaryd. Habían llegado al palacio de noche. Los pasillos de mármol estaban desiertos salvo por los cadáveres de los funcionarios y los guardias demasiado lentos como para huir de la destrucción que había hecho caer el emperador sobre el poder de los falah'd. Arriba habían encontrado los aposentos privados y a la propia Sagrada en persona, atada a una silla con cuerdas de seda. Tres garras la rodeaban con los cuchillos en la mano. La sangre resplandecía, brillante, en las hojas, y chorreaba de las ataduras húmedas que ceñían las muñecas y los tobillos de la falah'd para después formar un charco en el mármol coralino. Punta y él habían vacilado, no muy convencidos, pero Dassem se había abalanzado y había apartado de un empujón a la garra que tenía la mujer delante. La cabeza de la mujer se levantó de golpe, los largos rizos volaron hacia atrás, y aunque le habían arrancado los ojos y le colgaba la boca abierta, sin lengua, con la sangre goteándole por la barbilla, la mujer pareció dirigirse a Dassem directamente. Las garras, dos hombres y una mujer, se miraron. Uno de los hombres se apartó y levantó el cuchillo ensangrentado contra lo que veía en la mirada de Dassem. Los labios de la falah'd se movieron en silencio y articularon un mensaje, o quizá un ruego. La mujer de la Garra lo comprendió de repente y abrió mucho los ojos, después abrió ella también la boca para gritar, pero ya era demasiado tarde. Ocurrió tan rápido que fue como si Dassem se hubiera limitado a encogerse de hombros. La cabeza de la falah'd salió dando vueltas. Un chorro de sangre le saltó del torso. La cabeza cayó sobre las losas

de mármol. Los largos rizos negros se enmarañaron, ensangrentados, y rodaron por el suelo.

Aunque Temple no podía estar seguro, le pareció que las palabras que había pronunciado habían sido «libérame». Así llegó a su fin la vida de la última falah'd sagrada de Ubaryd.

Temple se frotó la cicatriz con forma de hoz que se le curvaba desde la sien izquierda hasta la barbilla y respiró hondo para tranquilizarse. Se obligó a pensar en lo que Caza debía de ver cuando lo miraba: un veterano vencido, demasiado incompetente o borracho como para pasar del rango de cabo en toda una vida de soldado. Después de todo, ese era exactamente el papel que se había creado. Le contestó en voz baja y firme.

—A mí solo me dan asco.

Caza se lo quedó mirando, perturbado por la emoción que percibía en la voz de Temple, después frunció el ceño ante la crítica implícita contra el trono imperial y señaló una barbacana de la esquina.

—Quedas relevado, viejo.

Fuera ya de servicio, Temple colgó la lanza, la sobrevesta y el camisote reglamentario de cuero hervido en el arsenal del cuartel. Se colocó bien los trapos que le envolvían las piernas y después volvió a atarse las correas de cuero de las sandalias militares que llevaba por encima.

Buscó su único lujo, un manto de fieltro de Falar, bien cepillado y forrado. Estaba en la sala de la guardia, hecho una bola en un banco, debajo del gran culo de Larkin. Al verlo, Temple estuvo a punto de darse la vuelta para marcharse. Larkin sabía de sobra cuándo terminaba el turno y se había sentado encima del manto para provocarlo. A Temple no le quedaba más remedio que responder.

A Larkin le rendían pleitesía alrededor de una mesa; los otros guardias se apiñaban unos junto a otros sobre las tablillas sin barnizar donde los pequeños azulejos esmaltados (las tabas) se encontraban dispuestos en plena partida. Nadie prestaba atención al juego porque Larkin se acercaba al clímax de otra más de sus prolongadas historias.

Temple se apoyó en la madera cuadrada que se hacía pasar por jamba y se cruzó de brazos. Allí estaba Larkin, solo hacía un mes que había regresado del frente genabackeño para hacer una rotación en la guarnición a cuenta de una herida en una pierna y Temple ya tenía la sensación de que podría recitar todos y cada uno de los combates que había librado aquel tipo.

—Fue en el bosque de Perronegro —decía arrastrando las palabras, elaborando todavía más la historia, con toda claridad una de sus favoritas. Los guardias asintieron, a la espera, sabían lo que iba a continuación, pero de todos modos

saboreaban la anticipación—. La Guardia Carmesí...

Los soldados, jóvenes e impacientes en una guarnición tan alejada de cualquier tipo de acción, se miraron. Algunos agitaron la cabeza, asombrados. Hasta Temple tuvo que admitir que él también lo sentía, un escalofrío de reconocimiento y pavor al oír el nombre. La compañía de mercenarios que había jurado destruir el Imperio. La fuerza que había asestado a Malaz su primera gran derrota al rechazar la invasión de Stratem y que en esos momentos se oponían al Imperio en cuatro continentes.

—¿A quién viste? —preguntó un guardia, Cullen, nativo de la isla, que afirmaba que había sido pirata en la costa de Stratem en su juventud. Larkin asintió, al igual que Temple. Era una buena pregunta, una pregunta hecha por los que sabían lo que había que preguntar.

Larkin carraspeó y se acomodó en su historia.

—Era un avance general, un empujón para sacarlos del bosque y abrir un camino al sur, hacia la llanura de Rhivi. El comandante, un subpuño noble de Dal Hon, nos dispuso en tres columnas para forzarlos al máximo, superioridad numérica, ya sabéis. La Guardia estaba reforzada por reclutas locales, unas tribus genabackeñas llamadas barghastianos, además de aldeanos, milicia, guardabosques y otra basura parecida. De día no estaba mal, era una campaña fácil. Avanzamos durante cinco días enteros y el enemigo se fue fundiendo delante de nosotros. ¡Para que luego hablaran de que la Guardia era invencible! Es verdad que algunos barghastianos y leñadores nos lanzaban unos cuantos disparos desde el otro lado de los arroyos y cuando el terreno era irregular, pero huían como cobardes siempre que contraatacábamos. Y entonces llegó la sexta noche...

Temple solo pudo sacudir la cabeza ante la flagrante estupidez de un avance por columnas internándose en un bosque profundo que carecía de toda garantía de seguridad militar. Por supuesto que les habían permitido avanzar. Por supuesto que la Guardia, superada en número por el enemigo, evitaba cualquier combate directo. Y al fin, cuando las columnas quedaron aisladas y lo bastante apartadas entre sí como para acabar con cualquier esperanza de recibir refuerzos, se había producido el ataque.

Los guardias asintieron para expresar su indignación ante una estrategia tan vergonzosa, pero a Temple solo le apetecía chillar: ¡no escuchéis a ese maldito necio! Pero el veterano estaba en franca minoría. Por muy pretencioso y asno que fuera, Larkin era un hombre popular, había entrado en acción en tiempos recientes y en tierras lejanas, y disfrutaba siendo el centro de atención. Temple sabía que a los guardias jóvenes él no les caía bien, no entendían su silencio, y por ello algunos incluso dudaban que tuviera alguna experiencia digna de mención. Cualquier queja por su parte se achacaría al resentimiento del amargado.

—Atacaron por la noche como simples ladrones —escupió Larkin, asqueado por una táctica tan turbia.

Temple contuvo una carcajada, a él no se le habían olvidado combates parecidos a la luz de la luna, ¡solo que los atacantes habían sido los propios malazanos!

—Fue un auténtico caos. Barghastianos que saltaban chillando entre la oscuridad. Estaban detrás de nosotros, delante de nosotros, nos rodeaban por los flancos. Nos encontrábamos cercados por completo. No había sitio al que ir. Me uní a un grupo de hombres junto a un peñasco alto iluminado por la luz de los fuegos de la broza. Juntos defendimos el perímetro, con los heridos detrás de nosotros. Rechazamos tres asaltos barghastianos.

Larkin tosió en el puño, frunció el ceño y después se quedó callado. Temple le lanzó una mirada dura. ¿Era el horror, el recuerdo de los amigos perdidos? ¿Entonces por qué se afanaba en alargar el cuento una noche sí y otra también?

—Vi a tres de la Guardia a lo lejos, entre la maleza. No reconocí a ninguno. Después pasó corriendo junto a nosotros Mediodan. Lo reconocí por el tamaño... ¡de medio nada!

Los guardias lanzaron la risita de rigor.

—Una vez sirvió a las órdenes de Despellejador, según dicen —añadió Cullen.

Larkin asintió.

—Después salió otro guardia de la noche. Jamás olvidaré el modo en que surgió de la oscuridad... como un demonio recién escapado de la propia senda del Embozado. La sobrevesta brillaba bajo las llamas como sangre fresca. Era Lazar, con su yelmo con visera y el escudo negro. Luchamos, pero no sirvió de nada... —Larkin se dio una palmada en la pierna coja y sacudió la cabeza.

Temple se apartó de la habitación y apoyó el cuello ardiente en la pared húmeda de piedra para refrescarse. ¡Por los huesos de Fener! Qué mentiroso era el muy cabrón. ¡Que había luchado con Lazar! Temple nunca se había enfrentado al guardia, pero Dassem había chocado con él durante décadas, y ya solo eso era suficiente para dar qué pensar sobre la pericia de los dos. Dassem jamás hablaba de esos combates. Se decía que los juramentados eran imparables, pero Dassem había matado a todos y cada uno de los que lo habían desafiado: Shirdar, Keal, Bartok. Solo Despellejador, según decían, había salido vivo del pleito.

Unas carcajadas llamaron la atención de Temple. Los azulejos tallados de las tabas resonaban contra la madera. El veterano respiró hondo y volvió a entrar en la habitación.

—Larkin. Estás encima de mi manto.

Larkin levantó la cabeza y dejó de un manotazo un azulejo sobre la mesa. Apoyó un brazo macizo sobre el respaldo del banco y señaló con un gesto la mesa donde yacían los azulejos, como un mapa confuso de caminos de losas. La pintura de los símbolos estaba astillada, los azulejos estaban manchados por generaciones enteras de dedos mugrientos de soldados.

—Estoy jugando —gruñó, después bajó la cabeza.

—Solo tienes que levantar ese culo gordo para que yo pueda coger mi manto.

Larkin no respondió. Dos de los guardias se encogieron de hombros, fruncieron los labios y lanzaron miradas de disculpa a Temple. Larkin colocó su azulejo apretándolo en su sitio con la punta de un dedo grueso. Temple se adelantó y lo cogió de la mesa. Cinco pares de ojos siguieron la mano de Temple y después regresaron con Larkin.

Larkin dejó escapar su propia versión de un suspiro de sufrimiento.

—¿Es que no sabes que da mala suerte interrumpir una partida?

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Estaba claro que el muy necio tenía intención de ponerlo a él, el único veterano, aparte de él, que había allí, en su sitio. Había estado evitando al tipo por esa misma razón: lo último que quería hacer era contestar a preguntas sobre dónde había luchado y con quién. Había estado haciendo todo lo posible por permanecer en el anonimato pero aquello era insoportable. No podía consentir que aquel imbécil lo mangoneara como si fuera un matón de cuartel.

—Dame esa maldita pieza —dijo Larkin, y se apartó un poco de la mesa—. O tendré que quitártela yo, abuelo.

De las caras de los guardias desaparecieron las sonrisitas y se atenuaron las miradas divertidas. Uno lanzó un resoplido como si ya lamentara lo que estaba a punto de ocurrir. Temple estiró la mano con el azulejo en la palma abierta.

—Cógela. —Una parte de él, la parte de Temple que llevaba sin oír un año entero, alentaba al hombre. *Inténtalo*, lo animaba la voz, serena y agitada a la vez. *Tú inténtalo*.

Los ojos de Larkin, pequeños y ocultos en medio de la cara ancha, se pasearon por la habitación como si se preguntara lo que estaba pasando, quién estaba tomándole el pelo a quién. Era obvio que aquello no iba como él había imaginado. Pero después encogió los hombros redondeados y por el modo en que bajó los labios, confiado y aburrido, Temple vio la reacción de un hombre demasiado pagado de sí mismo como para escuchar a nadie.

Larkin sacudió la cabeza como si lamentara las payasadas seniles de un anciano y estiró el brazo para coger el azulejo, pero Temple le sujetó la ancha muñeca y apretó. El azulejo cayó a la mesa con un tintineo.

Larkin dio una sacudida como si lo hubiera picado una serpiente y apretó los labios de sorpresa y dolor. Los guardias contuvieron el aliento. Larkin intentó soltarse el brazo de un tirón. En vano.

Temple le sonrió entonces a Larkin y el hombre debió de leer algo en esa sonrisa porque se llevó la mano libre al puñal que llevaba en la cintura. El cuchillo de hoja corta salió disparado de la mesa y la otra mano de Temple le dio un manotazo repentino a esa muñeca.

La respiración forzada de Larkin llenó la habitación. La hoja se fue retorciendo, implacable, hacia un lado, abriéndose camino poco a poco hacia su antebrazo. Jadeante, con la cara roja por el esfuerzo, Larkin se levantó con una sacudida y el banco cayó hacia atrás. El filo le rozó el antebrazo y empezó a serrarle la piel justo por encima de la muñeca. Los ojos de Temple no abandonaron ni un momento los del otro hombre. La sangre comenzó a brotar y gotear por la mesa con suaves golpecitos.

Sin soltarle las muñecas, Temple alzó a Larkin y lo atrajo hacia él al tiempo que le susurraba algo al oído:

—Lazar te habría abierto en canal como a un cerdo.

Manos y brazos rodearon a Temple y lo sujetaron con fuerza. Tiraron, urgentes. Los guardias chillaban pero Temple no escuchaba a nadie. Larkin echó hacia atrás la cabeza y rugió. Solo entonces lo soltó Temple; Larkin cayó hacia atrás, tambaleándose por las losas de piedra, y se sentó acunándose el brazo. Los guardias arrastraron a Temple al pasillo, donde se quedaron susurrando, asombrados, y observándolo con cautela. Uno devolvió una porra a su soporte de la pared.

Tras unos minutos salió uno con el manto enrollado de Temple. Éste los escuchó susurrar que jamás habían visto nada parecido, pero le preocupaba más las horrendas consecuencias de lo que acababa de hacer. De pie junto a la mesa, había visto gotas de sangre que salpicaban las tabas.

El Soldado, la Doncella, el Rey y la runa del Obelisco. Seguro que eso significaba que un puñetero barco lleno de mala suerte estaba a punto de cruzar su proa.

Por lo que Kiska veía, la tripulación del cúter mensajero actuaba como era de esperar durante la maniobra de ataque: estibaban el equipo y aseguraban el barco contra la primera tormenta gélida del Gobierno de Osserc que soplaba sobre la isla proveniente del sur. Pero los traicionaban los detalles. ¿Dónde estaban las reprimendas, las quejas, las bromas de una tripulación recién llegada al puerto? ¿La impaciencia por bajar a tierra? Y ni uno solo intentaba escaquearse. El marinero que se suponía que estaba haciendo justo eso (perder el tiempo en la pasarela), en realidad examinaba el amarradero con la indiferencia perezosa de un vigía. Y si algo sabía hacer Kiska era reconocer la actitud: ella misma se había entrenado para adoptar la misma postura.

Echada en la cubierta del siguiente barco que había enfrente del muelle, Kiska apoyó la barbilla en un puño enguantado y continuó observando sin ruido. La ligera llovizna caía como por un tamiz y le pegaba el pelo a la cara, pero no se movió. Los hombres solo estaban matando el tiempo: enrollaban de nuevo las maromas y sujetaban los maderos de estibar. Esperaban. Esperaban pendientes de una persona, una acción. Lo que significaba que todos trabajaban para el mismo individuo.

Qué raro. Un cúter mensajero imperial tripulado por marineros que parecían ser todos guardias de quienquiera que hubiera puesto en servicio el barco. Kiska había

crecido trepando por esos embarcaderos. A ella, todos aquellos detalles le olían al peso de alguien, a una influencia lo bastante grande como para procurarse uno de esos navíos (todo un logro ya en sí mismo), coronada por la autoridad necesaria para sustituir a la tripulación habitual por su propio personal privado.

La pregunta era, ¿qué iba a hacer con ese descubrimiento? La chica miró la muralla moteada de la fortaleza de Mock que daba al agua y se alzaba sobre el puerto. ¿Informar a la Garra? ¿Por qué iba a acudir a ella cuando le habían dejado muy claro que no la necesitaba para nada?

Recordó cómo se había sentido cuando el amanecer, solo unos días antes, había revelado al barco de guerra imperial Inexorable anclado en el puerto. Le había parecido el día más importante de su vida, una segunda oportunidad inesperada e imprevista. Pero ya se sentía como si hubiera envejecido toda una vida desde entonces. Ya no era la niña que trepaba por las altas murallas de piedra que encerraban el desembarcadero militar, la niña que se colaba en el tejado plano de un almacén del gobierno para observar los muelles. ¿Había perdido algo que poseía esa niña? ¿O lo había ganado? Un conocimiento que se quedaba grabado a fuego en todo el mundo en algún momento de su vida.

Ésa mañana había observado al primer esquife que regresaba del barco cargado con siete figuras encapuchadas. Oficiales imperiales de la capital, estaba segura. ¿De qué otro sitio podrían venir salvo de Unta, al otro lado del estrecho? Las figuras subieron al muelle y se quitaron los mantos de viaje, que luego doblaron sobre brazos y hombros. Al principio se había sentido desilusionada, había mercaderes en Malaz que vestían con más suntuosidad: sencillas camisas de seda, fajines anchos y pantalones sueltos. Pero una figura más baja que el resto no se despojó del manto. Ésa hizo un gesto y Kiska se entusiasmó al ver que los otros seis se repartían a su alrededor. ¡Una escolta!

¿Quién era? ¿Un nuevo comandante para la guarnición? ¿O un inspector imperial despachado desde la capital para llamar a capítulo a Pell? Si ese era el caso, con lo que el oficial podía encontrar en la fortaleza de Mock, que los dioses se apiadaran del subpuño. Había gallinas cacareando en la barbacana y cerdos hozando en el depósito de agua, agrietado y vacío. Kiska se puso en cuclillas cuando el grupo tomó el camino principal hacia el interior de la isla y comenzó a subir por una suave pendiente. La chica fue saltando de tejado en tejado y se balanceó en precario equilibrio sobre el borde de un muro para alcanzar un mirador por donde el grupo tenía que pasar. Las gaviotas salían disparadas de su camino con un chillido de indignación.

Lo averiguaría. Se plantaría ante el representante. Le ofrecería sus servicios. Quizá consiguiese un nombramiento. Un oficial imperial como aquel tenía que ver que talentos como los de Kiska no podían desperdiciarse en aquella miserable isla.

Por el estrecho camino amurallado se acercó el grupo. Kiska se adelantó con cuidado para mirar. Los dos primeros, un hombre delgado y una mujer más gruesa, caminaban con aire despreocupado y las manos a la espalda. Kiska no distinguió ningún arma. ¿Qué clase de guardaespaldas eran ésos? Edecanes, quizá, o escribas. Nobles que salían a dar un paseo entre los aldeanos. Ése último pensamiento le provocó un regusto amargo en la garganta. Apareció la figura más baja; una capucha tan grande que le colgaba sobre la cara, las manos ocultas en las largas mangas. Kiska se esforzó por discernir algún detalle entre los pliegues sueltos del manto que se rozaban entre sí, negro, ¿no? ¿O del color carmín de la más oscura noche?

Algo le tiró del cinturón por detrás y la sacó del lugar al que se había encaramado. Kiska giró en redondo con la boca abierta, lista para chillar, pero una mano enguantada le tapó la boca. Kiska levantó la cabeza y se quedó mirando unos ojos de color avellana en una cara de hombre, una cara angulosa, morena, de tonos azulados, los rizos prietos del cabello resplandecían bajo la luz del amanecer. Napaniano, comprendió Kiska.

—¿Quién eres? —le preguntó él.

Kiska no lo reconoció, no era de los que habían desembarcado. De hecho, jamás había visto a aquel hombre, y ella lo habría sabido si alguien como él viviera en la isla.

La mano se retiró. Kiska se aclaró la garganta y tragó saliva. Unos ojos sorprendentes, desprovistos de toda clase de expresión, parecieron atravesarla con la mirada. Unos ojos como el cristal.

—Yo... Yo vivo aquí.

—Sí. ¿Y?

Kiska volvió a tragar saliva.

—Yo... —Su mirada se posó entonces en un broche prendido en el pecho izquierdo del hombre, la garra de un pájaro plateado que sujetaba un aljófar. ¡Una garra! Oficiales de inteligencia del Imperio, magos, los que imponían la voluntad del emperador. Era un descubrimiento mayor de lo que se había imaginado. Aquélla no era, entonces, una simple inspección. Solo los oficiales de más alto rango tenían derecho a guardaespaldas de la Garra. Aquél visitante podría ser hasta un puño imperial—. ¡No quería hacer nada malo! —dijo sin aliento, y maldita fuera por parecer una... una aficionada.

La garra tensó los labios con una mueca que a Kiska le pareció asco.

—Eso ya lo sé. —Y se apartó. Sin un solo ruido, se maravilló la chica, ni siquiera sobre un tejado de azulejos rotos sembrado de cagadas de pájaro. Pero entonces Kiska se acordó de repente con un sobresalto.

—¡Espere! ¡Señor!

El hombre se detuvo en el saliente del muro.

—¿Sí?

—Por favor. Quiero, es decir, ¿podría conocerlo, o conocerla... al oficial?

Las manos del asesino se crisparon como alas y después se posaron en el fajín que llevaba en la cintura.

—¿Por qué?

Kiska se contuvo antes de entrelazar las manos y respiró hondo.

—Quiero que me contraten. Quiero una oportunidad. Por favor. Tengo talento, de verdad, lo tengo. Ya lo verá. Lo único que necesito es una oportunidad.

Las manos de la garra resbalaron del fajín y se entrelazaron a la espalda. Esbozó una sonrisa sesgada que no le daba un aspecto demasiado divertido.

—Vaya. ¿Así que tienes «talento»?

El corazón de Kiska dio un vuelco. Vaciló un momento pero después siguió tartamudeando.

—Sí. Sí, lo tengo.

La garra se encogió de hombros.

—Ése es un asunto para el comandante local. Un tal subpuño Pell, tengo entendido. Acude a él.

—Sí, ya lo he hecho, pero es que...

El hombre se bajó sin ruido del muro y desapareció. Kiska se precipitó hacia el borde. Nada. Había una caída de unos tres hombres hasta un camino empedrado, un camino vacío. A Kiska le hirvió la sangre. Se abrazó, entusiasmada por el encuentro. Asombroso. Los muros despuntados y moteados de la fortaleza de Mock la llamaban desde las alturas y la chica levantó el puño.

Pues claro que acudiría. ¡Hasta las mismísimas alturas acudiría! ¿Cómo iban a rechazarla?

Mientras cruzaba el patio interior de la fortaleza de Mock, Temple desdobló su manto con una sacudida y se lo echó sobre los hombros. El patio estaba vacío. Se había sacado de la fortaleza a todo el personal no imprescindible. La dotación de guardia se encontraba en sus puestos o bien dormía en el cuartel. Todo el mundo había estado haciendo turnos dobles desde que había llegado aquella «alta oficial» imperial sin nombre. La mujer y su séquito se habían apoderado de las tres últimas plantas del torreón interior, del que habían echado al comandante de la guarnición, Pell, que había tenido que irse a dormir al arsenal, donde bebía más todavía de lo habitual.

¿A qué venía aquella visita? Temple había oído veinte opiniones diferentes. Los cotilleos en el Colgado eran de la opinión que el mando de Unta estaba pensando en cerrar de forma definitiva la guarnición y abandonar la isla en manos de los pescadores, los grajos de los riscos y la colonia de focas que había al sur de las rocas Benaress. Entretanto, a él no le habían asignado ningún turno extra. La antigüedad, al

parecer, era un grado. Sonrió al anticipar una velada dedicada a probar la vieja cerveza negra malazana de Gallera.

En la garita fortificada, Lubben, el portero, salió cojeando de la oscuridad del interior. En su costado tintineaba el enorme llavero de hierro. La joroba de la espalda parecía más pronunciada de lo habitual y el único ojo bueno que tenía resplandecía al examinar el patio. Temple estaba a punto de preguntar qué calamidad lo había arrancado de su puesto habitual, donde solía roncar a la vera del brasero de la garita, cuando un papirotazo de la mano del portero le advirtió que se fuera.

—La verja ya está cerrada hasta mañana, soldado.

—¿Soldado? ¿Se puede saber qué te pasa, Lubben? ¿La bebida te ha dejado ciego?

Lubben señaló con un gesto brusco del pulgar el pasillo oscuro que tenía detrás y musitó algo que Temple no oyó.

—¿Por los ojos insomnes de la Encantadora, qué está...? —Temple se interrumpió cuando otra persona salió sin ruido de entre las sombras. Una garra imperial con un manto negro hasta los tobillos y la capucha puesta. Lubben hizo una mueca y le dedicó a Temple un pequeño encogimiento de hombros impotente a modo de disculpa. La capucha de la garra solo revelaba la mitad inferior de una cara arrugada y fina repleta de tatuajes de caracteres cabalísticos, símbolos que a Temple le parecieron la escritura angular de los que ahondaban en la senda de Rashan, el camino de la Oscuridad. La garra se volvió hacia Lubben.

—¿Problemas, portero?

Lubben hizo una profunda reverencia.

—No, señor. Ningún problema en absoluto.

La capucha se volvió hacia Temple, que de inmediato bajó la cabeza con una sacudida. Quizá estaba teniendo un cuidado excesivo, pero la garra podía interpretar la acción como deferencia y en el pasado había visto que la deferencia los complacía.

—¿Qué quieres, soldado?

Temple apretó el cinturón con las dos manos hasta que se le entumecieron los dedos. Con los ojos clavados en las losas del patio (dos rotas, cuatro astilladas), empezó a hablar con cautela.

—Bueno, señor, verá, ya casi estoy retirado del servicio, ¿sabe?, y tengo una habitación propia en la ciudad. Solo me llamaron por la visita que tenemos. Guardias extra, ya sabe.

—Portero, ¿respondes por este hombre?

Lubben le guiñó el ojo a Temple, rápido como el rayo.

—Oh, sí, señor. Es como dice.

—Entiendo.

La garra se acercó más. Temple levantó la cabeza pero mantuvo la mirada

apartada. De soslayo, vio que la garra lo examinaba. La última vez que había estado tan cerca de uno de aquellos asesinos había sido un año antes y en aquella ocasión intentaban matarlo. Entonces estaba preparado, listo para luchar. Lo único que sentía en ese momento era un asombro espantado por haber tenido que tropezarse con uno de los escoltas de la oficial. ¿Habían salido a patrullar como había sugerido Caza? ¿Por qué esa noche en concreto?

—Eres veterano. ¿Dónde están tus distintivos de campaña?

—Nunca me los pongo, señor.

—¿Te avergüenzan?

—No, señor. Es solo que me considero retirado.

—¿Tienes prisa por abandonar el servicio imperial?

—No, señor. Solo que he trabajado duro para tener derecho a mi pensión. — Temple tomó aliento y se apresuró a continuar—. Estoy construyendo un barco, ¿sabe? Es lo más bonito que jamás haya...

Una mano se alzó del manto para pedir silencio.

—Muy bien. Portero, permite pasar a este hombre.

—Sí, señor.

En el otro extremo del túnel de entrada, Lubben levantó el llavero y abrió la portezuela de la verja principal. Temple la atravesó y Lubben asomó la cabeza tras él y le dedicó una sonrisa sesgada.

—No me habías dicho que te estabas construyendo un barquito muy bonito.

—Anda a besar al Embozado, jorobado patizambo.

Con una silenciosa carcajada, Lubben respondió con un gesto que no necesitaba palabras y después cerró con un portazo. El cerrojo se corrió con un tintineo metálico.

Temple empezó a bajar la pronunciada cuesta de la calzada de la Muralla. Una escalera tallada en la propia piedra del acantilado dibujaba cuatro giros para descender por el costado del promontorio. Cada metro de la calzada se encontraba al alcance de las lanzadoras y catapultas de la fortaleza que apuntaban a la ciudad. En el cielo, un frente de nubes entraba en la isla, una masa procedente del mar de las Tormentas. La velada comenzaba a adquirir el aspecto de una noche a evitar. La superstición isleña decía que los responsables de los peores torbellinos estacionales de hielo que llegaban embravecidos del sur eran los mismísimos jinetes de la tormenta.

El risco se alzaba como la hoja de un cuchillo y demarcaba la ciudad portuaria de la frontera norte de Malaz. Abrazaba su base las Luces, el distrito donde se ubicaban las haciendas de los acaudalados, que aprovechaban cuanto podían la seguridad que ofrecía su emplazamiento a la sombra de la fortaleza que se cernía sobre ellas. Al sur y al oeste, la ciudad dibujaba una curva entre un revoltijo de callejones tortuosos que rodeaban el río y la costa pantanosa de la bahía de Malaz. Tierra adentro, unas colinas

modestas se alejaban del mar. El humo de la madera flotaba sin ascender demasiado sobre los tejados de pizarra y sílex. Unos cuantos faroles brillaban en algunos sitios. Una llovizna débil se colaba por detrás del frente de nubes y oscurecía la vista que tenía Temple del puerto. Las gotas de agua le rozaban el cuello como saliva fría.

En los últimos tiempos el puerto servía básicamente como punto de tránsito militar, pero todavía conservaba alguna ruta comercial, parte de las cuales eran incluso legítimas. En general, no era más que una pobre sombra de lo que había sido en otros tiempos. Casas desiertas se enfrentaban a almacenes combados y muelles tambaleantes erosionados por las olas. Antaño hogar de una flota pirata, después de una talasocracia, y tras ella de un imperio, la ciudad ya solo parecía habitada por más fantasmas que personas. Le había dado al Imperio su nombre, pero había perdido todo valor táctico y estratégico, salvo como escala cuando las fronteras del Imperio comenzaban a barrer los mares más lejanos.

Durante un tiempo la invasión korelana había cambiado las cosas, por supuesto, y los residentes se habían despertado a una promesa renovada para la isla. Pero la campaña había terminado por ser un desastre, un abismo para hombres y recursos que era mejor no remover. La ciudad, la isla, cargaba desde entonces con la sensación de que era marginada. Y al pensar en eso, Temple comprendió por qué aquel grano en el trasero del Imperio había tenido que recibir ese día el primer cúter mensajero que había visto él por allí: era una misiva para la oficial. La maquinaria del gobierno imperial había regresado, aunque solo fuera de modo muy breve, al lugar del que había salido.

Cuando dobló la última esquina, Temple levantó la cabeza y guiñó los ojos para mirar entre la fina lluvia. A través de una brecha en las nubes bajas, la fortaleza de Mock parecía estar surcando un mar picado, un navío en precario equilibrio y a punto de volcar.

Temple se pasó una mano por el pelo cortado al uno para quitarse el exceso de lluvia y siguió andando. Se preguntó si esa era una noche para bebidas más fuertes que la vieja negra malazana de Gallera.

Estirada sobre los tablones fríos del barco, el recuerdo de tan elevados sueños, tan vivos solo unos días antes, hizo que Kiska sintiese una vez más el calor de la vergüenza en las mejillas y la garganta. ¡Qué infantil había sido! ¡Qué tonta! Sobre todo recordaba su absurdo sobresalto, su sorpresa aturdida y muda cuando, a la entrada de la fortaleza de Mock, otro guardaespaldas, una garra, sin duda, la había llevado a un lado cogida por un brazo (¡por un brazo!), como si fuera una niña.

Vete a jugar a otra parte. No vamos a necesitar tus servicios.

Revivirlo una y otra vez era casi suficiente para hacerla golpear la cubierta con un puño. Pero se recuperó y se mordió el labio en su lugar, y saboreó la sangre salada en

la lengua.

¿Cómo se atrevían? ¡Aquél era su territorio! Había crecido allí, metiéndose en cada edificio y almacén de la ciudad. Había memorizado cada giro y cada punto muerto de los estrechos caminos amurallados. Pell incluso le había dicho que si él pudiera conceder nombramientos, la habría asignado a la guarnición como oficial de inteligencia. No había nada en la isla que ella no pudiera robar, si esa fuera su intención.

El problema era que no había una puñetera cosa en toda la isla que mereciera la pena robar. Así que se afanaba vigilando a los rateros y matones: la mafia de Derrochador, que se trabajaba la zona del puerto; los piratas jakatanos que de vez en cuando salían a la caza de la navegación de cabotaje. Cualquiera que entrara o saliera de los muelles.

La habían dado de lado sin más. Quizá eso fuera lo que más dolía. Porque era innecesario y desconsiderado; porque había tenido la esperanza de que quizá podrían haber... se contuvo para no pensar en ello otra vez. No soportaba recordar sus ingenuas esperanzas, todo lo que había alardeado delante de la gente. Desde luego que eran garras imperiales. Y escoltaban a lo que sin duda era un puño imperial. Uno de quizá solo un centenar de administradores, gobernadores, incluso generales de los ejércitos.

Kiska apretó los dientes hasta que le dolió. ¿Y qué si no se había graduado en una de esas academias de oficiales tan elegantes que había en Unta, Li Heng o Tali? ¿Y qué si ella no tenía acceso a la magia de las sendas? Eso no era óbice. Era buena, lo suficiente como para hacer el trabajo sin recurrir a eso. La tía Agayla siempre había dicho que tenía un talento natural para el trabajo. Tanto como cualquier oficial de inteligencia, o eso creía Kiska.

La visita del oficial era una segunda oportunidad enviada por los dioses, algo que no podía desaprovechar después del cese temporal del año anterior de los transportes de tropas. En aquel entonces, mientras se reabastecían, el ejército había impuesto el nuevo edicto de la regente contra la magia y las cosas habían caído en una espiral sin control. Agayla la había encerrado, había dicho que era por su propio bien, justo cuando sus talentos y sus conocimientos de la zona podrían haber resultado más útiles. Había sido la oportunidad perfecta para demostrar lo mucho que valía, para llamar la atención de alguna autoridad que supiese reconocer sus méritos. Entonces había jurado que jamás permitiría de nuevo que aquella mujer interfiriera en la oportunidad que se le presentara de salir de la isla. Si bien, a medida que las llamas se extendían y los disturbios terminaban en una matanza indiscriminada, había tenido que admitir de mala gana que quizá Agayla le había salvado la vida, después de todo. No obstante, mientras todos los demás habitantes de la isla deseaban que los soldados se fueran de una vez con viento fresco y los despedían de la isla con obscenidades y

maldiciones, Kiska había contemplado con una sensación de desolación los enormes y poco briosos transportes que salían, pesados y lentos, de la bahía. En ese momento había creído que jamás conseguiría escapar de aquella prisión de isla, a pesar de todo su talento.

Y fue ese talento lo que le permitió distinguir lo extraña que era la actividad en ese cúter mensajero, aunque tuviera que admitir que solo había bajado al puerto a enfurruñarse. Había oído la acción de inmediato. Aquello tenía que guardar relación con la presencia del oficial. ¿Un simple mensaje? ¿A qué venía tanto secretismo? Y qué extraño, ningún mensaje (ni mensajero) había dejado todavía el barco. ¿A qué estaban esperando todos? Unas gotas heladas cosquillearon por la espalda de Kiska, pero la joven se negó a mover ni un solo músculo. El bote había estado a punto de embestir el amarradero en su precipitación por llegar a puerto y después se limitaban a quedarse allí...

¡Ah! Movimiento. De uno en uno, cuatro tripulantes bajaron por la pasarela hasta el muelle, que se encontraba un poco más bajo que la cubierta del barco. Vestían ponchos de piel de foca y mantenían los brazos ocultos bajo los amplios pliegues de cuero. Tomaron posiciones alrededor del fondo del paseo rodeado de cuerdas. Kiska supuso que bajo el poncho cada hombre sostenía una ballesta amartillada, quizá con el diseño típico de la Garra: tensada por tornillos, sin arco. Un arma similar la llevaba ella atada al costado derecho, comprada con todo el dinero que Kiska poseía en el mundo; se la había adquirido a un comerciante que no tenía ni idea de cómo funcionaba aquel mecanismo desconocido.

Después de entrecerrar los ojos bajo la llovizna cada vez más densa y examinar la carga apilada, uno de los hombres le hizo una señal al barco. Vestía la gorra de piel de un hombre de la llanura y lucía el largo bigote rizado de las tribus setis. El hombre sacudió la cabeza y escupió en los tablones, su indignación ante el atestado puerto y la escasa visibilidad era obvia incluso desde la lejana atalaya de Kiska.

Un quinto hombre bajó por la pasarela, estatura media, delgado. Vestía un manto de tela oscura, con capucha, guantes y botas de cuero. Se detuvo y miró a su alrededor. Las ráfagas de viento le agitaron la cogulla y Kiska pudo echarle un vistazo a una cara de una estrechez dolorosa, de color caoba y lisa, con el sorprendente destello de una calva reluciente.

El guardia seti dio otro papirotazo con la mano e hizo otra señal. Los otros tres rodearon al hombre. Kiska reconoció una variación del lenguaje de signos desarrollada por los comandos de infantes de marina y del que se habían apropiado casi todos los demás cuerpos imperiales, la Garra incluida. Un lenguaje para el que todavía tenía que encontrar profesor.

Los hombres empezaron a subir por el muelle. La lluvia torrencial se cerró sobre ellos y los cinco hombres se desdibujaron en un fondo de murallas y tras la oscuridad

de una noche encapotada. Con todo, Kiska no se levantó de un salto para perseguirlos. Recordaba lo que había aprendido y sospechaba que podría haber otros que se quedaran atrás con órdenes de seguirlos a distancia.

El estilo de Kiska era darle a su presa espacio de sobra, sobre todo si se creía a salvo de cualquier vigilancia. Le gustaba pensar que tenía un instinto especial para adivinar la ruta que iba a seguir su objetivo; siempre lo había tenido, incluso cuando de niña le tapaban los ojos durante los juegos callejeros del escondite. Solía bromear diciendo que se limitaba a seguir el rastro que dejaban. En todo caso, estuvo a punto de chillar de sorpresa cuando un hombre vestido de gris salió de detrás de una docena de barriles, gastados por los años, que tenía delante. Kiska desapareció con una sacudida y siguió observando. Había estado a punto de dejarse caer por el costado del barco. Por los misterios de la Reina, ¿de dónde había salido aquel hombre? Mientras ella se mordía el labio, el hombre se asomó alrededor del barril y después siguió andando con un aire casi desenfadado, las manos a la espalda y el paso elástico.

¿Otro guardaespaldas? Nadie más había abandonado el barco, de eso estaba segura. ¿Una cita? ¿Entonces por qué se quedaba atrás? Kiska decidió fiarse del consejo de Agayla, que siempre le decía que cualquiera, hasta que se demostrara lo contrario, podía ser un enemigo.

Kiska esperó mientras el hombre seguía caminando y después se deslizó hasta el muelle. Suponiendo que el tipo, quienquiera que fuese, no perdería al hombre del barco, ella lo seguiría a él. En la choza de los guardias, Kiska miró atrás, a los barriles, y comprendió lo que le había molestado tanto de la repentina aparición del tipo. Había hecho un buen registro de toda la carga poco antes. El espacio que quedaba entre esos barriles había permanecido vacío y era inaccesible si no se entraba en el campo de visión de la joven.

Lo que solo dejaba una opción, una opción que estaba fuera de su alcance pero que era obvio que aquel tipo empleaba con total libertad. El hedor a magia de las sendas le aconsejó prudencia. Quizá debería informar de aquel asunto, después de todo. ¿Pero a quién? La Garra había tomando el mando de la fortaleza de Mock en nombre de un oficial desconocido. La idea de presentar como un corderito un informe a la garra que ya conocía, o a uno de sus compañeros, le hacía arder la garganta. Malditos fueran, ojalá cayeran todos en los laberintos eternos de la Reina. Iría detrás de ellos durante un rato, a ver qué aparecía.

Al fondo de la calle del Cormorán, Temple distinguió al viejo Rengel peleándose con las contraventanas de una ventana de la planta baja, con una pipa sujeta entre los dientes. El anciano gruñía para sí, como de costumbre.

La calle estaba vacía salvo por el antiguo infante de marina y actual velero, cosa que sorprendió a Temple, puesto que todavía no había sonado la primera campanada

de la noche.

—Noches.

Rengel se giró.

—¿Eh? ¿Noches? —Las palabras salían entre dientes. Entrecerró los ojos y asintió con gesto amargo, después volvió de nuevo con la contraventana—. Pues sí. Y además malignas. Me sorprende verte en la calle. Creí que sabías lo que te convenía.

Temple sonrió. La conversación de Rengel siempre era de una nostalgia empalagosa o de un cinismo negro, dependiendo de si te lo encontrabas borracho o sobrio. A Temple le pareció que en ese momento estaba solo un poco bebido, pero la noche era joven. Inspeccionó las nubes bajas que pasaban por el cielo.

—No tiene tan mala pinta.

—¿Eh? ¿Mala? —Rengel levantó la cabeza e hizo una mueca—. El puñetero tiempo no, idiota. —Tiró de la contraventana—. Condenada, oxidada, maldito sea Togg, por el Embozado...

Temple se acercó un poco más.

—Vamos a echar un vistazo.

Rengel le cedió el sitio mientras chupaba con furia la pipa.

—¿De dónde es que procedes tú, en cualquier caso, muchacho?

Mientras estudiaba el pestillo de la contraventana Temple sonrió. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien lo había llamado muchacho?

—Itko Kan, más o menos. ¿Por qué?

Temple oyó a Rengel dar un bufido tras él.

—Si hubieras nacido aquí, te quedarías en casa esta noche, créeme. Lo sabrías. Los disturbios, las matanzas y demás de este año lo profetizaron. Quizá incluso lo invocaron. Una Luna Sombría. Las almas de los muertos salen con la Luna Sombría. Ellas y cosas peores.

Temple manipuló la contraventana hasta soltarla y después la cerró de golpe.

—¿Luna Sombría? He oído hablar de ella. Pero soy nuevo aquí.

—Son poco comunes, gracias a los dioses. —Rengel se acercó al veterano. El olor a roya, cola derretida, sudor y ginebra asaltaron el olfato de Temple. El anciano se tambaleó un poco, como si tuviera el viento de costado, y exhaló una gran bocanada de humo—. Yo estaba fuera de la isla durante la última, servía en el Conducetormentas. Pero en la que hubo antes, yo solo era un muchacho, fue hace casi cincuenta años. Los pozos de las sombras se abren. Las almas malditas se escapan y otras nuevas quedan atrapadas. Los demonios se desbocan por las calles. Los oí. Aúllan como si fueran tras tu alma. —El anciano clavó el cañón de la pipa en el pecho de Temple—. Y evita a cualquiera que esté tocado. A esos se los llevarán como que yo estoy aquí.

Tocado. El argot habitual para denominar a cualquiera que conociera las sendas.

Las habilidades necesarias para acceder a ellas se podían aprender, pero era mucho más común que se naciera con el don, el llamado «talento». Sin duda en los viejos tiempos las personas sospechosas de poseer tal mancha desaparecían en noches extrañas pero, en opinión de Temple, era mucho más probable que se las llevara a rastras una turba supersticiosa para quemarlas o colgarlas. Miró a Rengel y asintió con un gesto serio que el viejo le devolvió con solemnidad.

Se oyó el grito de una mujer en las alturas.

—¡Rengel!

La viuda Cerceta miraba furiosa por encima de la delgada barandilla de la ventana de un segundo piso. Temple la saludó con una sonrisa, pero siempre le sorprendía el parecido que tenía aquella mujer con un buitre gordo envuelto en un chal negro. La mujer desapareció y las contraventanas se cerraron de golpe.

Rengel mordió la pipa y gruñó por lo bajo. Temple dio unos golpecitos en los listones manchados de madera.

—Sólidos como rocas, diría yo. Y no tengo intención de salir en toda la noche, así que no te apures. Voy a estudiar la cerveza que sirven en el Colgado.

Las cejas del anciano temblaron de interés.

—¿Cómo es eso? Conque estudiar, ¿eh? —Sonrió y exhaló más humo todavía—. Bueno, pues no tomes ninguna decisión precipitada.

Temple se echó a reír.

—Dioses, no. Lo más probable es que me lleve hasta por la mañana.

En la puerta, Rengel dudó y le hizo una seña a Temple con el dedo doblado para que se acercara. Después rezongó por lo bajo.

—¿Qué sabes del regreso?

Temple negó con la cabeza, perplejo.

Impaciente, o quizá indignado, el viejo lo mandó marchar con la mano.

—No salgas a la calle, amigo. Diablos y cosas peores serán los que gobiernen esta noche.

Temple se alejó de espaldas, sin saber muy bien qué pensar de esa advertencia.

Rengel dio unas palmaditas en la puerta y señaló algo, una marca dibujada con tiza en la madera, después la cerró de un tirón. El traqueteo de la puerta despertó ecos por el estrecho callejón.

El cartel de la posada del Colgado de Gallera era justo eso: una pintura de un hombre colgado con los brazos atados a la espalda y la cabeza doblada en un ángulo enfermizo. La lluvia, que caía ya sin trabas, rozaba a Temple a ráfagas. El manto le colgaba pesado y frío de los hombros. Oyó las olas que rodaban hasta los pilotes que quedaban a solo unas calles de distancia mientras la bahía resplandecía a lo lejos como una extensión de la lluvia.

Las nubes todavía conservaban algo de la luz del día, pero la oscuridad cubría todo lo que estuviera a un simple tiro de piedra. La tarde se estaba convirtiendo en una noche que helaba los huesos y entumecía el espíritu. Temple estaba deseando deslizarse en su sitio habitual, a muy poca distancia de la enorme chimenea de la posada. También esperaba que Corinn se pasara por allí para poder preguntarle por las Lunas Sombrías y ese asunto de la profecía... aunque hacía casi una semana que no la veía y, a decir verdad, le preocupaba no saber si la volvería a ver. Había llegado él solo a unas cuantas conclusiones. Eso del «regreso» apestaba al culto que veneraba a Kellanved, el hombre que, junto con su compañero, Danzante, había fundado y levantado el Imperio. Los dos llevaban años desaparecidos. Algunos los creían muertos a los dos, otros decían que se habían desvanecido en una especie de encierro taumatúrgico.

Enfrente del Colgado, al otro lado del empedrado húmedo, se encorvaba el muro bajo de piedra de lo que se decía era el edificio más antiguo de la ciudad. Era una casa de piedra abandonada, demasiado desvencijada como para repararla. Temple nunca le había prestado demasiada atención, salvo que el cuento del viejo Rengel le recordó otra superstición local: la que decía que esa casa era anterior a la ciudad y que sus paredes en ruinas y sus habitaciones abandonadas siempre habían estado embrujadas.

Según los rumores, había sido allí donde Kellanved y Danzante, junto con otros que incluían a Dassem y la actual regente, Torva, habían vivido y tramado todo lo que siguió. Al mirarla en ese momento, una noche oscura y húmeda, con los miembros negros de los árboles muertos perfilados a su alrededor y los terrenos desnudos con aspecto de túmulos, sí que le pareció siniestra. Los vecinos preferían fingir que la casa no existía pero siempre que tenían que hacer referencia a ella, la llamaban la Casa de Muerte. Personalmente, Temple no podía creer que cualquier persona en su sano juicio hubiera podido vivir allí, lo que significaba que Kellanved y Danzante bien podrían haber mirado por sus ventanas rotas en otro tiempo. Se encogió de hombros y se dio la vuelta. Seguro que estaba embrujada. Para él, el Imperio entero estaba embrujado, en un sentido u otro.

Dos hombres permanecían bajo la lluvia delante del Colgado, con la espalda apoyada en las paredes sin ventanas. Se encontraban lo bastante cerca de ambos lados de la entrada como para que Temple oyera las gotas que les salpicaban los mantos de cuero. Había sentido los ojos de ambos clavados en él a medida que se aproximaba, pero cuando llegó hicieron caso omiso de él.

—Menuda noche de perros para tener turno de guardia —le sonrió Temple al de la derecha.

Los ojos del hombre se posaron un instante en él y lo miraron de arriba abajo, después volvieron a entrecerrarse bajo la lluvia.

—Estamos pendientes de un amigo.

Temple hizo una pausa en los escalones que bajaban a la entrada principal. Todo el mundo sabía que el Colgado era un bar de veteranos, así que no había necesidad de que aquellos dos fingieran que no estaban ojo avizor para proteger a los amigos que tenían dentro. Estuvo a punto de hacérselo saber, pero decidió no decir nada, parecían novatos. Quizá desconocían la rutina. Se sintió muy viejo y empezó a bajar las escaleras con pasos lentos y pesados.

La posada de Gallera era el otro edificio más antiguo de la ciudad de Malaz, o eso juraba y perjuraba Gallera. Cierto o no, el edificio estaba muy por debajo del nivel de la calle y sus paredes exteriores eran grandes bloques de caliza tallados a mano, del mismo tipo de los que yacían en un sinfín de ruinas sin nombre por toda la isla. La sala común de la posada estaba tan por debajo del nivel de la calle que la empinada escalera que bajaba hasta ella tenía un parecido espeluznante con la escalerilla de un barco que bajara a la bodega más profunda. La lluvia había bañado los gastados escalones y se había embalsado en el umbral. El manto de Temple goteó sobre el charco cuando se sacudió la humedad de la cabeza. Después cogió la manija de hierro de la puerta de roble y estiró la otra mano para tocar las cicatrices cinceladas que cruzaban, leves como telarañas, el dintel bajo. Temple creía que todo el mundo tenía sus propias supersticiones, soldados y marineros más que la mayoría. Ésa era una de las suyas. Para él era un reconocimiento del pueblo olvidado que había levantado aquellas piedras. Una especie de bendición (dada o recibida, no estaba muy seguro) y un gesto para preservar su propia seguridad. Después de todo, él vivía arriba. O, más bien, vivía al nivel del suelo. Su ventana, estrecha como una flecha, se encontraba a apenas una braza de una cloaca, entre la posada y la casa de madera y ladrillo blanqueado de Sello, que estaba detrás.

La sala común del Colgado era grande y amplia, las vigas del techo lo bastante bajas como para tocarlas o, si no se prestaba atención, para darse un buen golpe en la cabeza con ellas. Habían puesto un fin abrupto y doloroso a las noches de más de un borracho. Unas columnas gruesas de piedra se alzaban en una fila doble en el centro de la cámara, como si señalaran un camino desde la entrada hasta la chimenea grande, como un bote de remos, que crepitaba justo enfrente. Varias mesas largas de roble estaban colocadas a ambos lados de ese paseo central, envueltas en sombras y a distancias diferentes del fuego. Las paredes de piedra eran inhóspitas, sin más mitigaciones que algún ocasional nicho en miniatura, cada uno tenuemente iluminado por una lámpara esa velada. Buena parte de la luz de la habitación, sin embargo, procedía de los faroles de aceite elaborados en bronce que colgaban de unos ganchos de hierro llenos de costras, empotrados en las columnas y las paredes. La enorme chimenea iluminaba el otro extremo de la habitación con una luz ambarina parpadeante que disipaba el aire gélido del aposento y contribuía, de mala gana, a la

iluminación general.

Había humo suficiente para ofuscar la habitación, pero al menos el ambiente era cálido y seco. Temple se aflojó el manto. A ambos lados, los hombres charlaban, reían y bebían. Una multitud mucho más grande de lo habitual, y más joven y alborotadora. Pasó junto a él Anji, con una jarra de piedra caliza en la cadera para ir rellenando las copas. La criada le dedicó a Temple un saludo agobiado, cansado ya. El veterano le devolvió la sonrisa, pero la chica siguió andando. Pobre muchacha, la había malcriado la parroquia habitual de zoquetes viejos y tranquilos que acunaban una jarra de licor durante dos o tres campanadas enteras. Ésa noche la chica se estaba ganando de sobra el pan.

Cuando Temple pasó entre las largas mesas sintió el peso de numerosos ojos y se detuvo, pero nadie le devolvió la mirada. En su lugar, se quedaron observando las copas o los agujeros de la mesa mientras se murmuraban unos a otros, como si esperaran que él siguiera su camino como cualquier invitado no deseado. Un comportamiento extraño en hombres que parecían lo bastante duros y curtidos como para haber salido zumbando de un barco prisión, o que los hubieran entresacado de las levas que alimentaban la necesidad constante que tenía el Imperio de reponer los remeros de la Marina. Temple cruzó el establecimiento hasta su sitio habitual, mientras sentía la extraña tensión que cargaba el aire.

Al pasar junto a las últimas mesas, vislumbró a una multitud de tipos de aspecto roñoso, vestidos con unas túnicas andrajosas y unos mantos que a él le parecieron simples desechos de indigentes. Ésos hombres se sentaban junto a otros que sugerían un porte militar con sus cicatrices y figuras fornidas. Una multitud poco habitual en el establecimiento de Gallera. Pero el anciano, Rengel, le había advertido que contara con una noche repleta de cosas extrañas.

Alguien había ocupado su banco habitual junto a la pared trasera. Dado lo atestada que estaba la sala, Temple casi se lo esperaba, aunque no pudo evitar sentirse irritado. ¿Es que Gallera no le podía haber guardado el sitio? ¿Para qué le pagaba una renta a aquel maldito cervecero? ¿La diminuta celda de arriba? ¿La miserable comida?

El hombre que se había agenciado su asiento lucía un chaleco de cuero sobre una camisa de lino acolchado, que colgaba hecha trizas sobre el banco, y unos pantalones ceñidos de cuero tachonados con hierro. Unas muñequeras de cuero lubricado le cubrían la mitad de los antebrazos, en los que se veía una madeja de tejido cicatrizado: restos fruncidos de carne restregada, medialunas finas y pálidas practicadas con un borde afilado, y el moteado de color rosa colérico de unas quemaduras curadas. Con la cabeza inclinada hacia la mesa, el hombre hablaba con un compañero envuelto en sombras.

Temple dudó un instante. Se planteó dirigirse al hombre. No era que esperara

recuperar su asiento, pero podía llamar su atención para echarle un vistazo más concienzudo a sus rasgos. La cara del tipo seguía girada. De un modo hasta rígido, le pareció a Temple. De una forma intangible, el espacio entre los dos pareció contraerse por un momento. Gallera se materializó entonces al salir de una estrecha puerta trasera. Examinó rápidamente la habitación con las manos metidas por debajo del delantal de cuero. Señaló la única mesa vacía y Temple se dirigió allí sin prisas; acababa de hacer un turno de vigilancia de medio día y no pensaba seguir de pie ni un puñetero minuto más.

Gallera se sentó con él.

—Lo siento, Temp. —Levantó un frasco de coñac de melocotón.

Temple asintió.

—Toda una multitud —sugirió, pero Gallera se limitó a servir el licor. Se encogió de hombros y levantó la jarra para brindar.

—Por el Imperio —dijo Gallera al tiempo que elevaba su copa.

—Por el fondo del mar —le contestó Temple, y se lo tomó todo de un trago.

Gallera se chupó los dientes y echó su asiento contra la pared trasera para ver mejor la habitación.

—Sí, una panda diferente. Pero es solo esta noche, ya sabes.

—Una Luna Sombría.

Gallera levantó la cabeza.

—Sí, eso es. Aunque es la primera vez que oigo hablar de ella. —Se sacó un trapo de debajo del delantal y lo usó para limpiarse la frente reluciente y después las entradas de pelo rojo y rizado.

Temple deslizó un antebrazo por la mesa e inclinó la cabeza para señalar la habitación.

—Pinta de duros...

Gallera desechó la insinuación con un gesto de la mano.

—Una panda tranquila, si tenemos en cuenta la cantidad los jovenzuelos que hay. Nada roto todavía salvo los sellos de dos toneles de cerveza negra. —Lanzó una risita cómplice.

Temple suspiró. En su opinión, el mayor defecto de Gallera era su impávido optimismo. El suministro continuo del que disfrutaba este le habría hecho sospechar que lo suyo era ingenuidad si no lo conociera mejor. Quizá, pensó, el tabernero se inclinaba por conservar la esperanza, dados los dineros que estaban pasando a sus manos.

Se planteó ir a hacerle una visita a Sello más tarde. Los dioses sabían que al joven médico del ejército seguramente no le iría mal la compañía esa noche. Pero también era muy probable que el muchacho estuviese ya metido hasta los codos en su propio cofre de medicinas. Entonces pensó en algo mejor y le hizo un gesto a Gallera para

que se acercase.

—¿No habrás visto a Corinn por aquí, verdad?

El cervecero esbozó una gran sonrisa y le habría dado un codazo a Temple si el ceño de este no le prometiera una paliza si se le ocurría. La sonrisa se desvaneció cuando pensó en la pregunta.

—No, la verdad es que no. Lo siento, Temp.

Temple se echó hacia atrás con un encogimiento de hombros.

—Pensé que al menos se despediría.

—El bueno de Temp, siempre pensando lo peor. Diré que te traigan una jarra de negra. —El posadero se levantó y le dio una palmada a Temple en el hombro.

Temple despidió a Gallera con la mano y giró la silla para apoyarla en la pared. En las mesas más cercanas, todas ellas atestadas, solo destacaban un par de caras conocidas. Pertenecían a los otros dos hombres que le alquilaban habitaciones a Gallera: Faro Balkat, un viejo frágil y seco que tragaba agua de paraltina como si no fuese el veneno que era y que pocas veces sabía si era de día o de noche; y Trenech. Éste era un tipo gigantesco, tan ancho y al parecer tan inteligente como un bhederin, que de vez en cuando hacía tareas de portero y guardaespaldas para Gallera a cambio de cerveza gratis.

Aunque Gallera hubiera desechado sus amargas predicciones, y si bien Temple no pensaba admitirlo, temía no volver a ver más a Corinn, y eso a pesar de que tenía una lengua más afilada que una daga taliana. La había conocido... ¿cuánto...? ¿hace menos de un mes? Y en ese tiempo Temple se había sorprendido a sí mismo al ver cuánto anhelaba escucharla relatar campañas imaginarias mientras se tomaban una copa de vino. Intentó recordar su última conversación: ¿había dicho algo peor que las habituales insinuaciones estúpidas? ¿Un chiste demasiado grosero sobre un par de viejos caballos de guerra que podían buscar un establo juntos para darse calor? Aunque los dos eran veteranos y contemplaban el mundo a través de los mismos ojos cínicos, la mujer lo trataba como si fuera el simple piquero que fingía ser. Quizá solo estuviera soñando despierto, ¿pero era posible que aquella mujer viera algo más que eso?

Anji empujó la puerta de servicio que había junto a la mesa y, al pasar, dejó de golpe una jarra de peltre con negra malazana. Temple le dedicó un gesto de agradecimiento, pero la chica se limitó a poner los ojos en blanco ante la velada que empezaba a dibujarse. Cuando pasó junto a una mesa cercana, un tipo la agarró por el culo. Anji se giró en redondo, le tiró una jarra alta de cerveza en el regazo y hubo que detenerla para que no le rompiera la jarra en la cabeza. Por toda la sala resonaron risotadas y vítores de placer en su honor.

El estallido atrajo la mirada del tipo que se había sentado en la silla de Temple. Las quemaduras de los antebrazos se extendían hasta la cara y en un instante Temple

reconoció la fuente: municiones alquímicas imperiales. Una bomba incendiaria, seguramente.

Los matones se calmaron bajo la mirada furiosa del hombre y eso sorprendió a Temple. Entre los soldados que él había conocido, una mirada así habría provocado que le tiraran a la cabeza un taburete, una jarra o lo primero que tuvieran a mano. Observó de soslayo cuando el tipo se volvió de nuevo hacia sus compañeros. El hombre hizo un gesto amplio, como si imitara el tajo de una espada, y un tatuaje destelló por un instante bajo la manga corta de su túnica. Un puente arqueado con un fondo de llamas que lo lamían: el emblema de los Abrasapuentes.

Temple sintió que aquellas llamas le abrasaban el corazón. A media sala de él se sentaba un hombre que quizá hubiera conocido en tiempos anteriores, en una vida diferente. El impulso de huir le provocó un espasmo en los brazos. Se obligó a bajar la cabeza, como si estudiara las profundidades de su bebida. Lo más probable era que jamás se hubieran tropezado, lo sabía. Y aún más, el abrasapuentes ni siquiera se fijaría en él y aquello no sería más que otro roce con su pasado, aunque hubiera estado a punto de pararle el corazón. Se obligó a tomar otro trago. La cálida negra malazana le bañó la garganta. Estuvo a punto de lanzar una carcajada, cómo podía estar tan nervioso. ¡Dioses, hombre! ¡Apenas llevaba un año fuera de acción y ya se comportaba como un potro asustadizo!

Sin casi levantar la cabeza observó la sala llena de humo. Era una noche lluviosa y fría, su asiento favorito estaba ocupado, su pasado le sonreía como una calavera desde la mesa de al lado y, una vez más, Corinn lo había dejado plantado después de, en los últimos tiempos, pasar con él la mayor parte de las veladas intercambiando historias, y eso que quizá hubiera recibido cierta mirada de los ojos femeninos durante la última. Visto lo visto, la velada exigía una retirada digna. Una botella del vino tinto de su tierra lo esperaba metida bajo el catre, la guinda para una noche tan malhadada como aquélla.

Se levantó y echó atrás la silla. Tenía la sensación de que todos los ojos del aposento reptaban por su espalda. Abrió de un tirón la puerta de servicio, se agachó y salió a la antesala que Gallera había adaptado sin mucho entusiasmo para convertirla en un almacén añadiéndole unos cuantos estantes. La habitación era oscura, fría y estrecha. Temple podía tocar las dos paredes sin estirar los brazos. En la pared había un portal apenas lo bastante ancho para sus hombros, aunque eran más anchos que los de la mayoría. Se abría a unas escaleras de caracol que ascendían a la cocina y las habitaciones alquiladas, así como bajaban a los sótanos.

Temple empezó a subir las escaleras, sentía en la espalda la corriente constante de aire frío que nunca dejaba de brotar de las profundidades del edificio. Se preguntó por el misterio del abrasapuentes, ¿qué haría allí, en la isla? Ya estaba de camino a su habitación pero sentía el impulso de sentarse con el tipo y rememorar los viejos

tiempos. Pero las historias de los vagabundeos de veteranos retirados o licenciados por lo general resultaban ser tristes o anodinas. Podía imaginarse el destino de un soldado semejante fuera de los pelotones de los Abrasapuentes: ningún puesto habría sido deseable. Hasta el papel de infante de marina le habría parecido limitado y frustrante. La destitución directa del servicio era preferible. Y tras eso, vagar sin rumbo y la perplejidad ante la vida civil.

Temple lo entendía: cuando le habían arrebatado su lugar en las filas, él había experimentado algo muy parecido. Incluso se había presentado con papeles falsos en la guarnición local para regresar a la única vida que le parecía que era la suya.

Pero había algo más en ese enigma que un único hombre. Al pasar junto a las cocinas, Temple le dijo «hola» con la mano a Sallil, el cocinero, que le devolvió el saludo con la cabeza y después volvió a abanicarse en los empinados escalones de la puerta trasera que llevaban al callejón. En la oscuridad de las escaleras, Temple llegó a tientas hasta las habitaciones superiores, algunas alquiladas por Anji y unas cuantas amigas para algún trabajo de puta ocasional, y una ocupada por el propio Gallera. En el estrecho pasillo se le ocurrió que ya había visto una vez a una panda de hombres desastrados como la multitud de la taberna de abajo. Habían desembarcado de una galera que procedía del otro asentamiento de la isla, Jakata; el barco había atracado para pasar la noche en los muelles públicos.

Ya junto a su puerta, Temple hizo una pausa, el enigma estaba resuelto. Los navíos registrados en Jakata disfrutaban de una de las escasas patentes que permitían la «interceptación» de barcos no imperiales junto a las costas de Quon Tali. En pocas palabras, la larga tradición de la piratería sobrevivía en Jakata. Ése hombre, un exabrasapuentes, se encontraría como en casa entre una pandilla de rebeldes como aquélla.

Debían de haber hecho una escala a cuenta de la tormenta inminente, no era de extrañar que hubieran apostado dos hombres para vigilar. Era muy probable que hubiera representados allí carteles de mercaderes cuyos barcos habían sido «liberados» por esos mismos hombres.

Temple sacó las llaves que llevaba en un cordel de cuero alrededor del cuello. Era razonable pensar que había conseguido desentrañar el cómo y el por qué de la presencia de la multitud de abajo. Ya podía beberse su vino y olvidarse de ellos. Lo que quedaba por ver era si saldría algo de esa tontería de la Luna Sombría.



El pescador dejó la corteza de pan y depositó el cuenco de sopa humeante en la mesa. Se acercó a la ventana, donde un trapo aleteaba bajo las ráfagas de gélido viento sur. Junto al fuego, su mujer se volvió hacia él.

—¿Qué pasa, Toben?

El hombre apartó el trapo y se quedó mirando al sur por un momento. Cuando se volvió hacia ella tenía la mirada baja.

—Tengo que salir, amor.

—¿Ahora? —La mujer posó en el regazo el jersey que estaba remendando.

—Sí.

—No hay peces que se puedan coger a la luz de esta luna.

—Cierto, atrae otras cosas.

—Nunca has tenido que salir, ninguna de las otras veces.

—No. —El pescador se acercó a ella y le quitó con suavidad el jersey de las manos—. Las cosas ya no son como antes. Todo ha perdido su equilibrio.

La mujer levantó una mano, él la cogió y ella apretó con fuerza la de él.

—No salgas —le dijo con un susurro fiero—. Por favor, no. Me causa pavor.

El hombre se inclinó para besarle los ojos, ambos sin vista, ambos clavados.

—Lo siento, patita. Tengo que hacerlo.

—Entonces sabes que vas con mi amor.

—Sí, querida mía.

El pescador se puso el jersey. Sacó con una pala unas brasas del hogar y las metió en un brasero, después llenó una pipa corta de arcilla y la encendió con una brasa del

fuego.

—Buenas noches, amor —le sonrió él—. Canta para mí, ¿quieres?

La mujer levantó una mano.

—Sabes que lo haré. Vuelve pronto.

—Lo haré. Tan pronto como pueda.

La mujer giró la cabeza para escuchar la puerta, oyó el viento que gemía entre las rocas, el océano que palpitaba contra la costa con una presión lenta e insistente. La puerta se cerró con el pestillo. La mujer bajó la cabeza y plegó las manos en el regazo.

El viento soplaba constante y frío. Las nubes se precipitaban por el cielo, los primeros estandartes de un frente sólido que llenaba todo el horizonte meridional. Bajo el ojo plateado de una luna recién salida no se movía nada entre las chozas encaramadas a la costa desnuda del sur de la isla de Malaz, nada salvo el pescador que bajaba con cuidado hasta los guijarros azotados por las olas. Bajo los latigazos del viento, el brasero llameaba como una almenara. Por un momento, el pescador se paró para escuchar, le parecía haber oído la insinuación del aullido de un mastín en el viento. Entrecerró los ojos, miró al sur e hizo una mueca: por el horizonte oscuro de nubes y mar, destellaban luces verdiazules como fuegos en un mástil. Luces que los marineros afirmaban que atraían a los hombres a su perdición.

Se encontró con que la marea había subido casi a la altura de su esquife varado. Colocó el brasero en un soporte de hierro en la bancada del centro, apoyó el hombro en la proa y después se apartó con una sacudida, como si lo hubieran picado: un hielo escamado cubría la madera como una segunda piel. Articuló sin ruido una maldición y posó una mano en la madera. El hielo se fundió y dejó gotas de condensación en la madera pulida por los años, gotas que humearon convertidas en un vapor que se llevó el viento. Mientras cantaba por lo bajo, el pescador empujó la proa. El esquife rozó las piedras y el hombre siguió empujando, se metió hasta los muslos entre las olas y después trepó a bordo.

Mientras se ponía a toda prisa a los gruesos remos de madera, canturreaba una canción que ya era antigua la primera vez que hombres y mujeres pisaron la isla. Las colinas encorvadas y gastadas por los siglos se encogieron a lo lejos, como si el propio viento rabioso se hubiera llevado la isla.

Con un remo hizo girar el esquife entre las olas y después se dio la vuelta para mirar a popa, con la proa al sur. Entre el esquife y Malaz, que ya no era más que una línea oscura y lejana en el horizonte septentrional, el mar se alzaba en olas lentas y pesadas, tan lisas como las antiguas colinas de la isla. El granizo azotaba la espuma en todas direcciones, pero nada de ello rozaba las canas del pescador, que se agitaban al viento. Un oleaje profundo, alto como cualquier navío, se cernía sobre él,

entreverado de hielo y escarcha y coronado por espuma. Pero el agua rodaba bajo su proa con tanta suavidad como la ladera de un prado mientras él le canturreaba al viento.

El frente tormentoso avanzaba por el sur, se espesaba convertido en un frente sólido de nubes revueltas. Un torrente de aguanieve se fundió convertido en lluvia que se disipaba mucho antes de alcanzar el esquife. Los rayos crujían entre las nubes; abajo, destellos de esmeralda y el azul más profundo estallaban como piedras preciosas que flotaban entre las olas. El pescador no veía nada; con la cara al norte y la pipa apretada entre los dientes, entonaba su cántico monótono y el viento se llevaba las palabras.

Kiska no tardó en perder el rastro del tipo que había aparecido de forma tan repentina delante de ella en los muelles. Una vez más, se olió que había sendas en el asunto y esperó que aquel individuo no se le hubiera ocurrido que podrían seguirlo. Si se le había ocurrido, en ese momento estaría justo detrás de ella, esperando, observando desde un camino de la senda Rashan de la Oscuridad, o quizá incluso desde los dominios del mismo Embozado, la senda de Muerte. Aunque en una noche como aquella, acceder a cualquiera de esas sendas le parecía imprudente incluso a ella.

El rastro de su objetivo y sus guardianes la llevó al interior, a través del distrito de almacenes antes de continuar por los barrios más pobres, repletos de tiendas de harapos, casquerías, prestamistas y curtidorías. Si su presa continuaba por esa dirección, no tardaría en enfrentarse a un barrio más pestilente todavía, el arrabal del Ratón, la zona más sucia, más baja y más infestada de enfermedades de la ciudad.

En el primer callejón embarrado, en el que actuaban como pasarelas unos tablones de madera, el rastro de su objetivo giró de súbito al norte. A Kiska no le sorprendió el repentino cambio de dirección; se imaginó el asco que habían debido de sentir al ver la basura maloliente y los restos podridos de las cocinas flotando en el agua estancada que se filtraba de un páramo cercano. Podría haberlos seguido sin mayor dificultad por el laberinto de callejones, sobre todo en ese momento, ya que muchos de los caminos no eran más que senderos glutinosos que atravesaban las ruinas ennegrecidas dejadas por los disturbios del verano anterior. Pero era sobre todo porque había crecido en ese barrio y se había pasado la vida esforzándose por salir de él, por lo que siempre era reticente a entrar en sus calles.

El rastro subía por una ligera pendiente que llevaba al acomodado centro de los mercaderes. Cruzaba callejones con mercados y dibujaba un ángulo que más o menos se dirigía directamente al norte, por arcadas empedradas y junto a fachadas de tiendas, todas con los postigos cerrados ante la noche inminente. Seguía subiendo por el distrito de los mercaderes de telas, trepaba por las colinas del noroeste y se internaba en las Luces, el antiguo barrio de haciendas. Buena parte de las casas

solariegas se alzaban vacías tras las altas verjas. En aquellos tiempos servían solo como retiros provinciales para las familias aristocráticas que habían transferido sus intereses al norte, al otro lado del estrecho de los Vientos, a la corte imperial de Unta.

La tarde se había enfriado con rapidez. Un viento gélido del sur, procedente del mar de las Tormentas, enviaba ráfagas que llegaban de los exiguos cabos de la isla. El manto de nubes continuaba intacto, se precipitaba al norte como un humo forzado. La pesada capa de Kiska ondeaba al viento y se enganchaba sin parar, puesto que su dueña no se apartaba de las verjas de hierro ahogadas por enredaderas que bordeaban los bulevares del distrito. Un margen permanecía, sin embargo, pegado a ella: el lado derecho, que mantenía recto el mango de la ballesta que llevaba disimulada bajo el manto.

Kiska se detuvo a la sombra de una antigua columna, un plinto para la estatua de mármol de un nacht, la criatura alada y con grandes colmillos que según se decía había habitado en otro tiempo la isla. Las calles estaban desiertas. Las últimas almas que había visto, aparte de cuando había vislumbrado a su objetivo y la escolta, eran unos cuantos rezagados. Encorvados bajo chales y pañuelos, se apresuraban a llegar a sus casas antes de que cayera la noche del todo.

Ésa noche. Ésa noche de todas las noches posibles. La Luna Sombría. El festival de todas las almas. La noche de las sombras. Los títulos parecían interminables. Kiska había crecido oyendo las viejas leyendas, relatos tan imaginativos y fabulosos que ella ponía los ojos en blanco siempre que su madre los sacaba a colación. Al menos hasta unos cuantos días antes, cuando había oído a escondidas que, por algún medio arcano y sin especificar, se había predicho una Luna Sombría para esa noche. Desde entonces se había dedicado a escuchar sin que la vieran las charlas que se regocijaban con historias espantosas sobre mastines monstruosos, sombras vengativas y esa guarida local, la Casa de Muerte. Cualquier mención de ese recinto provocaba advertencias e insinuaciones susurradas sobre leyendas más oscuras todavía; relatos de demonios malévolos que la habían habitado en otro tiempo, como si tomaran prestada algo de su antigua y siniestra esencia: Kellanved, Danzante, Torva, y el corazón oscuro del imperio que iba a surgir.

Por las historias que había oído, a Kiska le parecía que todo el mundo tenía un ancestro o un pariente que había desaparecido durante una Luna Sombría. Una noche tan buena como cualquier otra, se imaginaba la chica con cinismo, para dejar tirada a una esposa que era una bruja o a un marido que era un inútil.

En ese mismo instante su madre estaría, sin duda alguna, encerrada en su habitación, con los ojos apretados y pronunciando sin ruido plegarias a Chem (el antiguo culto local al mar) para que la mantuviera a ella y a los suyos a salvo. Si hubiera hablado con ella en los últimos días, seguro que habría intentando impedirle que saliera a la calle esa noche, como Agayla había hecho durante los disturbios

provocados por las leyes nuevas de la regente. Pero Kiska había crecido haciendo caso omiso de las prohibiciones de su madre sobre casi todo, así que, ¿por qué iba a escucharla ese día? Especialmente cuando aquella era la primera Luna Sombría de su vida.

Aquéllos a los que seguía caminaban por los callejones desiertos con confianza y osadía. Para ellos, la noche no presentaba peligro alguno. Si conocían las leyendas (cosa dudosa) seguramente las verían como una simple y pintoresca costumbre local durante la que se suponía que almas, monstruos y demonios tomaban las calles. Las atrasadas supersticiones de su ciudad avergonzaban a Kiska. ¿Y si interrumpía la vigilancia? ¿Y si corría a ocultarse en un precinto sagrado o en un templo? Si abandonaba la persecución, ya podía imaginarse la mirada desdeñosa del comandante de las garras. Después de todo, ¿qué otra cosa podía esperarse de un talento local?

Por delante de ella, a lo lejos, aplastados por la negrura del cielo, su presa y los guardias seguían subiendo por la calle empedrada. La niebla se alzó del suelo y giró en el viento cuando su objetivo dobló una esquina y desapareció. Kiska se mantuvo a cubierto. Que ella supiera, los hombres podían estar esperando algo más adelante. Podía pasar junto a ellos y no enterarse hasta que un hierro frío se deslizara entre sus costillas. O, con más probabilidad, una cuerda de seda anudada que le rodearía de repente el cuello como la soga de un ahorcado.

Kiska se ciñó mejor el manto e intentó desprenderse del miedo como de la lluvia que le resbalaba por el tejido encerado. Era muy simple, tendría que proceder bajo la suposición de que todavía tenían que advertir su presencia. Sus nervios se desharían en mil pedazos de otro modo.

La esquina reveló un camino de entrada para carruajes: dos hondonadas abiertas entre las piedras por siglos de ruedas. El grupo había desaparecido. Camino abajo, entre altos muros, se encontraba un inmenso portal de puertas de madera tallada. Kiska sabía lo que había detrás. La casa solariega de la familia E'Karial. Bastante pequeña comparada con algunas de las fincas más majestuosas de la ciudad, pero cómoda, o eso le había parecido desde fuera durante sus vagabundeos nocturnos. También llevaba mucho tiempo abandonada. Si estuviera ante una reunión, Kiska imaginaba que sus participantes no podrían haber dispuesto de una ubicación más aislada. Claro que también podía ser que un vástago muy mal informado de la familia E'Karial había llegado para inspeccionar su legado.

Kiska respiró hondo varias veces, despacio, y después cruzó la entrada de carruajes hasta la boca del callejón de enfrente, donde la hiedra crecía tan espesa que apenas podía ver entre ella. Con cada paso sentía un escozor en la espalda, como si la acosara una miríada de puntas de daga imaginadas. Pero los muros asfixiados por la hiedra se la tragaron sin incidentes. Se acercó corriendo a otro callejón, ese de simple barro, que sabía que llevaba a una portezuela que había detrás de la finca. Rodeó con

cuidado los charcos de lluvia y luchó con los arbustos de púas que se le enganchaban en el manto, estuvo a punto de no ver el nicho de la entrada oculto en las sombras.

Se arrodilló junto a la puerta cubierta de musgo, se colocó bien el manto y se puso a escuchar. Las gotas de lluvia caían de las puntas de las hojas de los árboles, el viento susurraba entre las ramas y, no más que un murmullo distante, el omnipresente oleaje castigaba las orillas de la isla. La puerta hedía a podredumbre mientras que el arco hundido conservaba el olor a humedad del humus siempre empapado. Kiska no tenía intención de abrir la puerta, por supuesto. Con una mirada era más que suficiente para comprobar que ya no era posible: una parte del peso del muro se había acomodado sobre el marco. Si empujaba los tablones podridos, terminaría atravesándolos y caería en el jardín trasero. Había una manera más sencilla de pasar desapercibida y escuchar sin tener que sacar la cabeza por encima del muro.

No oyó a nadie y le dio tiempo suficiente, cincuenta latidos. Lo más probable era que estuvieran dentro de la finca. Había llegado el momento de probar con el muro. Salió del nicho y evaluó los bloques y las enredaderas que asfixiaban la superficie irregular. No había problema. Para no traicionarse, trepó hasta donde tres acebillos se alzaban juntos dentro del complejo. Con la cabeza y los hombros por encima de la copa, estudió los jardines. Estaban incluso peor que la última vez que los había visto. Los arriates contenían ya solo tallos muertos y malas hierbas. Un patio central revestido de azulejos brillaba con luz pálida bajo un manto de hojas muertas. Y allí, uno junto a otro, en un banco de mármol tan blanco que resplandecía en la noche, había dos hombres sentados. Kiska se quedó inmóvil.

No había oído nada porque ninguno hablaba. Los dos miraban el cielo del sur. Por lo que ella veía, estudiaban en silencio las nubes. El que tenía a la derecha era el hombre al que había seguido, con la capucha quitada y el cráneo afeitado, oscuro como la marga fértil, una larga coleta le envolvía un hombro. El otro era un anciano, pálido como un fantasma, con el cabello blanco y los hombros delgados encorvados como alas plegadas, la cabeza ladeada. Estaban así sentados, casi como estatuas, y el tiempo se alargaba. ¿No podían moverse, hablar, hacer algo? Kiska se preguntó cuánto tiempo podía seguir allí colgada del muro, con los dedos de los pies metidos en una grieta.

Al poco rato, después de lo que le pareció una campanada entera pero que solo fueron ciento cincuenta latidos, una luz plateada irrumpió en la noche cuando la luna brilló por una brecha entre las nubes. El anciano echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada áspera. Parecía haber hecho valer su opinión. El hombre del cúter mensajero contestó, su tono fue reticente, evasivo; seguía estudiando el cielo nocturno. Kiska se esforzó por captar sus palabras, pero las ramas susurraban y crujían sobre ella.

Tras unos cuantos intercambios más, el anciano se aferró al brazo del otro y gruñó

algo. El segundo se levantó y apartó la mano de su manto. Habló en voz baja, pero el otro no le respondió, después se alejó hacia la parte delantera de los terrenos. El anciano continuó sentado, con la cabeza hundida, como si fuera un vidente en busca de patrones entre las baldosas agrietadas y las hojas que giraban a su alrededor. Kiska volvió a bajarse del muro sin ruido.

¿Qué acababa de presenciar? ¿Un simple encuentro entre parientes distanciados o entre dos que en otro tiempo habían sido amigos? Clandestino, sí, pero eso no era ningún delito por sí solo. La reunión tenía un ambiente de ritual, como si fuera una especie de ceremonia. El anciano podría ser un pariente rechazado por la familia. Quizá se había tropezado con algún asunto que la familia E'Karial quería mantener oculto, un esqueleto en jardín, por así decirlo. Kiska debería investigar un poco. Hacerse con influencias era, después de todo, parte del trabajo.

A lo lejos, en la ciudad, un perro aulló a la luz brillante de la luna. La ferocidad de la llamada heló la sangre de Kiska y le recordó a los mastines demoníacos que ocupaban un papel prominente en las leyendas de la Luna Sombría. Si esos malditos aullidos seguían así toda la noche, como parecía que iba a ocurrir, Kiska ya se imaginaba las historias que se contarían al día siguiente en el mercado, relatos de huidas en el último momento y visitas aterradoras de enormes bestias sobrenaturales. La gente siempre creía lo que quería creer.

Estaba a punto de abrirse camino entre las hojas húmedas hasta la entrada del callejón cuando oyó un ruido detrás del muro que la hizo darse la vuelta: un tintineo de baldosas. Kiska dudó, se preguntó si se lo había imaginado y luego volvió a subir de un salto para echar otro vistazo. El banco estaba vacío pero a su lado se arrodillaba el intruso del muelle, el hombre que la había sorprendido un rato antes. El hombre se irguió, a sus pies quedaba un fardo, y desapareció en la nada como si las sombras lo hubieran envuelto. Kiska lo miró asombrada. Magia de las sendas. Le llevó unos momentos reconocer lo que el hombre había dejado atrás, encogido en el patio: era el anciano, que yacía bocabajo.

Kiska se dejó caer y giró en redondo, se apretó de espaldas contra las enredaderas del muro. Las gotas de lluvia la empaparon. ¿La había visto el hombre? ¿Iba a ser ella la siguiente? Sacó el cuchillo largo. Con la empuñadura perfecta para eludir las estocadas, era el arma más pesada que llevaba, aparte de la ballesta, que en ese instante hizo girar en la cadera para cubrir el callejón. Un adepto, eso estaba claro. Pero ¿de qué senda? Su desaparición se parecía a la oscuridad emborronada de Rashan, solo que resultaba un tanto diferente. Y eso era lo que más la asustaba. Se le ocurrió una idea espeluznante, ¿y si ese hombre era una garra? Parecía bastante hábil. El terror se apoderó de ella: la llegada de un oficial desconocido, guardaespaldas de la Garra, una visita furtiva... ¿se había tropezado Kiska con la limpieza casera de los dominios de la regente imperial? Si era así, estaba acabada. ¿Qué era lo que decía el

viejo refrán? ¡Las garras solo viajaban por negocios! Kiska estuvo a punto de lanzar una carcajada, pero en su lugar se consoló con la sensación del guante que ceñía con fuerza el mango del cuchillo.

Pasó el tiempo y al final, aunque lo hizo con una extraña reticencia, Kiska tuvo que admitir que no estaban a punto de asesinarla. Así que bien podría descubrir cuanto pudiera de lo que había ocurrido allí. Envainó la daga y saltó una vez más al muro. El cuerpo del viejo seguía tirado tras el banco. No había nadie más. La luz de la luna jugaba sin orden por los jardines en ruinas. Un segundo aullido estalló en la noche y la hizo estremecerse. ¡Dioses! ¡Era como si tuviera a la puñetera bestia justo a su lado!

¿Quién tenía animales así? Kiska decidió que antes del alba acuchillaría al chucho si no lo hacía otra persona antes. Después bajó con cuidado al patio cerrado.

El anciano había recibido dos cuchilladas en la espalda. Kiska se preguntó si el trabajito se había hecho por órdenes de su objetivo. ¿Le había propuesto algo al viejo? ¿Una propuesta que no se podía rechazar? Quizá no fuera consciente del asesinato. Las garras, u otra persona, quizá pensaran que ese encuentro nunca hubiera debido producirse. Kiska le dio la vuelta al cuerpo y empezó a hurgar entre sus ropas.

Introdujo una mano por la túnica, todavía caliente por la sangre derramada. El hombre le cogió de repente la muñeca y abrió los ojos de golpe. Kiska sacó con gesto automático la daga de parada, la hundió en el pecho del hombre y empujó con todas sus fuerzas. Era una estocada mortal, estaba segura, pero el viejo seguía mirándola sin soltarla. ¿El rictus de la muerte? El viejo esbozó una sonrisa horrible y abrió la boca. Un chorro de sangre brotó de ella y le ennegreció la barbilla. Una presión firme, sobrenatural, la acercó a él. Los labios ensangrentados se plegaron con una expresión reprobadora.

—Ya estoy muerto, ¿lo sabías? —le susurró el viejo con la boca llena de sangre y saliva—, pero es que la Luna Sombría ha salido.

Al enfrentarse a un horror sobre el que la habían advertido pero en el que nunca había creído en realidad, todo el adiestramiento de Kiska (incompleto, solo informal) se derrumbó, y la chica gritó.

Temple se estaba peleando con la cerradura oxidada de su puerta cuando alguien murmuró su nombre pasillo abajo. Estaba examinando el obstinado cerrojo y al oír el susurro levantó la cabeza con una sacudida. Corinn le hizo un gesto desde detrás de una puerta apenas abierta. El veterano se irguió y habría saludado a voces pero hubo algo en la expresión tensa de la mujer que lo mantuvo en silencio. Corinn volvió a hacerle un gesto, impaciente, así que Temple bajó por el pasillo sin prisa. En la puerta le sonrió a la mujer e intentó mirar lo que ocultaba tras ella. Era la habitación a la que Anji y unas cuantas chicas más llevaban a sus ocasionales clientes. Temple arqueó

una ceja.

—Bueno, creí que tú jamás...

—Tú entra aquí, maldito seas —le siseó ella, abrió de un tirón la puerta y lo metió en la habitación.

A pesar del enfado obvio de la mujer, Temple sintió que esbozaba una sonrisa idiota. Estaban muy juntos en aquel armario estrecho de habitación. La lengua de aquella mujer, afilada como un estoque de Darujhistan, cortaba a cualquiera que osara acercarse. Pero allí, casi tocándola, Temple fue muy consciente de repente de las profundidades de sus hondos ojos castaños y de las filigranas de los tatuajes negros que iban desde la punta de la nariz de la mujer hasta la frente.

Temple a veces quería creer que captaba cierto interés en aquellos ojos que lo miraban de soslayo, ocultos, pero esa noche la preocupación los tensaba. Había soñado despierto con un encuentro como ése, por lo general cuando el alcohol reblandecía su juicio o la soledad vaciaba su pecho y él deseaba tener a alguien con quien hablar. Pero en ese momento se sintió torpe y cohibido mientras ella lo miraba a la cara y sacudía la cabeza.

—Tenías que aparecer esta noche precisamente, ¿verdad?

Por un instante, Temple se sintió como un marido díscolo que al fin se había arrastrado hasta casa después de una borrachera de tres días. Se echó a reír y señaló su habitación con el dedo.

—Corinn, vivo aquí. ¿Adónde si no se supone que debo ir?

—¡Al cuartel! Se suponía que ibas a quedarte allí. ¿Por qué no...? Oh, da igual. —La mujer agitó la mano para pedirle silencio—. Escúchame. Solo tenemos un minuto. Lo que voy a decir y hacer, lo hago para salvarte la vida. ¿Entiendes?

La tenía tan cerca que podía oler la insinuación oscura de su aroma, ¿el perfume de una flor desconocida? ¿Especias extranjeras? ¿Incienso? Era medio napaniana, había dicho alguien una vez: no tan morena. Temple parpadeó y tragó saliva. Solo había que verlo, un viejo caballo de guerra al que ya hacía tiempo que habían retirado a pastar y no se le ocurría otra cosa que hinchar los ollares al paso de una yegua.

—¿Salvarme la vida? Corinn, yo me voy al catre con una botella de tinto kanesiano. Es decir, a menos que tú estés pensando en otra cosa...

Los ojos de la mujer destellaron de rabia.

—Serás idiota. Estoy intentando salvar ese inútil pellejo que te cubre. —Levantó un puño y abrió la palma de la mano. Sobre la piel arrugada y pálida lucía una pequeña insignia, metal pintado y esmaltado con sigilo: un arco de piedra encima de un campo de llamas. La insignia de los Abrasapuentes, el mismo regimiento del tipo de abajo, en otro tiempo del Tercer Ejército. Un ejército que Dassem, con Temple a su lado, había dirigido en Falar y en Siete Ciudades.

Lo único que podía pensar él era: *así que es el olor a humo lo que la rodea*. Un

aroma oscuro que adoptaba un matiz letal en presencia de aquella pequeña insignia.

—Ah, no —gimió él—. Por el Embozado, no. ¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres? Se oyeron unos pasos en el pasillo. Corinn se inclinó hacia él.

—Quiero que hagas lo que yo te diga porque sé quién eres. Te reconocí. Yo estaba en Y’Ghatan. Vi la Espada rota. Lo sé. —Lo cogió por un brazo, el veterano sintió la mano cálida y dura de la mujer a través de la camisa—. No te interpongas esta noche y seguirá siendo nuestro secreto. Tú solo... apártate.

La puerta se abrió de golpe detrás de Temple. Éste se volvió. El hombre de las quemaduras estaba en el pasillo, detrás de él dos de los hombres con los que se había sentado, con las ballestas levantadas. El hombre miró a Corinn, que respondió a su mirada con un breve asentimiento.

—Está desarmado —les dijo.

Lo único que oía Temple eran las palabras de la mujer: «Sé quién eres». ¿Significaba eso que la habían enviado? ¿Que lo había estado vigilando? Estaba aturdido, como si todo aquello de lo que se había estado ocultando durante el último año cayera sobre él como un muro minado.

La mirada del hombre era engañosamente afable.

—Me llamo Ceniza —dijo, tenía la voz suave—. Sargento Ceniza. Tú, por otro lado, eres mi prisionero.

Lo sentaron en el reservado de atrás junto a Gallera, enfrente de Trench y del viejo Faro Balkat. El anciano parecía dormido, estaba caído contra la pared y tenía los ojos clavados en el vacío. Una gota de saliva le colgaba de los labios manchados de púrpura. Era extraño, Trench lo sujetaba con suavidad con una mano enorme. Temple miró furioso a Gallera, que parecía más confuso que preocupado, después se volvió para observar a Ceniza. Afirmaba ser sargento pero con toda probabilidad era oficial. En el centro de la habitación, consultaba algo con Corinn y unos cuantos más.

—¿Qué van a hacer? —susurró Gallera.

—No lo sé. —Al principio Temple había pensado que habían ido a por él, que al fin habían llegado a su nombre en la larga lista que Torva tenía de sus enemigos. Pero empezaba a preguntarse si ese era el caso—. ¿Qué ha pasado? —le preguntó a Gallera.

Reapareció el trapo y el cervecero se secó la papada reluciente y la frente.

—La culpa fue mía —tartamudeó—. No puedo creerlo. Me dijeron que mandara marchar a todo el personal. ¿Cómo pude tragarme eso?

—¿Tragarte qué, hombre? ¿Qué?

Gallera lo miró y parpadeó.

—Ladrones, por supuesto. ¡Una banda de malditos ladrones!

Temple contuvo una carcajada. Se dio la vuelta e intentó llamar la atención de

Corinn sin hablar.

—No, Gallera. Creo que es algo más que eso.

Corinn lo miró a la cara pero su rostro permaneció inexpresivo, como si no lo conociera de nada. El veterano esbozó un leve asentimiento a modo de respuesta y apartó los ojos, que posó directamente sobre los de Trenech. El hombretón lo miraba con fijeza, o más bien miraba a través de él. El sudor le perlaba la frente. Con la mano derecha apretaba la mesa con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

Temple había hablado con el tipo solo unas cuantas veces. Le parecía lento, como un recién nacido atrapado en el cuerpo de un gigante. ¿Estaba aterrorizado por todo aquello o la suya era una rabia mecánica? Temple supuso que debería decir algo tranquilizador, pero no sabía qué.

Giró la cabeza un poco y estudió a los hombres. La mayoría, unos treinta, estaban sentados juntos cerca de la puerta y en voz muy baja susurraban entre sí. Más cerca, bajo la luz parpadeante de la chimenea, Ceniza, Corinn y una docena más se habían sentado junto a dos mesas. Temple calculó que la edad media de todos ellos era de unos treinta y tantos años. Se apretaban las correas de la armadura y los cinturones de armas. Algunos fumaban pipas cortas de arcilla. Nadie hablaba. Temple identificó a tres miembros de las tribus wickanas, con bigotes y camisotes de cuero hervido tachonado con mangas de cota de malla; dos dalhonesios de piel oscura, uno con los cortes elevados de las escarificaciones faciales en las mejillas, y el otro, con el ojo derecho convertido en una esfera de color lechoso pálido; un napaniano, bajo y fornido como un tocón, tenía la piel de un azul desvaído, con un tono verdoso; dos hombres muy morenos de Siete Ciudades con cotas de malla bajo unas sobrevestas largas que se habían ceñido con un cinturón muy apretado; y el resto eran probablemente nativos de Quon Tali, con los camisotes reglamentarios malazanos, uno con varias filas de rombos de acero azulado remachados sobre el cuero. Todos y cada uno contaban con una ballesta, ya la tuvieran a la espalda, sobre la mesa o en el banco, a su lado. Las espadas cortas colgaban envainadas en los cinturones y en los arneses de los hombros. Veteranos, y además abrasapuentes, con casi plena seguridad.

Los otros eran los indigentes y matones que Temple había identificado antes. Muchos llevaban espadas cortas curvas envainadas con el pomo por delante, al estilo jakatano, mientras que en otros Temple identificó sencillos cuchillos largos talianos, dagas curvas dalhonesias y, en dos, largos mandobles de Unta. Vestían un batiburrillo de armaduras, las más pesadas de las cuales eran poco más que chalecos de cuero hervido o camisas largas acolchadas.

Algunos se tiraban de los cueros, era obvio que nada cómodos con ellos. Temple apartó la vista, asqueado: matones de ciudad, ni un solo veterano entre ellos. ¿Qué esperaba lograr Ceniza con semejantes tipos? ¿Y Corinn? Con la cabeza baja, la mujer hablaba con el sargento. Temple la observó con atención con la esperanza de

que la mujer levantara la cabeza al calor de sus ojos. Sabía que era maga, ¿pero de veras era una maga del cuadro de los Abrasapuentes? Él creía que habían muerto todos durante las campañas de Siete Ciudades y Genabackis.

Suspiró y se frotó los ojos. Por todos los dioses del cielo y del inframundo. Siete Ciudades. Y'Ghatan. Casi podía oler el leve aroma a canela del desierto, sentir el calor castigador. Ése día, esa traición, regresó como una puñalada en el pecho y se estremeció. Recordó cómo se había alzado el polvo en nubes asfixiantes que le abrasaban la garganta y lo cegaban; las hordas de defensores de Siete Ciudades, todos con sus túnicas. Vio a Dassem, atravesado por una puñalada increíble y sostenido por Guarda. Recordó los destellos que había visto de Dassem, que avanzaba a tropezones mientras se sujetaba el pecho. Le había dicho algo a Temple, un chiste o una despedida perdida entre los gritos y el estrépito de la batalla.

Temple dejó de apretar las mandíbulas y liberó la tensión con una exhalación larga y lenta. Así que tanto Corinn como él sabían algo del otro. ¿Qué quería aquella mujer de él? Quizá nada. Quizá solo era una advertencia para que pasara desapercibido y no interfiriera, o ella revelaría quién era. Como había dicho, quizá solo estaba intentando salvarle el patético pellejo. Se inclinó hacia delante e intentó llamar su atención desde el otro lado de la sala.

El aullido de un perro traspasó las paredes de piedra como la conmoción de una munición moranthiana. Se alzó y cayó, profundo, resonante, la llamada más salvaje y lasciva que había oído Temple jamás. Corinn se estremeció como si la hubieran mordido y después le lanzó una mirada aterrada a Temple antes de apartar la vista. Los jóvenes matones miraron a su alrededor con los ojos muy abiertos. Las manos de los veteranos sufrieron un espasmo e hicieron amago de coger las ballestas.

Por el rabillo del ojo Temple captó una sonrisa artera, una mueca inquietantemente cretina que se dibujaba en los labios gruesos de Trenech. Temple tragó saliva para humedecerse la boca, que se le había quedado seca de repente. Tenía que permanecer allí sentado, prisionero de una banda de desertores o criminales implacables, traicionado por una mujer, junto a un necio, un desgraciado babeante e inconsciente y un idiota del tamaño de un bhederin, y tenía que ser precisamente la noche más temida por los nativos de esa generación. ¿Podían empeorar todavía más las cosas?

Faro Balkat abrió los ojos con un parpadeo y reveló unas órbitas que habían rodado dejando los ojos en blanco. Con la misma tranquilidad que si pidiera otra copa más, hizo un anuncio en medio del silencio.

—Ha salido la Luna Sombría.

Kiska se preguntó si estaba sufriendo alucinaciones, de repente se encontró echada en el fondo estrecho de un profundo desfiladero. Serpentinatas de nubes se ensartaban en

una cinta de cielo muy alto. El viento le tiraba a la cara el polvo que pasaba susurrando por las curvas del cañón. Se frotó los ojos. ¿Qué había pasado? Una carcajada seca la hizo levantarse de un salto.

Un hombre se deslizaba por un costado del cañón usando las manos y los pies, clavaba los codos para ralentizar su descenso. Al llegar al fondo, cayó con un tropezón. Las túnicas aleteaban alrededor de unas pantorrillas pálidas. Era el anciano muerto. Se levantó dando un bandazo y se acercó a ella. Kiska echó a correr. El hombre chilló una palabra y Kiska se detuvo, tenía las piernas entumecidas. El hombre la rodeó y se detuvo ante ella, sonreía como una de las estatuas dedicadas al nacht que había en los jardines y las calles de Malaz. Kiska todavía podía mover los brazos, así que le propinó un puñetazo en la boca y él cayó hacia atrás, sorprendido. Con eso Kiska se encontró libre y echó a correr de nuevo por la curva del cañón.

Dos sinuosos giros después, el canal terminaba en un callejón sin salida de piedras cuyas capas parecían una tela plegada. Kiska se lanzó a por la pared con un gruñido. Buscó sitios donde apoyar los pies y las manos. Después de trepar solo una braza, las capas podridas se desmoronaron bajo ella como cuero viejo y quebradizo y Kiska se encontró deslizándose hacia el suelo, donde se arañó el costado y la barbilla. Se quedó allí echada en el polvo, jadeando.

—Nada es tan fácil como parece, ¿verdad? Ojalá yo lo hubiera tenido presente.

Kiska lanzó un gañido y se levantó de un salto al tiempo que sacaba el cuchillo.

El anciano esbozó una sonrisa burlona y se limpió la tierra de las túnicas.

—Estoy muerto. ¿Recuerdas?

Kiska no permitió que la punta de su cuchillo vacilara.

—¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando?

El hombre recuperó la sonrisa amplia y perturbada. Abrió los brazos y miró a su alrededor.

—Magnífico, ¿verdad? Éste lugar.

—¿Qué me has hecho?

—Un lugar —continuó el anciano— sobre cuya existencia se ha teorizado durante los últimos milenios. Un lugar cuyas características yo deduje de antiguas fuentes. Un lugar, un reino, que, si perteneciera a alguien, sería a mí. Mi reino, que yo debería regir, un estado protector. La senda de Sombra.

Éste hombre es un lunático que no dice más que tonterías.

—Envíame de vuelta. No quiero estar aquí. Quiero volver a casa, a Malaz.

El hombre levantó un dedo doblado.

—Ah. Pero es que estás allí, ¿sabes? Sigues en tu miserable islita. Y al mismo tiempo estás aquí. Dos reinos que se superponen. Dos lugares al mismo tiempo. Lo que se llama una convergencia.

—Me importa una mierda cómo se llame. ¡Envíame de vuelta!

Los labios del hombre se movieron pero ahogó sus palabras el bramido de una bestia que resonó por el laberinto de cañones que los rodeaban. Fragmentos de piedra cayeron con estrépito a su alrededor. A Kiska se le puso de punta el vello de los brazos y la nuca. *Eso no era ningún perro...*

El hombre lanzó una mirada a los lados del cañón, en su rostro una expresión inquieta.

—Menos tiempo del que había esperado.

La hoja tembló en la mano de Kiska. Quería correr, chillar, rogar que alguien la ayudara.

—¿Tiempo para qué? ¿Qué...?

El hombre la hizo callar con un gesto.

—Escúchame. Me llamo Oleg. Hace muchos años, un hombre vino a verme. Afirmaba estar interesado en los conocimientos arcanos de mi investigación. Trabajamos juntos. Compartimos nuestro saber. Su pericia y comprensión de la manipulación de las sendas me asombró. A mí, que no admito igual alguno en tal dominio. Él...

El anciano se clavó las palmas de las manos en los ojos y después dejó escapar un grito inarticulado de rabia.

»¡Me traicionó! ¡Me robó mi trabajo y me dejó por muerto! —Se deslizó los puños hasta la boca—. El trabajo de toda una vida —gimió, había clavado los ojos en una escena invisible—. Desapareció. Se borró. Me lo arrancaron como una pierna o un brazo. La visión que era mía. El poder de la palabra que me pertenecía.

—Envíame de vuelta, Oleg —susurró Kiska—. Por favor.

El hombre lanzó la cara hacia el cielo y chilló.

—¡Nunca... triunfarás... jamás!

Kiska se lo quedó mirando, aturdida por la extravagancia de aquella locura.

El viejo hizo caso omiso de la daga de la chica y la cogió por los hombros, después la miró con unos ojos que eran como pozos en los que se agitaban infinidad de cosas.

—Ése hombre era Kellanved, emperador de Malaz. Retorna esta noche a esta isla. Las garras y su señora sin duda creen que regresa para reclamar el trono, pero todos aquellos que crean tales cosas son unos necios. Regresa para intentar entrar de nuevo en la Casa de Muerte. Van tras otro premio mucho mayor. Danzante y él.

Las manos de Oleg quemaban en los hombros de Kiska. Ésta se debatió pero el hombre la sujetó con una fuerza que era como la de una bestia. Por alguna razón, Kiska no tenía valor para utilizar el arma que tenía en la mano, quizá porque no quería saber hasta qué punto era inútil.

Oleg continuó con los ojos en blanco.

—Si triunfaran, este reino en el que estamos, el reino de Sombra, ¡sería suyo!

Hace mucho tiempo, Kellanved y Danzante entraron en ese maldito lugar que vosotros llamáis la Casa de Muerte y allí descubrieron algo extraño. Descubrimientos extraños que les han llevado cien años comprender. —El viejo agachó la cabeza con una mueca—. Eso y mi trabajo, por supuesto. Pero ahora están listos. Hay que detenerlos. Díselo, díselo al hombre con el que hablé, ¡ese necio ciego! Dile que ahora yo he entrado en Sombra y lo he visto todo. ¡Yo tenía razón!

Kiska se retorció, se liberó y se echó atrás.

—¿Pero cómo voy a hacerlo?

Oleg abrió la boca pero el aullido de un perro, titánico, penetrante, ahogó sus palabras. Kiska lanzó una mirada atrás, esperaba ver a la bestia a punto de cerrar las mandíbulas alrededor de su cuello. Pero, en su lugar, vio que lo que tenía detrás no era un callejón sin salida escarpado sino dos caminos sinuosos que se desviaban de una roca esculpida por el viento con la forma de un árbol. Se volvió de nuevo hacia Oleg.

—¿Qué está pasando?

Oleg se pasó las manos por el pelo desgreñado.

—El esfuerzo de desviarlos es agotador. —Hablabas como si estuviera solo—. Ya no falta mucho. —Clavó los ojos en Kiska—. Dile a ese hombre que la transubstanciación debe ser el momento del golpe. ¡La sepultura es el modo de acabar con alguien como él! Dile que Kellanved planea perderlo todo para ganarlo todo. Preveo ahora que su victoria quedará sellada por su derrota. Dile que tal es lo que yo digo.

—Por la sabiduría de la Reina, ¿qué se supone que significa eso?

Oleg se estremeció con un espasmo.

—¡No debe triunfar! ¡El trono es mío! Nuestro tiempo ha llegado a su fin.

—Pero, espera, yo...

La visión de Kiska se desdibujó, el paisaje se oscureció. La chica se tambaleó y cayó. Un viento húmedo le rozó la cara y el oleaje distante palpitó como un corazón lento. El cadáver de Oleg yacía a sus pies entre los trozos de azulejos rotos. Kiska se apretó con las manos la cabeza dolorida. ¿Qué había pasado? ¿Había pasado algo? Se acuclilló junto al cadáver y tocó la sangre que le empapaba las ropas. Seguía húmeda y pegajosa. ¿Qué había sido todo aquello? ¿Una especie de conjuro, una ilusión? ¿El galimatías perturbado de un loco?

—¡Maldito seas! —le susurró al cuerpo inanimado—. ¿Qué me has hecho?

Miró a su alrededor. ¿Cuánto tiempo había estado en trance? Unas nubes rotas rodaron por el cielo y empezó a llover a ratos, una lluvia de una frialdad fiera. De vez en cuando volvían a brillar las estrellas, pero sin fuerza, como si las acobardara la luna gruesa y plateada que se agachaba justo por encima del horizonte. Kiska le dio la espalda, conmocionada por las palabras del anciano.

¿Debería esperar a que pasara el resto de la noche en los matorrales que había junto al muro de la finca o correr a contarle a alguien lo que había oído? ¿Pero a quién? ¿La fortaleza de Mock y las garras? De eso nada. Según Oleg, eran uno de los poderes que se enfrentaban esa noche. Un grupo entre muchos en un campo de batalla mucho más atestado incluso de lo que ellos mismos creían. Y en ese momento Kiska no estaba muy segura de querer acercarse a ellos a ciegas. ¿Adónde entonces? ¿El subpuño Pell? ¡Ése había entregado toda la autoridad a las garras sin ni siquiera levantar el culo gordo de la silla! No, solo había una persona en la isla que podría encontrarle sentido a todo aquello: su tía Agayla. Ella sabría lo que hacer. Pero, con todo...

Kiska estudió el cuerpo. Parecía obscenamente plano, como si lo hubiera desinflado la pérdida de sangre y secretos. Quizá toda esa charla no era más que la última efusión reflexiva de un loco. Un lunático intrigante hasta el final. Consolaba bastante, ese pensamiento. Sí, eso era, casi seguro. Cualquier otra cosa... bueno, resultaba demasiado atroz.

Kiska se volvió para mirar las colinas del interior. Trozos bajos de nubes las abrazaban. La tormenta parecía no prometer nada más que una serie de sombras que revolotearían y una lluvia paralizadora. Temblorosa y agotada, Kiska se tiró de la ropa mojada y se apartó el pelo aplastado tras las orejas. Era el tipo de noche de perros que siempre la deprimía. Se preguntó cuánto tiempo había pasado y si podría llegar a vislumbrar a su presa, el hombre al que Oleg había exigido que se acercara, entre la finca y la casa de Agayla. Quizá todavía fuera posible. ¿Y si se las arreglaba para encontrarlo otra vez? ¿Qué debería hacer? ¿Dirigirse a él y decirle que tenía un recado para él de parte de un fantasma?

Se giró y gruñó al ver lo que tenía tras ella. Allí se encontraba el tipo del manto de color gris apagado, la estudiaba con la cabeza ladeada. El hombre dio un paso adelante. De cerca era bastante más bajo de lo que a Kiska le había parecido. La chica deslizó la mano derecha por su manto y cogió la empuñadura de la ballesta. Él levantó las manos cerradas, separadas por un hombro de distancia. Kiska no vio nada entre ellas pero reconoció la postura del estrangulador.

—¿Quién eres? —preguntó Kiska en voz baja. Contuvo el impulso de llevarse la mano a la garganta. El hombre avanzó, en silencio. Kiska dio unos pasos atrás y se planteó qué opciones tenía: ¿qué distancia había hasta el muro?, ¿cómo podía esconderse allí?, ¿hasta qué punto era rápido ese tipo?

El banco de mármol y el cadáver de Oleg le pasaron por la izquierda mientras iba retrocediendo.

—¿Quién eres? —gritó Kiska. Al diablo con cualquier pretensión de guardar el secreto. El hombre esbozó una sonrisa tensa y depredadora y siguió avanzando. ¿Qué le daba aquella chulería al asesino?

El hombre levantó las manos por encima de la cabeza, como si solo tuviera que acercarse a ella y ahogarla, y pasó por encima del cadáver de Oleg. O más bien, pasó a través de él. Le desapareció un pie. Kiska levantó de golpe la ballesta y disparó, pero el cuadrillo atravesó con limpieza lo que no era más que una imagen que se evaporaba convertida en sombras.

Un «mierda», dedicado a sí misma, fue todo lo que consiguió decir Kiska antes de que el alambre se cerrara alrededor de su cuello desde atrás. La apuñaló un dolor gélido. No podía respirar. Quería chillar, rogar, llorar, lo que fuera. Pero ninguna palabra podía escapar de su garganta.

El asesino se inclinó sobre ella y le apoyó la barbilla en el hombro.

—Iba a dejarte en paz. —Su aliento brotó junto a su oído—. Pero tú insististe. Nada de esto es asunto tuyo. Eras simple relleno. Ahora te voy a enviar con mi señor.

Kiska sintió que los puños que tenía a los dos lados del cuello se tensaban para el tirón definitivo y arqueó la espalda, agitó los brazos, dio patadas, pero nada hacía mella en el asesino.

Entonces algo apareció ante ella como un pez alzándose de las profundidades sin luz. Un cuerpo y una cara tomaron forma: Oleg. La sombra señaló algo más allá del hombro de Kiska y movió los labios. El viento susurró palabras en un idioma gutural. Un lamento y una erupción estallaron junto a ella. Kiska giró en la oscuridad, agitando los miembros como una loca. Muy cerca de ella, un chillido llenó el aire y Kiska sintió que se estrellaba contra el suelo húmedo y margoso.

Abrió los ojos poco a poco. Tenía la ropa caliente y húmeda. Estaba muy mareada, sentía un zumbido en los oídos, que también le palpitaban. ¿Se había desmayado? No, el rugido del trueno todavía reverberaba y el vapor se alzaba de su manto. Estaba echada en el arriate del norte de la finca de los E'Karial, viva, ilesa incluso, o eso parecía. Se incorporó a cuatro patas y después se puso en pie con un esfuerzo, se tambaleó, atontada; unos segundos más tarde se abrió camino entre los tallos quebradizos y las hierbas que llevaban al patio.

El banco de mármol estaba volcado. A su lado, un agujero en las baldosas humeaba bajo la lluvia brumosa. ¿Había caído un rayo de verdad? ¿O era cosa de la magia? El cadáver continuaba donde había caído. Del asesino no se veía nada.

Kiska maldijo, o al menos lo intentó. Un cruce entre tos y graznido fue todo lo que pudo emitir. Se dio unas palmadas en la tela recalentada del manto. ¿Cómo había sobrevivido? Se echó atrás el pelo y se tambaleó hasta el banco volcado. Era demasiado pesado como para que pudiera levantarlo, así que se limitó a desplomarse sobre una pata tallada en mármol. Trazó con los dedos la brecha que tenía en la garganta. Siseó, apartó la mano de un tirón y estudió el guante. La sangre surgió oscura, húmeda y resplandeciente a la luz de la luna. Quizá no había sobrevivido.

Eso le pareció hilarante y se echó a reír, después ahogó un grito de dolor. ¡Por el

aliento del Embozado! Le dolía con solo tragar. Quizá eso fuera una buena señal. Después de todo, ¿los espectros sentían dolor?

Respiró hondo y despacio, sintió el aire que la arañaba como un alambre al rozarle la garganta en carne viva. Aquello era sin duda una noticia que debía llevarle a Agayla. Al amparo de la Luna Sombría se iban a arreglar viejas cuentas. Tenía que ponerse en marcha. Alguien iba a investigar lo ocurrido. Después de todo, aquello era un distrito aristocrático.

Fue recuperando el oído poco a poco. Le pareció captar sonidos distantes: el aullido de un mastín. Sí, un bramido fiero. Y, a lo lejos, chillidos agudos que podrían haber sido gritos. Sus dolores se desvanecieron cuando se le ocurrió algo: quizá esa noche todo el mundo estaría demasiado ocupado para preocuparse por otra cosa.

Después de que Faro hablara, el sargento Ceniza miró al reservado de Temple. Sus ojos entornados se limitaron a posarse por un instante en uno de sus hombres y después regresaron al pergamino que estaba estudiando con Corinn y unos cuantos más. Ése hombre, otro veterano abrasapuentes, supuso Temple, se levantó de la mesa y se acercó a la sala común. Sus pasos reverberaban en el silencio.

—Haz callar a ese viejo.

Vestía un camisote de rombos de hierro remachados en cuero hervido y un casco redondo sin adornos de acero ennegrecido. Hacía mucho tiempo que le habían rebanado la punta de la nariz. Un fino bigote le caía por debajo de la barbilla. Parecía aburrido, como si todo le diera igual, y en ese caso Temple podía notar que las apariencias no engañaban. Le rebanaría el pescuezo a Faro si volvía a hablar. Junto a él, Gallera levantó la cabeza, con la boca abierta, mudo del susto. Trench lo miraba sin verlo. La mano del hombre se cerró alrededor del pomo de cuerno de una daga que llevaba metida en el cinturón.

—No dejaremos que vuelva a hablar —se apresuró a decir Temple.

El hombre dudó, los miró de arriba abajo y después lanzó un gruñido y se alejó sin prisas. Gallera se lo quedó mirando.

—¡Dios mío! No creerás que habría...

—Cierra el pico, Gallera.

Gallera se encogió, ofendido. Temple entrecerró los ojos y miró de soslayo a Ceniza y a los demás reunidos alrededor de la mesa más lejana. Estaban estudiando algo, ¿un mapa quizá?

El aullido volvió a alzarse, más lejano en esa ocasión. Los hombres miraron a su alrededor, a las paredes, unos a otros. A Temple la tensión en la sala le parecía tan densa como las cortinas de humo que cargaban el ambiente. Faro volvió a removerse, como si tuviera sueños que lo inquietaran. Trench sujetó el hombro del anciano con suavidad y Faro murmuró algo: un galimatías, o bien otro idioma. Trench pareció

entenderlo. Le volvió a apretar el hombro y asintió.

Lo que atrajo la atención de Temple en ese momento fueron los bancos arañando el suelo de piedra, acompañados por las pisadas de las botas de los hombres, que estaban preparándose para irse. Ceniza se encontraba junto a la puerta, dándoles órdenes a cinco hombres. Sargentos, decidió Temple. Con doce veteranos y unos treinta mercenarios más, tenían una fuerza de unos cuarenta hombres. Además estaba Corinn, la presencia de una auténtica maga militar no tendría precio. ¿Pero qué esperaban lograr? ¿Un objetivo táctico limitado? ¿Qué podía haber en aquella isla? A él lo único que se le ocurría era la fortaleza de Mock, pero eso no tenía sentido. Allí no había nada por lo que mereciera perder la vida. A menos que no estuvieran tras algo, sino tras alguien... La oficial que estaba de visita. ¿Un asesinato? Pero nadie se llevaba cuarenta hombres armados a un atentado. Lo que solo dejaba... ¿el secuestro? Temple sacudió la cabeza. ¡Era ridículo!

Ceniza, seguido por Corinn, se acercó a su reservado. De pie y muy cerca, el hombre se concentró en ajustarse los guanteletes blindados de cuero.

—Tienes mi palabra de que veréis el amanecer si os quedáis aquí sentados y no creáis problemas. —Levantó la cabeza—. ¿Comprendido?

Solo asintió Temple. Gallera apretó el trapo con las dos manos y Trench se quedó mirando a Corinn, que permanecía detrás de Ceniza. Parecía a punto de hacerle una pregunta a la mujer.

—Muy bien. —Y se alejó a zancadas. Corinn se rezagó un poco y le lanzó una mirada dura a Temple: haz lo que te dice. El veterano se limitó a mirarla sin saber muy bien cómo responder. La mujer le lanzó una última mirada confusa a Faro, como si lo estuviera examinando por primera vez.

Temple observó a los pelotones que salían en fila. Las llamas del brasero saltaban con las ráfagas del aire húmedo que entraban por la puerta. Corinn se quedó atrás hasta que salieron casi todos. Los ojos de los dos se encontraron desde ambos extremos de la sala llena de humo. La mujer se encogió un poco de hombros con gesto de disculpa y después se fue. Quedaban cuatro hombres. Todos parecían ser simples mercenarios, escoria callejera, por lo que Temple podía discernir. Seguramente habría otros dos guardias en la calle a los que irían relevando a medida que avanzara la noche. Los cuatro estaban sentados alrededor de una mesa, más o menos a medio camino entre la puerta de la calle y el reservado trasero. Sacaron unas tabas. Durante un rato, lo único que se oyó fue el viento fuera, los golpes secos y los crujidos de las llamas, las tabas que tintineaban al tirarlas y la charla en voz baja de los guardias. Temple estudió a los hombres. ¿Qué posibilidades tenía contra ellos? ¿Podría contar con Gallera? ¿O con Trench?

Había visto al hombretón detener peleas en nombre de Gallera. Se metía a un borracho debajo de cada brazo y los echaba a la calle. ¿Pero con mercenarios? Le

echó un vistazo a Trenech y estuvo a punto de maldecir en voz alta; ¡el muy idiota estaba dormitando! La boca abierta y húmeda, los ojos cerrados, su respiración era larga y profunda; el amplio pecho se alzaba y caía como el fuelle de un herrero. Temple le lanzó una mirada irritada. Todo el mundo parecía haberse vuelto loco esa noche.

Los guardias se rieron y se echaron hacia atrás. Uno, el más joven, se levantó de la mesa y se contoneó hasta el reservado. El delgado muchachito vestía un camisote largo de cuero con aberturas en los lados que balanceaba con las piernas al caminar. El cabello denso, rizado y negro sobresalía por debajo de un yelmo demasiado pequeño para él. Se enganchó los pulgares en el cinturón y los miró con expresión burlona. Solo era un muchacho, caviló Temple con amargura, un levísimo vello rubio le ensombrecía el labio superior. Pero los chicos como él eran peligrosos, tenían demasiadas cosas que demostrarse.

—¿Dónde tienes lo bueno, posadero? —Gallera se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. El joven frunció el ceño y se llevó una mano al cuchillo que llevaba en el cinturón—. No intentes engañarme o le daré buen uso a esto.

Temple le dio un codazo a Gallera, que se sobresaltó como si lo sacaran de un sueño.

—La despensa —dijo sin aliento—, por esa puerta. Botellas de cristal.

El joven fue a la puerta, la abrió y volvió con una botella marrón. Se detuvo un momento en su reservado.

—¿Almacenas hielo en la cocina, viejo?

Con una arruga de confusión en la frente, Gallera negó con la cabeza.

El guardia volvió a su mesa con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso? —le susurró Temple a Gallera.

—Licor destilado moranthiano.

Temple se quedó mirando al posadero.

—Dioses, hombre. Eso es alcohol puro. ¿Cuánto tiempo lo llevas escondiendo?

Gallera bajó los ojos.

—Perdona, Temp. Lo uso para fortificar los licores.

—En unas horas estarán ciegos, aunque yo no puedo esperar tanto.

Gallera abrió la boca, pero uno de los guardias le gritó.

—¡Silencio ahí atrás, malditos sean vuestros ojos! Nada de susurros. —Gallera cerró la boca de golpe. Temple se incorporó un poco, pero en el último momento decidió no cargar a ciegas y volvió a acomodarse en su asiento. Esperaría y observaría unos minutos más.

Mientras jugaban su partida de tabas, los guardias trasegaban un vaso tras otro de licor y ahogaban un suspiro cada vez que les abrasaba la garganta. Temple los maldijo en silencio por ser unos idiotas aficionados, los peones más inútiles de una

panda de inservibles. Por supuesto que Ceniza no hubiera empleado de ninguna de las maneras hombres más válidos para aquella tarea, necesitaba a todos los que pudiera reunir para lo que fuera que tenían por delante. Con los puños apretados sobre la mesa, Temple no pudo soportar más la inactividad y les gritó desde el otro lado de la sala.

—No creeréis de verdad que Ceniza va a volver, ¿no?

Gallera lo miró con la boca abierta.

Los cuatro guardias se volvieron, los ojos les brillaban entre el humo del brasero que impregnaba el aire.

—Cierra ese maldito pico, por el Embozado.

—¿Ya os han pagado?

El más joven se levantó de golpe de la mesa. Otro tiró de él y le gruñó a Temple.

—Cierra esa boca o te clavo la lengua a la mandíbula.

Temple hizo una mueca entre la calima. Estaba casi desilusionado, no había podido incitarlos a que tomaran medidas. Al menos de ese modo todo habría acabado, de una forma u otra. Esperar no era su fuerte. Cincuenta latidos más y cargaría contra ellos. Ésa botella le serviría como arma. Tenía que ponerse en marcha, ni siquiera estaba seguro de adónde se dirigía Ceniza y su banda.

La bota de Gallera le dio un golpecito. Temple lo miró. El posadero, con la cara muy pálida y los ojos desorbitados, se había quedado mirando el suelo. Temple siguió su mirada. Una niebla, como el borde de una marea en movimiento, cubría el suelo de piedra con una capa no más gruesa que un pulgar. Brotaba de detrás de la puerta de la pequeña despensa. *Ésa escalera oscura que lleva a las bodegas frías en las que no entra nadie jamás.* ¡Por la misericordia de Soliel! A quién le importaba la tormenta de fuera, ¿qué era lo que se estaba cociendo a su alrededor en ese preciso momento?

Faro se irguió de repente con una sacudida que hizo chillar a Gallera. Sus ojos, tan despejados y despiertos que hicieron a Temple apartar la mirada, se abrían a profundidades mucho más hondas que las de cualquier sótano. Faro le murmuró algo a Trenech.

—*Schtol eg'nah lemal.*

Era un idioma que Temple no había oído jamás, aunque le recordaba un poco al taliano antiguo. Pero Trenech lo entendió y posó los ojos de súbito en la parte delantera de la habitación.

El guardia joven se levantó de un salto.

—Ciérrale la boca a ese viejo...

El rugido de un mastín hendió el aire de la sala común, una explosión que estallaba justo detrás de la puerta. Los guardias se quedaron inmóviles, miraron la puerta y después unos a otros. Sus ojos resplandecían, muy abiertos, a la luz del fuego. Resonó entonces un chillido, el grito de un hombre, una exclamación de horror

y desesperanza absoluta que terminó en sollozos al tiempo que los guardias saltaban de sus sillas. Las armas arañaron las vainas y los guardias susurraron entre sí; después, el mayor de todos se acercó con cautela a la puerta. La mano libre se cernió sobre el cerrojo.

—¿Campana? —exclamó—. ¿Campana? ¿Estás ahí?

El cerrojo arañó la madera cuando el hombre lo abrió. Tiró de la puerta hacia él y miró fuera. Un viento frío se coló por el hueco, azotó las llamas y arremolinó las nubes de humo y niebla. Temple oyó el susurro de la lluvia al caer.

El guardia gritó por la escalera.

—¿Campana? ¿Teo?

Un suspiro al otro lado de la mesa llamó la atención de Temple.

—Pronto, amigo mío —le susurraba Faro a Trenech—. Muy pronto. —El hombre hablaba en taliano con un acento muy marcado.

Trenech asintió. Ninguno de los dos hacía caso a Temple y Gallera, que continuaba sentado con los ojos desorbitados y el trapo apretado contra la boca.

Desde el otro lado de la habitación, el joven llegó gruñendo a la mesa con el cuchillo en la mano. Tenía la cara pálida, empapada y reluciente de sudor. Agitó el cuchillo primero delante de Trenech y después de Temple, pero cuando estos no se inmutaron, se fijó entonces en Faro. Para llegar a él tendría que estirarse y pasar junto a Trenech, y Temple se dio cuenta que no estaba por la labor. El cuchillo le vacilaba en la mano. Estaba temblando a causa de los nervios, la frustración y el miedo. Ése, como bien sabía Temple, era el momento en que un hombre podía explotar.

—O le cerráis el pico o por los dioses juro que mato al muy cabrón. ¡Lo juro!

Temple asintió. Trenech y Faro actuaban como si nadie hubiera dicho nada.

—¡Eli! —lo llamó el guardia más maduro—. ¡Eli, vuelve aquí ahora mismo, maldito seas!

Encorvado, el joven se alejó poco a poco con las botas arañando el suelo. La puerta se cerró despacio y los cuatro guardias se reunieron para hablar. Temple creyó oír que estaban discutiendo para decidir quién saldría a ver cómo estaban sus compañeros.

El fuego bajo de la inmensa chimenea se consumió entonces y se apagó. Nadie dijo una sola palabra. Los braseros y las antorchas bajas suministraban la única luz, tenue y de un amarillo ahumado. Nadie había apagado ni ahogado el fuego. A Temple le pareció más bien que la propia piedra había absorbido las llamas de golpe. Un frío húmedo le mordió los tobillos. La hechicería se estaba reuniendo como si la invocara una fuente lenta, iba hinchándose como la presión tras un géiser. Temple había vivido lo mismo en un centenar de campos de batalla: no tardaría en estallar.

Temple se dirigió a Faro con un siseo muy bajo.

—Para ya. No tiene sentido empeorar más las cosas.

El viejo parpadeó con los ojos llorosos, como si estuviera debatiéndose sobre el filo de su propio cuchillo.

—Ésas cosas —anunció— empeorarán mucho más si no te vas de aquí de inmediato.

Temple se quedó con la boca abierta y se apartó de un empujón de la mesa. ¿Qué estaba tramando aquel viejo?

Eli lo había oído.

—¡Se acabó, maldita sea! —gritó y cruzó a grandes zancadas la sala.

Temple lanzó una súplica a los otros tres guardias, que lo miraron con perezosa indiferencia. Ni uno solo movió un dedo.

Eli agitó el cuchillo.

—Sal de ese puñetero reservado.

Faro ni siquiera pareció ser consciente de la amenaza. Se había quedado mirando el vacío.

—Vamos —dijo Temple, que intentaba dar un matiz razonable a su voz—, el viejo está como una cuba y no sabe lo que dice.

La hoja se giró hacia él.

—Y tú —susurró Eli sin aliento, con las pupilas dilatadas—, ¿puedes cerrar el pico, por el puto abismo?

Temple no dijo nada. Al principio había albergado alguna esperanza al ver que no se había quedado ningún veterano, pero empezaba a pensar que ojalá estuviera allí alguno. Cualquier veterano de las guerras imperiales, ya fuera infante de marina o de otro tipo, olería el peligro, el ambiente extraño, la atmósfera cargada. Hedía a sendas, a hechicería. Y lo único que un pobre soldado de a pie podía hacer en semejantes circunstancias era correr a buscar refugio.

Faro interrumpió el momento para anunciar, sin pretensiones.

—Estáis todos advertidos.

Eli se lanzó sobre el reservado, pero la mano de Trenech le sujetó el brazo, lo giró bruscamente y Temple oyó el crujido de los huesos y después el grito de Gallera. Trenech soltó el brazo y Eli se irguió y ahogó un grito al ver el extremo irregular de hueso que asomaba por la carne del antebrazo. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un chillido que terminó cuando Trenech le dio un golpe seco en la garganta. Un latigazo de gotas de sangre caliente azotó el reservado cuando el joven se desplomó hacia atrás.

Gallera volvió a gritar, pero Temple tapó con una mano la boca del cervecero. Se quedó inmóvil y se asomó a los ojos vidriados de Faro.

Una pausa aturdida y después las pisadas de las botas cuando los tres guardias restantes se precipitaron a por Trenech. Maldiciones, un grito ronco, un estrépito cuando un cuerpo se estrelló contra una de las pesadas mesas de roble. Y luego

silencio. Todo había durado apenas un instante.

Gallera se debatió entre las manos firmes de Temple y después se quedó inmóvil. Faro tenía los ojos clavados al otro lado de la mesa. Sus labios esbozaron una sonrisa satisfecha. Temple soltó a Gallera, que posó la cabeza en la mesa con un gimoteo.

—Vete ya —dijo Faro—. Viene Sombra, y los otros. Los heraldos anuncian. Tenemos que estar preparados.

Temple tragó saliva y asintió. Gallera cogió aire para hablar, pero Temple le tapó la boca otra vez y salió lentamente del reservado arrastrando al otro hombre con él. Trench se levantó, le dio la espalda a la sala y bloqueó la puerta principal como una pared de granito.

Temple empujó a Gallera hasta la puerta trasera, pero en el suelo yacían todos los guardias, muertos, aplastados por golpes secos. El cervecero les echó una mirada a los cuerpos mutilados y cayó redondo, desmayado.

MASTINES DE SOMBRA



Un único navío diminuto luchaba perdido en un océano de tormenta. En el cielo, los rayos azotaban un tejado sólido de nubes. El brasero de la bancada central del barco resplandecía, un faro de luz naranja contra la noche. El pescador remaba para meter la proa del esquife en las olas palpitantes. A su alrededor, el granizo y la lluvia torrencial desgarraban las aguas grises como la pizarra, pero no había espuma que tocara el bote, no había agua que siseara en el brasero o aplastara el cabello al viento del pescador. Unas torques de bronce relucían en las muñecas morenas por el sol y el volumen del jersey de lana ocultaba la fuerza de sus brazos. En el cielo, las nubes rodaban y parecían estremecerse con cada barrido de los remos y con cada flexión de la amplia espalda del pescador. Éste canturreaba en voz más alta, apretaba con los dientes el cañón de la pipa y lanzaba un lamento a los rugidos del viento:

*Era verano y fui a remar con mi radiante esposa.
Reímos y nos demoramos entre los sedosos estanques.
Más bonita que la azucena en flor es mi amor.
Se mueve con gracia sobre el brillo,
sus ojos son más profundos que el mar,
su corazón es más cálido que todo el frío, frío mar.*

Entre las olas, unos jinetes surcaron la superficie. Su armadura opalescente relucía con el color de la plata y los zafiros. Se echaron hacia atrás y después levantaron las lanzas de hielo dentadas. Las armas resplandecientes salieron disparadas entre las olas. Cuando penetraron en el centro de la calma que rodeaba el

esquife, estallaron convertidas en bruma.

Desde el lejano sur, partiendo una cortina de granizo torrencial al llegar, se alzó un risco del color aguamarina más profundo y plata escarchada. Avanzó sobre el esquife con la majestad irresistible de un glaciar, pero el pescador siguió aferrado a sus remos. Delante de él, el brasero relucía como un sol carmesí. Gallardetes de vapor brotaban como rayos del costado del iceberg que tenía delante. Los fragmentos se desprendían y arrojaban nubes de gotitas de agua.

En las faldas del iceberg las olas se agitaban convertidas en una espuma hirviente que se precipitaba hacia el esquife. Pero antes de que se acercara, se hundía, absorbida por las profundidades. La restante marea esmeralda de agua y chispas desaparecía bajo una red acuosa de hielo.

Nuevas figuras comenzaban a enfilear el mar recubierto de hielo. De un profundo color índigo, los yelmos de hojuelas revelaban solo oscuridad en su interior. En lugar de una lanza larga de hielo recubierto de púas, cada una llevaba varitas cortas y romas de amatista y olivina. Con ellas apuntaron al lejano esquife. De sus puntas brotaron unos rayos de color cian que hendieron el aire únicamente para deshacerse en la nada ante la proa del esquife. Una por una, las figuras se sumergieron con las varitas en alto.

Por un momento, el esquife se quedó solo entre las olas, alzándose y cayendo como un trozo de madera mientras el pescador seguía remando. Pero pronto aparecieron más formas, pálidas, opalescentes, que se hundían en el agua en círculos alrededor del esquife. Y luego, de entre la niebla salió otra montaña de hielo. Un granizo torrencial desagarró las nubes a su alrededor, pero, aun así, el pescador continuó aferrándose a los remos, con la espalda encorvada, la pipa sobresaliéndose entre los dientes. Canturreaba...

Su corazón es más cálido que todo el frío, frío mar.

Kiska bajaba corriendo por el paseo del Río. A un lado, el río Malaz bajaba oscuro y gélido entre sus orillas de piedras. Las zapatillas de cuero pisaban sin ruido el empedrado mojado. No había visto ni rastro de su objetivo desde que dejara las Luces. Un remolino de niebla baja ocultaba la distancia y le rozaba la cara y los hombros con unos dedos fríos. Las nubes negras se precipitaban por el cielo; era como si hubieran apagado hasta las estrellas. Solo la luna, hundida en el horizonte, arrojaba un fulgor pálido y ajado sobre las calles relucientes. Kiska esperaba alcanzar a su presa cerca del centro de la ciudad pero hasta el momento no había visto ni rastro de él. ¿Habían ido por allí él y sus guardaespaldas? Quizá algún recado los había llevado a otra parte. Pero ¿adónde más podía haber ido?

Kiska se sentía como si fuera la última alma viva en la isla y se estremeció con

solo pensarlo. En el puente de Piedra hizo una pausa para observar uno y otro lado del paseo del Río. Una lluvia fina, más como un vapor que impregnara el aire, suavizaba las distancias. No se movía nada, pero las cosas parecían estar moviéndose. Echó la vista atrás y entrecerró los ojos. Sombras. Sombras que parpadeaban como llamas manchadas de hollín.

Mientras miraba, la ola de sombras barrió la falda de la colina. Sumergió las chozas del paseo del Río, alzadas sobre sus pilares, y continuó adelante hasta tragarse el agua como una estela de melaza. En unos latidos nada más pasaría justo por donde se encontraba Kiska. Demasiado tarde instó a sus piernas a que se movieran. Todavía estaba en el puente cuando la envolvió. Corrió a ciegas sin dejar de limpiarse los ojos. Cuando el empedrado del puente cayó bajo sus pies, chilló y se tropezó con un agua fría como el hielo.

Al principio pensó que había caído al río, después se dio cuenta que solo era una corriente superficial, una capa fina sobre arena mojada. Se incorporó, le costaba respirar y el corazón le martilleaba en el pecho. Una vez que se disolvieron las sombras, la noche se iluminó. Kiska vio que se encontraba entre altas dunas de arena, plateadas a la luz de la luna.

Ya no estaba en Malaz (lo sabía), aunque sospechaba dónde podía estar. El cielo era de un colérico color peltre vetado por nubes altas que se ondulaban cuando las miraba. La rodeaban unas dunas escarpadas como poderosas olas. Trepó a una y se volvió para maravillarse ante su nuevo entorno. Colinas curvas y suaves, casi sensuales, de arena que se extendía en todas direcciones. La región se parecía al lugar al que Oleg acababa de llevarla, la senda de Sombra.

Había un detalle discordante, sin embargo: la fuente del fulgor verde plateado que dominaba un horizonte. Un glaciar. Kiska jamás había visto uno con sus propios ojos, pero se semejaba a las descripciones que les había oído a otros viajeros, «una montaña de hielo reluciente», la habían llamado. Ella había desechado los relatos, le parecían el fruto exagerado de unas memorias confundidas por la bebida. Pero allí estaba la prueba. Kiska reflexionó con amargura sobre lo pequeña que era su isla, lo limitada que debía de ser, entonces, su experiencia. Intentó imaginarse el peso abrumador de todo ese hielo, sus dimensiones. ¿A qué distancia estaba? El paisaje ondulado no aportaba pista alguna. Se sacudió la arena mojada de la ropa y se estremeció bajo el viento frío.

Una voz sin aliento habló a su espalda.

—Había olvidado lo impresionante que es la primera vez.

Kiska giró en redondo con los cuchillos en la mano, solo para dar un salto atrás y lanzar un grito de sorpresa.

Fuera lo que fuera, estaba muerto. O, más bien, era un cadáver. Carne desecada, las cuencas de los ojos vacías, la sonrisa de unos dientes amarillos. Unos harapos le

colgaban del cuerpo anguloso, lo que en otro tiempo había sido un manto grueso encima de una armadura de bronce y cuero curtida por el tiempo. La empuñadura de una espada metida en una vaina corroída le sobresalía tras un hombro. Un horror frío se apoderó de Kiska.

—¿Eres de Malaz? —preguntó el cadáver en taliano arcaico.

—Sí —tartamudeó ella—. Malaz. La isla de Malaz.

La cabeza de la criatura, que parecía soldada al yelmo de bronce corroído, asintió poco a poco.

—¿Así que ahora es una isla? He recorrido esa tierra muchas veces.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Me llamo Caminante del Filo. Recorro las fronteras de Kurald Emurlahn. Lo que vosotros llamáis Sombra. Y esto forma parte de ese reino.

Kiska señaló con un cuchillo la lejana montaña de hielo.

—¿Entonces, qué es eso?

—Algo cuyo sitio no es éste, no más que el tuyo.

—Oh. —Kiska bajó el brazo, temblorosa—. Bueno, yo no pedí venir aquí.

—Te arrastró un cambio, una tormenta de Sombra. Serán frecuentes. Te sugiero que no salgas a la calle.

—¿Que no salga? —Kiska lanzó una carcajada seca—. ¿Y dónde me meto? —Después cerró de repente la boca—. ¿Quieres decir... que me enviarás de vuelta?

—Sí. Eso es. Éste no es tu sitio.

—Entonces supongo que debería darte las gracias. —Kiska se apartó el pelo de la cara y observó las dunas. ¿De veras aquello era Malaz? Entonces se acordó—. ¿Conoces a un nombre llamado Oleg?

—No. No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Y qué hay de un gobernante? Si esto es Sombra, ¿tiene entonces un trono?

Caminante del Filo se quedó callado durante un rato, lo suficiente para que Kiska se inclinara hacia él. ¿Se había muerto el tipo?

—¿Qué pasa con él? —preguntó al fin la criatura.

—Me han dicho que alguien intentaría tomarlo esta noche.

—Han sido un sinfín los que lo han intentado. Todos han fracasado. Incluso aquellos que lo consiguieron durante un tiempo. Yo incluido, en cierto modo. Ahora recorro sus fronteras para siempre. Y he sufrido mejor destino que la mayoría.

Por extraño que fuera, a Kiska le desilusionó la admisión. Medio sospechaba, medio esperaba que Oleg estuviera chiflado, pero dadas las circunstancias optó por intentar recordar algo más de sus balbuceos.

Un gemido profundo le erizó el vello de la nuca. La criatura levantó un brazo musculoso, como la rama retorcida de un roble, y señaló al otro lado del arroyo. Unos anillos de oro brillaron en sus dedos marchitos.

—Un mastín ha hallado tu olor. Corre mientras puedas, niña.

No hacía falta que le insistieran más, pero de repente recordó algo.

—¿Qué es la sepultura? ¿Qué es eso?

—El precio del fracaso. La esclavitud eterna a la Casa de Sombra.

Se volvió a oír el aullido, más cerca, resonando en el lejano muro de hielo resplandeciente.

—No tienes mucho tiempo —dijo el ser, su voz no era más que el crujido de unas hojas—. Vete a la torre de Obo. Ruégale que te proteja.

—¿La torre de Obo? Pero eso es una ruina vacía. Obo solo es un mito.

—Sin duda también lo eran ciertos mastines hace solo una hora.

Kiska parpadeó, sorprendida.

—¿Pero qué hay de ti? ¿Estarás a salvo?

La carne quebradiza del cuello del ser crujió cuando la criatura ladeó la cabeza para mirarla a través de las cuencas vacías de sus ojos.

—Los mastines y yo somos parientes. Esclavos de Sombra, cada uno a nuestra manera. Pero te agradezco tu preocupación. Ahora has de irte.

La criatura levantó una mano de garras a modo de despedida y con eso el mundo se oscureció. A su alrededor, las sombras se retorcieron como alas negras. Por un instante Kiska creyó oír un coro de susurros en una multitud confusa de idiomas. Entonces las sombras se alejaron con un latigazo y reconoció dónde se encontraba: el paseo del Río, al sur del río Malaz.

De inmediato un aullido desgarró la noche, un aullido tan fuerte que Kiska dio un salto como si el mastín estuviera a su lado, listo para cerrar las mandíbulas a su alrededor. Salió disparada sin atreverse a mirar atrás. Más adelante, a solo unas manzanas, la cima dentada de las ruinas de la torre de Obo se incrustaba entre las nubes como una daga rota. Otro bramido, fuerte como un trueno y Kiska tropezó. A su alrededor se alzaron los gritos desgarrados de las gargantas de ciudadanos aterrados encerrados en sus casas. Kiska giró a toda velocidad una esquina y salió a una plaza abierta, después se lanzó por el muro de piedra bajo de los terrenos de la torre. Entre las hojas y la basura tirada en el patio abandonado yació temblando, esforzándose por escuchar algo.

Pero no oyó nada, solo el oleaje, extrañamente distante, y el viento a su alrededor. Poco a poco fue recuperando el control de su respiración y se le tranquilizó el pulso. Algo dio una patada entre las ramas caídas y Kiska contuvo un grito. Levantó la cabeza unos milímetros, un pie estrecho embutido en unas sandalias de cuero. Alzó los ojos. Un anciano con unas túnicas raídas de lana de color marrón que utilizaba una rama como bastón. Estaba calvo salvo por unos mechones de pelo largo, blanco y despeinado que le cubrían una franja sobre las orejas.

El viejo la miraba, furioso, con los ojos clavados en ella por encima de una nariz

larga y ganchuda.

—¿Qué es esto? —murmuró, como si hubiera pisado estiércol de vaca.

Kiska levantó los ojos y lo miró con un parpadeo. ¿Quién era ese viejo chocho? No podía ser Obo, el malévol o gro de las leyendas.

—¿Se puede saber quién eres, por la sabiduría de la Señora? —preguntó Kiska con cautela, después se puso en pie sin dejar de mirar al hombre un instante.

—¿Quién soy yo? —graznó el tipo—. ¿Quién soy yo? ¿Una golfilla invade mi casa y se atreve a interrogarme a mí?

—¿Tu casa?

—Sí, mi casa. —El anciano barrió el espacio con su bastón y señaló la torre, Kiska vio que la estructura se alzaba, inmensa e intacta, hacia un cielo nocturno en el que brillaban las estrellas, pero que carecía de luna. La chica miró a su alrededor. Las colinas, que tan familiares le resultaban, bajaban hacia el mar, mientras que al norte los riscos se alzaban como una pared, pero no los rodeaba ninguna ciudad. Ni un solo edificio estropeaba la vista de un campo de cañas y espadañas que se mecían al viento.

—¿Dónde estamos?

El anciano le dio un golpecito en el brazo con el bastón.

—¿Eres dura de mollera? En mi torre.

—¿Tú eres Obo?

El viejo crispó la boca con una mueca colérica y levantó el bastón.

Kiska se lo quitó de un tirón y lo tiró a un lado.

El viejo se la quedó mirando con la boca abierta.

—¡Cómo...! ¡Ése era mi bastón!

Kiska se puso tensa, esperaba el golpe de un estallido de magia o de una maldición que le pudriera la carne. Pero, en su lugar, el anciano solo se dio media vuelta y subió con furia los escalones de piedra hasta la única puerta de la torre.

—¡Espera! ¡Eh, tú, espera! —La puerta se cerró de golpe. Kiska subió corriendo las escaleras y golpeó la madera con los puños—. Abre. ¿Qué voy a hacer yo ahora?

Entreabrió la puerta, para perfilarse una ranura no más grande que la palma de una mano.

—Puedes irte de aquí.

—¡Pero hay un mastín rondando! No puedes dejarme fuera...

Un ojo lloroso se entrecerró y miró detrás de la chica.

—Se ha ido. Ahora vete tú.

Kiska agitó una mano y señaló el pantano.

—¿Ir adónde? ¡Ahí fuera no hay nada!

El viejo... Kiska era incapaz de identificarlo con ese Obo, un nombre legendario que daba pavor, un hechicero de eras anteriores. Otro favorito de las historias

sangrientas que su madre solía contar. El viejo lanzó un gruñido exasperado.

—Pues aquí no. Éste no es tu sitio. Vuelve al lugar del que viniste.

Kiska asintió.

—Bien. Sí. Eso es lo que quiero.

—Entonces vete y para de molestar. —El armazón de madera se cerró con un portazo.

Kiska bajó de espaldas las escaleras.

—De acuerdo. ¡Lo haré! —gritó—. Pero no gracias a ti.

En el muro bajo hizo una pausa y escuchó. No sabía qué esperaba oír. El aullido de un mastín, supuso. Pero solo se oía el viento siseando entre las altas hierbas y el ruido del oleaje. Unas luces le llamaron la atención y se volvió. Se quedó mirando el lejano cielo meridional. Unos destellos de color verde azulado jugueteaban como banderines pintados en la noche. Kiska se estremeció, recordaba leyendas que decían que las luces eran reflejos de los jinetes de la tormenta que se alzaban para arrastrar a los barcos a las profundidades, a su reino hundido de hielo. Relatos de los que ella solía reírse. Pero... pero ya no sabía qué pensar. Se limpió las manos en los pantalones empapados y después se las sopló. ¿Qué había querido decir el viejo con «Vuelve al lugar del que viniste»? ¿Cómo? ¿Qué iba a hacer?

En la oscuridad distinguió de repente trozos de piedras verticales, una estructura de algún tipo rodeada por un bosquecillo de árboles achaparrados y montículos bajos. Parecía encontrarse justo en el sitio donde, en la ciudad de Malaz... Kiska se quedó sin aliento por un instante y dio un paso atrás. *Que Ascu proteja mi alma.* Se encontraba justo donde se levantaría la Casa de Muerte, o donde se había levantado. Solo que allí era una tumba.

Kiska se abrazó porque se había puesto a temblar otra vez. No tanto de frío como por el susto de haberla reconocido. Aquél era su hogar, o lo sería con el tiempo. De repente se sintió muy insignificante, incluso tonta. Durante toda su vida había estado segura de que allí las cosas nunca cambiaban. Se preguntó si podía confiar en lo que ese tipo insinuaba, que de algún modo regresaría a la ciudad. Claro que, ¿qué alternativa tenía?

Si conseguía regresar, Kiska juró que se iría directamente a casa de Agayla. Si alguien sabía lo que estaba pasando, y lo que había que hacer, sería ella. Qué más daban todas esas tonterías absurdas del regreso, la Casa de Muerte y Sombra. ¡Menuda historia tenía ella para su tía!

Kiska respiró hondo para tranquilizarse, pasó por encima del muro y perdió el equilibrio de inmediato. Las estrellas giraron en el cielo hasta que unas nubes cruzaron su campo de visión como telas oscuras que las ocultaron. La luna volvía a brillar tras las nubes como el ojo de un gigante de eras pasadas. Unas franjas de niebla pasaron por encima de ella. La joven hizo una mueca, se levantó y se frotó un

codo magullado. Después alzó la cabeza y miró las paredes destrozadas de la torre de Obo, era una ruina una vez más. Había vuelto a Malaz, al Malaz que ella conocía. El hombre lo había conseguido, o quizá no había hecho nada y con solo salir de los terrenos de la torre había podido volver a su mundo. ¿Quién sabía cómo funcionaba aquello? Quizá Agayla podría explicárselo. En cualquier caso, había vuelto y tenía que llegar a casa de su tía lo antes posible. Eso significaba enfrentarse a las calles otra vez. Kiska se puso a cubierto de un muro cercano con gesto automático.

Con todo, volvió la vista para mirar de nuevo la torre en ruinas de Obo. Quizá pudiera ocultarse en sus terrenos hasta el amanecer. Después de todo, ¿a quién quería engañar? Sabía de sobra que la situación la superaba. ¿Quién la culparía? Kiska estuvo a punto de gruñir de frustración. Seguro que Agayla sabía lo que estaba pasando. Tenía que hablar con ella.

Un bramido estalló a lo lejos. Kiska hizo una mueca. *¡Por los dioses del inframundo!* Después salió disparada del refugio del muro y bajó la calle estrecha.

La segunda campanada de la noche sonaba, monótona, cuando Kiska llegaba a las habitaciones de Agayla. Su tía vivía sola detrás de su tienda en el camino del Límite, una calle tan estrecha que los balcones del segundo piso de los edificios se tropezaban y ocultaban la luz de la luna.

Kiska apoyó todo su peso en la puerta y aporreó con el puño las maderas sólidas; eran tablones rescatados de un naufragio, le había dicho Agayla en cierta ocasión. Los golpes de Kiska apenas hicieron temblar la madera. La chica dio un paso atrás, empapada por la lluvia y agotada. Unas guirnaldas entretejidas de hiedra colgaban del dintel y de las dos jambas con unas trenzas de hierba. ¿Cuándo habían hecho eso? Bajo el pequeño aguilón, los paneles de la puerta se habían recubierto con un embreado oscuro, como si se hubiera molido sobre ellos un puñado de hojas. Kiska captó un intenso aroma picante. Demasiado cansada para preguntarse nada, la chica se apretó contra la madera.

—¿Tía? —susurró—. Soy yo. Abre. Por favor, abre. Por favor.

—¿Sí? ¿Quién está ahí rogando y arañando mi puerta? ¿Qué alma perdida?

—¡Soy yo! ¡Ábreme!

—¿Yo? ¡Vamos! Un espectro tendrá que hacerlo bastante mejor para cruzar el umbral de mi casa. Vete a molestar a otro.

—¡Tía! ¡Por favor! ¡Aquí fuera hay cosas! ¡Déjame entrar!

La puerta se abrió hacia dentro con un crujido. Agayla estaba en el estrecho umbral con una vela en una mano que destacaba sus marcados rasgos en un juego de luz y sombras crudas.

—Ya sé que hay cosas, querida. Por eso no deberías andar por la calle.

Kiska entró con un tropezón y cerró de un portazo. Jadeaba y estaba congelada; apoyó la espalda en la puerta y corrió el cerrojo.

Agayla sacudió la cabeza como si Kiska hubiera estado jugando en el barro.

Todavía sin aliento, Kiska señaló la puerta.

—¡No te quedes ahí plantada! Afuera hay monstruos. ¡Fantasmas! ¡Demonios! Los he visto. Estuvieron a punto de matarme.

Agayla apretó los labios.

—Eso lo sabe todo el mundo, querida. Y todos los demás tienen el sentido común suficiente como para no salir a la calle. —Con un susurro de sus largas faldas, la mujer se retiró al interior de su tienda mientras añadía algo más por encima del hombro—. Todo el mundo salvo tú, al parecer. Venga, vamos, habrá que asearte, por lo menos.

Kiska solo pudo quedarse mirando la espalda de su tía con la boca abierta. ¿Qué te parece? Con todo lo que había pasado y ni una sola palabra de... ¿qué? ¿Simpatía? ¿Curiosidad? ¿Ni siquiera un simple «Me alegro de verte»?

Mientras Agayla la envolvía en mantas y le secaba el pelo, Kiska le contó todo lo que había vivido: los hombres del cúter mensajero, el encuentro, el asesinato de Oleg, el reino de Sombra y el mastín. O casi todo. Se guardó el encuentro con la antigua criatura de Sombra, Caminante del Filo. Y lo de Obo; no tenía sentido hacer que las cosas parecieran incluso más inverosímiles de lo que ya eran.

A lo largo de todo el relato, Agayla no dijo ni una palabra. Kiska supuso que la estaba dejando hablar hasta que callara por agotamiento. Cuando se detuvo con un tartamudeo, Agayla le puso una mano bajo la barbilla y le levantó la cara. La chica hizo una mueca de dolor.

—¿Eso es todo? —le preguntó mientras le apartaba unos mechones húmedos de pelo y se los sujetaba tras una oreja.

¿*Todo*? Pero Kiska asintió.

Con los labios fruncidos Agayla se sacudió las faldas y se levantó.

—Voy a buscar una medicina para esa herida del cuello.

Fue a la parte delantera de la tienda y desapareció entre las filas de estanterías, cada una tachonada de cajoncitos que contenían una variedad aparentemente infinita de hierbas.

Kiska se adormiló al calor de la gruesa manta y de las llamas del fuego que ardía en un pequeño hogar que había en la pared trasera. Las sombras parpadeaban sobre ella mientras Agayla se movía por la parte delantera de la tienda. Kiska oyó el susurro de cajones que se abrían y el tintineo de los frascos de cristal. Sobre su cabeza, las cestas de alambre colgaban de las vigas en racimos densos como frutas. Raíces secas, hojas y plantas enteras que se estiraban hasta el suelo como manos que quisieran atraparla. Varias hileras de armarios se alzaban hasta el techo por las paredes y contenían cientos de cajones delgados con etiquetas de vitela amarilla. A lo

largo de los años, Kiska se había asomado a casi todas las casillas y había olisqueado y estudiado las pimientas secas, las flores en polvo, las raíces, los bulbos, las hojas y los tallos conservados en vinagre y los licores (toda clase de líquidos extraños) en botellas, toneles, frascos, viales, colmillos de marfil sellados con cera, y hasta cuernos, el tamaño de algunos de los cuales la hacía preguntarse de qué tipo de animal se habrían obtenido.

Ésa noche la mezcla de aromas la embargaba más fuertemente que nunca. Por primera vez desde que había puesto el pie en los muelles, Kiska liberó la tensión acumulada en sus miembros y se permitió relajarse.

Agayla regresó con una bandeja cargada con un cuenco grande y unos trapos doblados. Rozaba el suelo con las faldas. Se había subido las mangas de la blusa para descubrir los antebrazos y se había recogido el largo cabello negro. Posó la bandeja, sacó una tetera del fuego y vertió agua humeante en el cuenco. Unos pétalos flotaban en la superficie y unos polvos se arremolinaban en el fondo.

Agayla echó hacia atrás la frente de Kiska con gesto dominante y empezó a limpiarle el cuello como si fuera una niña pequeña salpicada de barro. Kiska volvió a hacer otra mueca de dolor.

—Bueno —empezó a decir Agayla—, todo eso sobre lo que has estado farfullando es muy confuso, pero creo que puedo resumirlo: da la sensación que has metido la nariz donde no debías y han estado a punto de arrancártela. Y con toda la razón.

—¡Tía!

—Shh, querida. Escúchame. Ése asesino tenía razón. Nada de lo que está pasando te concierne. En cuanto a Oleg, jamás debería haber hablado contigo. Con franqueza, estoy muy decepcionada por su falta de juicio.

Kiska apartó la mano de Agayla.

—¿Sabes quién es... quién era?

Agayla levantó la barbilla de Kiska.

—Sí. Sé quién era, hace mucho tiempo.

Kiska se debatió para levantarse, pero Agayla la obligó a permanecer sentada.

—Entonces, ¿qué hay de...?

—¡Siéntate! —le ordenó su tía, y después, con más suavidad—. Por favor, siéntate.

La sorpresa hizo callar a Kiska, que volvió a acomodarse en la silla. Agayla siempre había sido un tanto despótica, aunque pocas veces había experimentado Kiska los efectos de su genio.

Agayla suspiró y se limpió la frente.

—Lo siento. Es una noche dura para todos. Yo... —La mujer se calló y escuchó. Después se volvió poco a poco hacia la parte delantera del establecimiento.

Kiska escuchó también. Los arañazos y crujidos de unas garras en la piedra, un sonido sobrenatural e intenso. Y después los jadeos de toro, los bufidos, justo ante la puerta. Un momento de silencio roto por un aullido que helaba la sangre. Kiska se tapó los oídos con las manos. Agayla se levantó de un salto con las dos manos levantadas. Después el ruido se fue apagando a medida que la bestia se alejaba a zancadas.

Kiska intentó tragar saliva. *Por Ascu la Protectora*, ¿había sido ese el que la había seguido? ¿Había olisqueado su rastro? La chica miró a Agayla. La mujer había empalidecido y le temblaban las manos levantadas. Kiska no se lo podía creer, aquella mujer, que no parecía temer a nada, estaba aterrada.

Kiska estiró la mano para tocar un antebrazo sorprendentemente frío.

—Dime, Agayla —susurró—. ¿Qué está pasando?

Agayla parpadeó como si volviera de un lugar muy lejano y frunció los labios. Estudió a Kiska y después consiguió esbozar una sonrisa tensa.

—Muy bien. Te contaré una historia, pero solo si prometes seguir mis consejos. ¿Lo prometes?

Kiska dudó. Su tía no intentaría hacerla cumplir algo que fuese incapaz de asumir, ¿verdad? Agayla siempre había sido firme pero jamás irrazonable. Y siempre parecía tan bien informada sobre todo. Para descubrir secretos como esos... Kiska asintió.

—Bien. —Agayla empujó hacia atrás la cabeza de Kiska y reanudó la tarea de limpiar la herida. Escocía y Kiska se encogió—. Ya conoces las leyendas sobre el emperador: Danzante, su compañero y guardaespaldas; Torva, creadora de la Garra y ahora regente imperial; Dassem, y los integrantes de la Espada del Imperio; Tayschrenn y todos los demás. Bueno, ahora voy a darte una versión que jamás debería repetirse ante nadie. —Agayla pellizcó la barbilla de Kiska con el pulgar y el índice y le lanzó a la muchacha una mirada de advertencia. Kiska volvió a asentir—. Bien. La Espada del Imperio se rompió justo este año, al norte, muy lejos, en Siete Ciudades. ¿Lo sabías?

—Llegaron rumores con el ejército.

—Bien, la ruptura de la Espada convierte a Torva en la siguiente en la línea de sucesión. Dassem y los otros dos componentes de la Espada que sobrevivieron a la batalla murieron esa noche. Algunos dicen que la mano de Torva (o una garra) tuvo algo que ver en esa ruptura y en esas muertes, pero eso no viene al caso.

»Quizá no sabías que en los últimos tiempos a Kellanved y Danzante se les ha visto cada vez menos. He oído que están absortos en su propia investigación de saberes arcanos. Los generales imperiales, los gobernadores y puños se han estado quejando a Torva de que Kellanved descuida sus obligaciones. No cabe duda de que las garras de la regente alimentan las llamas del descontento al tiempo que eliminan a la competencia: los espolones. Muchos dicen que Kellanved y Danzante están

muertos, consumidos por un experimento sobre la naturaleza de las sendas que salió mal. Oleg creía que sabía la verdad. De cualquier modo, surgió una profecía según la cual Kellanved regresaría aquí, a la isla de Malaz, donde empezó todo hace tanto tiempo. Y ya ves, unos años después aparece una Luna Sombría en Malaz. Así que varios grupos e intereses se han reunido en los estrechos confines de esta pequeña isla para apostar que el futuro del Imperio dará un giro radical esta misma noche. Como si las cosas no fueran lo bastante peligrosas con una Luna Sombría... y todo lo demás.

Agayla retorció el paño en el cuenco. Kiska se irguió.

—Eso es muy parecido a lo que dijo Oleg, que venía «él». —Pero recordó algo más, Oleg había gruñido que «él» reclamaría el reino. ¿Pero qué tenía que ver la Casa de Muerte con Sombra? ¿A qué diablos se refería el viejo?

Todo aquello parecía una solemne tontería. Transubstanciación, sepultura... aunque Caminante del Filo lo había reconocido. *¿Y quién y qué era él, en todo caso?* Y esa adivinanza de Oleg. Absurdo: «Su victoria quedaría sellada por su derrota».

Kiska miró con intención a su tía.

—¿Y todo lo demás?

—Oleg Vikat —continuó Agayla mientras preparaba un vendaje con un paño blanco—. Antiguo acólito del Embozado y estudioso teúrgico. Afirma haber descubierto una interpretación fundamental de las sendas, e incluso de algo más. —La tía de Kiska suspiró—. Un loco, quizá. Pero el propio mago supremo imperial, Tayschrenn, reconoció que había cierta lógica extraña que impregnaba toda aquella maraña de teorías. El hombre ha vivido oculto las últimas décadas. —Agayla volvió a sacudir la cabeza—. Y pensar que temía la muerte que le pudieran dar los cuchillos de las garras.

—El hombre de gris. ¿No era una garra, enviada para silenciar a Oleg?

Agayla se puso de pie para vendar el cuello de Kiska. Después apretó bien la venda por detrás.

—No, querida. Ése era un adepto. Un adorador de la senda de Sombra. Asesinos todos. También están aquí, reunidos para rendir culto y llevar a cabo ritos de sangre bajo la Luna Sombría.

Kiska tocó la tela tosca del vendaje. Cuando tragó saliva le pareció que casi estaba demasiado apretado.

—Sí... dijo que me enviaría con su amo. ¿Pero qué hay de las otras cosas? ¿Las sombras que cambian, las otras visiones?

El encogimiento de hombros de su tía le dijo que esta consideraba que la explicación se hallaba por encima incluso de sus conocimientos.

—Has visto esas cosas solo porque en esta noche de todas las noches cada portal, cada acceso, cada falla entre las sendas, en todo se abre una ranura. Los fantasmas, los aparecidos y dioses, todos pueden tocar este mundo, por tenue que sea ese

contacto. Hasta el momento has tenido una suerte inusual en tus encuentros, dados los seres con los que hayas podido tropezarte, que es por lo que... —La mujer se contuvo y se secó las manos—. Bueno, podemos hablar de eso más tarde. —Se sentó al lado de Kiska y le cogió las manos con una fuerza inesperada—. ¿Ves? Aquí hay demasiadas cosas como para que una sola persona lo comprenda todo. Ésta es una noche para venganzas largo tiempo aguardadas y tiradas desesperadas. Una oportunidad que pocas veces se presenta para saldar viejas cuentas cuando los muros entre este mundo y los otros se debilitan... cuando las sombras se deslizan entre ellos. Llegará el alba, y lo hará, poco importa lo que ocurra esta noche. Lo hará, dará igual quién viva o muera. Mañana habrá necesidad de especias y hierbas, y también de agentes de inteligencia entrometidos y sin nombramientos que conozcan bien la ciudad. Hasta es muy probable que el gordo del subpuño Pell continúe comandando la guarnición. La vida sigue, ¿sabes?

Kiska se soltó las manos.

—Sé lo que insinúas. Pero no puedo quedarme aquí sentada. Otra vez no. No después de los disturbios.

Agayla apretó la boca.

—Es muy probable que te salvara la vida, niña.

—No soy ninguna niña. No voy a quedarme encerrada esta noche, ni nunca. No puedo. Me volvería loca. En cualquier caso, ya estoy metida. Tengo un mensaje que entregar.

Agayla lanzó un ligero bufido y desechó la idea con un gesto.

—Las predicciones chifladas de un necio egoísta y ávido de poder.

Era cierto que sonaba ridículo pero aquella antigua criatura, Caminante del Filo, lo había aceptado. Kiska observó a Agayla con los ojos entrecerrados. ¿Cuánto sabía de ella en realidad? La llamaba «tía» pero entre ellas no había ningún lazo de sangre. A veces daba la sensación que media población de la isla la llamaba así. Durante la imposición del edicto de la regente contra la magia, Agayla había hecho todo lo posible por evitar que Kiska saliera a la calle, aunque la chica se las había arreglado para permanecer fuera durante la mayor parte de los disturbios. Solo en los peores momentos, durante las redadas en masa de cualquier persona sospechosa de poseer «talento», la había mantenido encerrada arriba.

¡Qué noche había sido aquella! Lloros, ruegos a aquella mujer, incluso había intentado forzar las ventanas pero las había encontrado inmunes a sus porrazos. Había tenido que conformarse con mirar y escuchar desde la ventanita superior. ¿Quién habría dicho que los incendios pudieran originar tanto ruido? El rugido de las llamas, el crujido y el tornado de los vientos ardientes. El hedor a carne quemada, los gritos. Hombres y mujeres que se precipitaban de un lado a otro por las calles oscuras. Y los estallidos, ¡magia! Más tarde, esa misma noche, Kiska había espiado desde la cima de

las escaleras a Agayla, que, en la puerta, había amilanado a una turba de soldados sublevados.

—Estás arrestada, condenada bruja —le había ladrado el líder. La sobrevesta y el manto gris que llevaba parecían más oscuros, tan reciente era su paso por el tinte. Un recluta de los infantes de marina imperiales.

Agayla se había limitado a cruzarse de brazos. Kiska se había imaginado su mirada dura y reprobadora. Una mirada que parecía capaz de fundir la piedra. El soldado había levantado a toda prisa una mano para defenderse del mal de ojo y había sacado la espada.

—Como me maldigas... —había gruñido.

Otro soldado apartó a ese de un empujón. Él también vestía el gris de los infantes de marina, aunque sus ropas colgaban sueltas, gastadas y descoloridas. Kiska vislumbró en su pecho el destello de las franjas de plata del regimiento y la campaña. Un veterano imperial.

—Hay brujas de la cera y vendedores de pociones de amor de sobra en otros sitios —le dijo Agayla a ése—. No irás a hostigarme a mí, ¿verdad, sargento?

Ése soldado se quitó los guanteletes y se golpeó con ellos el manto. Un polvo rojizo se levantó de la tela. ¡Polvo ocre! ¿Las arenas de Siete Ciudades todavía recubrían el manto de aquel hombre? El veterano y Agayla se midieron con la mirada. Tras un momento, el hombre escupió a un lado.

—Tenemos cinco magos militares con nosotros si las cosas se ponen mal, ¿sabes? —murmuró el veterano.

—Adelante, llámalos. Pero piensa en la misión que tienes aquí, sargento. ¿Es adiestrar a estos hombres o perderlos?

El soldado bufó al oír eso.

—Adiestrar, y una mierda —dijo por lo bajo. Después saludó a Agayla con una inclinación de la cabeza cubierta por el yelmo y reunió a los soldados con un gesto de la mano—. Venga, moveos, patéticas mierdas de camellos.

El soldado al que habían apartado levantó la espada.

—Pero, Aragan, es una de éstas. Y dicen que es... —Se acercó más al sargento y le susurró algo.

Kiska creyó oír la palabra «rica». El veterano le arrancó al soldado la espada de la mano y le golpeó un hombro con la parte plana. El hombre lanzó un gañido, se agachó y desapareció de su vista.

—¡He dicho que os mováis! ¡Malditos sean vuestros miserables pellejos! —gritó el sargento tras él. Después se volvió hacia Agayla y la señaló—. Tú —le ordenó el tipo—, mantén esa maldita puerta cerrada o volveré aquí y te sacaré por los pelos.

Agayla inclinó la cabeza con gesto amable.

—Sí, sargento. Eso haré.

Cuando Agayla volvió arriba, Kiska le dijo que jamás la perdonaría por encerrarla en casa durante el día más emocionante que había vivido jamás. Agayla se había limitado a levantar una ceja.

—¿Emocionante?

Y allí estaba otra vez, una vez más en los aposentos de Agayla, una noche parecida a aquélla. Pero una vez más se había puesto bajo la protección (y el criterio) de esa mujer.

Kiska se aclaró la garganta.

—Es lo que llevo deseando toda mi vida. Por favor. Déjame hacer algo. —Se quedó mirando a un lado, sin atreverse a enfrentarse a la mirada de Agayla; temía parecer una niña mimada. En el aire, sobre el cuenco de agua, vio enroscarse el vapor. ¿Vapor?

Agayla seguía callada.

—Tía... ¿qué es eso?

Agayla bajó los ojos. Se quedó muy quieta y después susurró:

—Dioses benditos.

Lo que momentos antes había sido un cuenco de agua caliente se había convertido en un hemisferio congelado de hielo que humeaba junto al fuego.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kiska en voz baja.

Agayla se levantó con expresión rígida. La tela de sus faldas susurró cuando se acercó a un viejo escritorio en el que se apilaban los pergaminos de la correspondencia.

—Muy bien —dijo con tono brusco—. Tengo que admitir que preferiría mantenerte aquí contra tu voluntad. —Entonces giró la cabeza y miró a la chica por encima del hombro—. Pero entonces jamás me lo perdonarías, ¿verdad?

Kiska se limitó a asentir mientras intentaba contener una sonrisa y el impulso de lanzarse a los pies de aquella mujer.

Agayla sorbió por la nariz y sacó un pergamino de una de las casillas.

—Sí. Tantos años deseando un poco de acción, encerrada en esta esquina olvidada del Imperio; pues aquí tienes acción, y más de lo que tú o yo esperábamos, diría yo. —Garabateó un mensaje en una hoja amarilla—. Si tienes que hacer algo o no perdonártelo jamás (ni a mí), entonces te daré algo que hacer. —Enrolló el pergamino, lo selló con una gota de una vela y presionó un anillo sobre la cera—. ¿Y bien? —Le hizo un gesto a Kiska para que se acercase—. Ven aquí. Bueno, llévale esto al hombre al que llamas tu objetivo. Haz lo que te diga cuando lo haya leído. ¿Hmm?

Kiska se metió el pergamino bajo las camisas.

—Sí, tía. Muchas gracias. Pero ¿quién es? ¿Dónde estará?

Agayla desechó las preguntas con un gesto.

—No le gustaría que te lo dijera. Pero si alguien puede cuidar de ti esta noche, es él. Lo encontrarás en algún lugar entre esta casa y la fortaleza de Mock. Y, muchacha, si llega a la fortaleza antes de que lo alcances, no entres allí. ¡Promételo!

—Sí, tía. Lo prometo. —Kiska abrazó a Agayla echándole las manos al cuello e inhaló el aroma a especias.

—Vamos, niña —le advirtió la mujer mientras se apartaba—, quizá no me lo agradezcas tanto más tarde. Preferiría que te quedaras, pero por alguna razón has terminado enredada en este asunto y yo no debo interferir.

Kiska asintió y se ajustó la camisa, el chaleco lleno de bolsillos y el manto. Se tocó con cautela el vendaje del cuello y se dio cuenta que el dolor había desaparecido.

Agayla le cogió una mano, Kiska levantó la cabeza y le sorprendió ver el modo en el que la mujer la estudiaba, con una mirada cálida en los ojos pero también con un matiz de dureza.

—Hay cosas ahí fuera que te aplastarían sin pensarlo siquiera. Si te encontraras con una de esas bestias, quédate quieta, como si fuera un animal salvaje corriente. —Agayla aspiró una lenta bocanada de aire—. Debería hacer caso omiso de ti.

Una vez que tuvo el camino libre para salir de nuevo bajo aquella luna, Kiska hizo una pausa. Aquél bramido. Los arañazos de esas garras en el empedrado. El miedo volvió a invadirla.

—Sí, tía —se aventuró a decir con voz débil.

—Bien. Y ahora, antes de que te marches, te voy a preparar unas cosas para que te lleves contigo. —Y pasó por delante de la muchacha hacia la parte delantera de la tienda.

Temple se echó a Gallera a la espalda y avanzó arrastrando las botas de éste, que iban dejando dos rastros en el barro. Uno de los fornidos brazos del cervecero colgaba, rígido, por un lado del cuello de Temple. El otro lo llevaba Temple atrapado con su mano izquierda, en la derecha, uno de los cuchillos de cocina más grandes de Sallil. Gallera pesaba mucho, pero Temple ignoró la carga y se concentró en observar la calle de Atrás y en atravesar con cuidado el callejón sembrado de basura. La luz de la luna iluminaba la calle, se ondulaba y cambiaba a medida que las nubes recorrían el cielo. El camino parecía despejado.

Con las rodillas dobladas, Temple fue arrastrando los pies por el callejón. El amplio cuerpo de Gallera rozaba las paredes de ambos lados hasta que salió a la calle. Se detuvo ante la primera puerta que tenía a la derecha, la residencia de Sello.

—Sello —llamó, procurando no hacer mucho ruido—. Sello, abre...

Un aullido tronó por toda la ciudad, parecía estallar en cada callejón y cada calle. Temple perdió pie y estuvo a punto de dejar caer a Gallera.

—Al Embozado con esto.

Temple lanzó un gruñido de esfuerzo, dobló un pie y dio una patada. La puerta se derrumbó y se astillaron las jambas. Temple se precipitó al interior, dejó caer a Gallera y después volvió a apoyar la puerta en el marco. Las ascuas refulgían en un hogar de piedra que había en una de las paredes, pero aparte de eso, la única fuente de iluminación era la luz de la luna que entraba a raudales por la puerta rota. Vio una silla y le dio una patada para encajarla contra la puerta.

—¡No te muevas! —le ordenó una voz detrás de él y a cierta altura.

Se quedó inmóvil de cara a la puerta y levantó los brazos.

—Soy yo, Sello, Temple.

—¡Date la vuelta!

Temple se volvió y entrecerró los ojos. En la oscuridad solo podía distinguir a Sello en lo alto de las escaleras, con un camisón. Llevaba algo en las manos, una enorme ballesta que había apoyado en la barandilla del segundo piso.

—¡Soy yo, maldita sea! —rezongó Temple.

Sello no se movió.

—Sí, eso ya lo veo. Tienes un cuchillo. Hazte un corte.

—¿Qué?

—Hazte un corte. En la mano, donde yo pueda verlo.

—No tengo tiempo...

Sello apuntó con la ballesta.

—Hazlo.

Gallera gimió desde donde estaba tirado y se estiró con pereza.

Temple apretó los dientes y después aplicó el filo agudo del cuchillo de cocina a la carne de la base del pulgar. Brotó la sangre, que se le deslizó por la mano y el antebrazo. Después levantó el pulgar lacerado.

—¿Ves?

Sello lanzó un gruñido y bajó unos cuantos escalones con la ballesta todavía apuntada. Más de cerca, Temple vio que el arma era una ballesta de asedio con cranequín de carga. Una de las armas del Imperio más pesadas y feas, un lanza proyectiles que podía utilizar una sola persona. Sello apenas era capaz de mantenerla erguida y se tenía que apoyar en la barandilla. Temple contuvo el impulso de apartarse de un salto por si se disparaba por accidente, en cuyo caso, tanto la puerta como él terminarían con unos malditos agujeros bien grandes.

—Cuidado... —dijo sin aliento, pero con un nudo en el estómago.

Sello pareció sorprenderse, bajó la cabeza, miró el arma y apuntó al suelo.

—Perdona.

Ni siquiera estaba cargada. Temple dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza. Debería haberse dado cuenta.

Sello posó la ballesta en una mesa y se arrodilló junto a Gallera.

—¿Herido?

—No —se rió Temple—. Solo se ha desmayado de miedo.

Sello cruzó el espacio que lo separaba del hogar, rozó las ascuas con una astilla y encendió una lámpara.

—¿Qué ha pasado?

Temple examinó la calle por el hueco que dejaba la puerta apoyada.

—Que te lo cuente él cuando recupere el sentido, yo no tengo tiempo. —Después se giró—. ¿Todavía conservas mi equipo?

Sello asintió. Los tirabuzones largos y sueltos de cabello negro se derramaron sobre la cara del cirujano, después señaló con un gesto la parte de atrás.

—En el almacén.

—Bien. —Temple pasó por encima de Gallera.

—Espera, maldita sea. —Sello agitó las manos con aire impotente para referirse a Gallera—. Ayúdame a ponerlo en un banco. —Con un suspiro, Temple apartó una mesa. Cogió al hombre inconsciente por debajo de los hombros mientras Sello lo sujetaba por los pies. Juntos lo subieron a uno de los bancos que cubrían las paredes de la habitación. Sello apartó a Temple y empezó a desatar el delantal de Gallera.

Temple encendió otra lámpara de aceite.

—¿A qué venía lo del corte?

Sello estaba inclinado sobre la cabeza de Gallera y le estaba examinando los ojos.

—¿Qué?

Temple levantó el pulgar manchado de sangre.

—La mano. ¿Por qué me dijiste que me hiciera un corte en la mano?

Sello levantó la cabeza y sonrió.

—Los fantasmas no sangran, Temple.

—Ésa maldita ballesta no te serviría de mucho contra un espíritu.

Sello encogió los estrechos hombros.

—Bueno, de todos modos no pude cargarla.

—Por los colmillos de Fener, Sello. No puedes seguir así.

Cuando llegó a la puerta del almacén, Temple creyó oír la voz de una mujer que llamaba a Sello y la respuesta tranquilizadora del físico.

En el almacén, detrás de un baúl de viaje, encontró el fardo de posesiones que no se atrevía a guardar en su habitación. Estaba envuelto en una lona tan larga como él. Posó el fardo sobre un baúl y empezó a desabrochar los dos cinturones de cuero que lo sujetaban. Tiró a un lado la piel engrasada y sacó dos espadas con vaina y cinturón. Se echó las dos al hombro, con los filos colgándole a la espalda. Unas dagas de combate, cortas y romas, ocuparon su sitio en la cadera.

Tanteó otra vez detrás del baúl de viaje y sacó otro fardo del tamaño de una cabeza. Lo levantó con una mano y despegó el cuero suave. Un yelmo se lo quedó

mirando. Era de acero ennegrecido con un alpartaz de malla colgando como un encaje raído a su alrededor y una placa articulada de cuello de langosta. La visera con forma de te y el barbote clavaron la mirada en él como un fantasma del pasado: la cabeza decapitada de su álter ego. Se quedó sin aliento; hacía tanto tiempo que no se atrevía a mirarlo. Encontró los guanteletes blindados todavía metidos en el espacio forrado del interior. El hedor a sudor, grasa y, era de suponer, sangre, era marcado. Casi podía oír el choque y los gemidos de la batalla. Se desprendió con una sacudida de los jirones de recuerdos que se aferraban a él y se metió el yelmo debajo del brazo. Recogió la lámpara de aceite y bufó al sentir la camisa de muselina acolchada y el chaleco de cuero que vestía. ¡Parecería un auténtico idiota contoneándose por ahí con una simple camisa forrada, armado hasta los dientes y coronado por un yelmo!

Abajo, Gallera yacía gimiendo con un paño húmedo en la cara. Sello se había agachado junto al hogar de piedra y argamasa y alimentaba un fuego creciente. Una olla negra hervía sobre las llamas.

—¿Qué clase de veneno estás cocinando ahí? —Temple dejó caer el yelmo sobre la mesa.

Sello se volvió. Su mirada pasó de las armas de Temple al yelmo de la mesa. La respuesta que iba a dar murió en sus labios. Sin dejar de mirarlo, se despejó con una sacudida.

—Solo un poco de sopa de cebada. Tengo hambre.

Los ojos de Temple se vieron arrastrados en la misma dirección. El yelmo parecía un horripilante trofeo. Carraspeó por un instante.

—Ah, Sello, ¿no tendrás por casualidad alguna armadura por ahí, verdad?

Sello hurgó en las brasas y lanzó un bufido.

—No irás a salir ahí fuera otra vez, ¿no?

Temple se puso furioso.

—Sí.

—Sea lo que sea, no puede ser tan importante, Temp.

—Ni siquiera sé si lo es. Pero tengo que averiguarlo.

Sello levantó un brazo y señaló un baúl ribeteado de hierro que había apoyado en la pared más lejana.

—De mi tío abuelo. De las guerras fronterizas entre Grist y Khemst. Hace mucho tiempo. Lo único que tengo.

Temple quitó el cerrojo y abrió el baúl.

—Por los dientes de Togg —dijo sin aliento. Dentro había un batiburrillo de fardos, sacos, trozos y restos de armaduras: muestras de cota de malla, grebas, brazales de cuero hervido ajustados con aros de acero. De entre la maraña levantó un peto con escarcelas que parecían lo bastante largas como para llegarle hasta las rodillas. La pieza consistía en un peto y un espaldar con hombreras y correas

laterales, las mangas eran toscas y de hojuelas. Un forro de cuero, casi tan grueso como su pulgar y ablandado por años de uso, sostenía una especie de cota de malla llena de capas y remiendos, ringleras de hueso, tachones y acero horizontal que ribeteaban el peto y el espaldar. Unos aros de hierro engranados iban cosidos desde la cintura y revestían las escarcelas abiertas de cuero. Temple levantó el peto con un silbido. No sabía quién había cargado con aquello en un campo de batalla, pero debía de haber sido todo un toro.

Temple examinó las correas.

—¿Es que allí arriba no habían oído hablar de la aguja?

—Por aquel entonces, en el norte era todo cortar y rebanar.

El veterano asintió al recordar todo lo que había oído sobre las generaciones de guerras intestinas entre los nobles menores gristanos y su confusión de principados, protectorados, baronías y dominios. Él se había alistado mucho después de que el emperador se los embolsara a todos como un si fueran un montón de calderilla.

Miró entonces a Sello a los ojos.

—¿Puedo usar esto?

El médico le indicó con un gesto que se sirviera él mismo.

Temple se desprendió de los cinturones de las armas y empezó a preparar el peto. Mientras trabajaba, Gallera gimió, se quitó el trapo mojado de la cara y levantó la cabeza. Parpadeó y miró a Temple.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué estás haciendo?

—Voy a por esos ladrones, Gallera. —Temple levantó el forro y empezó a ponérselo.

—¿Ladrones? Pero, Trenech... él, y entonces él... —Gallera volvió a gemir y cerró los ojos—. Que Ascuá nos proteja a todos.

Sello alzó una ceja.

—¿Ladrones? —articuló sin ruido

Temple se encogió de hombros. Se estaba peleando con las hebillas laterales y por un minuto Sello se limitó a mirarlo. Después cruzó la habitación, apartó las manos de Temple y empezó a ajustar con mano experta las correas de cuero. Temple observó los movimientos de aquellos dedos hábiles.

—No es la primera vez que haces esto.

Sello levantó la cabeza con la boca apretada, después volvió a la tarea. La cólera de sus ojos sobresaltó a Temple.

—Por lo general tengo que quitar la armadura. Y por lo general el soldado está tirado en el suelo, escupiendo sangre y echando en falta uno o dos miembros.

Temple tragó saliva al escuchar el tono amargo, pero no dijo nada mientras Sello le adaptaba el peto lo mejor que podía. Cuando terminó, Sello le dio una palmada en la espalda.

—Listo. No desentonarías ni en la Legión de Hierro —dijo con tono ácido.

—Gracias —contestó Temple, le daba igual si Sello se ofendía, porque lo había dicho en serio. Sin embargo, a su peculiar modo, Sello lo había alabado y maldecido al mismo tiempo, ya que, si bien la Legión de Hierro había sido un regimiento de élite de infantería pesada, también había sido aniquilado durante la invasión de Kellanved de lo que había sido el reino independiente de Unta.

Fuera lo que fuera lo que Sello hubiera visto o sufrido durante su carrera como cirujano del ejército malazano, debía de haber sido descorazonador para haber dejado semejante desprecio en alguien tan joven. Cuando Temple había llegado a la ciudad, había conocido al joven estudioso en el Colgado y había mantenido frecuentes conversaciones con él. Pero si bien Sello parecía ilusionado por disfrutar de compañía, al mismo tiempo parecía impaciente y condenaba todo lo que Temple tenía que decir. Durante sus viajes con el ejército, el joven también se había hecho adicto a la amapola de D'byan, que lo dejaba embrutecido. El hábito asqueaba a Temple. Al final habían terminado discutiendo y Sello dejó de pasarse por la taberna. Temple había contado con que Sello estuviese consciente esa noche, pero casi esperaba encontrarlo medio ciego, envuelto en una nube de humo amarillento asfixiante y con una sonrisa idiota mientras a su alrededor la ciudad se iba con el Embozado.

Sello se acercó a la mesa, pero se mantuvo a cierta distancia del yelmo. De repente sonrió y después se echó a reír.

—Imagino que mañana estarán clamando a gritos por mis servicios. Nobles viudas ricas y angustiadas con vapores que calmar y desórdenes nerviosos que diagnosticar. —Su mirada se deslizó sobre Temple a toda prisa y se posó en Gallera—. No dejes que te pase nada porque no puedas permitirme mis servicios. —Después esbozó una sonrisa amarga de auto-desprecio.

Temple se metió el yelmo bajo el brazo.

—Siento lo de la puerta.

Sello se encogió de hombros con los ojos cerrados.

—Supongo que a partir de ahora estará abierta. Pasa por aquí para que le eche un vistazo a lo que quede de ti.

Temple levantó la puerta y la dejó a un lado.

—Lo haré. —Hizo un saludo militar, el viejo ademán del puño en el pecho—. Gracias por la armadura, y no te acerques a ese maldito humo.

Sello respondió al saludo con un suspiro de disgusto.

Temple subió corriendo por la calle de Atrás rumbo al puente Viejo de Piedra, cerca de la cenagosa desembocadura del río Malaz. A tres manzanas del Colgado se encontró con un charco más oscuro de humedad en el empedrado, alrededor de un montón de vísceras. Se detuvo y escuchó. La noche era tranquila. El oleaje gemía, extrañamente apagado, mientras el viento susurraba en ráfagas intermitentes. Las

calles circundantes no mostraban ninguna otra señal de violencia. Temple se agachó y miró más de cerca. Entrañas humanas, el vapor se elevaba por el aire húmedo. ¿Eso era todo lo que quedaba de Campana, el fallecido guardia del Colgado? ¿Era obra de un mastín? Se parecía más al ataque de un gato de presa, como los catamontes de las llanuras setis, o el leopardo de nieve de la cordillera Fenn, en el norte de Quon Tali. Con todo, esos malditos aullidos sonaban como si reverberaran de la garganta de una bestia del tamaño de un bhederin.

Se levantó, miró el rostro ceñudo del risco y la fortaleza de Mock, encaramada encima como una tormenta de oscuridad. No brillaba ninguna luz, no ardían fuegos en las almenas. Era como si la fortaleza fuera una cripta carente de vida. Pero Temple estaba convencido de que encontraría las respuestas a los misterios de esa noche ocultos entre sus murallas. Al menos eso esperaba, no tenía ni idea de dónde más podía mirar. Echó a correr y se dirigió al centro de la ciudad.

Kiska había esperado a la puerta de Agayla, envuelta en un abrazo que parecía que iba a durar para siempre. Agayla había terminado por soltarla y apartarse, con las manos todavía aferradas con fuerza a las de Kiska y los ojos clavados en la oscuridad. Por un momento aterrador, Kiska había pensado que la mujer le prohibiría irse. Revivió su angustiada visión en la que se consumía en aquella isla diminuta, teniendo que dar vueltas y más vueltas a sus estrechas costas. Pero en el instante en que por los labios de la anciana pasó «Que Ascuá te guarde», los pensamientos de Kiska fueron libres de volar en la noche. Se despidió con la mano, pero su mente ya estaba en el estrecho del Cúter, la explanada principal que iba de norte a sur y separaba la ciudad vieja de la nueva.

Poco después, agazapada a la sombra de una chimenea, con los dedos de los pies encogidos alrededor de los bordes de unas tejas húmedas y la espalda apoyada en el ladrillo cálido, se asomaba a las calles desiertas. Desde allí la ciudad parecía muerta, con todas las ventanas cerradas, las telas colgadas para disimular cualquier signo de vida. La luna la miraba con expresión lasciva, como un ojo burlón.

Kiska se aferró a la ballesta que había apoyado en las rodillas para intentar tranquilizarse apretando su peso y resistencia. Ésa noche, unos simples giros por las calles y ya no sabía dónde estaba. La experiencia la había afectado de forma profunda. Era como si de repente se hubiera encontrado en otra ciudad. No tenía ni idea de qué dirección tomar o cómo podía volver. Sin embargo, las calles poseían una familiaridad espeluznante. Parecía estar cerca de donde había corrido durante los disturbios que habían estallado para protestar contra la prohibición de la magia que había dictado la regente.

Había sido la primera noche de la protesta, antes de que una simple dispersión de la multitud degenerara en un saqueo descarado, incendios provocados y extorsión;

antes de que Agayla la encerrara en su casa. Kiska había mirado desde los tejados mientras unos soldados novatos se volvían locos, bebían a la salud de su recién hallado poder y se comportaban como matones de los muelles. Los pocos veteranos que había no parecían capaces, ni dispuestos, a contenerlos.

La joven se había dado la vuelta, la situación la ponía enferma; iba abriéndose camino con cuidado por los tejados para alejarse de lo peor de la rotura de escaparates y los incendios desbocados cuando un grito la atrajo a los confines de un callejón oscuro. Tres soldados atormentaban a un anciano de cabello gris y flaco como una fusta. Un pescador, a juzgar por la camisa raída y los pantalones grasientos. Los soldados se reían y le daban puñetazos y patadas al viejo que se iba retirando por el callejón. La situación puso furiosa a Kiska y sin pensarlo un instante arrancó la teja más grande que encontró y se la arrojó a los soldados.

Un hombre cayó al suelo de inmediato, derribado por la pesada cerámica. Sus amigos gritaron, asombrados, y salieron corriendo del callejón. El anciano se echó hacia atrás con un tambaleo. Kiska corrió a una esquina del tejado, sobre una rejilla, y empezó a bajar. Se sujetó con fuerza a los barrotes de la ventana, apoyó los pies en una verja y después descendió al asfalto salpicado de basura.

El soldado yacía aturdido, quizá incluso muerto. Sus amigos habían desaparecido. Kiska buscó al anciano pero no encontró rastro de él. Debía de haberse ido dando traspiés mientras ella bajaba. Kiska sacudió la cabeza y se dio la vuelta para largarse de allí, pero descubrió que los otros dos soldados no habían huido tan lejos como ella esperaba. Estaban bloqueando la única vía de salida, a menos que intentara trepar a los tejados otra vez. Y no le parecía que los tipos fueran a darle tiempo para eso.

Unos pies arañaron las piedras tras ella, Kiska giró en redondo y apoyó la espalda en la pared. Era el soldado caído, que ya se había puesto en pie. La sangre le manchaba un lado de la cara y tenía el yelmo de cuero torcido. La furia relucía en sus ojos oscuros y fijos.

Las manos de Kiska volaron a los cuchillos, pero el soldado le sujetó los brazos a los lados con un abrazo de oso que la aplastó.

—¡Vamos, chicos! —chilló el soldado con una carcajada. Después le metió la cara resbaladiza de sangre y le buscó la boca con un susurro ronco—: Qué buen negocio hemos hecho. —Tiró de las muñecas de Kiska y se las sujetó con una sola mano. Con la otra mano le apretó el pecho y le rasgó los cordones de la camisa bajo el chaleco. Sus amigos le gritaban para animarlo, mientras a su alrededor resonaba el rugido de la turba que invadía las calles.

Kiska se quedó paralizada cuando comprendió de repente el horror de la posición en la que se había puesto. ¿Cómo podía haberse hecho eso a sí misma? Estuvo a punto de abrir la boca para rogar pero recordó el adiestramiento de Agayla. Con los brazos inmovilizados, echó la cabeza tan atrás como pudo para golpear al soldado

con todas sus fuerzas. El hombre bramó, la soltó y se tambaleó hacia atrás. Kiska alejó las lágrimas con un parpadeo. Las estrellas enturbiaban su visión.

—Zorra —gruñó el soldado, lo tenía muy cerca. Su voz era apenas audible entre los gritos y chillidos circundantes de la lucha. Kiska captó el chirrido del acero al salir de una vaina. Sacudió la cabeza, contuvo unas lágrimas y lanzó un revés con el pomo de una daga. Alcanzó al hombre en el lado herido de la cabeza y el tipo cayó al suelo sin un solo sonido.

—¡Maldita puta! —gritó uno de sus amigos desde la entrada del callejón. Se movió rápido y se abalanzó sobre ella con los brazos muy abiertos, por si intentaba dejarlo atrás corriendo.

Kiska lo observó acercarse, maravillada. ¿De verdad pensaba que iba a intentar huir sin más? ¿El necio aquel no veía cómo estaban saliendo las cosas? ¿Que eran él y su amigo los que deberían echar a correr? Kiska retrocedió como si estuviera aterrorizada, y de inmediato el tipo se acercó todavía más. Y recibió una patada en la ingle. El soldado se dobló en dos con un silbido que estalló en sus pulmones. Kiska le dio la vuelta a la daga, le lanzó un golpe a la sien y el soldado se derrumbó.

Kiska levantó los ojos para buscar al soldado que quedaba. Éste se había quedado quieto, perfilado en la boca del callejón por el fulgor de las antorchas. Entusiasmada, jadeante, Kiska lo invitó con un ademán. *Ven a por lo tuyo*. El tipo salió corriendo como un conejo asustado.

Kiska se dejó caer entre la basura del callejón. El ruido de los disturbios pareció atenuarse, junto con el fulgor naranja y amarillo. Le temblaban las piernas y los brazos y se inclinó hacia delante para vomitar. Se limpió la boca con el brazo. ¡Por el abrazo arrollador de Ascu! Le había salido bien por los pelos, demasiado para que le mereciera la pena, y además, ¿que le mereciera la pena qué? ¿Salvar a un viejo de una paliza? Se quedó allí sentada un rato, enferma y enfadada consigo misma, después se levantó. Envainó las dagas y trepó por la verja. Juró entonces que aquella sería la última vez que arriesgaba el cuello por nadie.

Pero allí estaba otra vez, fuera, en la noche, mientras el vello se le ponía de punta de pavor. La ciudad parecía estar cambiando ante sus propios ojos. Las sombras se movían. Había calles y edificios desconocidos que aparecían rielando únicamente para vacilar, disiparse y reaparecer en otro sitio. Hasta los sonidos nocturnos parecían distorsionados. ¿Dónde estaba el oleaje? Kiska había crecido en ese puerto y no recordaba un solo día en el que no se oyera el pulso firme del mar. Pero se había desvanecido. Cualquiera otro día o noche sabía con exactitud dónde se encontraba simplemente con oler el aire y escuchar la voz de las olas. Pero esa noche todo aparecía retorcido y al revés. Ni siquiera estaba segura de en qué dirección se hallaba la fortaleza de Mock. Al igual que aquella noche de hace unos meses, la situación era peor de lo que esperaba. Ésa noche, con los soldados, había sido un ataque contra su

cuerpo; ahora sentía que se jugaba mucho más que el simple pellejo. Se odiaba por ello, pero le parecía que debería esconderse como una gata mojada hasta el amanecer. Ni siquiera la posibilidad de un mastín que olisqueara su rastro la obligaría a moverse.

Parpadeó, se limpió la bruma helada de la cara y observó unas nubes finas que revoloteaban y rodaban sobre la ciudad como pájaros coléricos que la hostigaran. Un jirón de vapor se abrazó a los tejados, de un color plateado opalescente, y después salió disparado de repente entre los edificios de su derecha. Al bajar dibujando un arco, el vapor adoptó la apariencia de un mastín gigante que se abalanzaba con las patas delanteras extendidas. Un instante después, un aullido desgarrador hizo temblar las paredes y la sobresaltó de tal modo que saltó como si le hubieran hundido una daga en la espalda.

Kiska chilló y su voz se fundió con la de las personas encerradas en sus casas bajo ella, después salió despavorida, saltando de tejado en tejado y sin advertir siquiera las tejas resbaladizas por la lluvia.

Saltó a los balcones de los segundos pisos, se equilibró sobre sus desvencijadas barandillas y después brincó entre las calles hasta los salientes y aleros de los edificios de enfrente. Subió escabulléndose sobre las tejas de arcilla, el sonido de las que caían tintineaba en el suelo, trepó por las bovedillas de los tejados improvisados que cubrían los callejones y cruzó edificios gubernamentales de ladrillo plano y tejados de piedra. Desde un anodino aguilón de un edificio, salvó de un salto una calle para aterrizar sobre un templo dedicado a Fener. Con la mano enguantada cogió el canalón de la cabeza de un verraco. Lanzó un gruñido y se aupó hasta la pasarela que había detrás, donde se quedó a cuatro patas y respiró hondo para aliviar el ardor de los pulmones.

Era imposible que la siguiera hasta allí. No entraría en un recinto sagrado. Seguro que ya estaba a salvo. Kiska levantó la cabeza y se asomó por el borde de piedra. Las sombras giraban como velos barridos por el viento. Desvió la mirada, mareada, y se apartó el pelo de la cara. Lo más probable era que no hubiera habido nada tras ella, ¿pero quién se quedaba a esperar para averiguarlo?

Un hombre salió de un arco abierto. Un sacerdote de Fener, con sus tatuajes de los colmillos del jabalí enroscándose en las mejillas. El hombre sonrió cuando la vio.

—Así que esta es nuestra temible invasora.

Kiska retrocedió por la pasarela.

—¡Espera! ¡Quédate!

Lo oyó ir tras ella, así que subió y salió al florón de la cabeza de otro jabalí, donde el viento tiró de sus ropas mojadas.

—Por la sangre de Fener, niña. ¡No hagas eso!

Kiska empujó con las piernas todo lo que pudo. Las manos estiradas cayeron

sobre el saliente del edificio de enfrente. Se golpeó una rodilla contra el revestimiento de piedra y estuvo a punto de soltarse al notar la aguda punzada. Se encaramó y dio gracias a los dioses por las viviendas que atestaban la ciudad, pegadas todas unas a otras, así como por la tacañería de sus conciudadanos de Malaz, demasiado avaros como para tirarlo todo y empezar otra vez.

Postrada en el tejado mojado por la lluvia, Kiska vio que el sacerdote seguía observándola, con el rostro arrugado de preocupación. Se puso en pie con un esfuerzo y agitó la mano.

El anciano hizo una bocina con las manos y chilló entre las ráfagas de viento:

—¡Rezaré una plegaria por ti!

Kiska agitó una mano para darle las gracias y después continuó su camino, cojeando y lidiando con el escozor de la rodilla.

La última extensión de tejados que debía cruzar la detuvo. Aspiró unas cuantas bocanadas del frío aire nocturno y se acercó al borde del aguilón de un tercer piso que se asomaba a varios bosquecillos y una pradera accidentada salpicada de ruinas que todo el mundo llamaba Picos Musgosos.

Estudió los tejados que había dejado atrás. ¡Qué idiota había sido! ¡Cómo podía imaginarse que estaría a salvo en cualquier parte a cielo abierto! Por los dioses de los cielos. Tenía delante una hechicería de alto nivel como jamás habría soñado ver. Era como las historias de los grandes combates imperiales, cuando el cuadro de magos malazano había destrozado el protectorado de Heng; la ruptura de las legendarias defensas de la isla de Kartool; el asedio de las ciudades sagradas; o las batallas masivas en el lejano continente genabackano.

A medida que se le fue pasando el miedo y su corazón se ralentizó, Kiska pudo empezar a respirar con normalidad. El miedo se convirtió en emoción, una excitación como no había experimentado jamás. Sentía un hormiguelo en los brazos y las piernas, que se tensaban listos para la acción; se sentía poderosa, competente. Podía oler el poder que reinaba en las calles, quería apoderarse de él.

Kiska estudió el parque ligeramente arbolado. Quizá su huida no había sido tan ciega como había pensado. Ahí fuera había algo, entre los árboles. Se echó bocabajo en el aguilón. Observó durante un rato, inmóvil. La luz irregular de la luna iluminaba el bosque, los acebillos resplandecían bajo la luz monocroma como si estuvieran ardiendo.

Y entonces un movimiento... lo que ella había creído que eran sombras de ramas que cambiaban de posición bajo el viento desigual se resolvieron en unas formas que se escabullían de refugio en refugio. Figuras vestidas de gris, figuras espectrales, que se arrastraban y salían disparadas para acercarse a los montículos más grandes de piedra cubiertos de musgo. Entre las ramas de los dos altos cedros rieló un destello y después desapareció, lo que podría haber sido un reflejo muy tenue de la luz de la

luna en un metal pulido.

Bueno, esos adeptos ya estaban antes siguiendo a su objetivo, ¿así que, por qué no ahora? Después de todo, ¿cuántos más podía haber lo bastante estúpidos como para salir en una noche como ésa, aparte de ella? Kiska se volvió para buscar un camino para bajar.

Después de cruzar corriendo una calle y meterse por un denso matorral, Kiska se fue escabullendo de árbol en árbol. Cerca del centro del parque, se tropezó con un cuerpo. Quienquiera que hubiera sido aquella gris (adapta de Sombra, se corrigió), no podía haber sido mucho mayor que ella. El cuerpo yacía sobre un costado, apoyado en la base de un roble solitario sin hojas. Kiska se arrodilló para inspeccionar el cadáver. Las túnicas eran de un lino tejido con delicadeza y, visto el desaliño, habían registrado el cuerpo. La habían matado rápido, de forma profesional, a juzgar por la única estocada de un arma grande que había entrado por delante. La sangre se encharcaba en el regazo de la chica y ennegrecía las raíces anudadas sobre las que yacía.

Sin quitarse los guantes, Kiska cogió un mechón del largo cabello rubio y levantó la cabeza. Nadie que ella reconociera. Pero eso no significaba nada si la sociedad era tan secreta como afirmaba Agayla. Que Kiska supiera, la chica podría haber llegado incluso desde las Confederaciones Libres, que, según se decía, se encontraban al sur de Genabackis, muy lejos de allí.

Kiska dejó caer la cabeza hacia delante y vislumbró una decoloración en el pecho de la mujer. La fina guerrera que la vestía bajo las túnicas estaba desgarrada. Kiska apartó con cuidado el pliegue de tela. Un tatuaje cubría la parte alta del pecho de la mujer, parecía la pata partida de un pájaro. Un ave de presa, quizá un halcón o un azor. Kiska estudió la marca y se preguntó qué significaría. Agayla había mencionado a los espolones, antiguos rivales de las garras, pero esa había sido la primera vez que Kiska había oído hablar de ellos. Una bolsa de lluvia impulsada por el viento mojó la calle y le cayeron unas gotas del pelo. Chocaron contra el tatuaje y los colores se desdibujaron. Fascinada, Kiska frotó con dos dedos el sigilo. El dibujo se borró convertido en una mezcla de pigmentos.

Kiska se puso en cuclillas. Vaya, vaya. ¿Una especie de señal de reconocimiento? ¿Un pase? ¿Por qué una pata de pájaro? Pensó en la Garra, pero ella conocía el signo de las garras y no era aquél. Otro misterio más en una noche en la que casi llovían misterios. Archivaría ese para investigarlo más tarde, ya la había retrasado suficiente.

El roble bajo el que yacía el cuerpo se alzaba en un hueco que había entre dos muros pequeños de piedra, tan enterrados en mantos húmedos de musgo que no parecían más que dos bultos paralelos. La adapta debía de estar vigilando esa ruta porque llevaba a un montículo de bloques que, si la memoria no la engañaba, se encontraba en un lado de la formación principal. Kiska estudió los bosques y se dio

cuenta que el perturbador movimiento de sombras había cesado. Todo estaba quieto en la noche. O bien el fenómeno iba y venía o esa zona, por alguna razón, no estaba afectada. A gatas o a rastras, según conviniese, Kiska llegó a un muro que creyó que le ofrecería la oportunidad de contemplar las ruinas principales. Se apoyó en él, se armó de valor, comprobó la ballesta y después se asomó a la cima.

Vio al que buscaba casi al instante. Estaba sentado, apoyado en una piedra, con las piernas estiradas y los brazos cruzados, la capucha echada hacia atrás. La trenza de largo cabello negro le colgaba sobre un hombro. El hombre levantó una cara morena y delgada hacia el cielo nocturno y frunció el ceño, no le gustaba lo que veía. Sus cuatro guardaespaldas ocupaban posiciones a su alrededor: dos encorvados detrás de unos bloques, dos de pie apoyados en columnas de piedra cuajadas de musgo y enredaderas. Algo más alejados, rodeando el antiguo montículo, esperaban formas envueltas en mantos, inmóviles como rocas. Cincuenta al menos. Habían hostigado a su objetivo hasta llevarlo allí, eso estaba claro. Y ahora esperaban, pero ¿a qué?

Aunque llevaba guantes, Kiska se frotó un muslo con una mano como si quisiera secarse el sudor de la palma. No cabía duda de que querían enviar al hombre con su amo, igual que habían intentado hacer con ella. Sin embargo, parecían estar esperando a alguien o algo... algún tipo de señal. Kiska maldijo su suerte. Allí estaba, tenía a su presa delante pero seguía estando tan fuera de su alcance como si nunca lo hubiera encontrado. Maldito fuera el Azar y los irresponsables de los Mellizos, ¡esa noche estaban haciendo estragos!

El guardaespaldas del bigote largo de alguna tribu y la gorra de piel se acercó al hombre y señaló al norte con un gesto, ¿la fortaleza de Mock? El hombre asintió, se levantó y se sacudió los pantalones sueltos. Después se ciñó mejor el manto. Los guardias lo rodearon sin ruido.

Algunos de los acólitos se movieron y se acercaron al afloramiento. Kiska contó quince. Estuvo a punto de lanzar una advertencia, pero el hombre tenía que saberlo, seguro. Después volvió la vista para observar la maniobra y se quedó inmóvil. A un lado se encontraban tres adeptos delgados y de una altura extraordinaria vestidos con unas túnicas de color ceniza pálido. ¿De dónde habían salido esos tres, por los misterios de la Reina? Era como si hubieran surgido de la misma noche.

Uno levantó una mano enguantada con un gesto descuidado y los adeptos se abalanzaron sobre su presa.

Kiska salió disparada hacia un nuevo refugio para no perder de vista a su objetivo. El hombre y sus guardias se retiraban con paso firme y tenso. Los adeptos se acercaron a toda velocidad, destellaron los cuchillos, las túnicas se retorcieron y ondearon y el hombre y sus compañeros seguían retrocediendo, dejando a los muertos atrás. Los tres comandantes, o sacerdotes, los seguían a distancia, observándolos. Kiska se movía en paralelo a la lucha, vislumbrando la operación entre los árboles;

los guardias libraban duelos, se retiraban, sin dejar un momento de retroceder ni de rodear al objetivo de Kiska. La habilidad de aquellos hombres la asombraba.

Un grupo más grande de adeptos coordinó un ataque desde todas direcciones. Cada guardia entablaba combate con más de un hombre y Kiska ya tenía el corazón en la garganta. ¡Aquél era el hombre que Agayla le había mandado buscar! ¡Aquél era el hombre que Oleg decía que debía actuar esa noche! Allí estaba, a punto de ser masacrado por esos asesinos y no había nada que ella pudiera hacer. ¡Había llegado demasiado tarde! Kiska estuvo a punto de chillar de pura frustración.

Mientras tanto, dos de los guardias cayeron y los adeptos se abalanzaron sobre su hombre. Éste hizo un gesto seco con la mano y un destello brillante cegó a Kiska. Un trueno rodó sobre ella cuando parpadeó y se frotó los ojos. Miró hacia atrás. Allí donde un grupo de unas diez figuras se había debatido, retorcido y luchado, ya solo quedaban tres: el hombre y los dos guardaespaldas que le quedaban. El hombre se enfrentó entonces a los tres adeptos altos. Éstos se detuvieron.

El del centro levantó una mano, como un hombre que apartase unas telarañas que se interpusiesen en su camino.

Los adeptos menores esperaron con las armas en la mano.

Aunque no fuera «talento», Kiska sabía que tenía instinto para aquellas cosas y aunque se encontraba a unos cien metros de distancia, podía sentir las fuerzas que se reunían entre los dos hombres. Era como hallarse en las profundidades del casco de un barco, sabiendo que unas fuerzas oscuras e incomprensibles se agitaban a escasos centímetros, fuerzas que podrían aplastarte y dejarías de existir en un solo instante. Kiska contuvo el aliento y esperó a que el más leve de los movimientos liberara el poder que crecía entre ellos.

Y entonces una mano cubierta con un guantelete de cuero áspero se cerró sobre su boca y un brazo le envolvió la cintura y la levantó de las piedras.

Kiska dejó caer la ballesta, agitó los brazos y pataleó con fuerza. Entretanto iba sacando poco a poco el cuchillo más fino con la mano derecha. Cuando la daga salió por completo de la vaina, le dieron a su cabeza un tirón salvaje. En su campo de visión estallaron unas chispas y unas corrientes abrasadoras le quemaron la columna.

—Suéltalo, muchacha —rezongó una voz muy baja—, o te rompo el cuello como si fuera una rama.

Entumecida, Kiska dejó caer la daga al suelo.

El hombre se la echó al hombro, Kiska iba sin fuerzas, con el corazón estremecido mientras el hombre regresaba entre los riscos paralelos y pasaba junto a la adepta muerta que Kiska concluyó que debía de haber matado él. Se maldijo por no sospechar que el asesino todavía podía andar por allí. Y, de repente, se veía transportada en volandas y alejándose cada vez más de las ruinas. Se esforzó por escuchar los sonidos de la batalla, pero no oyó nada. Cuando su captor entró en la

maleza más densa, otros dos hombres se levantaron y se unieron a él. O bien eran soldados o simples rufianes. Era difícil decirlo, aunque se comportaban con la disciplina de soldados veteranos. Uno la miró y se sacó un trapo negro del cinturón mientras el que la sujetaba retiró la mano con la que le tapaba la boca.

—Silencio —le advirtió.

La amordazaron antes de que Kiska pudiera recuperarse y le cubrieron la cabeza con el trapo, que resultó ser una bolsa. Kiska intentó chillar entonces, una estupidez porque ya era demasiado tarde, y se debatió mientras le ataban las muñecas por delante y después los tobillos.

Después alguien se la volvió a echar al hombro y la acarreo como un saco mientras cruzaba el bosque a la carrera. Kiska dejó de debatirse y ardió de rabia por la indignidad de la situación.

Se había equivocado en una cosa. Había otra persona lo bastante estúpida como para salir esa noche. Y ella había estado tan absorta en la batalla que había bajado la guardia por completo.

Asqueada, decidió que se merecía todo lo que le ocurriera.

Después de una marcha notable la metieron en una habitación y la echaron en un sillón, lo que le dejó las caderas doloridas. Varias personas, hombres, se movían a su alrededor entre murmullos. Unas manos la toquetearon y encontraron las estacas de lanzamiento y las dagas. Pero el registro fue apresurado y pasó por alto un cuchillo de lanzamiento escondido en una solapa del cuello de su manto. Unas manos impacientes le sondearon las mangas, le doblaron los brazos hacia un lado y el otro, le abrieron el jubón y el chaleco acolchado y le desgarraron los lazos del cuello de la camisa de lino. Si no hubiera estado amordazada, Kiska se hubiera reído porque sabía con exactitud lo que buscaban: tatuajes (auténticos o falsos) de la pata cortada de un pájaro o de una garra.

Al no encontrar ninguno, las manos le cerraron la ropa otra vez. Oyó una voz masculina muy cerca.

—Malditos idiotas.

Le quitaron la capucha de un tirón y después la mordaza. Kiska parpadeó y se apartó el pelo de los ojos con una sacudida. Miró con el ceño fruncido a un hombre fibroso de hombros anchos cuyo rostro curtido lucía un asombroso dibujo de quemaduras producidas por lejía o aceite hirviendo.

El hombre dio unos pasos atrás y le echó un vistazo a una mesa donde el hombre que la había atrapado estaba sentado con los pies descansando sobre una silla. Kiska lo reconoció por el camisote de cuero con los rombos de hierro remachados en filas y el sencillo yelmo de hierro ennegrecido. Un fino bigote le colgaba hasta más abajo de la barbilla y las cicatrices le convertían la nariz en un simple bulto. El hombre se

encogió de hombros.

—Captura a alguien, dijiste. Tenía a una de esas de las túnicas grises, pero la tipa era demasiado problemática. Cogí a esta después. Estaba mirando la pelea.

Se encontraban en una posada. Kiska la reconoció: La Medialuna del Sur. Había hombres por allí, o bien la contemplaban con indiferencia o vigilaban la calle desde las ventanas y desde la puerta. Kiska contó unos cuarenta.

El hombre de las cicatrices se volvió hacia ella.

—De acuerdo. ¿Y tú qué te cuentas? ¿Para quién trabajas?

—¿Para quién trabajas tú?

El hombre la abofeteó. Fue como si una losa de hierro la hubiera golpeado en la barbilla. Kiska contuvo las lágrimas y sacudió la cabeza, aturdida más por la brutalidad casual del acto que por el dolor en sí.

Los ojos del hombre permanecieron gélidos e inexpresivos, se limitaban a juzgar la eficacia del golpe. Y entonces algo llamó su atención detrás de ella y se dio la vuelta con un gruñido. Una mujer salió de detrás de Kiska. Baja, morena, unos tatuajes finos como un hilo de líneas y espirales descendían desde la línea de su pelo hasta la punta de la nariz. Levantó la barbilla de Kiska con un gesto espeluznantemente parecido al de Agayla. Kiska ya había visto a la mujer por ahí. ¿Carla? ¿Catin?

La mujer la estudió, frunció los labios llenos y asintió como si, a su vez, también la hubiera identificado. A Kiska le desconcertó ver que el pesar seguía al reconocimiento, no saldría viva de aquello; la habían sentenciado en cuanto le habían quitado la capucha.

La mujer se estaba volviendo ya cuando su mirada se detuvo en el pecho de Kiska. Estiró una mano y Kiska sintió que las puntas de sus dedos rozaban el pergamino aplastado de la carta de Agayla. Kiska clavó los ojos en los de la mujer en un ruego silencioso. La mujer le devolvió la mirada, comprensiva pero también compasiva, como si Kiska ya estuviera muerta. Se acercó a la mesa y al hombre de las cicatrices.

—Es un talento local —dijo en voz baja—. Independiente. Solo informa a Pell.

El hombre se encogió de hombros como si ya no le importara. Con un dedo trazó una curva sobre el pergamino que habían extendido sobre la mesa.

—Daremos un rodeo. Olvídate de esa multitud.

—¿Y si nos los tropezamos otra vez?

El hombre levantó la cabeza y se la quedó mirando con su gesto afable característico.

—Tu trabajo es ocuparte de que no sea así.

Las ataduras se clavaban en las muñecas de Kiska. Se moría por hablar en su defensa, por rogar, entretenerlos... lo que fuera... pero las palabras se acumulaban en

su garganta, constreñidas por la intuición de que si hablaba, la matarían solo para acabar de una vez. Así que continuó callada y, en su lugar, escuchó. ¿Qué estaba tramando esa banda de bandoleros? ¿Saquear al amparo del caos de esa noche? Y si era así, ¿qué tenían que ver los adeptos con ellos? ¿Habían chocado?

La mujer la volvió a mirar, respiró hondo y se inclinó para susurrarle algo al hombre de las cicatrices. Éste respondió con una sonrisa, los labios se limitaron a tensarse sobre los dientes, carentes de humor por completo.

—¿Te nos estás ablandando? —respondió sin levantar la cabeza.

La mujer se ajustó el chaleco y le dedicó a Kiska un ligero encogimiento de hombros para transmitirle que había hecho todo lo posible. Aunque era su vida de la que el hombre acababa de prescindir, Kiska se obligó a responder de la misma manera: un pequeño asentimiento. Ya no era el miedo lo que le cerraba la garganta. Quería llorar. Por grotesco que fuera, lo que la detenía era algo que nunca hubiera sospechado: el orgullo.

El pergamino crujió con un ruido seco cuando el hombre lo enrolló. Se lo entregó a uno de sus seguidores y les hizo un gesto a los demás para que se acercaran. Kiska se puso tensa y su respiración se hizo superficial, estaban preparándose para irse y ella no iría con ellos.

El hombre de las cicatrices se dirigió a cuatro de sus hombres, uno de los cuales era el que la había capturado. Eran todos mayores, más curtidos y más cómodos con su papel que los otros. Kiska sabía que no estaban hablando de ella, su destino ya estaba decidido.

Un joven lanzó un gañido en una de las ventanas delanteras y después se apartó de un salto del muro.

—¡Un fantasma engendrado por el Embozado! ¡Un espectro! ¡En la puerta!

El comandante marcado y su pelotón se pusieron en movimiento sin más órdenes o comentario alguno, lo que le confirmó a Kiska que formaban un equipo de veteranos, quizá parte de una unidad de infantes de marina imperiales.

El de la armadura de rombos sacó dos espadas curvas y se dirigió a la puerta. Con un potente codazo apartó al mercenario joven que había estado haciendo guardia. A unos pasos de la puerta se arrodillaron dos veteranos con las ballestas levantadas. El soldado restante, junto con el comandante y la mujer, tomaron posiciones detrás. Todos ellos esperaron, tensos, concentrados en la puerta. Desde su silla en la parte trasera de la habitación, cerca de las escaleras que bajaban a un aposento inferior, Kiska también observaba. Por extraño que fuera, ella había sentido igualmente algo en la puerta: un tirón molesto, como un leve arañazo.

Uno de los otros, un mercenario, supuso Kiska, se apartó con cautela de la puerta lateral que había estado vigilando, pasó junto a Kiska y se acercó al comandante.

—¿Qué pasa? —susurró.

El comandante le dedicó una mirada salvaje y le ordenó con un gesto brusco que regresara a su puesto.

El veterano que estaba junto a la puerta se agachó y volvió la cabeza para mirar a la mujer, que asintió. El hombre tiró de la puerta con una sonrisa tonta en la cara.

La puerta se abrió hacia dentro y reveló una calle vacía de losas resplandecientes mojadas por la lluvia y también, apenas visible entre la bruma y las sombras, el parque Picos Musgosos, enfrente. El hombre asomó la cabeza pero la metió de inmediato y se apartó como pudo.

Una luz parpadeó sobre los sólidos paneles hundidos de la puerta con un patrón inquieto y curvo de sombra y fosforescencia. La mujer se adelantó y estudió el fulgor inquieto. Tras unos segundos, también retrocedió.

—¿Y bien? —quiso saber el comandante.

La mujer abrió y cerró los puños, como si deseara hacer algo con ellos pero no se atreviera.

—Es una invitación, maldito sea el Embozado. Una llamada. Tenemos que irnos. ¡Ahora!

—Por mí no hay problema. —Indicó a sus hombres con un gesto que se apartaran de la puerta e hizo una repentina señal con la mano.

—¡Nos largamos! —bramó el soldado de la armadura de rombos.

Los que cubrían las ventanas y los que estaban en las mesas lo miraron con un parpadeo.

Las miradas se posaron en la puerta de la calle.

—Eso es, bonitos míos —dijo el hombre, tan contento como si se enfrentara a un día de verano—. Volvemos a meternos en la boca del lobo.

Kiska se lo quedó mirando. ¿Estaba loco?

El sargento (Kiska decidió que era lo que debía de ser) apoyó los puños en las caderas cubiertas por cintos y contempló la habitación como si olierá algo desagradable.

—Levantad esos...

Un aullido tan estridente como la mayor campana del templo desgarró la noche. Los maderos de la pared y el suelo vibraron, así de fuerte y así de cerca resonó el aullido. Kiska se estremeció de repente, un gesto brusco que hizo saltar la silla y a punto estuvo de volcar con ella encima. Los hombres se quedaron inmóviles con los ojos muy abiertos. Solo el comandante y la mujer parecían impasibles.

—¡Cierra esa puñetera puerta! —gruñó él.

El sargento se movió para obedecer, pero sujetó la puerta y se quedó mirando el exterior, sin moverse.

—Por todos los demonios del Embozado —jadeó, asombrado.

Desde donde estaba sentada, Kiska no podía vigilar la calle. Lo único que veía era

a un joven mercenario en una ventana que gritaba y sufría arcadas y después vomitaba mientras el comandante sacaba su espada. Con todas sus fuerzas, el sargento se abalanzó sobre la puerta para cerrarla y después se apartó de un salto.

—¡Listas las ballestas! —chilló, y los hombres levantaron sus armas como pudieron.

En ese instante, la puerta estalló en un millar de astillas que salieron volando como fragmentos de cristal. Un mastín metió la cabeza y los hombros por la entrada. Era más grande de lo que Kiska había imaginado jamás, del tamaño de un mulo, con el pelo greñudo moteado de un color pardo claro y gris. La bestia giró la cabeza de un lado a otro como si quisiera estudiar a todo el mundo, primero con un ojo marrón y después con el otro ojo de un color gris pálido. Una descarga de cuadrillos lo recibió, pero solo para estrellarse contra las jambas de la puerta o rozarle solo el cuerpo. El animal empujó la entrada con los músculos de los hombros tensos. Las jambas de ambos lados se hicieron pedazos.

La habitación se estremeció con los gritos. El mobiliario quedó destrozado en el suelo, los gruñidos y las toses del mastín estallaban como explosiones. El aliento cálido y húmedo de la bestia llenó la habitación. Los hombres lanzaban estocadas a la criatura pero, que Kiska pudiera discernir, todo era en vano. La mayor parte intentaba saltar por las ventanas o esconderse bajo las mesas. Ella inclinó la silla y se arrojó al suelo justo a tiempo de ver al comandante que subía corriendo las escaleras. La mujer ya había desaparecido. A pocos metros de distancia, el sargento cogió a uno de los mercenarios por el camisote, un hombre que no dejaba de chillar, y se lo tiró sin vacilar al mastín, después saltó por una de las ventanas cerradas. Kiska levantó los brazos, se los llevó a la espalda y cogió el cuchillo que tenía detrás del cuello. Serró con furia la cuerda que le rodeaba los tobillos y le agradeció a los Mellizos del Azar que solo le hubieran atado los brazos por las muñecas.

Rodó bajo la mesa de un reservado y se quedó allí observando mientras la bestia cargaba por toda la habitación, arrojaba zarpazos a derecha e izquierda y mandaba hombres dando vueltas al embestir y golpear. Cogió a un hombre por la cintura y después lo tiró como si fuese un hueso. La sangre salpicaba las paredes de yeso, las vigas alquitranadas, empapaba las zarpas inmensas de la criatura, que atravesaba con pasos secos los tablones cubiertos de paja. El animal gruñía como un desprendimiento de grava y acechaba por toda la habitación; pisaba por encima de las mesas volcadas y metía el hocico ensangrentado en los reservados. El estallido caliente y apestoso de su aliento alcanzó a Kiska cuando se acercó a ella.

Desde donde se había quedado paralizada, Kiska advirtió que solo había en pie tres hombres. Uno estaba encorvado dentro del reservado de enfrente y jadeaba con suspiros cortos y ásperos. Se había quedado mirando a la bestia del mismo modo que alguien miraría el juicio final que se abalanzara sobre él. Junto a la puerta, el segundo

sollozaba sin poder contenerse al tiempo que manoseaba la ballesta. El último era un veterano que se había metido en una esquina con una espada corta empuñada en la mano.

Los gruñidos se detuvieron y la habitación quedó en silencio. Aplastada contra el suelo e inmóvil, Kiska observó una zarpa empapada en sangre que se detenía junto a su reservado. Las garras arrancaron astillas de las tablas del suelo. Kiska se dio cuenta de que no podía moverse, no hubiera podido respirar para gritar ni aunque hubiese querido hacerlo. Kiska se imaginó el enorme morro sobre ella, bajando poco a poco. Cerró los ojos con fuerza y se tapó la cabeza con los brazos.

Muy cerca tosió alguien y la bestia se dio la vuelta. La madera estalló y se partió, después Kiska oyó el crujido húmedo de unos huesos. Cuando se asomó vio que el mastín apartaba el morro húmedo y resplandeciente de un cuerpo y se fijaba en el hombre que intentaba amartillar la ballesta con cierta torpeza. Al percibir la atención de la bestia, el hombre se quedó quieto. Al levantar la cabeza había abierto los ojos como nunca. El mastín se abalanzó sobre él, lo mordió en un brazo y empezó a sacudirlo con un vaivén salvaje. El cuerpo se liberó con un desgarramiento húmedo y apagado y giró por los aires antes de estrellarse con fuerza contra una columna.

El segundo hombre, un jovencito, sollozaba aterrorizado. Con una carrera repentina se arrojó a los tablones del suelo y se quedó allí arrodillado, con la cabeza gacha mientras el mastín gruñía. Después abrió mucho los brazos y gritó:

—¡Kellanved! ¡Protégeme! ¡Invoco tu nombre!

Fue entonces cuando Kiska recordó sus ataduras y empezó a serrarlas con gesto frenético. Los tobillos quedaron libres. Apenas consciente de lo que estaba haciendo, le dio la vuelta a la hoja para cortar con frenesí la cuerda entre las muñecas.

Al otro lado de la habitación se oyeron los arañazos de las zarpas cuando el mastín saltó hacia delante como una catapulta. La bestia cerró las mandíbulas sobre la cabeza del hombre y mordió. Los huesos crujieron. La sangre y la carne mutilada salieron volando de la mandíbula del mastín. La bestia le dio una sacudida a la cabeza y tiró a un lado el torso descabezado del hombre. La cabeza rodó hasta detenerse cerca del reservado de Kiska mientras la sangre chorreaba por el suelo. Kiska contuvo la oleada de bilis que le invadió la garganta.

En medio del silencio subsiguiente se oyó el hablar arrastrado del veterano.

—Bueno, supongo que el viejo no andaba por ahí. —Tiró a un lado su espada y se puso en pie con las manos vacías.

El mastín se volvió para mirarlo. Kiska también clavó los ojos en él, fascinada por la serenidad del hombre. De un saquito que llevaba a un lado, el hombre sacó un objeto redondo más o menos del tamaño de un fruto grande, de color verde oscuro y brillante. Posó los ojos en Kiska y le hizo un gesto con la cabeza para señalarle la escalera de atrás.

El hombre levantó el objeto y se lo enseñó al mastín.

—Ya solo quedamos tú y yo, muchacho.

Kiska se quedó sin aliento. Había oído historias... Se lanzó a las escaleras cortas que llevaban al aposento inferior, rodó y después se levantó corriendo. En la oscuridad chocó contra una mesa y se detuvo con un ataque de arcadas y luchando por respirar. Apenas capaz de erguirse, miró a su alrededor y vio un haz de luz de luna cerca de una pared, un haz que iluminaba una escalera de servicio.

En la habitación de arriba resonó el grito de un hombre, un grito de rabia y odio puro. Kiska se tambaleó hasta las escaleras. A pesar de tener el cerrojo echado, abrió de una patada la puerta que había al fondo de una despensa de alimentos secos, después salió corriendo sin mirar y solo para tropezar y caer sobre un camino de grava, donde se dislocó un hombro y se abrió una rodilla. Mientras yacía allí, semiinconsciente, una explosión de luz y calor le arrancó un jadeo de dolor de las tripas. Un estallido de fuego la cegó, astillas de madera saltaron por los aires y otros trozos más grandes en llamas cayeron a su alrededor. Kiska oyó un largo rebuzno de dolor que se desvaneció cuando el mastín huyó. Rumbo al agua, quizá.

Insensible a cualquier herida, como si sus nervios hubieran estallado bajo el esfuerzo, Kiska se levantó a tirones y bajó cojeando por el callejón. Aunque se hubiera roto la espalda, sabía que se habría alejado aunque fuera a rastras del horror de aquel matadero. Tras ella, lo que quedaba de la posada ardía con fuerza en la noche e iluminaba su camino por el callejón entre la madera quemada y los escombros.

Un grito sin palabras detuvo a Temple. Un grito que despertó ecos en un laberinto de callejones que tenía a la derecha. Una mujer joven chillaba como si su alma estuviera en juego. El veterano se quedó inmóvil e intentó mirar entre las aberturas oscuras. De entre las sombras salió corriendo una muchacha con ropa oscura, el largo cabello negro le revoloteaba alrededor de la cara.

La chica lo vio y dudó, después lo llamó.

—Por favor, ayúdeme. Por favor.

Temple la llamó con la mano.

—Maldita sea, niña, ¿estás herida? ¿Dónde está tu casa? ¿Está cerca?

La chica se arrojó sobre él, un simple fardo de huesos en sus brazos. Sollozaba un poco, aterrada.

Temple entrecerró los ojos y miró la oscuridad que había más allá.

—¿Qué pasa? —Una de las manos de la chica se cogió de su brazo mientras enterraba la cara en su hombro. El veterano tiró de ella—. ¿Niña? ¿Qué?

Un dolor lacerante le perforó el cuello. El brazo de la chica se enroscaba alrededor de su cuello como un torno. Las piernas femeninas se enroscaban y lo

pateaban, cruzadas tras la espalda del hombre. Temple se tambaleó de un lado a otro de la calle y la empujó por los hombros para obligarla a apartar la cara de su cuello.

—¿Pero qué haces, por el maldito nombre de Rikkter?

La chica echó hacia atrás la cabeza. Unos ojos negros como la noche contemplaron a Temple. La chica esbozó una sonrisa astuta que reveló unos dientes afilados como agujas. El veterano le puso de inmediato una mano en el cuello, justo debajo de la mandíbula, y la sujetó por ahí.

La chica le dedicó una sonrisa más grande todavía por encima de la mano.

—¿No irás a echarme en plena noche y dejarme sola, verdad, mi buen señor?

Con la mano libre, Temple sacó la daga de parada y le lanzó una estocada. La chica lo cogió por la muñeca y se la retorció. El veterano aulló, se debatió, luchó, pero la mano se quedó entumecida y se le cayó la daga al suelo.

Después cayó él e intentó rodar, pero la chica continuaba encima de él y lo envolvía con tanta fuerza como una mortaja. Temple miró hacia abajo y vio, horrorizado, que ya no eran dos piernas las que le arrancaban el aliento, sino un único miembro que como una serpiente le envolvía el pecho hasta las rodillas. Ya sentía las costillas comprimidas por la presión. La luna brillaba y se reflejaba en las escamas. Temple hubiera chillado si hubiera tenido aliento suficiente. El brazo y la mano que mantenía la cabeza de la chica a distancia le ardían como si estuvieran en llamas. Centímetro a centímetro, la cara se iba acercando, con los labios separados de unos colmillos diminutos y serrados y unos ojos que se burlaban de toda la fuerza del veterano.

Entre jadeos y gritos ahogados, Temple usó un corto aliento para gritar.

—¡Socorro!

La criatura dejó escapar una risita juvenil.

—Nadie te ayudará esta noche. Ésta noche pertenece a los cazadores de Sombra. ¿Es que no los oyes clamar su hambre? —Se impuso, se acercó más y le rodeó el cuello con una mano—. Y ahora déjame mostrarte el hambre que tengo. Disfrutarás de ella mucho más que de la de ellos. Te lo prometo.

Temple invirtió hasta el último gramo de su fuerza en su brazo, pero ya tenía el cabello grasiento de la criatura rozándole la cara. Su propia sangre chorreaba de la boca de la criatura y le salpicaba el cuello, donde ardía como si se hubiera convertido en ácido. Un siseo borboteó en la garganta de la criatura. De un tirón seco, Temple apartó la cara todo lo que le fue humanamente posible.

La cosa gruñó y de repente lanzó un latigazo sobre él. El cabello se apartó con un tirón de la cara de Temple; este giró la cabeza. Un puño había cogido un mechón del pelo de la criatura y la forzaba la cabeza hacia atrás. El ente siseaba, se retorció y escupía sin palabras. Tenía el cuello doblado hacia atrás en un ángulo imposible. Los ojos brillaban con la más negra de las furias. Una hoja larga bajó por delante del

cuello, oxidada, los bordes irregulares, más parecida a una antigua barra de hierro que a una espada. Serró la carne pálida a milímetros de la cara de Temple. El cuello se abrió con una incisión húmeda y recortada, como una fruta podrida arrancada del tallo, la sangre caliente y fétida brotó y empapó a Temple. La criatura sufrió un espasmo y se apartó, los brazos no dejaban de golpearlo y el miembro serpentino azotaba las piedras.

Temple se arrojó a un lado y se abofeteó las mejillas y los ojos donde la sangre corrupta le escocía como si fuera veneno.

—¡Dioses! ¡Oh, dioses! —Cayó de rodillas, vomitó, gimió, se limpió la boca y yació aspirando grandes bocanadas del aire que tanto necesitaba.

Quienquiera que lo hubiera rescatado se encontraba sobre el cadáver masacrado. Sin cabeza, el cuerpo seguía crispándose. *Como una sanguijuela*, pensó Temple, y estuvo a punto de vomitar otra vez. Se levantó despacio y escupió para quitarse el sabor de la boca.

—Muchas gracias, desconocido.

El hombre no dijo nada. Bajo la luz cambiante de la luna, Temple vio que quizá las cosas se hubieran puesto peor. Fuera quien fuera o lo que fuera su salvador, no estaba vivo. Era un cadáver andante, desecado, vestido con una armadura hecha pedazos, la carne seca se enroscaba y dejaba a la vista unos dientes amarillos, las cuencas de los ojos vacías y oscuras. En una mano sujetaba la cabeza, chorreando sangre y con el cabello negro apelmazado.

—Unos parásitos de lo más asquerosos —dijo la cosa con una voz tan seca como la arena tamizada. Tiró la cabeza al suelo y esta se alejó rodando hasta terminar bajo la carreta vacía de un vendedor callejero.

Temple apartó los ojos del lugar donde había desaparecido la cabeza.

—Ya. Malditos asquerosos, sin duda.

—Por favor, no creas que pertenecen a Sombra. Son intrusos. Como tú.

—¿Como yo? —Temple miró a la cosa. Parecía un guerrero imass, aunque era más alto y más delgado. Se preguntó por qué habría intervenido—. ¿A quién he de agradecer que me salvara la vida?

El ser inclinó unos centímetros la cabeza. Temple oyó la carne seca que crujía como cuero.

—Caminante del Filo.

—Temple. Bueno, ¿y ahora qué?

Caminante del Filo señaló con una mano esquelética las tiendas y casas que bordeaban la calle.

—Será mejor que te quedes dentro. Las moradas se respetarán, en su mayor parte.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso.

Caminante del Filo se encogió de hombros con un movimiento apenas

perceptible.

—Entonces te deseo mejor suerte.

—Muchas gracias. —Temple retrocedió. El ser, quien fuera o lo que fuera, permaneció donde estaba. Al final de la calle, Temple hizo una pausa para mirar atrás pero el hombre, o lo que fuera, se había ido. Él también se encogió de hombros y se puso en marcha, rumbo a un pozo público que sabía que estaba cerca. Tenía que lavarse la suciedad que lo cubría.

En la fuente rota dedicada a Poliel, Temple se echó cubo tras cubo de agua helada por la cabeza. Después se dirigió a paso ligero al camino de Toc, pero mucho antes de llegar frenó y miró a su alrededor. ¿No debería tener el callejón de Piedra justo delante? Entrecerró los ojos y escudriñó los trozos más densos de noche. Las filas de casas y las fachadas de las tiendas no le resultaban conocidas. Ésa noche algo parecía estar gastándole una mala pasada a su sentido de la orientación, haciendo que incluso dudara del sitio en el que acababa de estar.

Se volvió a quitar el casco, se echó hacia atrás el pelo mojado y se limpió el resto de agua fría de la cara. ¿Había dado la vuelta de algún modo? ¿Pero dónde? El camino giraba entre los muros traseros ininterrumpidos de tiendas y casas. Una brisa sorprendentemente fresca lo golpeó con una ráfaga y oyó el susurro y el crujido de un sinfín de ramas que se agitaban al viento. Sin embargo, la isla estaba casi desforestada del todo. El sonido del oleaje... ¿por dónde había desaparecido? Durante los últimos meses había trabajado, comido y dormido al compás de su tranquilizador ritmo. ¿Lo estaba ocultando aquella densa bruma? Pero, al contrario, los vientos eran fieros esa noche.

Empezó a subir por una pendiente empedrada. Fueran cuales fueran los recodos y vueltas, si subías llegabas a la fortaleza de Mock, y ese tenía que ser el objetivo de los mercenarios. No podía haber nada más que les interesara en la isla.

Después de varios giros, el terreno se niveló y Temple se perdió en un laberinto de callejuelas estrechas con las que jamás se había encontrado. Nubes finas como chales se deslizaban por el cielo y la luna llena, un estanque de mercurio suspendido, lo deslumbraba. Solo lo tranquilizaba la fortaleza de Mock, encaramada en lo más alto de su risco, plateada y negra bajo el fulgor monocromo, porque solo ella le garantizaba que todavía estaba en Malaz. De otro modo hubiera jurado que se había metido sin saberlo en otra ciudad, en otro país.

Un aire caliente y seco le cosquilleó en la nuca y Temple se la frotó. Al quitar la mano, la notó arenosa. ¿Arenosa? ¿De dónde diablos había salido la arena? Se quedó quieto mientras frotaba los granos entre el pulgar y el índice y miró a su alrededor. ¿La luna no estaba a la izquierda de los riscos un momento antes?

Un bufido profundo, como el de un toro, reverberó por el estrecho callejón tras él,

la tos distante de un animal que había encontrado un rastro. Entonces se oyeron los arañazos de unas garras sobre la piedra. Temple tragó saliva y se pegó a una pared. Sus manos comprobaron con gesto automático las armas. Tenía una puerta a la derecha y la aporreó. No hubo respuesta. Volvió a golpear los sólidos tablones. Se oyó una voz, pero no hablaba en ningún idioma que Temple hubiera oído jamás.

—Abre —gruñó el veterano.

La voz graznó otra vez y Temple reconoció una palabra: *hrin*. ¿*Hrin*? ¿No le había dicho alguien una vez que esa era una palabra antigua que significaba «aparecido»?

Un nuevo tipo de miedo le secó la boca, el miedo a que se corroyeran los sentidos. Ése era el peor temor de las sendas: el modo en que podían retorcer la mente. A un enemigo físico podía enfrentarse, ¿pero a la locura? ¿Cómo luchas contra eso? La advertencia del viejo Rengel resonó en su cabeza: *El derramamiento de sangre lo invocó. ¡Demonios y cosas peores son los amos de esta noche!*

Se giró y echó a correr. Las losas de sílex se sacudían bajo sus pies. Pasó junto a tiendas entabladas, ciegas e inhóspitas. A lo lejos sonó una campana con un ruido apagado, como un barco en alta mar. Temple se detuvo y escuchó. La tercera campanada de la noche. A la izquierda, un callejón bajaba por una pendiente pronunciada, los tejados de los almacenes apenas visibles más allá: los muelles, comprendió Temple, pero envueltos en niebla. Mientras miraba, el banco denso se alzó como una marea sobrenatural, se alejó de los almacenes y trepó por el callejón.

Temple retrocedió, se giró y salió disparado colina arriba. Subir, solo tenía que seguir subiendo. Allí los encontraría. ¿Y luego qué? Qué podía...

Una explosión de sonido, un aullido que le heló la sangre y lo hizo tropezar y taparse los oídos con las manos. La agónica llamada se alzó y cayó como el lamento inconsolable de los muertos. Temple tiró de las armas aunque no podía ver a la bestia, ni tenía esperanza de lograr nada contra semejante monstruo.

Que Togg lo protegiese. ¿Lo había olido? ¿Podía oler siquiera? Quizá seguía algún otro rastro menos mundano. Vio que la niebla no dejaba de alzarse y siguió corriendo.

El callejón lleno de baches por el que corría cruzaba una escalera estrecha. Temple empezó a subir y después se paró. El ruido llegaba de abajo: algo arrastraba los pies entre la bruma que oscurecía el callejón. Su primer impulso fue plantarse en el cruce y poner fin a ese miedo y a esa anticipación que lo acobardaba, de un modo u otro. Pero su experiencia, la sabiduría acumulada tras décadas entre el tumulto humeante de la batalla, se lo desaconsejó. ¿Qué razón tenía para creer que fuera lo que fuera que estuviera ahí abajo sabía de su existencia, o lo buscaba incluso? ¿Por qué forzar un enfrentamiento bloqueándole el estrecho paso? Gruñó por lo bajo y retrocedió por las escaleras con las armas en ristre.

Los gastados escalones terminaban en una hendidura del tamaño de un hombro entre los edificios que se asomaban a la plaza Jakani. Temple fue tanteando las paredes y salió a la plaza. Era un mar cambiante de bruma, el empedrado traicionero bajo sus pies. Los ecos de sus pasos regresaban a sus oídos distorsionados y huecos. Una ráfaga le enfrió la cara y entre la bruma vislumbró fachadas de casas que se cernían oscuras, sombras que pasaban revoloteando tan rápido que no podía seguirlas.

Entre la oscuridad se oyó un lloriqueo. Sujetó mejor las armas e intentó respirar con calma. Un araño, algo que arrastraba los pies en el callejón, una sombra encorvada que avanzaba con una lentitud agónica.

Temple se preparó con una hoja levantada y la otra baja. Con todo, dudaba antes de atacar, había algo que no encajaba. La figura avanzaba con paso vacilante, zigzagueaba de un lado a otro y arrastraba los pies. Temple había oído los suficientes sonidos animales en hombres heridos para saber reconocerlos. El hombre, pues era un hombre, se abrazaba y avanzaba cojeando. Tenía los brazos cruzados con fuerza alrededor del estómago como si llevara un regalo muy valioso. Temple bajó las armas. ¿Qué era aquello? ¿Una especie de truco estúpido?

Ya más cerca, el hombre seguía avanzando y Temple le dejó espacio suficiente.

—¡Quieto! —gritó.

El hombre se detuvo y ladeó la cabeza. Movi6 la boca, un vacío negro y mudo en la noche. Levantó un brazo y lo estiró. Temple oyó la ventosa viscosa de sangre medio seca al desprenderse y luego una masa trenzada se descolgó del estómago del hombre y cayó al asfalto, las espirales y vísceras brillantes de las entrañas. El hombre se derrumbó.

Temple intentó humedecerse la boca pero no pudo dominar la lengua. Avanzó y pinchó el cadáver con la punta del arma. Muerto. Llevaba mucho tiempo muerto, o eso le pareció.

—Escúchame —susurró el cadáver.

Temple levantó las espadas y se puso en guardia.

Una mano, resbaladiza por la sangre y las tripas, le hizo un gesto urgente para que se acercara.

—El mastín —gimió. Temple se inclinó sobre él. No detectó aire que le escapara de la boca—. Me ha matado. Nos ha matado a todos. —Ése hombre, comprendió, formaba parte de la banda de mercenarios que lo había capturado—. Y... y... —La mano rogó a Temple que se acercara todavía más. El veterano bajó la cabeza y la mano le cogió la manga. Temple intentó desprenderse de ella pero los dedos se aferraban como ganchos. La cara muerta esbozó una sonrisa lasciva y cariada—. Y... me está siguiendo.

—¿Qué?

—Y ahora... tú también estás muerto.

Temple levantó la cabeza hacia donde un rastro rojo y húmedo se alejaba del cadáver. Un rastro que zigzagueaba y se encharcaba hasta las escaleras por las que acababa de subir.

—¡Cabrón!

El cadáver lanzó una risa burlona.

Temple intentó levantarse pero la mano seguía aferrándose a él.

—Escoria. —Temple rebanó la mano. Ésta salió girando, se detuvo un momento en pleno aire y después cayó con un ruido seco en el empedrado.

Un jadeo profundo se esforzaba por la estrecha escalera. Temple retrocedió y examinó lo que pudo de la plaza. Unas siete calles principales irradiaban de ella. Antes de pensarlo siquiera, el veterano había echado a correr por la salida más cercana.

Huyó aterrado y atravesó un constreñido callejón tras otro. Los pulmones le ardían y tenía la garganta en carne viva. Frenó un poco para coger aire y entonces admitió su error. ¡Idiota! No se puede eludir a esa maldita bestia. Quédate y lucha. Se giró y pegó la espalda a un muro de peñascos cincelados. La piedra le enfrió el acero de la guarda de cola de langosta de la nuca. Intentó calmarse aspirando grandes bocanadas de aire. No te quedes sin aliento antes de una lucha, conserva las energías. ¡Ja! Demasiado tarde para eso. Estaba actuando como un recluta lleno de granos antes de entrar en su primer combate.

Unos haces de luz de luna partían por la mitad los edificios cerrados a cal y canto de toda la calle. En una casa cercana, una anciana gemía plegarias a Ascuá la Protectora. Resonó un grito lejano que se cortó en seco. Temple se limpió la cara y se apartó de la pared. No era el mejor sitio para lo que tenía en mente: necesitaba más espacio para maniobrar.

Dos giros más lo llevaron a una amplia explanada que servía como mercado matinal. Temple ya sabía dónde había terminado: cerca de la explanada que llevaba al camino del Alcazador. Las ratas huyeron de él cuando escogió un punto cerca de la cloaca central y apartó de una patada la basura podrida. Agazapado, balanceó los brazos e hizo rodar los hombros.

Podía oírlo allí fuera, entre las ráfagas de viento, resoplando y bufando. ¡Dioses! ¡Parecía tan grande como un caballo! Lo invadió el impulso de derribar de una patada una puerta y meterse tras unos muros sólidos. ¿Pero qué podía hacer en una de esas tiendas diminutas? ¿Escondarse bajo una mesa? La bestia lo atraparía como a una rata arrinconada.

Una llamada estridente rodó con el viento, se alzaba y caía como el grito lastimero de un lobo. Temple ladeó la cabeza y escuchó. ¿Había huido la criatura? No, por el callejón que había tomado él se oía el crujido de las garras sobre la piedra.

¡Por los dientes del Embozado! ¡Más de una de esas bestias!

Temple observó las sombras que giraban al amparo de las alígeras nubes y rezó para que el hierro pudiera herir a los demonios. Con frecuencia podía si lo respaldaba la fuerza suficiente. Como aquella vez que Urko, un comandante famoso por sus músculos, desmembró a un enk'aral durante las campañas del norte de Falar. Pero él no era ningún Urko. Solo podía esperar dar un buen golpe, uno solo. Una pena, en realidad. Siempre había pensado en caer luchando, pero hubiera preferido un combate más justo.

Todo se había quedado en silencio. Había perdido el rastro de la cosa que se ocultaba en las sombras, suponiendo que el ruido que había oído lo hubiera hecho la bestia. Temple escuchó, con los brazos tensos, a la espera.

Unas garras restregaron la piedra, por detrás y a la izquierda. Temple se arriesgó a mirar pero no vio nada.

Entonces captó el tintineo agudo de unos espolones y se lanzó a un lado, balanceó la espada pero solo consiguió sacar chispas del empedrado. Cuando cayó vio un mastín más grande que un león de las montañas Fenn que cerraba de golpe las mandíbulas en el sitio en el que él había estado un momento antes. El bruto continuó avanzando a grandes zancadas, las uñas abrían canales en las piedras. Temple vislumbró un pelo marrón y greñado y una pata trasera llena de cicatrices antes de que la criatura volviera a saltar y se disolviera entre las sombras.

Temple se puso en pie como pudo y miró el trozo de oscuridad por el que había desaparecido el mastín. No era justo. *No es justo, diablos, amigo mío.* Juró entonces que heriría a la bestia antes de que lo despedazase, por muy inútil que fuera pensar en lograrlo siquiera.

A su alrededor resonaba el ruido de unas garras bestiales. Un viento frío limpió la plaza de la bruma que se aferraba a ella, pero Temple seguía sin ver a la bestia. Después, al otro lado de la calle, captó una sombra más profunda en la oscuridad. Unos ojos del color del ámbar caliente se abrieron con un destello y un gruñido que hizo temblar las ventanas en sus marcos rodó sobre el veterano. El ruido le puso el vello de la nuca de punta pero al menos ya lo sabía: sería un asalto frontal.

La criatura se abalanzó sobre él a una velocidad asombrosa en las pocas zancadas que dio. Estaba sobre él antes de que Temple pudiera decidir si era real o una ilusión.

Consiguió meter la mano y el arma, con la empuñadura por delante, en el buche de la bestia pero el impulso lo derribó y lo arrastró con estrépito, rebotando bajo el inmenso pecho del animal. Las hojuelas de hierro de la armadura se le clavaron en el hombro. Los colmillos del monstruo se cerraron sobre su antebrazo y chocaron con los huesos. Temple rugió al sentir un dolor abrasador.

La bestia lo arrastró hasta un muro y lo sacudió como haría un terrier con una rata. Le arrancarían el brazo en un momento. Temple canalizó todo su dolor en un

único esfuerzo feroz, levantó la mano libre y estrelló el pomo de hierro de su arma contra el cráneo del diablo. Resonó como una campana y la bestia se sacudió y bufó como si fuera a soltar su presa. Pero solo se limitó a toser y enviar un estallido de aire caliente y fétido contra la cara de Temple. Después se echó hacia delante y arrastró al veterano por el empedrado, lo sacudía contra los muros y le golpeaba el cuerpo contra las maderas al avanzar a zancadas por el laberinto de callejones. Los escalones de piedra se clavaban en la espalda de Temple y le lastimaban las rodillas. Vomitó un chorro de espuma y sangre. Lo seguían unos gritos, y cuando se le llenó la boca con su propio vómito ensangrentado, Temple supo que los gritos no eran solo suyos.

Al final, la bestia se cansó del juego y lo dejó rodar por el suelo. Lisiado, con el brazo roto y mutilado, ya no era capaz de sentir dolor y hacía mucho que había dejado atrás el miedo. Lo que sentía no lo había vivido desde su última batalla, hacía casi un año, y era como una extraña reunión. Estaba flotando, eufórico. Era el sitio al que se retiraba durante los peores momentos de sus combates. Donde toda su fuerza y resistencia fluía sin límites. Donde su cuerpo se movía como un autómatas distante de carne y hueso, donde ninguna herida podía alcanzarlo. Allí tirado, vencido y sucio, le enseñó los dientes al mastín.

Éste se cernía sobre él, gigantesco, aspirando inmensas bocanadas de aire caliente, el pelaje, de un tono marrón rojizo y sarnoso, había crecido enmarañado sobre las cicatrices de un sinfín de batallas. Los ojos le ardían.

Con la mano buena, Temple sacó un puñal de la vaina que llevaba en la cadera. *¡Ponle fin!* Alentó a aquellos ojos que brillaban como faroles. *¡Hazlo de una vez!*

La cabeza se precipitó hacia el pecho de Temple. Éste lanzó una estocada con la punta por delante hacia el buche abierto. La bestia se echó atrás, tosiendo y gruñendo. Sacudió el morro y lo salpicó todo de sangre y saliva.

Temple intentó echarse a reír pero solo tuvo arcadas. Levantó la hoja. *¡Te pillé!* *¡Estás herido, maldito engendro del Embozado!*

La criatura intentaba tocarse la boca con la zarpa y corría en círculos, sacudió el enorme cráneo y después chocó contra un muro de yeso blanqueado que se derrumbó. La bestia se volvió y lo miró, furioso. El picotazo de una simple avispa, admitió Temple con tristeza. Bajó el brazo y el arma tintineó en las piedras. El mareo y un creciente viento negro ahogaron sus sentidos. A una distancia inmensa de él, vio que la bestia retrocedía para saltar otra vez sobre él.

Debió de perder el sentido porque el semblante que evitaba en cada batalla y duelo lo contemplaba desde su altura. El propio Embozado, que al fin había ido a recoger su espíritu. Temple pensó que ojalá tuviera fuerzas para escupirle. Una capucha de oscuridad descendió sobre él y sintió que caía, que caía sin parar hasta que lo asfixió la noche y ya no supo nada más.

No puedes encontrarme. No vas a encontrarme. No me encontrarás jamás. Con los brazos ciñendo con fuerza las rodillas, Kiska se mecía hacia delante y atrás, adelante y atrás. *Nunca me encontrarás, nunca me encontrarás.* Estaba sentada en una choza diminuta mientras una lluvia silenciosa caía a su alrededor. Se frotó la rodilla herida con la barbilla.

¿Quién no puede encontrarte?, se preguntó.

Nadie. Ni una sola persona, jamás. Ninguno de los niños con los que jugaba al escondite. Ninguno de los ladrones del barrio contra los que competía. Ni siquiera su tía cuando utilizaba su magia. Pero ella podía encontrar a cualquiera. Siempre lo hacía. La tía decía que tenía un talento especial.

¿Y qué otra cosa no puede encontrarte?

Kiska se meció durante un rato. Tarareó para sí. *Nadie. Nadie.* Oyó a su lado un gemido y bajó los ojos. Un perro yacía acurrucado contra su muslo. Un perro grande. El animal levantó la mirada y la contempló con unos ojos tristes, llenos de miedo.

Kiska suspiró, apartó un brazo de las rodillas y acarició al perro. El animal volvió a gemir y se acurrucó todavía más contra ella. Kiska asintió con la cabeza.

Creo que podrían encontrarte, muchacha, se dijo. *Si quisieran.*

Suspiró otra vez y se masajeó la rodilla por donde tenía los pantalones negros rasgados y donde la sangre se había secado en una costra áspera. Flexionó la pierna e hizo una mueca de dolor. El perro gimoteó, alarmado.

No puedes quedarte aquí para siempre.

Se frotó los ojos. *Quédate aquí.*

¿En esta isla? ¿Para siempre?

—Una muerte en vida —le susurró Kiska a la oscuridad.

El perro ladeó una oreja. Kiska bajó la cabeza y lo miró. *Perdona, chico. Yo no puedo seguir escondiéndome.*

Se puso en pie. Había entrado tambaleándose en un retrete, una choza de tablas apenas mayor que un ataúd puesto en pie. Miró por encima de lo que solo era la mitad de una puerta. Unas tablas cubrían las ventanas traseras de una casa que pertenecía a una familia joven que Kiska conocía. Exportaban pescado seco y era una familia bastante acomodada. Incluso tenían un retrete en su huerta.

Así que allí estaba. La noche más grande de su vida y ella se escondía en un cagadero. Todo lo que había deseado durante toda su vida se había materializado y ¿qué había hecho ella? ¡Echar a correr!

El perro posó la cabeza en una de las zapatillas embarradas de Kiska y la miró desde el suelo. Kiska rebuscó en los bolsillos y vainas. Un trozo de cuerda y un chal, agujas, trapos empapados en ungüentos que le había dado Agayla. Era todo lo que le quedaba. Desplegó uno de los trapos y se lo puso en la rodilla. Siseó de dolor. ¿Pero quién habría podido adivinar la inmensa diferencia que había entre esperar ver algo

de acción y la visión de la cabeza de un hombre estallando como un melón entre las fauces de un monstruo de otro reino? No era de extrañar que se hubiera encontrado vomitando en un callejón.

Ése hombre del cúter imperial... no había tenido miedo de recorrer las calles. Se había enfrentado a un nido entero de adeptos. Y debía de saber en qué se estaba metiendo. De eso Kiska estaba segura. Con todo, había ido. Oleg había dicho que el mensaje tenía que llegarle, un mensaje que creía de una importancia vital. Pero estaba loco. Agayla, sin embargo... ella también había enviado a Kiska a buscarlo.

Su mano encontró el pergamino aplastado en su pecho. Eso era para él. ¿Ya había llegado a la fortaleza de Mock? Seguro que sí, ¿pero quién podía estar segura en una noche como ésta? Y el portero, Lubben, se lo diría si el hombre hubiese entrado. Quizá incluso la dejara entrar a ella. Si jugaba bien sus cartas.

Kiska abrió la puerta. El perro volvió a gemir. Kiska giró la cabeza y lo vio encogido todavía en el suelo del retrete, reticente incluso a sacar la nariz por el umbral. Kiska le dijo adiós y se dirigió a un atajo que conocía y que llevaba a la calzada de la Muralla.

La noche se había quedado sobrenaturalmente silenciosa. Hasta sus zapatillas y el susurro de su aliento hacían un ruido ensordecedor. Y después, de repente, al azar, el aullido de un mastín hacía pedazos la calma y conseguía que Kiska se encogiera. Pero aparte de esos momentos aterradores (cada uno de los cuales estaba convencida de que sería el último para ella) era como si la noche estuviera congelada en el tiempo. Solo la luna parecía moverse y observarla con su ojo de plata mientras se abría camino hacia los muelles, donde la costa lamía los riscos y los embarcaderos más antiguos cesaban en un nido de muelles podridos.

Trepó por las piedras resbaladizas amontonadas en la base del risco. La espuma salada le perlaba la camisa y las olas murmuraban bajo ella, amansadas de un modo antinatural. Las zapatillas de suela de cordones se aferraban a la roca rota, pero las manos le resbalaban y los bordes afilados como cuchillos se las cortaban.

No tardó en llegar al borde más desnudo de las piedras irregulares, un sendero para animales que databa de varias generaciones atrás, cuando las cabras salvajes todavía trepaban por la isla. La pista estaba olvidada y era invisible para los que pasaban por debajo o por encima. Kiska se imaginaba que era el misterio que ocultaba las partidas y llegadas fantasmales de los piratas de la isla.

Fue subiendo con cuidado por los salientes resbaladizos de roca, la mayor parte no más anchos que su pie. Unos arbustos repletos de púas asfixiaban la ruta y la obligaban a pasar por detrás o por encima. Pero Kiska podía hacer aquel camino con los ojos cerrados porque había trepado por él con frecuencia por la noche. Llevaba a su sitio favorito de la isla, es decir, después de los aposentos de Agayla, claro.

La bruma la envolvió como una mortaja. La bahía, unos cientos de metros más abajo, yacía ahogada por una niebla baja. En el cielo del sur, las luces que parpadeaban de color verde y rosa le recordaron a Kiska las leyendas de los jinetes que se alzaban en invierno para arrastrar a los marineros a la perdición. También recordó los relatos de fantasmas y aparecidos que se decía que embrujaban la fortaleza del risco. Hasta esos acantilados podían presumir de toda una serie de espíritus: marineros ahogados, engañados para que se acercasen demasiado a los bancos de arena, habían caído en las trampas puestas por los ancestros de Kiska, causantes de naufragios y piratas todos ellos. Se decía que todavía se podían escuchar sus lamentos por la noche, gemidos que buscaban vengarse de sus asesinos. Ella había crecido con esos relatos y no creía ni uno solo de ellos. Incluyendo los de cierta Luna Sombria invadida por demonios...

Cuando la mano estirada le dijo a Kiska que había llegado a una depresión en el granito lleno de vetas, la chica se arrojó a la abertura que sabía que esperaba más adelante. Aspiró con un jadeo una bocanada de aire, y no era solo por el esfuerzo de la subida. La ropa se le adhería, empapada y pesada. El aire conservaba el hedor suntuoso del humus podrido y las heces de los pájaros. Kiska se apoyó en un muro combado hacia dentro para recuperar el aliento. La grieta en la que se encontraba no se podía llamar del todo caverna, era más bien una hendidura desigual en la roca viva de la isla, una fisura dentada que se metía directamente en el risco. Kiska desalojó con el talón unos trozos de piedra que cambiaron de posición y crujieron. Había encontrado sitios en el interior donde no había suelo que mereciera ese nombre, solo el roce levísimo de oscuridad que descendía hasta un solo dedo del suelo.

Había jugado allí de niña. Era su escondite secreto, aunque tenía la sensación de que Agayla era consciente de su existencia. Había explorado cada milímetro de las grietas que irradiaban de allí y las galerías de fallas estrechas y verticales. Y aunque las leyendas de la isla hablaban de cuevas secretas y tesoros ocultos de piedras preciosas y oro, Kiska no había encontrado ni rastro de todo eso. Listones rotos y podridos y trozos de hierro disuelto por la sal, esparcidos por algunos sitios, era el único premio a sus esfuerzos con el que se había tropezado.

Por encima de ella pasaba un trozo de la calzada de la Muralla, sería una subida final llena de dificultades. Se frotó las manos para hacerlas entrar en calor y sintió el escozor de los cortes cuando la circulación fluyó por las heridas incrustadas de sal. Quizá debería envolverlas en unas vendas de tela. ¿Pero y si le resbalaban o se soltaban?

Algo provocó un estrépito en el exterior. Kiska se pegó a la pared del risco y escuchó: una tela que rozaba la piedra, guijarros que caían. Alguien trepaba por fuera. Kiska se metió un poco más en la caverna. Y cuando lo hizo, una forma se cernió en el interior del estrecho confín de piedra como uno de los aparecidos de los que había

oído hablar.

Un instante de pavor, que le encogió el alma, la ralentizó lo suficiente para que la figura (un hombre de carne y hueso) le agarrara una mano. Kiska estuvo a punto de sonreír ante el error de ese movimiento y utilizó la resistencia del hombre para lanzarle una patada al lado contrario de la cabeza.

El hombre gruñó pero aguantó. Kiska perdió la sonrisa.

Un pie se disparó y se estrelló contra la rodilla herida de la chica. Ésta contuvo un chillido de dolor punzante cuando la pierna cedió bajo ella. El hombre le soltó la mano y Kiska cayó.

—No te resistas —le dijo el hombre.

Kiska levantó la cabeza y se lo quedó mirando; en medio de la oscuridad era sobre todo sombras, pero tenía un aire conocido.

El hombre sacó un trozo delgado de cuerda y pasó por encima de ella. Todos los instintos de Kiska gemían para que no se dejara atar otra vez y lanzó un golpe con la pierna buena, un golpe que alcanzó al hombre en lo alto del muslo, por dentro.

Un siseo estridente se escapó de los labios masculinos, pero el hombre se inclinó otra vez sobre ella.

Kiska se cubrió la cara.

—¡No, por favor! —exclamó. Sacó el cuchillo de la parte inferior del cuello del manto pero antes de que pudiera usarlo, una bota cayó sobre su muñeca y algo duro como un knut de hierro se estrelló contra su sien. La oscuridad de la cueva explotó en una luz deslumbrante de puntos rojos y amarillos que rielaron y luego se desvanecieron poco a poco.

—No te mueves mal —admitió el hombre de mala gana—, pero esto te supera, niña. No me obligues a matarte.

Kiska parpadeó para espantar las luces que la confundían.

—¿Se puede saber quién eres, por el tirón de la Dama?

El hombre no le hizo caso.

—Date la vuelta —le dijo.

Kiska obedeció y el hombre le ató las muñecas. Otra figura trepó hasta la abertura y el primer hombre se colocó a su lado. Hablaron y a contraluz de la luna, Kiska lo reconoció. La cara plana y repleta de cicatrices, el bigote que parecía de gato: el guardaespaldas del hombre que estaba buscando ella.

Se echó a reír. Los hombres no le hicieron caso y continuaron hablando en voz tan baja que ella no pudo oírlos. Al recién llegado lo mandaron fuera otra vez. El seti regresó junto a ella y se sacó una tela negra del manto. Kiska reconoció la tela y supo lo que cubriría.

—Tengo un mensaje para tu amo —dijo en cuanto vio que el hombre preparaba la tela para ponérsela por la cabeza. Las manos dudaron un instante, apenas un latido,

antes de seguir bajando.

La oscuridad envolvió a Kiska.

—El hombre con el que se reunió en el jardín está muerto —dijo, demasiado deprisa y con un tono demasiado estridente para su gusto. El corazón se le había disparado en el pecho.

Silencio. Las hoscas idas y venidas del oleaje más abajo. Kiska escuchó. Ni siquiera el tintineo o el movimiento de los trozos de piedra bajo los pies. Nada. ¿Seguía allí el hombre? ¿Había alguien? ¿La dejarían allí abandonada? Quizá era una especie de favor retorcido. Después de todo, estaría más segura allí atada que vagando por las calles esa noche.

Una mano cogió la capucha por el pliegue más alto. Lo levantó con suavidad y le quitó la capucha de la cabeza. El pelo se le enganchó en el tejido tosco.

Había un hombre agachado delante de ella, una cara larga, estrecha y bronceada con un tono caoba que parecía extrañamente lisa, insulsa incluso. Unos ojos oscuros, hundidos, ribeteados de negro. Una calva marrón afeitada, salvo donde nacía una larga coleta trenzada que caía por el hombro. El tajo recto de la boca. Unos labios que Kiska imaginó que se resquebrajarían si los obligaban a sonreír. Su presa.

—Me han dicho que tienes un recado para mí.

Hablaba un taliano aristocrático con un leve acento que Kiska no terminó de ubicar. Tan fuera de lugar en esa isla como el oro en la boca de un pez.

El hombre esperó, impasible. Kiska recuperó el habla.

—En mi camisa. —Intentó levantar el brazo, pero solo consiguió sufrir un tirón en la muñeca.

El hombre levantó una mano.

—¿Me permites?

—Sí... sí.

Llevaba unos guantes de cuero negro, tenía los dedos largos y delgados.

—¡No! —ladró el guardaespaldas. La apartó de un tirón, cogiéndola por el cuello de la ropa, y después le hurgó en la camisa. Le rozó con la mano los pechos pequeños. Kiska sonrió para ponerlo nervioso, pero sus ojos permanecieron vacíos de emoción.

—Hattar... —murmuró el objetivo de Kiska con tono reprobador.

Kiska levantó los ojos y lo miró.

—Sí. Hattar.

El tipo encontró el pergamino, después arrojó a Kiska al suelo de un empujón y le clavó una rodilla en el hombro. El peso del guardaespaldas le quitó el aliento. El pergamino crujió cuando el hombretón intentó abrirlo.

—Hattar —suspiró el hombre—, tú no sabes leer.

Hattar rezongó algo.

—Déjala levantarse.

El hombretón, de mala gana, hizo amago de alzar el peso. Kiska respiró hondo con un jadeo y se atragantó con el polvo y la tierra que había aspirado. Le dolía el costado, apretado con firmeza contra las piedras irregulares.

—Quiero hablar con ella.

—¿Eh?

—Levántala.

—Mi señor...

Silencio. Kiska esperó. ¿Una mirada del señor, quizá? ¿Un gesto? Hattar se arrodilló delante de ella. Sostenía una hoja curva y cruel ante su cara. Con la otra mano le retorció un mechón de pelo. Después le acercó mucho la cara morena como una nuez y llena de marcas.

—Mi amo y tú vais a hablar —le susurró—. Pero esta daga —y la agitó ante los ojos de Kiska—, si te mueves un milímetro, te atravesará el corazón por la espalda antes de que seas consciente siquiera de las cosquillas que te haría en esa piel tan bonita y suave. ¿Me has entendido?

Kiska hizo un gesto de aprobación con los ojos muy abiertos.

Hattar asintió también. La levantó y le dio la vuelta. Su amo sostenía el pergamino con una mano y le estaba dando unos golpecitos contra la otra. Había crispado los labios con una expresión apenas perceptible.

—Acepta mis disculpas por el comportamiento de Hattar. Se toma sus obligaciones muy en serio.

Kiska estuvo a punto de ratificarlo, pero se contuvo.

—Sí. No cabe duda.

El hombre suspiró y se pasó los dedos por los ojos.

—¿Cómo se llama tu tía? —preguntó de repente.

—Agayla.

—¿Qué hace en el Giro del Invierno, o el Retiro del Jinete, según creo que llamáis a esto a veces?

Kiska se lo quedó mirando. ¿Había oído bien? ¿El Giro del Invierno? Estuvo a punto de encogerse de hombros, pero sintió un pinchazo en un lado de la columna y se mantuvo rígida.

—Ah... consulta la baraja de los Dragones para el año venidero.

—Sí. Muchos lo hacen. ¿Y?

Una prueba. Era obvio que la estaba desafiando. ¿Por qué el Giro del Invierno? Qué era lo que era tan... entonces lo recordó. Una noche había bajado a escondidas por la escalera y había observado al amparo del rellano: Agayla se había quedado levantada toda la noche, desde la campanada de medianoche hasta las primeras luces del amanecer. El zumbido de la lanzadera iba de un lado a otro. El tintineo y el

crujido del telar. Su tía tejía. Tejió durante toda la velada. Kiska se lamió los labios secos.

—Teje.

Su objetivo asintió.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Kiska.

Una ceja se arqueó.

—¿Tu nombre real?

—¿Qué? ¿Está ahí?

El hombre se limitó a esperar con paciencia. Kiska podía sentir a Hattar a su espalda, tenso e impaciente por asestarle el golpe de gracia.

—Kiskatia Silamon Tenesh.

El hombre volvió a asentir.

—Muy bien, Kiska. Puedes llamarme... Artan.

—¿Artan? Ése no es tu verdadero nombre.

—No. No lo es.

—Ah. Ya veo. —Kiska se abstuvo de preguntarle su verdadero nombre, no se lo diría de todos modos.

Artan abrió el pergamino. Se sobresaltó con un gesto muy leve, extrañado, y Kiska decidió que fuera lo que fuera lo que hubiera escrito allí, tenía que ser una auténtica sorpresa para haber atravesado su férreo control. El hombre dejó escapar una bocanada de aire con un largo siseo mientras se golpeaba las puntas de los dedos con el pergamino.

—¿Te cuenta cómo vi nuestro encuentro? —preguntó Kiska.

Artan no respondió. A Kiska le pareció que su mirada se había clavado en la distancia mientras al mismo tiempo se había vuelto hacia su propio interior, como si meditase.

—¿Artan?

El hombre parpadeó y se frotó otra vez los ojos antiguos y cansados. Como si se le ocurriera un nuevo pensamiento, estudió a la chica.

—No. Ése no es su mensaje.

—¿Entonces qué dice?

Artan sostuvo el pergamino abierto ante ella.

—¿Significa esto algo para ti?

No había nada escrito en el pergamino. En su lugar, había un rectángulo esbozado con precipitación sobre el papel. En el rectángulo había dibujada una figura enjuta y estilizada. Kiska no sabía muy bien lo que era. ¿Un guerrero montado? ¿Un hombre nadando?

Se acercó más, con curiosidad, y vio que era azul. Colores opalescentes que

resplandecían. Láminas de armaduras que brillaban, lisas, como el interior de una concha. Y hielo, la madeja creciente de las escamas congeladas.

—Veo hielo —dijo Kiska sin aliento, maravillada.

—¿En serio? —Artan recuperó el papel de un tirón. El pergamino se marchitó y convirtió en cenizas entre sus manos enguantadas. El hombre se las limpió. El gesto inquietó a Kiska, había visto a pobres prestidigitadores callejeros utilizar el mismo truco.

—Bien. ¿Y tu mensaje? —preguntó Artan.

Kiska se lo quedó mirando.

—¿Eso no era...?

Artan alzó una ceja y Kiska vio que estaba en lo cierto, la boca del hombre nunca era mucho más que un tajo recto.

—No. Eso era el mensaje de tu tía. No el tuyo.

—¿La conoces?

—Nos hemos visto. Unas cuantas veces... hace mucho tiempo.

—¿En serio? Bueno, mi mensaje es sobre Oleg.

Se alzaron las dos finas cejas.

—¿Sabes su nombre?

—Me lo dijo.

—Entiendo. Continúa.

—Yo, bueno, yo te seguí hasta el encuentro que tuviste con él.

Artan lanzó una mirada por encima del hombro de Kiska, hacia Hattar. ¿Triste? ¿Acusatoria? Detrás de ella resonó un gruñido.

Kiska se apresuró a continuar.

—Después de que te fueras, lo mató un hombre con unas túnicas grises.

Los labios de Artan estuvieron a punto de fruncirse y entrecerró los ojos oscuros.

—Dime, te lo ruego, ¿cómo te reveló entonces su nombre?

—Ah. Bueno. Verás, esperé y después entré en el jardín y lo miré.

—¿Y habló contigo?

—Sí.

Artan suspiró.

—La Luna Sombría. Por supuesto. ¿Y qué dijo?

Kiska frunció el ceño.

—Bueno, fue algo extraño e inconexo. Y las palabras... No sé lo que significan. Pero bueno, Oleg dijo que el mensaje era para ti.

Artan se sobresaltó de repente, sorprendido.

—¿Me llamó por mi nombre?

—No. Dijo que era para el hombre que acababa de estar con él. Y después... bueno, la verdad es que te llamó idiota irresponsable.

Artan permitió que sus labios se alzaran con un gesto levísimo y frío que alguien generoso podría denominar sonrisa. Después se llevó los dedos enguantados a los labios.

—Continúa.

—Dijo que, ah, que ahora que estaba muerto era consciente de que siempre había estado en lo cierto.

—Una postura incontestable, se diría —comentó Artan con tono seco.

Kiska continuó.

—Dijo que Kellan...

Algo le golpeó el cráneo por detrás.

—¡Hattar!

Kiska parpadeó para espantar las lágrimas de los ojos.

—Mis disculpas —dijo Artan—. Debería habértelo dicho. No pronunciamos ese nombre en voz alta.

—Es obvio. Bueno, lo que estaba intentando decirte era que dijo, me refiero a Oleg, dijo que solo los necios creen que «él» va a regresar en busca del trono imperial.

La mirada de Artan rozó el hombro de Kiska y se posó en Hattar.

—Entonces, te lo ruego, ¿para qué va a regresar?

—En busca de un trono diferente. El trono de Sombra.

Las mandíbulas de Artan se tensaron, las expresiones furtivas de una vida entera ocultando los pensamientos.

—Lo siento. Pero eso no es nada que no le hubiera oído a Oleg antes. —Se levantó y se limpió los pantalones.

—¡Es cierto!

—Perdona, Kiska, ¿pero cómo lo sabes?

—Porque otra persona lo confirmó.

Artan hizo una pausa. Su rostro no mudó, pero Kiska notó que había captado su interés.

—¿Quién lo confirmó?

—Mientras estaba en la ciudad me envolvió algo, un Cambio, y me encontré en Sombra. Allí conocí a alguien. Una criatura vieja, como un cadáver ambulante, o como un imass, llamado Caminante del Filo. Afirmó que muchas personas han intentado apropiarse del trono de Sombra. —Kiska esperó con expresión expectante, mas la información no parecía significar nada para Artan.

—¿Y reveló que... el emperador... lo haría?

—Bueno, no. Pero no le sorprendió. Él... —Los hombros de Kiska se hundieron. ¡Maldita fuera! ¡Ella se lo había dicho a él!

—Lo siento. Necesito más pruebas.

Artan tenía razón, por supuesto. Todo aquello no eran más que los balbuceos de un hombre que había admitido que odiaba a Kellanved. Era una idiota por haberlo creído.

—Tenemos que irnos.

—¡Espera! Dijo que durante esta «conjunción» los caminos entre los reinos son accesibles.

Artan asintió.

—Sí. Pero esa no era nuestra disputa. Eso lo admití, en teoría.

—Ah, sí. Bueno, Oleg aseguró que durante la transubstanciación era cuando existía la mayor posibilidad de... ah... de sepultura. Que en ese momento se abría la mejor oportunidad para atraparlo. Que deberías actuar entonces. —Kiska frunció el ceño—. ¿Sabes lo que significa?

Artan suspiró.

—Es todo teoría taumatúrgica. Su investigación. Yo no estoy muy convencido. ¿Eso era todo?

—No. Otra cosa.

—¿Sí?

—Bueno, esto último a mí me parece una tontería.

—¿Solo la última parte?

Kiska lanzó una carcajada nerviosa.

—Sí, bueno. Dijo que no te dejaras engañar por las apariencias. Que planea perderlo todo para ganarlo todo. Ésa derrota sellaría su victoria.

Artan se frotó los ojos hundidos con el pulgar y el índice. Kiska se preguntó si el gesto era un hábito del que no era consciente siquiera.

—Pobre Oleg —suspiró Artan—. Evasivo y profético hasta el final. Gracias, Kiska. Tendré presentes esas especulaciones.

—Pero yo voy contigo, ¿verdad?

—Por el gran dios del inframundo, no.

—¿Qué?

—Hattar, ácala mejor.

—Enseguida.

—Espera...

Una mordaza le cubrió la boca de repente con un fuerte tirón. El hombre de la llanura le ató los codos a los costados, la empujó al suelo y le ató las piernas.

—Adiós. Dale recuerdos a tu tía de mi parte —dijo Artan desde la boca de la cueva.

Kiska lo maldijo bajo la mordaza. Hattar se alzó sobre ella y estudió su obra. Se habían quedado solos en la cueva.

El seti se arrodilló a su lado, se quitó la gorra de piel y después se volvió a cubrir

el largo pelo grasiento.

—Si sirves de algo, sabrás salir de estas ataduras. Si lo haces, no nos sigas. Si te encuentro persiguiéndonos otra vez, te cortaré las alas, palomita. ¿Comprendido?

Kiska lo maldijo, ojalá acabara en la más lejana de las sendas del Embozado. El hombre lanzó una risita (se reía de sus aprietos, supuso) y se fue. Kiska se había quedado sola.

Permaneció quieta durante unos momentos, escuchando para asegurarse que de verdad no había nadie y que el hombre no la estaba observando desde la boca de la caverna. Después llegó a la conclusión que eso era una tontería, que no se quedaría por allí cuando su amo se hubiera ido, y empezó a revolverse. Giró y sacudió las manos para encajar un pulgar en el ángulo adecuado contra una roca y empujó. El dedo se dislocó con un crujido y una punzada conocida de dolor. Después usó los cantos de las piedras, incluso las propias paredes, para ir bajando con pequeños tirones las vueltas de cuerda que le ataban las muñecas y llevárselas hasta los dedos. Después de eso, el resto no fue difícil.

Se soltó la cuerda de las piernas, era libre. Y en mucho menos tiempo de lo que había planeado ese malnacido de Hattar, estaba segura. ¡Que no los siguiera! Vaya si los seguiría. ¡Los adelantaría incluso! Les enseñaría de lo que era capaz. A ella nadie la dejaba atada como al mejor cerdo del banquete.

Treparía hasta la calzada de la Muralla y después se colaría en la fortaleza de Mock. Treparía por el propio muro si no le quedaba más remedio. Igual que había hecho años antes para ver si podía. La advertencia de la tía Agayla destelló entre sus pensamientos: *¡no entres en la fortaleza!* Pero Artan estaría allí. Y además, si estaban ocurriendo grandes cosas, y se estaban enfrentando poderes más grandes todavía, a ella nadie le prestaría atención.

VIEJOS ENEMIGOS, VIEJOS AMIGOS



Una ascua naranja solitaria parpadeaba sin mucho entusiasmo en el centro de un remolino en el corazón de un océano de hielo. Se mecía y surgía con cada embate de los remos del pescador, que crujían y arrancaban con estrépito trozos de hielo. Rodeándolo a distancia, los jinetes se hundían y corcoveaban, se acercaban como rayos y después se sumergían. Jabalinas de hielo lanzadas contra el esquife estallaban en nubes de brumas. El pescador forzaba el cántico entre unos labios congelados hasta los dientes.

Un jinete se atrevió a abalanzarse sobre el círculo de calma que rodeaba al pescador. Transportado por las olas, se alzó cerca y solo para aullar y golpearse los brazos cuando se fundió su resplandeciente armadura perlada, después se sumergió bajo la superficie agitada. A lo lejos, entre la espuma y las balsas de hielo, observaban cinco jinetes con túnicas de color índigo y se consultaban. Acunaban varitas de amatista junto al pecho. El frío irradiaba de ellos como una esfera que se expandía. Azuzaron sus monturas de olas agitadas y se dispersaron. Uno levantó la varita y la dirigió al sur.

De entre las aguas palpitantes, muy por debajo de las nubes, salió otro risco más de hielo, el más pequeño de la flotilla. Por todos lados los jinetes pastoreaban su avance. El pescador continuaba remando, sin percatarse de nada, con la espalda encorvada y todo su ser concentrado en el esfuerzo de remar y en su canción. El iceberg se cernía cada vez más cerca, una forma oscura congelada en el fondo.

En el instante en el que el vapor estalló en la primera espuela del iceberg, los jinetes se hundieron bajo la superficie cubierta de hielo. El agua se derramó en

torrentes por las faldas del risco mientras la galerna arrancaba serpentinadas de humo escarchado de la cima. Cuando un fragmento de esmeralda glacial brotó de su fachada, levantó una fuente de espuma que rodó por el norte hacia el esquife y desapareció bajo su proa. Del corazón del iceberg sobresalió entonces una proa de madera. De allí manó agua a raudales que empujó jirones de nube al viento. Atrapada en una montaña de hielo, se precipitó sobre el diminuto esquife.

El pescador le daba la espalda a las sacudidas del viento y continuó remando cuando el iceberg que sepultaba el Sueño de Rheni se hizo pedazos y se deslizó entre las olas. Continuó cantando incluso cuando la proa del Sueño de Rheni se cernió sobre él. Estaba tirando de los remos cuando el esquife se partió en mil pedazos y el resplandor del brasero se extinguió en una explosión de vapor cuando lo empujaron bajo las olas. El Sueño de Rheni continuó su camino, escorado, con los listones forzados y combados. Atrapado de costado por una ola inmensa, rodó un poco más, pareció dudar y después se precipitó contra el mar. Entre los restos que quedaron atrás, flotaba un remo. Lo cubría ya una capa reluciente de hielo. Junto al naufragio surgieron jinetes de la tormenta. Algunos levantaron las lanzas de hielo muy por encima de las cabezas y luego las bajaron señalando al norte. En el horizonte de nubes y mar agitado por la tormenta, los relámpagos revelaron una mancha oscura de tierra.

Grandes olas rompientes se arrojaban contra la costa del sur, empujadas por un viento gélido. Una mujer, con el largo cabello negro y las capas de faldas chasqueando bajo las ráfagas, se abría camino por la orilla salpicada de rocas. Se ceñía los hombros con un chal tejido cuando tomó un sendero que bajaba hasta una choza de maderos y tierra que se alzaba justo por encima de la playa. Empujó la puerta de madera y se asomó al oscurecido interior. Dentro había una mujer sentada, inmóvil, de cara a la puerta, la labor de punto olvidada en el regazo. Sus brillantes ojos blancos resplandecían en la oscuridad.

La mujer de la puerta se estremeció.

—Soy yo, Agayla. —Su aliento flotaba en el aire glacial de la cabaña. Se acercó un poco más, la escarcha crujió bajo sus zapatos. Unos cristales de hielo relucieron en los troncos ennegrecidos de la chimenea. La escarcha cubría los labios y los ojos de la mujer sentada.

Agayla estiró la mano para recoger la labor de punto, pero la lana se quebró en mil pedazos bajo sus dedos.

Bajo la escasa luz de luna que penetraba entre las nubes revueltas, Agayla recorrió el borde de la playa, donde las maderas y los viejos tablones yacían abandonados por las

altas olas. El vapor nacía de los restos más recientes de peces muertos y algas. Agayla miraba sin pestañear al sur, al horizonte de mar y nubes donde, tras la espuma de las cabrillas, destellaba una luz trémula y brillante de esmeralda y azur. Su ruta la llevó a un cabo de rocas altas que se asomaba a la costa. Allí se encontraba ya otra figura, un anciano con unas túnicas marrones informes, calvo salvo por una franja de largo cabello blanco que azotaba el viento. Con los brazos cruzados, miraba al sur con un ceño pronunciado.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido, Agayla? —dijo sin volverse cuando se acercó la aludida. Sus palabras llegaron a ella con facilidad, a pesar del rugido del viento.

Con las faldas recogidas en una mano, Agayla avanzó con cuidado por las rocas.

—Jamás ha habido nada parecido desde los primeros asaltos, Obo. —Agayla se detuvo junto a él y se protegió mejor con el chal.

El anciano lanzó un gruñido y su ceño se profundizó todavía más.

—¿Y el pescador? —preguntó Obo con una ceja alzada.

—Vencido. Estaba ahí fuera él solo, sin ayuda alguna. Saben lo desnudos que estamos. Podían percibirlo.

—Ésa idiota de Torva, intentando declarar ilegal la magia en la isla. ¿Por qué no se detuvo a considerar por qué esta isla habría de ser un vivero tan grande de talento? Silbadores del viento, acalladores del mar, brujas de la cera, hechiceros, lectores de la baraja de los Dragones. Lo que quieras. Los jinetes no se atrevían a acercarse a menos de cien leguas.

—Ella no lo sabía porque no lo sabía nadie, Obo —comentó Agayla.

El viejo escupió a un lado.

—Yo me voy. No podemos detener esto.

Agayla le lanzó una mirada furiosa.

—Desde luego. Vuelve corriendo a tu torre. Los dos sabemos que podrías mantenerla a salvo. ¿Pero qué pasa con la isla? ¿Qué te parecería vivir en una roca sin vida asediada de forma continua por los jinetes?

El hombre sorbió por la nariz.

—Podría tener sus ventajas.

La mujer sacudió la cabeza con gesto de desprecio.

—Eso no lo intentes. Te has anclado aquí, en tu torre, y esa torre se encuentra en esta isla. Tienes que comprometerte. No tienes elección.

La boca de Obo se arrugó como si notara un sabor repugnante. Después levantó la barbilla hacia el sur.

—De todas formas, no podemos ganar. Con nosotros dos no es suficiente.

—Lo sé. Por eso se lo he pedido a alguien más.

—¿Qué? —Obo se giró en redondo para mirarla—. ¡Cómo te atreves! ¿Quién?

¿Quién es? ¿Quién viene? No será ese loco de atar, ¿verdad?

—Por los Poderes, no. No es él. Él ha elegido otro sendero, en cualquier caso. No, es otra persona.

—No me gusta.

—Sabía que no te gustaría —suspiró Agayla—. Entretanto debemos seguir resistiendo.

—Si no me gusta la persona a la que has llamado, me iré. Lo juro.

—Sí, Obo.

Como si la envolviera una ráfaga repentina, Agayla vaciló y retrocedió un paso para no dejarse vencer por una presión invisible. Estiró el brazo hacia atrás para apoyarse en una roca que le llegaba a la cintura y se inclinó sobre ella al tiempo que se masajeaba la frente.

—Por los dioses del cielo. Jamás había sentido nada tan fuerte.

Obo asintió y volvió a cruzarse de brazos.

—Son unos cabrones muy obstinados, ¿verdad?

Temple abrió los ojos y se encontró una vez más en el asedio de Y'Ghatan. Era su antigua pesadilla. La que revivía una y otra vez, soñando y despierto. Pero ya había pasado mucho tiempo desde la última ocasión que la había vivido y le inquietó que tuviera que encontrarse allí una vez más en ese preciso momento.

Oyó la tela que azotaba y estallaba bajo el viento implacable, las órdenes ladradas no muy lejos de allí. El aire hedía a cuero quemado y carne podrida. Sus dudas y su persistente sensación de inquietud se dispersaron como una cazuela de agua dejada bajo el sol ardiente de Siete Ciudades. Filas apretadas de regulares malazanos permanecían de pie, dándole la espalda, ante un campo plano barrido por la arena del viento. Los cuerpos salpicaban la llanura y un bosque de lanzas y jabalinas sobresalían del suelo en ángulos enfermizos. Entre el polvo se alzaban los muros pardos de la primera escarpa hasta los cuatro niveles de las antiguas ruinas. A Temple las fortificaciones no le parecían más sólidas que simple tierra compacta. Más allá, los riscos dentados como incisivos de las montañas thalanas oscurecían el horizonte del norte.

Las banderas restallaban bajo el fuerte viento. Las órdenes se transmitían distorsionadas por la voz del propio viento. Los soldados marchaban. Temple entrecerró los ojos entre el polvo, se echó hacia atrás el yelmo y escupió una flema de polvo y arena. Una cantimplora chocó con un golpe seco en la pechera del camisote de hojuelas. La cogió con un asentimiento dirigido al hombre de barba y armadura que tenía a su lado.

—Gracias, Punta.

—Por la sabiduría de Ascua, ¿se puede saber qué estamos haciendo en este yermo

olvidado de la mano de los dioses? —rezongó Punta mientras se ponía su propio yelmo, una olla de hierro con un barbote repujado para que se pareciera a las mandíbulas de un león rugiendo.

Temple no dijo nada. No había mucho que decir. Punta rezongaba por todo, era su forma de hacer las cosas. Entre las filas, una mezcla de gral, debrahl y tregyn de la guardia de Y'Ghatan iba de un lado a otro a caballo, gritando insultos que desde donde Temple estaba sonaban roncós e ininteligibles, y estrellando las espadas contra escudos redondos que lucían un revestimiento de bronce. Temple se volvió para escudriñar la ondulación de las paredes blancas de la tienda de mando.

—La última, dice.

Punta lanzó un bufido.

—No en el nido de ratas de esta tierra. Siempre habrá otra, y otra. Ésta gente no sabe enfrentarse a la verdad.

Temple observó la tela que restallaba, los infantes de marina que hacían guardia en la entrada y los otros cuatro guardaespaldas que esperaban junto a ellos.

—Quizá sí. Pero dice que es la última para él.

Punta lo miró, los ojos entrecerrados bajo la sombra del yelmo.

—Y tú no te lo creerás de verdad. Siempre está diciendo lo mismo.

—No sé. Ése sacerdote bloorgiano, Lanesh, ya has oído las cosas que ha estado despotricando.

Punta dio una palmada en la espada que llevaba envainada al costado.

—Ése cerdo. Se acaba de tragar que Dassem está más cerca del Embozado de lo que lo estará jamás. Virola dice que deberíamos destriparlo y por una vez estoy de acuerdo con ese bruto asesino.

Temple se irguió cuando la solapa de la tienda se echó hacia atrás y empezaron a salir los oficiales.

—Aquí vienen.

Salió Dassem con el yelmo coronado por un penacho de crines bajo el brazo. Los otros cuatro componentes de su escolta de primera espada, lo recibieron allí. Los soldados que formaban cerca gritaron: «¡Ave, espada!». Dassem levantó un guantelete a modo de respuesta. Salieron unos cuantos del cuadro de magos: el anciano A'Karonys, con un bastón más alto que él; el gigante Bedurian; la mujer Escalofrío y el tapón con patas, bajo y calvo, que era Mechones.

—Ojalá el viejo ogro siguiera por aquí —murmuró Punta—. Siempre supo mantener a esa zorra a raya.

Temple asintió con un gruñido. La «zorra», Torva, continuaba oculta dentro de la tienda. Varios subpuños y comandantes talianos y falaranos salieron y se dirigieron a sus puestos. Tras ellos dejaron la tienda mensajeros que corrían con órdenes de última hora. Detrás de las murallas de la ciudad sonaron los cuernos con una llamada

distante de alarma. Después de una última pasada polvorienta y un lanzamiento de jabalinas, la caballería y'ghatana de acoso se retiró.

El asalto duró todo el día. El trueno y el rugido de la batalla subía y caía a medida que los comandantes de flanco sondeaban las defensas en busca de un punto débil. El humo y el hedor a carne quemada envolvía a Temple cuando A'karonys azotó con llamas las murallas, y solo consiguió que lo que quedaba de los sagrados falah'd lo rechazasen. Dispuestos alrededor de Dassem, espada del Imperio y comandante de las fuerzas imperiales, Temple y sus hermanos observaron y esperaron bajo el calor agotador del día a que la espada decidiera adentrarse en el campo de batalla. Los mensajeros se sucedían transmitiéndole información a Dassem y luego llevando sus órdenes. Una compañía de saboteadores apareció entre los vientos agitados. Cubiertos de polvo, pero con una sonrisa en la boca, le dedicaron un saludo militar a Dassem. Se había abierto una brecha en las defensas.

Poco a poco, paso a paso, la infantería regular fue avanzando. Treparon por la primera pendiente de la terraza más baja hasta el primer círculo de murallas abiertas. Allí, los zapadores imperiales habían hecho su trabajo y habían socavado y reventado secciones enteras. Hasta el momento, los defensores se habían aferrado hasta la muerte a esas brechas. Cada noche se levantaban barreras de toneles y maderas y cada día los malazanos las derribaban. Temple se subió a una rampa de asedio y calculó que cada paso que se daba por la maldita pendiente polvorienta costaba mil hombres. Una nube impenetrable de polvo rojizo lo oscurecía todo. Más adelante, los gritos apagados y el tronar de las armas le llegaba entre ráfagas de viento.

Temple examinó las siguientes murallas, no más que unos ladrillos de barro cocidos al sol y amontonados. ¿Por qué allí, en ese patético lugar perdido? ¿Por qué habían convergido allí los restos andrajosos de los ejércitos insurrectos y unos cuantos falah'd recién ungidos? Los prisioneros se jactaban de su extraordinaria antigüedad y lo llamaban la progenitora oculta de todas las mismísimas ciudades sagradas. Una declaración muy conveniente una vez que el resto había caído, y muy triste también. Indicaba hasta qué punto se había reducido una civilización orgullosa. La última e indigna pelea de un pueblo derrotado.

Dassem les hizo un gesto a sus cuerpos de señales y los mensajeros dejaron de acercarse; les había entregado el mando de la batalla a los subcomandantes del Tercer Ejército: Amaron, Choss y Whiskeyjack.

Temple se acercó.

—¿La última, entonces?

Dassem le echó un vistazo y sus ojos oscuros se ablandaron.

—Sí, la definitiva.

Temple pensó en todo lo que había oído entre susurros de tantas fuentes, de pactos y votos jurados ante el mismísimo Embozado. Se preparó para lo peor antes de

hablar.

—No puedes irte sin más —se aventuró a decir.

Dassem se dio una palmada en la capa de polvo de la larga sobrevesta de color borgoña y gris, con el cetro imperial en el pecho.

—Ésa es la menor de mis preocupaciones, Temple. Hay personas de sobra impacientes por hacer este trabajo. Bien sabe la Señora que prácticamente ya están haciendo cola.

—No puede ser tan fácil.

—¡Fácil! —Los ojos negros de la primera espada destellaron y Temple retrocedió un paso con una sacudida. Dassem se pasó una mano enguantada por los ojos, como si se estuviera desprendiendo de una visión horrenda. El largo cabello negro, trenzado en la espalda y atado en la nuca, ondeaba al viento como el penacho de crines del yelmo que llevaba bajo el brazo. Se protegió los ojos con la mano para examinar la batalla—. Él cometió un error —susurró en un tono demasiado alto.

Temple se preguntó algo: ¿pretendía que lo oyeran?

—Lo que más me importa —se sinceró Dassem—, ya me lo han arrebatado. No me queda nada que perder...

Aunque ansiaba coger a su comandante por los hombros y gritar «¿Pero qué hay de tu alma, Dassem?», Temple guardó silencio.

Presintió que lo había presionado hasta el límite y más allá no se atrevía, que ya le había dado todo lo que ese hombre estaba dispuesto a dar. Además, ¿qué sabía él de pactos hechos en los tiempos de su abuelo? ¿O de las turbias intenciones del Embozado, si a eso iban?

Un rugido se alzó en un millar de gargantas cuando los regulares malazanos del Tercer Ejército se metieron en el siguiente nivel de las capas de defensa.

—Ya no tardarán. Pronto veremos a Surgen —dijo Dassem por lo bajo. Los labios se retiraron de los dientes, los rasgos se tensaron, impacientes. Aunque eran el enemigo, Temple se encontró sintiendo compasión por los soldados alineados contra ellos. Dassem se puso el yelmo y echó a andar. Temple y el resto de la Espada (Punta, Virola, Gavilán, Guarda y Filo) formaron a su alrededor.

Mientras avanzaban, Temple vigilaba por si aparecía Surgen, Surgen Ress, el hombre que afirmaba ser el último de los paladines ungidos y auspiciados por la ciudad sagrada. Daba igual que solo hubiera siete ciudades sagradas y que los siete paladines hubieran caído bajo la afilada espada de Dassem. Surgen daba vida a la afirmación de Y'Ghatan de que era la octava ciudad sagrada, oculta pero la más antigua. Temple se preguntaba cuánto podría durar tal pretensión.

Los soldados heridos, algunos transportados por sus compañeros, otros tambaleándose solos, aparecían entre el polvo azotado por el viento como espíritus invocados. Todos se detenían al ver el penacho negro de crines de Dassem. Los que

podían, hacían un saludo militar; la mayor parte se limitaba a observarlo pasar con ojos nublados por la batalla.

Llegaron a una segunda tronera alta de tierra y a su rampa. Los cadáveres se acumulaban sobre ella: infantería malazana con armadura de hojuelas bajo las sobrevestas grises; defensores de Siete Ciudades que yacían por centenares, las túnicas y los pañuelos para el cuello se agitaban al viento, los miembros bronceados y torcidos. Cuando cruzaron las defensas de la segunda muralla, Temple y sus hermanos reforzaron el círculo protector.

El sudor empapaba el relleno debajo de la armadura de Temple y le chorreaba por la frente. La grava le dejaba la boca tan seca como la piedra cocida. Parpadeó, los ojos le escocían y lagrimeaban por el polvo. Los gritos y el choque de las armas eran ensordecedores, como siempre, pero se encontraba más relajado que en combates anteriores. Sabía que los magos-sacerdotes supervivientes de Siete Ciudades, los falah'd, no podían golpear mientras los magos del cuadro malazano los mantuvieran a raya.

Los alcanzó un mensajero que hizo un saludo militar.

—Surgen ha tomado el campo. Flanco derecho.

Dassem lo despidió y miró a su escolta.

—Intentaré no dejarlo escapar esta vez. —Temple y sus hermanos sonrieron cuando Dassem sacó la espada. Avanzaron hacia la derecha.

Los regulares se separaron para dejarlos pasar. Dassem se puso al frente mientras Punta y Filo se colocaban en los flancos. Temple, Guarda, Virola y Gavilán formaron en la retaguardia.

Llegaron a las líneas del frente. Los sargentos dirigieron a Dassem entre el torbellino de polvo y cuerpos que luchaban y lo llevaron hasta la posición de Surgen en las líneas. Al vislumbrar el penacho de Dassem, los soldados de Y'Ghatan aullaron, desquiciados de repente por la furia. Se abalanzaron al frente en un frenesí de locura, como si pretendieran enterrar a los soldados alineados. Temple sabía que a aquellos que combatieran con Dassem y cayeran les habían prometido un martirio sagrado. Y luego, entre la pantalla de polvo en el aire, apareció la escolta de Surgen, veinte guardaespaldas escogidos a propósito, con tocados rojos y luciendo las líneas faciales sombreadas. Dassem se colocó al frente. La infantería y'ghatana presionó como un muro arrollador. Muy pronto, entre las carreras y los cambios de la batalla, Temple se encontró con que su posición estaba aislada por defensores de Siete Ciudades.

Al principio no le preocupó. No era la primera vez que pasaba y sin duda volvería a ocurrir. Estaba convencido de que en esos mismos momentos los regulares malazanos contraatacaban para llegar a ellos. Surgen apareció y se enfrentó por un momento con Filo, pero estaba claro que Filo no era el hombre que Surgen buscaba,

así que retrocedió para volverse hacia Dassem, que se encontraba solo; nadie se atrevía a enfrentarse a él, o los que osaban no duraban mucho más allá de un simple intercambio de estocadas.

Las hojas se encontraban y resonaban de continuo. La escolta de Surgen se apretaba alrededor de Temple, impaciente por derribarlo a él y sus hermanos para rodear a Dassem. Pero esas tácticas se habían intentado con frecuencia. Temple libró un duelo cuidadoso y defensivo con espada y escudo. Ataviado con armadura pesada, no se esforzaba sino que prefería retrasar y diferir, a la espera de un espacio abierto para derribar a su oponente. Y, en último caso, en secreto, tenía la ventaja de saber una cosa: él solo tenía que aguantar lo suficiente para que a Dassem le diera tiempo a terminar con su hombre.

Al principio a los defensores no les fue muy bien. Dassem hizo retroceder a Surgen y la Espada avanzó con Dassem, cubriéndole contra todos los recién llegados. Aparentemente superado, el último de los paladines de Siete Ciudades continuaba retirándose, paso tras paso. Con todo, Temple esperaba que los regulares malazanos los alcanzaran. Pero ese día, los defensores de Y'Ghatan, ciudadanos-soldados reforzados por veteranos de todos los demás ejércitos nativos destrozados, resistían donde antes se habían derrumbado.

Dassem avanzó y Temple terminó con el último de los guardias de la escolta que se le oponía, después se desplazó de lado para cerrar la brecha.

Surgen atacó con ambas espadas y Dassem respondió, su hoja era un mero contorno borroso. Después, un destello en el campo de visión de Temple y Dassem ahogó un grito y se inclinó hacia delante como si se acunara una herida. ¿Otro ataque? ¿Una flecha o un cuadrillo? Temple no estaba seguro de lo que veía. Surgen también se había sobresaltado pero de inmediato aprovechó la ventaja. Con una sola mano, Dassem esquivó los golpes mientras se aferraba el pecho. Gavilán y Filo rompieron la formación para interponerse.

Y entonces las sendas del propio Embozado se abrieron a su alrededor.

Al oler la sangre de un paladín que había resistido desde que se tenía recuerdo, Surgen, lo que quedaba de su escolta y los regulares se abalanzaron sobre ellos. Gavilán y Guarda lucharon como fanáticos mientras la Espada intentaba retirarse como unidad. Pero solo Dassem estaba a la altura de Surgen, así que Gavilán cayó bajo las espadas gemelas del paladín ungido y auspiciado por la ciudad sagrada.

Temple bramó para que enviaran un relevo, pero su voz se perdió entre los gritos frenéticos de los defensores. Dassem se debatía, tambaleándose con la cabeza colgando. Ni Temple ni ninguno de sus restantes hermanos podían dedicar un solo instante de concentración a ayudarlo a recuperar el equilibrio. Fue una tortura para Temple sentir que el hombre tropezaba contra su espalda a medida que retrocedían, paso a paso, sobre el terreno desigual.

¿Qué lo ha alcanzado?, se preguntó Temple, que ardía de furia. ¿Quién podría haberlo alcanzado? ¿Cómo podía ser que en ese día, en esa hora, los soldados-ciudadanos de Y'Ghatan estuvieran derrotando a los profesionales malazanos? ¿Qué les daba tantas agallas?

Rodeados, lucharon por retirarse. Temple solo podía golpear con el escudo sin parar y cortar cualquier mano que intentara sujetar los bordes afilados de hierro de su escudo. Por un momento, los cinco surgieron intactos como trozos de un naufragio arrojados por las olas. Después solo eran cuatro: él, Dassem, Punta y Virola. Resistieron unos segundos más hasta que Surgen se abrió paso entre la multitud como un oso que diseminara una jauría de perros. Aunque parecía herido de muerte, Dassem seguía eludiendo y derribando a los regulares con facilidad. Punta se movió para interceptar a Surgen mientras Temple y Virola repelían la turba que los rodeaba.

Y los regulares malazanos todavía tenían que abrirse paso hasta ellos. Punta se enfrentó a Surgen. Temple no vio mucho del duelo, estaba demasiado ocupado evitando a la infantería de Siete Ciudades que se arrojaba contra él en un intento desesperado por derribarlo. Varios vistazos lo convencieron de la brillantez de Punta: el hombre se superó a sí mismo y duró más embates de los que Temple creía posibles contra un paladín auspiciado. Temple bramó otra vez para llamar a los regulares malazanos; si unas fuerzas amigas no barrían a sus contrincantes y los rescataban, sabía que irían muriendo uno a uno bajo las hojas de Surgen.

Punta cayó. Temple rugió de rabia porque Punta había librado un hermoso combate, no había justicia en su derrota. Temple usó esa furia abrasadora para meterse en la brecha. Del duelo consiguiente jamás olvidó los ojos ardientes de Surgen clavados en un punto que había tras su hombro... en el malherido Dassem, que permanecía fuera de su alcance.

Al presentir que el final estaba cerca, los regulares de Siete Ciudades se retiraron para dar espacio a Surgen. Éste avanzó, seguro de sí mismo, desdeñoso incluso, y eso hizo empeñarse más todavía a Temple. Llovieron los golpes. Se limitó a encorvarse como una choza en una avalancha, decidido a resistir, le arrojaron lo que le arrojaron.

Surgen lo castigó por su temeridad. Con todo, Temple aguantó. Surgen era de una habilidad increíble, casi tan fuerte como Temple y mucho más rápido. Al enfrentarse a los ojos feroces del campeón, la boca abierta como si ya saboreara la sangre de Dassem, Temple abandonó cualquier esperanza de sobrevivir. Se consideró muerto ya y determinó que permanecería en pie solo el tiempo suficiente para negarle a Surgen la satisfacción de la victoria. Se defendió contra el hombre y usó su fuerza de toro para hacer retroceder a Surgen siempre que podía. Con una puñalada en el estómago, Temple se limitó a rezongar y lanzar una estocada a la cabeza de Surgen. Pero tal era su velocidad que Surgen se limitó a echar la cabeza hacia atrás de golpe y solo sufrió un corte en el caballete de la nariz. Surgen se apartó por un instante, aturdido,

esperaba Temple, porque él ya no podía ver con claridad entre la bruma rosada de sudor y sangre que le enturbiaba los ojos.

Esperó, jadeando, cediendo terreno todavía mientras Virola, con un bramido, lanzaba estocadas en todas direcciones y se rendía a la furia ciega de la batalla. Dassem se tambaleaba, paraba los golpes como un borracho, pero todavía era capaz de defenderse contra el soldado común y corriente.

Surgen aulló con una indignación sagrada y se abalanzó contra Temple otra vez. La hoja que lo atacaba era un contorno desdibujado. Temple solo podía esperar para ver qué pretendía aquel hombre, porque el daño ya estaba hecho, podía sentir que la vida se le escapaba por las piernas en una marea húmeda y cálida. Su escudo se hizo pedazos bajo el castigo de Surgen y Temple soltó la espada y cogió a su enemigo por la muñeca. El paladín le escupió en la cara.

—¡Muere! ¡Muere!

Temple esbozó una sonrisa cansada.

—Tan rápido como puedo, amigo mío.

Enfurecido, Surgen le lanzó otra estocada y luchó por liberarse el brazo, pero nadie, ni siquiera el propio Dassem, podía soltar la presa de hierro de Temple.

Surgen miró furioso más allá del miembro de la Espada y abrió mucho los ojos, después chilló algo incoherente. Temple, cuya visión flaqueaba, sintió que se le debilitaba el puño. Surgen se soltó de un tirón y retrocedió. Una marea de regulares malazanos lo barrió. Unos brazos cogieron a Temple y lo sacaron del campo. El veterano se dejó caer entonces en la oscuridad, sabía que había ganado su última batalla, que una vez más había resistido el tiempo suficiente...

Temple esperó a que la vieja pesadilla terminara. Siempre despertaba después de ese momento, con el corazón disparado y sin aliento. Pero esa vez no lo envolvió la oscuridad. Surgen continuaba desgarrándolo, un trabajo competente, como si estuviera despedazando un trozo de carne. Y en lugar de un yelmo de bronce dorado, lucía una capucha gris. La certeza de la muerte se apoderó de la garganta de Temple. La forma encapuchada se inclinó sobre él y lo asfixió con un tipo diferente de oscuridad. Temple no podía respirar. La muerte lo ahogaba como una carga inmensa que le aplastaba las costillas, cada vez más pesada, hasta que sintió que ya no quedaba nada de él. Con todo, se esforzó por seguir luchando. Aunque solo fuera por retorcerle un dedo, por escupirle a la cara que se ocultaba bajo la capucha.

Temple aspiró una bocanada de aire. Con el aire frío le dolieron los dientes. Su pecho se expandió, cayó y se volvió a alzar. La luz volvió a su visión, desdibujada al principio, pero después más despejada; una vez más observó la masa de nubes ante

las estrellas glaciales de un cielo nocturno.

Alguien habló más allá de su campo de visión.

—Eres un hombre muy obstinado —dijo con tono seco.

Temple gimió y giró la cabeza. Un hombre encapuchado con unas túnicas de color ceniza pálida se había sentado a cierta altura en un bloque de piedra. Temple se humedeció los labios.

—Por la mierda de Fener, ¿quién eres tú? —graznó.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, pero creo que sé la respuesta. —El hombre levantó un objeto: el yelmo de Temple. Lo giró entre las manos enguantadas como si evaluara su factura.

Temple gimió y dejó caer la cabeza.

—Los míos te vieron librar un duelo con Cruz. Se quedaron impresionados. Luego, bueno, intervinieron y te trajeron aquí.

Temple probó a levantar el brazo derecho. Se estudió la mano y se frotó los ojos.

—¿Cruz?

—El mastín de Sombra. Lo sorprendiste. Demasiadas presas fáciles en los últimos tiempos, diría yo.

Temple intentó incorporarse y volvió a gemir. *¿Cómo se interviene contra un demonio como ése?*, se preguntó.

—Hice que te curaran, después de ver esto. —El hombre dio unos golpecitos en el yelmo—. Un diseño muy poco habitual.

El yelmo le cayó sobre el estómago con un golpe seco. Con un jadeo, Temple se sentó.

El hombre se puso de pie.

—Deberías deshacerte de él. Demasiado peculiar.

Temple hizo una mueca.

—Es el único puñetero yelmo que tengo. Y la pregunta sigue en pie, ¿quién eres?

El hombre no le hizo caso. Estudió algo a lo lejos y después le hizo un gesto para que se levantara.

—El tiempo se acaba. Baste decir que tenemos un enemigo común en la Garra.

Temple lanzó un gruñido. Se incorporó con cuidado. Se examinó los brazos y se maravilló al ver la carne que volvía a estar intacta bajo los eslabones rotos de hierro y el forro de cuero hecho jirones. Una curación forzada de esa magnitud lo dejó anonadado. Era inaudita. Debería estar postrado por la conmoción, estaba convencido de que su cuerpo había quedado lisiado, incluso que había muerto. ¿Qué le habían hecho? A su lado aparecieron todas sus armas y los dos guanteletes, uno incompleto, hecho trizas. Entre muecas de dolor volvió a aprestarse para salir, sentía los miembros rígidos y entumecidos, unas punzadas de dolor intenso sacudían cada articulación. El hombre se limitó a mirar con el rostro oculto en la oscuridad.

Se encontraban en Picos Musgosos, un bosquecillo que la ciudad había usurpado en su crecimiento por el interior. Temple vio otros, hombres o mujeres, vestidos con las mismas túnicas sin forma y haciendo guardia entre los sotos de abedules y las piedras revueltas.

—Bueno, no sé quiénes sois —admitió de mala gana el veterano—, pero habéis efectuado todo un despliegue.

—Sí. Ésta noche es nuestra. Controlamos la isla dos o tres noches cada siglo.

Temple intentó vislumbrar algo entre las sombras de la capucha del hombre. Había algo muy extraño en su acento. Pero era como si la capucha estuviera vacía. Eso lo inquietó, le recordaba demasiado a las garras... y a su sueño.

Se acercó otra figura, casi idéntica a la primera y las dos hablaron. Las capuchas casi se tocaron cuando se inclinaron el uno hacia el otro. Los dos tenían una altura sobrenatural y eran delgados dentro de las túnicas, conversaban en un idioma extranjero y cantarín que incomodó a Temple. Se había encontrado con muchos idiomas en sus viajes, pero aquel no se parecía a ninguno. Eso, la curación, el hecho innegable de que debían haber hecho algo para arrancarlo de las fauces del mastín, y la afirmación del hombre de que gobernaban esa noche, hizo pensar a Temple en lo que había oído del culto que veneraba a Sombra. Una secta impregnada de hechicería y mecenas de asesinos. Y, como era evidente, una organización a la que daba caza la Garra. Eso tenía sentido. Rivalidad profesional, supuso. Recordó entonces otra organización de asesinos que había montado Danzante al comienzo del Imperio: el Espolón. La Garra de Torva, o eso se decía, comenzó más tarde, como una pálida imitación de esa sociedad secreta. También había oído otras murmuraciones: que desde la ausencia de Kellanved y Danzante, la organización de Torva se había movido para llenar el vacío. Que las personas leales a la vieja guardia habían ido desapareciendo. Él jamás se había considerado especialmente leal a Kellanved o Danzante, era Dasseem al que se había negado a traicionar ese día en Y'Ghatan. Había sobrevivido y pasado a la clandestinidad. Mientras observaba a esos dos, se preguntó si ellos también habían servido, aunque por el Embozado que no tenía la menor intención de preguntar. Se aclaró la garganta. El que se había dirigido a él antes se volvió para examinarlo.

—Ven. —Le hizo un gesto a Temple para que lo siguiera y echó a andar de repente por la pradera salpicada de piedras.

Sorprendido, Temple se quedó inmóvil hasta que otros dos con el mismo atavío informe se acercaron por ambos lados. El más delgado de los dos caminaba con un contoneo tan chulesco y arrogante que a Temple le apeteció abofetearlo. Unas marcas de quemaduras le manchaban las túnicas por delante y por los bordes de la capucha, como si hubieran dejado caer la tela en el fuego. El más grueso le hizo un gesto para que continuara adelante con una mano que era peluda y de nudillos anchos, como la

mano de un herrero o un estrangulador.

Lo condujeron a una elevación que se asomaba al barro oriental de la ciudad vieja.

—¿Qué ves? —preguntó el que lo había despertado.

Temple dudó. ¿Qué quería aquel hombre de él? Después, con reticencia, examinó el barrio. Una niebla, densa como nubes bajas, se aferraba a los tejados y serpenteaba por las calles. Parecía converger alrededor de la manzana de la posada del Colgado... y también de la vecina Casa de Muerte.

Clavó los ojos y pudo distinguir unas luces, un nimbo de un siniestro color azul verdoso que a veces acompañaba a la manipulación de las sendas. ¿Cuántas veces había sido testigo de ese mismo estallido brillante, como un espíritu sobre las batallas? ¿Y cuántas veces se había agachado al experimentar ese mismo nudo frío en el estómago porque allí había algo contra lo que ni toda su pericia podía combatir? Subió rodando del mismo lugar, como un estallido lejano de municiones alquímicas, la llamada profunda de un mastín.

—¿Qué es eso? —preguntó Temple.

—Algunos dicen que una puerta —le dijo el hombre con tono pensativo—. Una entrada al reino de Sombra. Y el que la atraviesa, rige la senda como rey. Una posibilidad deslumbrante, ¿no?

Temple asintió con gesto astuto.

—Así que eso es lo que pasa aquí. Vais a por él.

Una carcajada sedosa susurró en el interior de la capucha.

—No, yo no... yo no tengo ese poder ni de lejos. Y está demasiado bien defendida. Los mastines son solo los primeros de sus guardianes. Pero otro podría intentarlo antes del amanecer, y para eso nos estamos preparando.

—¿Y eso a mí qué más me da?

—Podrías ayudar.

Temple asintió de nuevo, esa vez con desprecio.

—¿Y si me niego?

El de la capucha lo miró y el veterano le devolvió la mirada mientras intentaba encontrar los ojos del hombre en la oscuridad. El silencio se alargó en el tiempo y creció la incomodidad. Temple se frotó la cicatriz que le cruzaba la barbilla.

—Entonces puedes irte —dijo el hombre.

—¿Qué? ¿Así, sin más? —se burló Temple.

—Sí, así sin más. Dos de los míos te escoltarán adonde deseas. —Señaló con un gesto a espaldas de Temple.

Temple miró a un lado y vio que sus antiguos guardianes lo esperaban cerca, junto a un trozo de muro cubierto de musgo.

—¿A cualquier parte?

—Sí.

—Te tomo la palabra.

—Adiós entonces, soldado. —Y el hombre se llevó la mano al pecho a modo de saludo, el antiguo signo del cetro imperial.

Temple bajó la mano de la cicatriz que le cruzaba desde la mejilla a la barbilla.

—Supongo que no querrás saber lo que pienso de tus posibilidades.

La capucha ladeó la cabeza a un lado.

—No seas idiota, Temple.

—Sí. Ya me lo imaginaba. Permíteme darte las gracias por la curación.

La capucha se despidió con una inclinación. Temple retrocedió de espaldas unos pasos, como si le preocupara que, en el último momento, aquellos hombres cambiaran de opinión, después echó a andar hacia el paseo del Río. Sus dos escoltas se colocaron un paso por detrás.

Durante toda la subida por el paseo del Río, a Temple le picó la espalda como si estuviera bajo la mirada de los Mellizos. No podía deshacerse de la sospecha que a aquellos dos los habían enviado para dejarlo muerto y tirado en una zanja. Una estupidez, por supuesto; podrían haberse limitado a dejarlo a merced del mastín. Pero la vieja costumbre de prestar atención a una sana paranoia no lo dejaba en paz.

Al final fue demasiado, se detuvo de golpe y se giró. Unos diez pasos por detrás, la pareja también se detuvo. El delgado se cruzó de brazos como si le aburriera todo aquel asunto. El más grueso le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Vosotros no decís nada, ¿eh? —bromeó Temple, pero después continuó su camino. *La maldita profecía del regreso*, especuló, de eso se trataba. No de esa mierda de la entrada a Sombra. Se habían reunido para verlo esa noche. Para que Kellanved regresara y reclamara el trono del Imperio. Seguía siendo suyo, después de todo. Y Temple tenía que admitir que resultaba difícil tragar que se hubiera limitado a desaparecer para dejar que Torva (o quien fuera) lo usurpara. Si seguía vivo, claro está.

Ciegos como mierda de vaca. O, en este caso, mierda de mastín. Llegado el alba, el milenio predicho de esos tipos no habría aparecido y ellos se desvanecerían como tantos cultos antes del suyo. Temple jamás había sido un hombre religioso. Los viejos dioses patronos tradicionales de los soldados, Togg y Fener, siempre habían sido más que suficientes para él. El resto de aquella teología polvorienta solo le daba dolor de cabeza: lo viejo contra lo nuevo; el auge y caída de las Casas de influencia; la eterna persecución de la ascensión. Con todo, era inquietante ver que alguien tan obviamente despierto y organizado como el tipo de la túnica se tragaba todo el montaje.

Giró al norte por la marcha del Sonrisas. La calzada de la Muralla apareció ante él

entre la bruma y le arrancó una sonrisa. Eso y pensar que tenía un barco entero de preguntas para Corinn cuando la encontrara. Contaba con que ella le diera unas cuentas respuestas. Por los huesos del Embozado, esa mujer le debía una explicación. «Lo vi», le había dicho, había visto la ruptura de la Espada. ¿Por qué? ¿Para conmocionarlo de tal modo que cooperara? Le envió una corta plegaria a Togg para que la mujer hubiera podido escapar de algún modo de todo aquello.

Cuando posó una mano en el granito frío de la calzada de la Muralla, se volvió hacia sus dos escoltas. Éstos se habían detenido unos pasos más atrás, uno junto al otro.

—¿Qué? ¿No venís?

La capucha del delgado se alzó cuando miró a la fortaleza de Mock.

—Ahí, esta noche solo encontrarás muerte.

Temple quiso reírse de la idea, pero las palabras del hombre le provocaron un escalofrío. Los despidió con un ademán.

—Puede ser. Volved corriendo con vuestro amo y decidle adónde he ido.

—Lo sabe.

Temple los observó. Los hombres continuaban inmóviles. El veterano se quedó mirando atrás durante un rato más y después, con un bufido de impaciencia, empezó a subir los escalones. Subió rezongando las piedras húmedas. ¡Qué panda de chiflados! Como si hubiera algo de verdad en toda aquella charlatanería sobre un supuesto regreso. Era una puñetera vergüenza, eso es lo que era. Un montón de aristócratas malcriados, con toda probabilidad. Ninguno de los cuales había derramado jamás ni una gota de sangre en los campos de batalla. Jamás habían visto a Kellanved asesinar a miles cuando derribaba la muralla de una ciudad, ni habían visto a sus guerreros favoritos, los t'lan imass, masacrando ciudades enteras. ¡Anda y que se fueran con viento fresco, ese anciano dalhonesio de piernas atrofiadas y el espectro de su compañero, Danzante! A lo largo de su carrera, Temple había conocido y luchado con muchos hombres y podía decir con honestidad que ninguno le producía tanto miedo como esos dos.

Dassem hablaba poco del emperador, pero cuando lo había hecho, siempre había sido con el mayor cuidado y cautela. Había contado una historia una vez: durante las pacificaciones de Delans, había entrado en una tienda de mando a oscuras para informar a Kellanved sobre la dispersión de las tropas. Mientras los dos hablaban, un edecán había metido un farol encendido en la tienda oscura y Dassem se había encontrado solo. Más tarde se había enterado por el almirante Nok que ese día el emperador se encontraba en alta mar, a bordo del Retorcido. Dassem había dicho que eso era típico del viejo, nadie podría estar nunca seguro de qué terreno pisaba Kellanved, en nada... o sobre nada.

Temple lo había visto de vez en cuando, a lo lejos, durante la formación de las

tropas: un hombre pequeño y negro, con miembros llenos de nudos y el pelo gris y corto. O esa era la pretensión. A primera vista no parecía más que un gnomo viejo y marchito. Pero una sola mirada suya podía ser suficiente para espantar a cualquiera, como si los golpeara o, si así lo deseaba, los pudiera aplastar. Eso Temple siempre se lo había reconocido.

Pero Dassem, espada del Imperio, él sí que había cuidado de los hombres. ¡Por la Reina, el ejército lo veneraba, literalmente! Todos los demás (Torva y el resto) también lo sabían, incluso entonces. Temple lo había visto en sus ojos las veces que había acompañado a Dassem a las sesiones informativas. Torva y los otros lacayos solo conocían el imperio del miedo. Pero Dassem, con un elogio aquí o un reproche allá, podía cautivar el corazón de un hombre. Y se ponía siempre al frente de todo, en cada batalla. Los soldados se daban de bofetadas solo por tener la oportunidad de luchar cerca de él.

En una de las cuestas, Temple hizo una pausa. La noche se cerraba sobre él, negra y hueca, el frío era sorprendente, un frío que parecía colarse en su alma. Más abajo, la niebla oscurecía las laderas y flotaba sobre la ciudad. Una lluvia gélida lo rozó y se limpió la cara. ¡Maldita fuera, la tenía en carne viva! Le dolían los huesos. ¿Qué hora era ya? ¿Cuatro campanadas o cinco? No recordaba haber oído el faro del espigón desde hacía un rato. Dioses, estaba agotado. Se apoyó en la muralla y se preguntó qué era lo que esperaba lograr. Se quedó mirando los jirones perezosos de bruma y las extrañas estrellas de luz apagada y recordó aquella otra noche. La noche, hacía casi un año, en la que habían muerto Dassem y él.

Había despertado en la tienda de campaña de la enfermería. Una instalación para oficiales, pequeña y vacía, al contrario de las que utilizaban para embutir a los regulares mientras los que ya no cabían se limitaban a apilarse fuera. Virola estaba sentado a su lado en un baúl de viaje, bajo, peludo y con un aspecto tan despiadado como siempre. Vestía un grueso chaleco de cuero sobre un jubón de tela. Dos formas oscuras permanecían junto a las solapas cerradas: garras.

—Volvemos a tenerte entre nosotros, ¿eh? —sonrió Virola al tiempo que se daba una palmada en la pierna. Con la mano izquierda, oculta por el cuerpo, le hizo unas señas: *se han puesto en marcha*.

Temple respondió con un ligero asentimiento y una sonrisa.

—Sí, entero otra vez. —*En marcha*. Los seis siempre habían sabido que ocurriría. Habían hablado de ello, habían hecho planes, lo habían temido. Pero solo quedaban dos. Dos contra todas las garras de Torva.

—¿Dónde está?

Virola señaló las solapas con una sacudida de la cabeza.

—Se lo han llevado para un tratamiento especial. Intenté detenerlos, pero... —Se

encogió de hombros.

—¿La herida?

—Muy puñetera. La peor hasta ahora. —Virola se abrió el chaleco unos milímetros y reveló las empuñaduras de dos cuchillos. *Tenemos que llegar a él*—. ¿Cómo te encuentras? Hice que te sanaran. No veas el pollo que monté, por la mierda de Togg. —Se rió. *¿Podrás hacerlo?*

Temple le hizo una seña a Virola: *Estoy contigo*.

—Como un gatito recién nacido. Ayúdame a levantarme. Tenemos que ir a ver cómo está. —Había exagerado solo un poco. Surgen prácticamente lo había cortado en pedacitos y lo había convertido en un cadáver ambulante. La sanación forzada y la soldadura de huesos resultaban asombrosos pero igual de traumáticos que las heridas en sí; se sentía como si lo hubieran estado torturando durante semanas. Contuvo una arcada amarga. El sudor le perlaba todo el cuerpo y le chorreaba por la cara. Pero estaba vivo y había jurado entregar su vida por Dassem. Si las garras estaban detrás de ese ataque, en lo que a él se refería, habían cometido un tremendo error al no matarlos a todos de inmediato. Estaba claro que Torva tenía las manos atadas, había demasiados testigos de su supervivencia.

—No te me desmayes ahora —rezongó Virola y le pasó un cuchillo mientras lo ayudaba a levantarse del catre. Temple se apoyó en el hombro de Virola, tanto para crear un efecto determinado como porque le temblaban las rodillas y estas apenas eran capaces de sostenerlo.

Las garras que flanqueaban la entrada intercambiaron unas miradas. Los dos eran hombres e iban vestidos para el combate, en lugar de con los mantos negros y sueltos en los que siempre se envolvían cuando se permitían dejarse ver. Su uniforme no oficial consistía en tela teñida con colores oscuros, botas altas de cuero, pantalones, camisas sueltas, chalecos y guantes. El cabello largo lo llevaban sujeto a la espalda. Cada uno guardaba un arsenal, pero oculto en bolsillos y pliegues. Los diminutos y discretos símbolos de plata de la Garra resplandecían en el lado izquierdo del pecho.

Temple arrastró los pies por la tienda del brazo de Virola, exageraba su debilidad aunque era probable que no estuviera engañando a nadie. La solidez de roca de Virola lo tranquilizaba. Sería un placer tenerlo a su lado para lo que estaba a punto de pasar. Le habían dado al peludo y musculoso seti el nombre de Virola porque prefería luchar cuerpo a cuerpo. Después de cualquier batalla, quedaba empapado en sangre, literalmente.

Las garras cambiaron de posición para ponerse una junto a la otra.

—Debes quedarte aquí. Recuperarte. Órdenes de la regente.

Virola ralentizó el paso.

—Nos vamos, muchachos. Apartaos.

—Órdenes, soldado. No desafíes su autoridad.

Bajo su brazo, Temple sintió que Virola flexionaba los músculos y se preparaba para la acción.

—Apartaos —advirtió con voz neutra— u os atravesaremos de plano como hicimos con la guardia sagrada.

Las garras intercambiaron una rápida mirada. El que había hablado le dio un papirotazo a la mano.

—Conjuro —gruñó Virola. Sacó de repente la mano que había mantenido tras la espalda de Temple y voló un cuchillo. Temple se lanzó hacia delante y hacia un lado. Notó un golpe seco en el brazo y el vendaje se rasgó. Rodó y se levantó en el mismo sitio en el que habían estado las garras y, aunque mareado, estiró la mano a tiempo de sujetar el tobillo de uno cuando intentó invocar su senda. El hombre no pudo mantener el equilibrio, cayó y perdió el control de las fuerzas que había intentado invocar. Atormentado por un dolor punzante, con la visión oscurecida y convertida en un túnel, y además muy furioso, Temple apuñaló al hombre en la ingle y después se abalanzó para asestarle una estocada letal en la garganta. Pero la garra lo esquivó con un contoneo y la hoja de Temple solo le hizo un corte en la barbilla.

Por asombroso que fuera, la garra se puso en pie. Temple se movía con más lentitud porque había descubierto que tenía el lado derecho manchado de sangre fresca y que algo largo y afilado le atravesaba por completo la parte superior del brazo. En el nombre del Embozado, ¿cómo había llegado eso allí?

Apareció un cuchillo en la mano enguantada de la garra. Temple se lanzó a por las piernas del hombre, pero fue un esfuerzo poco convincente. Cuando la garra echó hacia atrás la muñeca para ejecutar un lanzamiento corto y rápido, Virola se estrelló contra él. Se precipitaron los dos en un frenesí de miembros que giraban, golpeaban y se aferraban al otro. Y aunque se intercambiaron más golpes de los que Temple pudo contar, todo terminó en unos segundos.

Virola se levantó con una gran sonrisa. Le colgaba una oreja, medio arrancada. Tenía la camisa desgarrada y los vendajes del pecho le pendían hechos trizas.

—¡Por el bendito viento! —suspiró, como si se acabara de trasegar una jarra de cerveza—. Llevo años deseando hacer esto.

Temple gimió y se levantó. Después le dio un golpe en el brazo.

—¿Es que hoy soy el objetivo de todo el mundo o qué?

Virola examinó la herida y después sacó la hoja con suavidad. Temple ahogó un grito de dolor y se colgó del hombro del otro hombre para no caerse. Virola admiró el largo y letal estilete y lanzó un silbido.

—Podría haberte atravesado el corazón.

—Muchas gracias.

Virola lo sentó y empezó a vendarle el brazo otra vez. Temple observó trabajar al hombretón, se sentía avergonzado por su actuación en aquella refriega sucia y rápida.

No le parecía que fuera a ser muy útil en lo que estaba por venir.

Virola comprobó la entrada, informó que, por lo que parecía, estaban en cuarentena no oficial por esa noche. Dijo que había visto adónde habían llevado a Dassem y después se puso a asearse y a recoger las armas de las garras que les pudieran ser de utilidad. Temple se quedó sentado y sacudió la cabeza.

—Mira, Virola —dijo después de aclararse la garganta—. Me parece que no voy a ser muy útil. Quizá deberías ir tú solo.

Virola dejó de registrar el cadáver de una garra y levantó la cabeza. Había algo en sus ojos: ¿Asombro? ¿Incredulidad? Se acercó a Temple.

—¡Que no vas a ser muy útil! Que estés vivo ya es un milagro. ¿Sabes lo que hiciste?

Temple sacudió la cabeza, no muy convencido.

—¡Te enfrentaste a Surgen! ¡Fue asombroso! Yo no vi ni la mitad, pero todo el mundo habla de ello. Los oí al otro lado de la tienda. ¡Era un paladín auspiciado por la ciudad sagrada! Apoyado por magos. Ungido por el templo. ¡Y tú no le dejaste pasar! Creí que ya estábamos acabados pero tú nos salvaste el pellejo. Incluso oí decir que quizá tuvieras algún patrón guardado en la manga...

Temple se rió de la idea.

—No. Hablo en serio. Sales de esta tienda con esa pinta de bloque de granito feo que sueles tener y todo el mundo se echa atrás. Lo digo en serio. —Virola señaló los cadáveres con un gesto—. ¿No te pareció raro el ataque de pánico que le dio a esos dos? Tú, nosotros, hoy unos cuantos se han cagado de la impresión con nosotros. Personas que daban por seguro que estábamos muertos.

Eso también lo había inquietado a él. Había sido demasiado fácil. Las garras habían actuado como si se estuvieran enfrentando a oponentes de potencial desconocido. Habían intentado con demasiado empeño mantener las distancias. Temple asintió y apretó el brazo de Virola.

—Muy bien. Ave, miembro de la Espada.

Virola esbozó una sonrisa de alegría salvaje.

—Ya solo quedamos tres, pero tres son suficientes, diría yo.

Equipados y aseados, apartaron la solapa de la tienda y cruzaron con audacia el terreno de la enfermería del campamento. La noche era cálida y seca. Las ramas de un olivar cercano susurraban bajo un viento débil y un trozo de luna brillaba sobre ellos como la hoja amarilla de una cimitarra. Las antorchas ardían en cada cruce importante de la ciudad de tiendas, pero había pocos soldados moviéndose entre ellas. Saludaron a cada centinela y algunos, al reconocerlos, exclamaban: «¡Ave, miembros de la Espada!». Virola levantaba un puño para responder.

—Sabrán que venimos —se quejó Temple.

—Cuantos más testigos, mejor.

Temple gruñó, una afirmación muy sabia. Virola los guió hasta una tienda privada cerca del borde de los terrenos de la enfermería. Las lámparas resplandecían en su interior y había dos garras ante la solapa cerrada. Cuando se acercaron, la expresión de abierta sorpresa y confusión que agrietó el control legendario de los asesinos llenó de calor el corazón de Temple.

Uno junto al otro, se acercaron a las garras que protegían la entrada.

—Hemos venido a ver a Dassem —anunció Virola sin detenerse, y saludó con un gesto a los soldados que los observaban desde las tiendas cercanas.

Después de una brevísima vacilación, una garra inclinó la cabeza y se apartó para abrir la solapa. Virola observó la abertura oscura, quizá no le gustaba tanta cooperación. Temple sintió una punzada de duda, ¿y si se habían limitado a trasladar otra vez a Dassem?

Dentro, las lámparas de arcilla emitían una luz baja y casi consumida. Dassem yacía en un catre como si estuviera muerto, el torso envuelto en vendajes. La luz ambarina le daba a su piel oscura un lustre intenso, como si fuera una estatua de bronce. Temple hizo una pausa, presentía que había otra persona en los huecos oscuros de la tienda.

Una tela susurró en la oscuridad.

—Ave, miembro de la Espada —dijo una voz de mujer.

Torva salió de las sombras con tres garras justo detrás de ella. Temple pocas veces se había enfrentado a ella cara a cara. La mujer vestía su camisa típica, fajín, pantalones y estaba descalza. El rostro corriente de la mujer era plano y estrecho, tenso y concentrado. Llevaba el pelo muy corto, como era habitual en las muchas mujeres que servían en el ejército malazano y en sus manos se veían callos oscuros. A Temple le pareció que aquella mujer era todo bordes duros. Siendo como era el tercer individuo más poderoso del Imperio, Temple supuso que tenía que serlo.

A las tres garras que la acompañaban Temple las conocía de nombre y por su reputación: el segundo al mando, Topper, con las sedas verdes que lo identificaban; Zarigüeya, de ojos pequeños y brillantes y la cara estrecha de su tocayo, y Jade, una mujer dalhonesia muy morena y uno de los miembros más despiadados de ese cuerpo.

Virola y Temple hicieron caso omiso de Torva y sus ayudantes y salvaron el espacio que los separaba del catre de Dassem. Temple le buscó el pulso pero no sintió nada.

—¿Está vivo?

—De momento —respondió Torva—. Vacila al borde del reino de su patrón. Cualquiera pensaría que el Embozado estaría impaciente por abrazarlo.

Virola y Temple intercambiaron una mirada y se volvieron hacia Torva. Temple

vio que Virola medía con los ojos a Zarigüeya. Balanceándose sobre los talones, Jade parecía lista para lanzarse contra Temple.

Torva levantó una mano para aplacarlos a todos.

—Se ha decidido un cambio. Se ha ascendido a Choss sobre el terreno, ahora es puño supremo y comandante provisional del Tercero.

Virola lanzó un gruñido burlón pero Temple emitió un largo suspiro pensativo. Choss era un nombre que podría complacer a la mayoría. Los cuadros de oficiales lo respetaban y era un buen estratega. También carecía de patrón que lo auspiciara. Un simple soldado que no representaba ninguna amenaza para Torva.

Temple se lamió los labios.

—Pero sigues necesitando a Dassem. Choss no es ningún paladín.

Torva frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, Temple, todavía no lo entiendes. Ahora las cosas son diferentes. En estos mismos momentos Surgen sucumbe a sus heridas. No es la victoria más decisiva pero sigue siendo una victoria. Y descorazonada, sin tiempo para un nuevo ritual de unción, Y’Ghatan caerá. Se acabaron los paladines. Cuestan demasiado. Son demasiado... vulnerables.

Virola esbozó una sonrisa burlona y se habría abalanzado sobre ella, pero Temple lo cogió por los hombros.

—¿Y qué hay de nosotros?

Torva alzó las cejas, sorprendida e impresionada por el pragmatismo de Temple.

—¿Qué es lo que deseas? ¿Rango? ¿Títulos? ¿El gobierno de una región?

Virola apretó el brazo herido de Temple con una fuerza furiosa. Temple se mordió el labio para contener el grito. Posó una mano en la espalda de Virola y dispuso los dedos en una señal concreta: *espera*.

Temple consiguió hablar sin perder el control de su voz.

—La vida de Dassem, para empezar.

Torva asintió.

—Eso podría arreglarse.

Su respuesta decidió la noche para Temple. Al parecer ninguno de los dos tenía intención de mantener su palabra. «Nada de testigos» era casi el lema de Torva. Las garras nunca dejaban a nadie vivo. Formaba parte de sus tácticas de terror. Temple también creía que la mujer sabía que él no se vendería; no le importaba demasiado, con franqueza. Pero todos tenían que interpretar su papel, llevar a cabo la farsa completa.

—De acuerdo —exhaló con una bocanada de aire larga y lenta—. Nos quedaremos con él. De momento.

Torva frunció los labios. Temple casi podía ver los planes y opciones varias que giraban por la cabeza de la mujer mientras lo miraba a él y a Virola. Posó los ojos en

su brazo herido y algo cambió en la actitud de los hombros, después inclinó la cabeza unos centímetros.

—Muy bien. Podéis comentar los detalles con estos dos representantes. Zarigüeya. Jade. Cuidad de estos caballeros. Topper, acompáñame.

Las dos garras avanzaron medio paso. Torva cruzó la entrada, la tela de los pantalones se rozaba sin ruido. Cuando se dio la vuelta, Temple se miró el brazo: la sangre fresca le empapaba el vendaje nuevo. Bueno. La regente suponía que sus mejores soldados serían suficientes para terminar el trabajo.

Topper mantuvo abierta la solapa de la tienda y Torva salió con una media inclinación de despedida. Virola y Temple se miraron a los ojos. Virola, con las piernas flexionadas y los brazos doblados, parecía un oso a punto de abalanzarse y le guiñó un ojo. ¡El camorrista de siempre, con una confianza en sí mismo suprema! Temple era incapaz de reunir semejante entusiasmo para esa reyerta concreta. Sus temores se confirmaron cuando las dos garras que vigilaban la abertura entraron en la tienda cuando su comandante se fue. Zarigüeya hizo un ademán, como si tirara algo, y, de repente, los sonidos del campamento que se colaban por las paredes de la tienda cesaron como si alguien se los hubiera arrebatado.

Mierda, echó pestes Temple, eso garantiza la privacidad. Decidió aprovechar la única posibilidad loca que se le había ocurrido mientras Torva hacía su propia evaluación de la situación.

—Cúbreme —le soltó a Virola. En un solo movimiento dio un paso, se arrodilló y levantó el cuchillo con las dos manos por encima del pecho de Dassem. *Vacila a las puertas de la muerte*, había dicho Torva. Temple rezó para que fuera una verdad involuntaria, porque el Embozado era el dios patrón al que Dassem había jurado su alma, *jurado y después rechazado*.

Oyó que Virola paraba los primeros ataques a su espalda cuando, con el mismo movimiento, hundió el cuchillo con todas sus fuerzas.

—¡Detenedlo! —gruñó Zarigüeya.

Algo golpeó el cráneo de Temple.

La mano de Dassem se alzó de súbito, sujetó el brazo de Temple y lo apartó de un empujón. Dassem se incorporó. Temple se derrumbó sobre un catre y después cayó con un golpe seco a la tierra batida. La sangre le cegaba un ojo y le calentaba la cara. Observó el resto de la trifulca tirado de lado, aturdido, luchando contra la inconsciencia.

De una forma absurda, quizá despistados por la ventaja numérica y el estado debilitado de Dassem, las garras optaron por terminar las cosas allí. No era que Temple los culpara. Después de todo, ellos no habían luchado codo con codo junto a Dassem como Virola y él. Jamás habían visto de primera mano todo aquello de lo que era capaz la primera espada. Eso y que las garras tendían a confiar demasiado en sí

mismos.

A la visión debilitada de Temple toda la escena le parecía una coreografía lenta y deliberada. Virola giró de lado, espoleado por Zarigüeya. La sangre dibujó un arco al brotar de las heridas cuando cayó. Los otros tres rodearon a Dassem, que se lanzó contra el más cercano. Con un único movimiento, estiró un brazo y aplastó la garganta del hombre. Después se volvió sosteniendo el cadáver delante de él.

A pesar de todo, Jade y el otro se acercaron más. Zarigüeya, demostrando cierta sabiduría, aunque con retraso, retrocedió. En lugar de usar el cuerpo como escudo, Dassem lo arrojó contra las dos garras que se abalanzaban, con tanta facilidad como si fuera una herradura. Las garras cayeron en un montón. Temple notó lo enfadado que estaba Dassem por la extravagancia de ese gesto y por el modo en que fruncía el ceño, indignado.

Le dio a Jade una patada en la cabeza, le arrancó un arma de la mano y le rebanó la garganta con ella. El otro guardia de la Garra yacía donde había caído, aturdido.

Zarigüeya intentó acceder a su senda, pero interrumpió el movimiento para esquivar el cuchillo que le lanzó Dassem. Los dos se aproximaron y Zarigüeya recibió a Dassem con dagas en sendas manos. Dibujaron un círculo, Zarigüeya amagaba y Dassem zigzagueaba y lo eludía. Temple tenía que admirar las maneras de Zarigüeya, era el mejor que había visto, pero el tipo había cometido un error letal al no largarse en cuanto Dassem había revivido. Arrogancia, quizá.

Dassem se acercó y toleró un corte en el costado para agarrar una mano. Los dos giraron y pivotaron sobre ese fulcro. A Temple le sorprendieron de nuevo los movimientos de Zarigüeya. Pero la habilidad, fuerza y velocidad de Dassem, aunque mermadas, resultaron de todos modos demasiado exquisitas para la voluntad de Zarigüeya y su puntilloso adiestramiento. Dassem le rompió la muñeca, le retorció el brazo y le clavó a Zarigüeya su propio cuchillo en el pecho. La garra se derrumbó y los sonidos del campamento regresaron a la tienda.

Temple sonrió al saberse victorioso y se rindió a la oscuridad fría y dura que lo atraía como el abrazo de las aguas profundas.

A medida que iba transcurriendo la noche de vez en cuando recuperaba una conciencia vacilante. El dolor en el estómago lo despertó con una punzada una vez y Virola, con la cara inexpresiva, tensa y pálida, le pidió silencio con un gesto. Vio tiendas de campaña y carretas una vez, oscuras, deshabitadas. Más tarde, cuando el dolor lo despertó de nuevo con una sacudida, un campo de hierba alta que susurraba y siseaba; Dassem, ataviado con un manto ancho, lo examinaba y le sonreía con expresión de aliento.

Escaparon viajando unas pocas leguas cada noche. Se dirigieron al norte y atravesaron los pasos de la cordillera Thalás hasta llegar a la costa y robar una

pequeña barcaza de pesca. Se turnaron para pilotarla noche y día, hacia el noreste, hasta salir al mar de Dryjina y luego al sur. Un mes más tarde atracaron, quemados y barbudos, en la costa de Siete Ciudades, al sur de Aren. Allí se separaron. Temple y Virola planeaban coger el barco al sur de Falar. Dassem no tenía intención de ir con ellos.

Los tres se encontraban en la costa rocosa, ninguno con deseos de hablar. Vestían túnicas sueltas sobre los pantalones y las guerreras. Unos chales de tela blanca casera les envolvían la cabeza y les cubrían las caras. De su antigua vida, Temple solo llevaba consigo el yelmo envuelto en su petate. Dassem se lo había entregado al despertar.

Temple se cruzó de brazos y clavó los ojos en una cordillera lejana.

—Bueno —le dijo a Dassem—, tiene que ser a solas, ¿no?

La espada asintió con cansancio. Se trataba de la discusión de siempre.

—¿Qué vas a hacer?

—Viajar. Poner rumbo al oeste —respondió Dassem.

—En el nombre de Togg, ¿se puede saber que podría haber ahí fuera? —soltó de repente Virola, furioso como siempre cuando le llevaban la contraria en algo.

La sonrisa de Dassem atravesó el alma de Temple, así de glacial era.

—Algo. Ahí fuera hay algo. Quizá lo que estoy buscando.

Temple carraspeó. Pensó en las palabras que había susurrado el propio Dassem y en los rumores cuyo rastro nunca dejaban de seguir Punta, Filo y él, rumores sobre una purga en los más altos niveles del culto del Embozado.

—Te desearía suerte, pero no estoy seguro de que te convenga encontrar lo que estás buscando.

Eso le valió una mirada dura, pero Dassem se ablandó con una expresión dolorida que parecía asentir a medias.

—Supongo que ya lo veremos.

—¡Maldito sea todo! —gruñó Virola, después se arrojó entre las olas y se acercó al bote anclado dando tumbos—. Si tienes que viajar por la mitad de la creación —gritó mientras se agarraba al costado de la embarcación—, búscame en las llanuras Seti.

Dassem se despidió con un ademán.

Temple se acercó a él y los dos hombres se abrazaron. En la orilla intentó un último ruego, aunque sabía que era inútil.

—Retírate con nosotros. Pon los pies en alto de una vez.

—Hay cosas que debo hacer.

—Sí, bueno. Ten mucho cuidado, diablos.

Dassem se echó a reír.

—Lo tendré.

—Ya no nos tienes a nosotros para cubrirte las espaldas.

—Lo sé.

Con todo, Temple seguía sin ser capaz de separarse del hombre por el que había jurado dar la vida.

—Podría negarme, ¿sabes? Y seguir contigo.

De nuevo aquella sonrisa triste.

—Lo sé. —Apretó el hombro de Temple—. Pero morirás si continuas conmigo. De eso estoy convencido. No dejes de luchar, Temp. Hay muchas posibilidades de que todavía vivas mucho tiempo.

Temple se quedó sin aliento.

—¿Has visto esto?

Dassem le soltó el hombro y le hizo un gesto para que no se detuviera.

—Vete. Es una orden.

Temple se abrió camino entre las olas. Virola y él izaron las velas. Mientras caía la noche entre la barca y la costa rocosa, se despidieron con la mano. Dassem levantó un brazo en un largo y continuado saludo militar. Por fin, la tenue figura le dio la espalda a la costa y desapareció entre los árboles.

Tras un rato, mientras navegaban siguiendo la línea de costa, Virola le preguntó:

—Por los colmillos de Fener, ¿qué es eso tan importante, maldita sea? ¿Por qué no podemos ir con él?

—Creo que donde él va, nosotros no podemos seguirlo.

Virola volvió la vista atrás y miró a Temple como si se preguntara hasta qué punto hablaba en serio. Ni el propio Temple estaba seguro.

Hasta semanas más tarde, ya en la isla de Golpe, no se enteraron de la versión oficial de aquel último día en Y'Ghatan. Al parecer, los tres miembros supervivientes de la Espada, debilitados por sus heridas, habían muerto en el curso de una incursión nocturna que habían hecho falah'd fanáticos de la ciudad sagrada. Lo falah'd se habían retirado después a la ciudad y se habían llevado el cuerpo de Dassem con ellos.

Ésa misma noche Surgen murió de un modo que nunca se explicó del todo. Tres días más tarde cayó la ciudad. A decir de todos, el puño supremo Choss se había desenvuelto bien. El cuerpo de Dassem jamás se había identificado de forma concluyente y el Imperio nunca había terminado de nombrar una nueva primera espada.

En la cima de la calzada de la Muralla, Kiska encontró cerradas las imponentes verjas tachonadas de hierro de la fortaleza de Mock. Ningún farol ni antorcha brillaba en las

ranuras de los matacanes de ambos lados. En circunstancias normales, las puntas resplandecientes y rodeadas, repletas de púas, de los cuadrillos de las ballestas habrían seguido todos sus movimientos y el capitán de la guardia ya le habría dado el alto hacía tiempo.

Labrada en las maderas de la verja de la izquierda, la diminuta portezuela permanecía abierta. Había algo encajado en el fondo. Kiska se deslizó por las maderas hasta que quedó al mismo nivel que la abertura. Un antebrazo, con la palma ensangrentada hacia arriba, sobresalía como si le dedicara un saludo macabro. Kiska se asomó por el hueco. El brazo pertenecía a uno de los mercenarios que la habían raptado. Estaba muerto, la armadura de cuero de la espalda estaba cosida a cuchilladas. Por el modo en que yacía, debía de estar intentando escapar. La oscuridad ocultaba el túnel de entrada y Kiska sabía que la luz de la luna que brillaba tras ella estaba dibujando su perfil. Entró deslizándose, se hizo a un lado, se detuvo en seco y escuchó.

Nada salvo el oleaje leve y distante. El hedor a sangre e intestinos vaciados llenaba el recinto. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, las formas retorcidas de otros dos mercenarios destacaron sobre el callejón empedrado. Quizá los habían dejado allí para vigilar la puerta y después había llegado alguien y había acabado con ellos en un santiamén. Kiska se arrodilló: un rastro oscuro de sangre, todavía pegajoso al tacto, indicaba por dónde se había arrastrado uno de los hombres, a muy poca distancia de una pequeña puerta lateral que tenía el túnel; la entrada al alojamiento del portero, Lubben. Kiska siguió por allí, pasó por encima del cuerpo y escuchó ante la puerta. Tras unos segundos estaba a punto de alejarse cuando advirtió el roce de un pie en el suelo. Había alguien dentro, quizá a la escucha, igual que ella. ¿Quería saber si era el jorobado o su asesino? No, dejaría el asunto en paz. Más adelante, Artan debía de estar...

La puerta se abrió con un susurro. Un brazo grueso y una mano del tamaño de un escudo pequeño la cogieron por la pechera y la metieron de un tirón. La hoja de un hacha pequeña incrustada bajo su barbilla la empujó contra la pared. Después la asaltó de cerca un aliento caliente que apestaba a vino.

—Oh, eres tú, muchacha —rezongó Lubben. Entrecerró el ojo bueno, la soltó y se alejó de ella—. Perdona.

Kiska recuperó el aliento y se estiró la camisa y el chaleco. La habitación no era más que un rincón. Un agujero que habían pasado por alto durante la construcción de la fortaleza, demasiado bajo para que ella pudiera erguirse, aunque lo bastante alto para el portero jorobado.

—Por los ancestrales, niña. Creí que tenías más sentido común, cómo se te ocurre venir aquí esta noche. —El portero le dio un empujón, cerró la puerta y corrió el cerrojo de golpe.

—¿Qué está pasando arriba?

Lubben se dejó caer en un sillón junto a un brasero de carbones encendidos. Le dio un trago a una bota de cuero y se limpió la boca en la manga de su manchado jubón de cuero.

—Ni lo sé, ni me importa.

Kiska se quedó cerca de la puerta, temblaba bajo el aire húmedo.

—Pero alguna idea debes de tener.

Lubben se echó a reír y después lanzó una tos seca.

—Muchacha, pues claro que tengo ideas. De sobra. Pero aquí se quedan. —Se dio unos golpecitos en la sien con un dedo romo.

—Bueno, pues yo voy a averiguarlo.

Con la cabeza ladeada, el portero la miró como si calculara su grado de locura. Después señaló la puerta.

—Tú misma.

Kiska dudó.

—¿Quieres decir que te vas a quedar ahí sentado sin más?

—Desde luego que sí. —Sonrió y le dio otro trago a la bota—. Escucha. Ahí arriba hay una guerra, sin prisioneros. ¿Lo entiendes? Esto no es un evento social normal.

—Muy bien. Iré yo sola.

Lubben frunció el ceño, metió un tapón de madera en la bota y la dejó en el suelo. Se aclaró la garganta y escupió en una esquina.

—Podrías quedarte aquí a pasar la noche, ¿lo sabes? Hasta ahora no ha habido peligro.

Kiska cambió de postura para calentarse las manos en el brasero y sacudió la cabeza.

—No. Gracias. Tengo que investigar esto. Hay... —Se detuvo en seco y optó por no revelar nombres ni lo que estaba allí en juego—. Es importante. Tengo que averiguar lo que está pasando.

Una risita profunda sacudió a Lubben.

—Estoy pensando que eso es lo que le gustaría descubrir a todo el mundo.

Kiska tuvo la sensación que Lubben sabía más de lo que revelaba. Había sido el portero de la fortaleza de Mock desde que ella recordaba. Cuando era niña, ella y sus amigos se habían reunido con frecuencia ante la verja abierta y se habían desafiado unos a otros, a ver quién se atrevía a meterse con el Joroba, con su paso de cangrejo y el gran aro de llaves que le tintineaba en el costado. Al recordarlo, Kiska sintió que la cara le ardía con una vergüenza repentina. Y pensar que había estado a punto de llamarlo cobarde por ocultarse en su celda. ¿Quién era ella para juzgar a nadie? Suspiró.

—De acuerdo. Entonces, me voy. —Lubben asintió y se quedó mirando los carbones plomizos como si contemplara sus propios y dolorosos recuerdos. A Kiska se le ocurrió algo de repente y se volvió al llegar a la puerta—. ¿Puedes prestarme un arma?

El jorobado gruñó, sacó una daga del cinturón ancho que llevaba en la cintura y se la ofreció. La chica la cogió, era una de las hojas más viles que había visto en un cuchillo, curva como una guadaña de mano.

—Gracias.

El hombre volvió a gruñir, había desviado la mirada. Kiska descorrió el cerrojo.

—Muchacha...

Ella se volvió.

—¿Sí?

—Mantén la espalda pegada a la pared, ¿me oyes?

—Sí, lo haré. —Kiska se deslizó por la puerta y después la cerró a su espalda.

La muralla exterior estaba vacía, sin guardias. Junto a la puerta fortificada que llevaba al torreón principal, Kiska encontró otros cuatro mercenarios muertos. Entre ellos estaba uno de los veteranos selectos del comandante de las cicatrices. No había heridas visibles, era como si se hubieran caído redondos y se hubieran muerto. Sintió un cosquilleo en la espalda ante la posibilidad de que hubiera sido una trampa tendida para proteger una senda. En ese caso, rezó para que ya estuviera agotada. No sabía muy bien cuántos hombres habían escapado al ataque del mastín, unos quince o veinte. Un cálculo aproximado le indicó que quedaban diez hombres, incluyendo al comandante y la mujer que le parecía que era una maga militar.

En el salón de recepciones la luz era tenue. Las velas se habían consumido y solo iluminaban las lámparas de aceite, ardiendo sin mucha luz por algunos rincones de las paredes. Unas sombras profundas se tragaban buena parte de la cámara, brechas tan oscuras que alguien podía ocultarse allí y ella nunca lo sabría. Una escalera de caracol de piedra, que abrazaba la pared, partía de su derecha. El alto oficial y sus garras habían ocupado los pisos superiores de la torre.

Con la advertencia de Lubben en mente, Kiska se deslizó por una de las paredes. En la oscuridad, empujó con el pie algo que estaba en la base de las escaleras. Se agachó. Uno de los dos guardias restantes de Artan, muerto, con una jabalina de lanzamiento clavada en la garganta. ¡Por el aliento del Embozado! A ese ritmo no iba a quedar nadie vivo. ¿Y quién los estaba matando a todos? Hasta el momento, los asesinatos apestaban a obra de la Garra.

En el rellano del segundo piso, una única lámpara de aceite arrojaba un fulgor débil sobre una escena que superaba sus peores pesadillas. Los muertos yacían amontonados; la mayor parte, miembros de la banda de mercenarios. Los tapices

carbonizados y los muebles chamuscados arrojaban jirones de humo al aire. Kiska sintió náuseas al percibir el olor dulzón de la carne quemada. Destripada y ennegrecida, la cabeza y la parte superior del torso de una garra colgaban de las tablas destrozadas de una puerta. Otra garra yacía espatarrada entre la pila más atestada de muertos, prácticamente cortada en pedazos. Parecía que otra de esas bombas alquímicas (municiones moranthianas) había estallado en aquel recinto cerrado.

Kiska se tapó la nariz y la boca con un trozo del manto para evitar lo peor del hedor y pasó por encima de los cuerpos para cruzar el rellano. Un pasillo llevaba a un segundo tramo de escaleras. Otro veterano se encontraba tirado en el suelo, en medio de un charco de sangre y con la garganta cortada. A juzgar por el número de cadáveres, parecía que al comandante no le podían quedar más que unos cuantos supervivientes como mucho. La mujer no parecía estar entre los cuerpos, ni tampoco Artan o Hattar.

La sangre chorreaba por los escalones gastados y se pegaba a sus zapatillas cuando siguió la curva del muro interior. Kiska se detuvo justo antes de llegar arriba, detrás del cuerpo de un hombre que se había alejado arrastrándose de la carnicería del piso inferior. Reconoció la armadura de rombos, era el sargento que la había capturado en Picos Musgosos.

Pasó por encima de él y se agachó, con la cabeza a la altura del rellano de arriba. Se detuvo a escuchar. Silencio. Profundo y absoluto silencio. Eso hizo que la espalda le picase. ¿Estaba muerto todo el mundo?

Bajo ella sonó un susurro y una tela resbalando. Kiska miró y se le erizó el vello de la nuca. El mercenario no estaba muerto. Mientras ella miraba, una mano se levantó y le cogió el tobillo. Kiska estuvo a punto de lanzar un chillido. La mano tiró y ella cayó sobre él y se dio un golpe en la cabeza contra las escaleras. Vio las estrellas y un dolor desgarrador la dejó medio ciega. El brazo del mercenario se levantó, Kiska bloqueó el débil golpe aunque, debido al esfuerzo, resbaló por las escaleras de espaldas.

La mano que le apresaba el tobillo se debilitó y Kiska se liberó el pie de un tirón. El mercenario yacía tirado de espaldas. La mitad de la carne de la cara se había quemado. La miró, furioso.

—Tú otra vez —dijo con una risita. Por extraño que fuera, solo parecía cansado.

Kiska estalló.

—Por los pozos de K'rul, ¿se puede saber qué estáis intentando hacer?

Eso animó al mercenario, que hizo una mueca; de sus labios partidos brotó espuma.

—¿Qué estamos intentando hacer? ¡Recuperar la antigua gloria! ¡Devolver a Malaz a su verdadero camino! Tú no sabes nada de cómo era. Él vino a nosotros.

¡Nos lo prometió!

El hombre tosió y escupió sangre, su único ojo se desenfocó y luego volvió a concentrarse en ella. A Kiska no le hacía falta preguntarle quién era ese «él».

—¿Y qué pasó? —susurró.

—Una maldita bronca, eso fue lo que pasó. Garras que salían hasta de debajo de las piedras, como las cucarachas. No sé cuántas quedan. Demasiadas, apostaría yo. Ésa vino preparada para lo que fuera.

—¿Ésa? ¿Quién es ésa? Dímelo.

Kiska lo sacudió, pero el ojo del hombre se cerró y la cabeza volvió a posarse en las escaleras. Un susurro escapó con su último aliento: «Torva».

Bueno. Ahí estaba. Claro que podía equivocarse. Podría haberse confundido. Era la posible confirmación de lo que Kiska había sospechado pero no se había atrevido a creer. Y una vez que lo supo, o sospechaba que lo sabía, el miedo sustituyó a la curiosidad. Agayla, Artan, incluso Lubben, tenían todos razón: aquel no era asunto suyo. Aquello era entre lo que todo el mundo al servicio del Imperio llamaba la «vieja guardia». A ella (y a todos los demás) los matarían como testigos no deseados de viejos rencores.

Kiska volvió a bajar, encogida, por las escaleras. Al final, se ocultó de un salto en la sombra y vio que subía alguien por el pasillo. El humo todavía impregnaba el aire y las lámparas no arrojaban mucha luz, pero incluso al mediodía de un día despejado la figura le habría provocado escalofríos de pavor por la columna. Parecía una forma entrecana y muy vieja salida del pasado legendario, arrancada de su tumba por la Luna Sombría.

Con dos espadas largas y curvas en la mano, agachada, la aparición atravesó con pasos pesados los restos. Con una armadura arcaica que podría haber usado décadas antes la Guardia de Hierro o la Legión del León de Heng, le cubría la cabeza un yelmo abollado con visera y cola de langosta. Cosa que Kiska agradeció, porque nadie podría haber sobrevivido a las feroces heridas que traicionaba la destrozada armadura. Las escamas de acero se habían soltado y colgaban del cuero desgarrado y del relleno. Los aros de hierro tintineaban sobre el suelo de piedra cuando avanzaba con paso laborioso. Seguro que aquel era uno de los horrores que se insinuaban en las leyendas de la Luna Sombría. Un demonio, o un tirano jaghut inhumano arrancado de su descanso y ansiando ajustar las cuentas de antiguas afrentas.

Kiska no podía moverse, no había forma de pasar junto a él y tampoco podía subir. Mientras observaba el progreso implacable de la figura, vio parpadear una sombra por el rabillo del ojo. Algo cayó de las capas de la armadura de la figura. Ésta gruñó y se volvió con torpeza de lado en el pasillo, como una torre de asedio maltratada, un arma por delante, la otra hacia atrás.

Dos formas surgieron de entre las sombras por delante y por detrás de la figura.

Garras. Unas hojas finas como agujas brillaban en sus manos. La figura miró detrás de él, después volvió a concentrarse en lo que tenía delante.

Kiska observó, horrorizada: fuera lo que fuera, aquella figura cambiaba de posición para seguir avanzando. Su lenguaje corporal gritaba que iba a arremeter, era la forma de colocar los pies y el equilibrio, y la garra que tenía delante cedió medio paso. De forma increíble, en ese preciso instante, el gigante blindado giró en redondo y después echó a correr en dirección contraria tan rápido como un corredor desnudo. La garra de atrás detuvo una oleada de golpes. La figura continuó presionando y le dio un golpe en la cabeza a la garra con su yelmo de acero. Aturdida, la garra se tambaleó y retrocedió y luego, cuando cayó, la figura le lanzó un tajo que le abrió la tripa.

Una hoja lanzada chocó contra la espalda blindada y se encajó en ella. El guerrero se dio la vuelta con un gruñido. La otra garra y él quedaron cara a cara, ecuánimes. Como un jabalí preparándose para cargar, el guerrero hizo rodar los hombros y señaló con un guantelete mutilado a la garra.

—Ésta vez te arrancaré la cabeza, Zarigüeya.

Kiska sintió un escalofrío desde el pelo a la punta de los pies. Era obvio que no había forma de detener a aquel diablo invocado por Sombra. Ningún soldado normal iba por ahí despachando garras o jurando destruirlos. Quizá era un guerrero de las aterradoras legiones t'lan imass del emperador. Se decía que vestían harapos de sus antiguas armaduras y que eran irresistibles como un tifón.

La garra se echó a reír.

—Entonces ven. Te espero arriba. —Dio un paso atrás, se metió en la oscuridad y desapareció.

Sola, la figura bufó, indignada. Se frotó la espalda contra un muro como un bhederin rascándose. El cuchillo tintineó al caer sobre las piedras. Tras eso, el guerrero hizo rodar los hombros una vez más y entrechocó las espadas como si se preparara para matar a todos los que se encontrara en su camino.

Kiska subió disparada por las escaleras y dejó atrás al mercenario muerto.

Arriba del todo se estiraba otro pasillo como el de abajo. Ése, sin embargo, no mostraba rastro alguno de conflicto. Kiska sabía que albergaba las habitaciones de los oficiales de más rango, el tribunal militar que presidía el subpuño Pell, y un comedor privado. El mobiliario era austero, como correspondía a una guarnición militar: lámparas de pared de arcilla, unos cuantos pendones colgados y estandartes apolillados. Unas mesas estrechas de pasillo sostenían urnas funerarias, velas consumidas y estatuas de piedra en miniatura de soldados, cuya visión le recordó a Kiska al guerrero demoníaco que había dejado atrás. La puerta más alejada se encontraba medio abierta. La empujó para abrirla del todo y se deslizó en la oscuridad.

Aunque jamás había visitado el recinto, Kiska sabía que aquello era el comedor privado en el que el subpuño Pell entretenía a los capitanes de barco y a otros oficiales que estaban de visita, y donde, mucho tiempo atrás, los almirantes piratas bebían con los rehenes importantes que sacaban a rastras de las mazmorras del sótano.

Kiska ingresó de espaldas y muy despacio en la habitación. Surgieron ante ella los perfiles vagos de unas sillas de respaldo alto que flanqueaban las paredes. La joven respiró hondo varias veces para intentar ralentizar los latidos de su corazón. Era obvio que aquella era la habitación más grande de ese piso, pero se sentía agobiada, como si no estuviese sola. Dejó de moverse, lista para girar al menor ruido. Presintió algo detrás, se dio la vuelta y se topó con la cara plana y crispada por la furia de Hattar. El hombre le hizo una advertencia con un dedo levantado para que guardase silencio, después la mandó con un gesto a la parte posterior de la habitación. Al retroceder, Kiska se tropezó con alguien que la sujetó para que no cayera. Era Artan.

Se volvió hacia él y empezó a hablar, pero este le puso un dedo enguantado en los labios. Kiska cerró la boca de golpe y asintió.

Artan le acercó la boca al oído.

—No deberías haber venido —susurró.

—Algo se aproxima. Un demonio con una armadura como la de un t'lan imass. Imparable. Ha derrotado a dos garras. —Los ojos femeninos se habían acostumbrado a la oscuridad y vio que las cejas de Artan se alzaban con expresión incrédula, o sorprendida. También captó signos con las manos que volaban entre Artan y Hattar. Eso la sorprendió; un rato antes la visión nocturna de Hattar le había parecido más bien pobre. Debía de haber mejorado desde entonces. Gracias a una senda, quizá. Con dos cuchillos largos a mano, el hombre de las llanuras se colocó justo detrás de la puerta. Artan la metió todavía más en la larga habitación y la llevó a una esquina desde donde, a través de la puerta abierta, podían ver una sección del pasillo iluminado por las lámparas y la base de los escalones que llevaban al último piso, ocupado por la oficial de alto rango, Torva.

Oyeron al demonio de la armadura mucho antes de verlo: pasos lentos y pesados, las hojuelas rasgadas y las correas tintineaban en las paredes.

Cuando se cernió sobre la puerta, Artan se quedó sin aliento. Kiska se preguntó si era porque lo había reconocido, de miedo, o de ambas cosas.

—Tenías razón —murmuró Artan, su voz era un mero susurro—, un fantasma salido del pasado, sin lugar a dudas...

La forma llenó el pasillo como una estatua animada y después se giró hacia las escaleras. Hizo rodar la cabeza dentro del gran yelmo y lanzó una estocada por el aire en la base de las estrechas escaleras curvas. Después, las espadas entrecocaron para ponerse en posición de guardia y la figura se encogió de repente.

Alguien bajó las escaleras y apareció ante ellos. Una figura delgada con un manto de color gris hierro. ¡Un adepto! Kiska le lanzó a Artan una mirada inquisitiva, pero este había abierto mucho los ojos, asombrado. La chica se volvió de nuevo para mirar la puerta.

Los dos parecían estar negociando. Era obvio que se conocían y que no se soportaban. La voz del adepto era un murmullo suave, la del guerrero un rumor ronco, las dos resonaban en la quietud del pasillo hasta que, al final, parecieron llegar a algún tipo de acuerdo. El adepto agitó una mano con gesto perezoso y apareció una tercera forma echada en el suelo del pasillo. El ser de la armadura no apartó la mirada del adepto, pero le dio un leve golpe a la figura con el pie. La recién llegada respondió medio mareada. Era la mujer morena, la maga mercenaria, con su camisa de seda negra y el chaleco de brocados. Tras unos cuantos intercambios más, la figura de la armadura envainó sus armas y se echó la mujer al hombro. Después se retiró pasillo abajo y se perdió de vista.

¿Para qué llevarse a la mujer?, se preguntó Kiska. ¿Algún tipo de sacrificio? Exhaló una bocanada de aire. Se había acabado. El antiquísimo aparecido se había ido. Artan, sin embargo, le dio un doloroso pellizco en el brazo. Kiska levantó la cabeza.

Con los ojos clavados en la puerta, Artan le dijo sin ruido: «Quédate quieta».

Kiska miró. Quienquiera que fuera el adepto, se había vuelto y los miraba fijamente a través de la estrecha abertura de la puerta. Sin embargo, de pie a la luz de las lámparas, debería haber sido imposible que los viera ocultos en la oscuridad. A su lado, Artan se mantenía tan tenso como un arco a punto de disparar. Después tragó saliva.

—Por el Gusano del Otoño. Es él —dijo en voz alta y sin aliento.

Al entrar por la puerta principal de la fortaleza, Temple había sacado las dos espadas largas curvas en cuanto había visto los cuatro cadáveres. Los reconoció como miembros del pelotón de chusma de Ceniza y observó que no había ningún abrasapuentes entre ellos. Era obvio que Ceniza mantenía a los mejores más a mano. Temple esperó con fervor que Corinn se encontrara entre esos mejores.

Se detuvo un momento en la puerta del alojamiento de Lubben; quería ver si el jorobado seguía vivo, pero cambió de opinión. Si estaba vivo, cabía la posibilidad de que Lubben reconociera su yelmo. No había forma de saberlo, el viejo borracho era muy astuto a su manera, el muy puñetero. Así que Temple pasó junto a la puerta y salió a la muralla exterior vacía. Pensó que podía comprobar los barracones, pero el miedo a lo que podría descubrir lo alejó de allí. A lo largo de su historia, las garras habían perpetrado atrocidades peores que la masacre de una pequeña guarnición. Después de cruzar la muralla a la carrera, abrió la puerta del torreón de golpe con la

punta de una espada. Más carne de cañón muerta. Las garras, y quizá incluso Ceniza, estaban mermando sus existencias de prescindibles. Ya se imaginaba a Ceniza razonando así, si los Mellizos los miraban con buenos ojos, quién sabía, los chicos podrían tener suerte y matar a una garra o dos. Hizo una pausa, se apretó la correa del yelmo, se ajustó las puntas desgastadas de los guanteletes y sacudió los hombros. Había llegado la hora de la verdad. Arriba estaba la «oficial de alto rango», su escolta de garras, quizá algún amigo y era posible que dos espectros de su pasado que todavía tenían que responder por una traición que no habían hecho nada por evitar. Se concentró y vació su mente de todo salvo del objetivo de la cima de la torre.

Diez latidos más tarde, su vieja serenidad de guerrero lo envolvió como un manto protector y familiar. Se sentía bien. Le dolía todo el maldito cuerpo, pero se sentía fuerte. Empezó a bajar por el pasillo de la entrada con las piernas dobladas y las armas listas. No tuvo que andar mucho. En la cámara principal de recepción notó un hormiguelo de advertencia y se arrojó contra la pared. Algo alteró el aire solo para desaparecer, tragado por las sombras. Temple empezó a deslizarse por un corredor que llevaba a las escaleras.

Una forma surgió rielando en el centro de la cámara. Una garra, una mujer, con el pecho destrozado por heridas salvajes y la sangre empapándole los pantalones. La mujer se encontraba delante de él, con las manos vacías y los ojos fijos y vidriosos.

Bajo la curva delantera del barbote, Temple frunció el ceño. Mientras iba bordeando el muro se preguntó si la mujer lo había visto siquiera. Cuando solo los separaban unos cuantos pasos, la garra empezó a agitar las manos por delante. Las llamas de las lejanas lámparas se fueron consumiendo y un viento frío rozó la cara de Temple; un charco de noche impenetrable fue creciendo ante la mujer. Horrorizado, el veterano reconoció la invocación de la senda Imperial. En cualquier momento podía salir de allí cualquier cosa: garras, un ejército o un demonio. Temple se lanzó al suelo y rebanó los pies de la garra. La mujer se derrumbó y el portal se cerró de golpe. Temple rodó, se irguió y lanzó una estocada hacia abajo. Las dos hojas desgarraron todavía más el pecho ensangrentado de la garra. En silencio todavía, la mujer intentó en vano apartar a manotazos las espadas de Temple; estaba cada vez más débil, hasta que lanzó un suspiro y los brazos cayeron al suelo.

Con el corazón disparado, Temple se puso en pie. ¡Dioses! Aunque estaba medio muerta, aquella garra casi había acabado con él. El veterano fue girando para cubrir toda la cámara. ¿Por qué no un uso más activo de las sendas? Se le ocurrió que quizá esa noche, durante la Luna Sombría, recurrir a las sombras podría ser el mayor riesgo de todos. Presintió que estaba solo, se limpió las hojas en el cuerpo y continuó.

Trasmitido por un humo tenue, un hedor conocido flotaba escaleras abajo. Trasladó a Temple de vuelta al sinfín de campos de batalla que había recorrido. Daba igual

dónde se librara la guerra, en el bosque o en el desierto, el olor a muerte siempre era igual. Cuando salió al rellano, tuvo la sensación de que había vuelto a casa. Como si nadie hubiera hecho pedazos la hermandad. Como si todavía librara una campaña con los miembros de la Espada. Casi sintió su presencia a su espalda, como una mano firme que lo empujara.

Dos garras más yacían muertas entre lo que parecía la mayor parte de lo que restaba de la compañía de Ceniza. Debía de haber sido una lucha con cuchillos muy desagradable, que había terminado cuando uno de los abrasapuentes veteranos había hecho estallar un fullero antipersona alquímico o una conmoción explosiva justo en la cara de todos. Ésos chicos siempre jugaban duro. No vio a Corinn ni a Ceniza entre los cuerpos.

Pasillo arriba, algo más allá de los restos, Temple creyó ver movimiento en las escaleras que tenía delante, pero podría haber sido el parpadeo de la llama de la lámpara de aceite. Hizo una pausa y flexionó los músculos, listo para la acción: las garras se habían disputado ya ese trozo de pasillo, así que quizá hubieran...

Un arma arrojada golpeó y rebotó en su espalda. Temple se puso de lado y adoptó una pose defensiva, en guardia: una espada en alto por delante y la otra baja por detrás. ¿Cuántos podían quedar de aquellos malditos asesinos? Una célula normal de las garras constaba de cinco miembros. Lo que dejaba dos. Pero si era un puño la oficial que había arriba, o alguien de rango incluso superior, no habría viajado con menos de dos células a su disposición.

Apareció una garra ante él y Temple supo por instinto que le había salido otra por detrás. Pero giró la cabeza de todos modos para confirmarlo, porque no quería que sospecharan que él estaba enterado de sus tácticas.

El de delante se acercó unos cuantos pasos con dos dagas de parada en las manos. Había algo extrañamente conocido en su forma de andar y en su actitud, pero Temple optó por hacer caso omiso de momento mientras se planteaba sus opciones. Tras haber superado las consecuencias de una de esas largas peleas al viejo estilo, se sentía inspirado. Seguro que esos dos esperaban que se abalanzara por el centro, como si fuera idiota, así que les complacería. Les dio lo que querían y luego retrocedió y cargó de lleno. El asesino de atrás dudó, desconcertado por un instante. Temple lo pilló por sorpresa, le propinó un cabezazo, le hizo un corte profundo por el medio y empezó a darse la vuelta con el mismo movimiento, pero no fue lo bastante rápido. Le arrojaron una daga que se le clavó en el costado, por abajo.

La herida lo hizo tambalearse, pero Temple no se dejó amilanar. Debía de estar enfrentándose a un comandante de las garras, eran muy pocos los puñeteros que podían clavar un arma a través de un pulgar entero de tiras de hueso y cuero hervido.

¡Un comandante, y además le resultaba conocido! Había oído que el muy cabrón de los ojos pequeños todavía vivía. Temple hizo rodar los hombros, en parte para

intentar desalojar el cuchillo y en parte para pensar en su próximo movimiento. Necesitaba tiempo, así que, por la suerte de los Mellizos, bien podía intentarlo. Señaló a la garra.

—Ésta vez te arrancaré la cabeza, Zarigüeya.

La garra se echó a reír, al parecer el reconocimiento era mutuo.

—Entonces ven. Te espero arriba.

Vaya, por los dioses del inframundo. Había acertado.

Zarigüeya dio un paso atrás, como si fuera a apoyar la espalda en una pared, se deslizó en la oscuridad y desapareció.

Temple se quedó muy quieto. ¿Había sido una simple distracción? ¿Iría a por él a través de otra sombra, como ese puñetero mastín? Dejó escapar un siseo entre dientes. No tenía sentido preocuparse. Lo que tuviera que ser, sería. Cojeó hasta una pared para intentar sacarse el maldito cuchillo. Por suerte, la armadura había absorbido buena parte de la estocada. En una juntura de las piedras de la pared, sintió que la empuñadura se encajaba. Se deslizó de lado y contuvo un grito cuando el arma se soltó.

¡Coño, cómo dolía!

Creyó oír pasos en las escaleras y se preguntó si el numerito de la desaparición había sido solo para impresionar y Zarigüeya todavía empezaba a correr escaleras arriba. Eso tendría gracia: Zarigüeya escabulléndose como una rata. Temple lanzó una risita y aspiró una bocanada de aire, el sudor le goteaba por la punta de la nariz. Hizo entrechocar las espadas para que el muy malnacido corriera todavía más.

Recuperó el aliento y se irguió, cruzó el pasillo y subió por las escaleras sin dejar un momento de sondear cada espacio con una espada. Vaciló en el rellano. Hasta el momento había esperado poder evitar tener que subir hasta arriba. Creía que a esas alturas ya se habría encontrado con Corinn, viva o muerta. ¿Ceniza y su compañía habían llegado hasta los pisos superiores? Tenía que admitir que no le parecía muy probable. ¿Estaban escondidos en una habitación lateral? Supuso que no. Ceniza le había parecido un fanático, alguien al que no le preocuparía en absoluto todo lo que tuviera en contra.

No le hacía mucha gracia, pero Temple decidió continuar adelante. Con cautela, por si había trampas conectadas a sendas, rebanó el aire en la siguiente escalera. Las sombras rielaron sobre los escalones como olas de calor. Temple retrocedió con las espadas levantadas. Le rogó a Fener que no fuera otro mastín.

Surgió entonces una forma, la de una figura delgada, hombre o mujer, con una túnica con capucha como las de los adeptos de Sombra de la ciudad, solo que de un material más refinado que parecía rielar. La figura bajó las escaleras con gesto perezoso y con esos escasos movimientos, Temple reconoció a la persona a la que se enfrentaba. Se habían encontrado muy pocas veces, pero Temple supo quién era sin

lugar a dudas, por la actitud cansada, casi aburrida, el porte de absoluta arrogancia. Era Danzante, el compañero de conspiración de Kellanved, su guardaespaldas y el mejor asesino de todo el Imperio.

Aquello podía ser el fin para él. Danzante no tenía rival. Aquél tipo era un artista del asesinato. De hecho, era tan sutil que muchos habían olvidado que Kellanved tenía un compañero. El peor tipo de asesino, aquel cuya presencia nadie percibe. Y se suponía que aquel cabrón escurridizo también estaba muerto.

Temple decidió salir de aquella ignorancia.

—¿Vamos a librar un asalto?

Danzante le dedicó un gesto despreocupado que descartaba por completo a Temple, como si no mereciera tomarse la molestia y quisiera recordarle que él tenía asuntos mucho más importantes de los que preocuparse.

—Tú no estarías de acuerdo, Temple —dijo con aquella voz queda y condescendiente—, pero estamos en el mismo bando.

Temple prefirió no burlarse. No quería enseñar sus cartas tan pronto. Danzante era como una víbora que podía colarse por la abertura más ínfima. No dijo nada, esperó y observó.

—Hemos dedicado mucho cuidado y energía a organizar el drama de esta noche. Se asiste solo por invitación y el portero soy yo.

Temple se humedeció los labios, pensaba en Corinn.

—Antes que yo subió una mujer, antigua maga militar. ¿Dónde está?

—La tengo yo.

—¿Tú?

—Sí. A ella y a Ceniza. Resulta que ellos continuaron siendo leales y vinieron a servir.

—Dámela y me iré.

La risa de Danzante susurraba como la arena al caer.

—¿Por qué habría de hacerlo? Te irás de todos modos, Temple. No tienes alternativa.

Temple se encorvó y cogió las armas con fuerzas renovadas.

—Entrégala, Danzante.

—No seas tonto.

¡Maldito fuera aquel hombre por amañar las cartas! Decidió intentar negociar.

—No soy yo el que hace el tonto aquí, Danzante. No me estás dejando alternativa, y eso no es muy inteligente. Todo el mundo tiene su orgullo. No puedo darme la vuelta ahora, sin más.

—Pero, verás —susurró Danzante—, el caso es que hay una alternativa.

Temple gimió para sí. Danzante se había limitado a demostrar la fuerza de su posición. Corinn no significaba nada para él y quería algo a cambio.

—¿Y es? —rezongó Temple entre dientes.

—Un último combate, Temple. Un último servicio del último fragmento de la fraternidad de la Espada hecha pedazos.

¿*El último*? Algo se clavó en el pecho de Temple. ¿De verdad era el definitivo? Empezaba a costarle respirar. Entonces Virola... hasta Dassem... ¿muertos?

—¿Qué servicio? —murmuró, apenas fue consciente de haber bajado las armas.

—Yo renuncio a la mujer. Tú regresas con Pralt, que está al mando de mis sirvientes en la ciudad. Tengo entendido que ya os conocéis los dos, eso debería facilitar las cosas. Una vez allí, haces lo que te mande. ¿Comprendido?

Temple asintió. Quizá Danzante mintiera, pero ¿por qué iba a molestarse? Quizá, que él supiera, Temple era el último.

—¿Y para hacer qué? —preguntó Temple con tono áspero, de repente había recordado dónde estaba y con quién estaba negociando.

—Nada desagradable. Una batalla, Temple. Lo que mejor se te da.

—Muy bien. ¿Dónde está? —gruñó el veterano.

Danzante señaló el suelo con la mano.

—Aquí mismo.

Corinn apareció entre las sombras, a sus pies, como si hubieran levantado una manta de noche. Temple estiró un pie protegido por la armadura y le dio un golpecito. En ningún momento le quitó ojo a Danzante. Corinn gimió y se removió, bastante atontada.

Irritado consigo mismo y con su posición, Temple lanzó un gruñido, envainó de golpe sus armas y se echó a Corinn al hombro. Después se enfrentó a Danzante.

—¿Vosotros dos pretendéis ocupar el trono?

La cabeza encapuchada se ladeó un poco. Temple imaginó una sonrisa burlona.

—No estamos aquí por diversión, eso ya lo sabes. Pero ni siquiera desde el comienzo quisimos una entidad tan rígida. Un reino, un imperio. Ésos son solo símbolos. Kellanved y yo vemos mucho más allá. Siempre hemos pretendido cosas más grandes. —Danzante lo mandó marchar con un gesto—. Vete. Hay una batallita muy desagradable cociéndose en la ciudad. Creo que la encontrarás divertida.

Temple se alejó poco a poco, quería preguntar por esa batalla, pero decidió que temía más las respuestas. Danzante subió de espaldas las escaleras, se disolvió en jirones de sombra y desapareció.

La piel de Corinn estaba fría al tacto. Temple se la colocó bien sobre el hombro y echó a andar por el pasillo. Lo que Danzante había dicho coincidía más o menos con las conclusiones que había sacado él sobre el emperador y su secuaz. Para él, la mayor parte de las personas, como Torva, veían el control (ya fuera político o personal) como la más alta ambición. Pero los hombres como Kellanved y Danzante iban detrás del poder con mayúsculas, esa cualidad inefable. Dirigir un reino o un

imperio solo era una expresión de ese poder. Eso ya lo habían hecho y querían más. ¿Qué había dicho el adepto, Pralt? ¿Que había en perspectiva el control de una senda? ¡Eso sí que era un premio!

Temple hizo una pausa al salir a la muralla exterior, iluminada por la luna. Posó una mano en la mejilla de Corinn. La piel parecía arcilla húmeda. ¿Qué hora era ya? Examinó el cielo, la luna no tardaría en hundirse tras los muros. Es decir, si las leyes del movimiento celestial todavía se sostenían. ¿Podría estar a punto de dar la sexta campanada? Por supuesto que iba a cumplir con su palabra, no tenía opción. Si la isla pertenecía a los adeptos por esa noche y estos pertenecían a Danzante, no habría sitio seguro para él. Y tenía que admitir que sentía curiosidad. Era una pena no poder asistir como simple espectador. Se colocó bien a Corinn sobre el hombro. Tenía que llevarla rápido a algún sitio seguro y el más cercano era un sitio que él preferiría no visitar. Pero, al parecer, no le quedaba alternativa.

Temple se detuvo en el túnel de la verja principal y le dio una patada a la puerta de Lubben.

—¡Abre!

—¡Largo! —soltó una voz, igual de impaciente.

—¡Abre, Lubben, viejo lascivo cegado por la sífilis!

—¿Eh? ¿Qué dices? —Unos pasos desiguales taconearon hasta la puerta—. Yo conozco esa voz. ¿Quién se atreve a hablar de lascivia cuando es tan viejo que ya ni recuerda lo que es eso?

—¡Viejo! —Temple agachó la cabeza, se asomó al túnel y después se inclinó hacia la puerta—. Abre, bicho raro, jorobado. No hay tiempo de avergonzarse.

—¡Avergonzarme! —La puerta se abrió de golpe. Lubben lo miraba furioso, con los ojos llorosos y una bota de vino en la mano. Parpadeó, se quedó mirando el yelmo de Temple, después parpadeó otra vez para mirar su carga y se apartó de espaldas del umbral. Temple entró con un empujón, encorvado bajo el techo bajo, y dejó caer a Corinn en el colchón de paja. Los vapores de vino giraban en la habitación cerrada, tan densos como en el Colgado una noche ajetreada.

Lubben se tambaleó por el estrecho espacio y se rascó el rastrojo de la barbilla.

—¿Y esta quién es?

—Es una veterana, antigua maga militar. —Temple se quitó el yelmo y apretó el hombro de Lubben—. Así que mantén las manos quietas.

Lubben resopló y se dejó caer en su silla. Después miró a Temple con expresión suspicaz.

—¿En qué te estás metiendo ahora?

—En nada.

—A mí no vengas con bobadas. —El viejo señaló con un dedo doblado el yelmo

que llevaba Temple bajo el brazo—. Llevas mucho tiempo sin dejarte ver, amigo mío. Como asomes la cabeza ahora, te la van a cortar.

Temple respondió con un encogimiento de hombros fatalista antes de hablar.

—Eres el segundo que me dice eso esta noche.

Lubben sacudió la cabeza con tristeza y agitó la bota, el vino chapoteó en el interior.

—Bueno, pues vete ya. Eres un idiota lamentable. Escucha. —El viejo levantó la cabeza con el ojo inyectado en sangre y casi cerrado—. Creí que teníamos un acuerdo. Tú y yo. Íbamos a aguantar lo suficiente para mearnos en las tumbas de todos. —Agitó la bota de vino hacia el techo.

Temple se echó a reír.

—Y todavía tengo intención de hacerlo.

Lubben lanzó un bufido de desprecio y sacudió la cabeza.

—Te están utilizando otra vez. —Señaló a Temple con la bota—. Como te utilizaron antes. A ellos les da igual si vives o mueres, así que ¿por qué te iba a importar a ti un pimiento? —Se terminó la bota de vino y la tiró, vacía, en una esquina.

Temple no tenía nada que decir a eso. Lo sabía. Echó una manta sucia de lana sobre Corinn.

—Que se quede aquí, Lubben. Hasta el amanecer.

Lubben asintió con gesto áspero y Temple se volvió hacia la puerta.

—Hasta luego.

—¿Dices que es una maga del cuadro? —Temple se giró de nuevo. Lubben estaba sentado, se rascaba la barbilla y miraba a Corinn.

—Sí.

—¿Qué unidad?

—Abrasapuentes.

Lubben arqueó la ceja entrecana sobre el ojo bueno.

—Vaya, que me aspen.

Temple vaciló, se preguntaba qué insinuaba aquel viejo jorobado deshecho, después le quitó importancia con un encogimiento de hombros.

—Exacto. Así que ándate con cuidado.

Lubben se echó hacia atrás entre crujidos en la silla y respondió con una sonrisa maliciosa.

—Oh, sí. Eso pienso hacer.

Temple señaló a Lubben con un último gesto de advertencia y después se agachó para salir por la puerta baja.

TRAMPAS Y DESTINOS



Sin apartarse de Kiska, Artan le hizo señales en la oscuridad a Hattar, que era obvio que no podía creer lo que le estaban diciendo. Artan se lo repitió por señas, insistente. Furioso, Hattar envainó sus armas de golpe y se alejó de la puerta.

Una carcajada suave resonó por toda la habitación, susurraba desde cada sombra. Kiska sintió un cosquilleo conocido en el cuello y reconoció la sensación por lo que debía de ser: alguien estaba accediendo a una senda. Había sentido lo mismo varias veces con Agayla, cuando su tía se sentaba con las piernas encogidas para leer la baraja de Dragones. Ésa vez, sin embargo, la sensación era mucho más intensa: todo lo trastornaba como un ente de una inteligencia sobrenatural.

A su lado, Artan respiró hondo y cambió de postura; era obvio que se estaba preparando para un enfrentamiento que no esperaba ni quería.

—Una sabia decisión, Tay —murmuró una voz que era una como una tela magnífica rozándose contra sí misma.

Kiska contuvo un gemido agudo porque la voz parecía susurrar desde cada sombra, incluso por encima de su hombro, aunque estaba tocando con la espalda el frío muro de piedra.

De pie en el pasillo abierto, el adepto se echó hacia atrás la capucha. El rostro y la cabeza eran anodinos: cabello corto, negro y erizado, rasgos pequeños y estrechos. No había cicatrices. Los ojos, sin embargo, brillaban como joyas de azabache. Entró en la habitación, miró a Hattar y sonrió. La expresión, desdeñosa, puso de los nervios a Kiska.

Los puños de Artan (¿Tay?) se contrajeron en los costados.

—Buenas noches, Tay.

—Buenas noches.

Kiska le lanzó a Artan una mirada rápida. ¿Tay? No sería Tay, de Tayschrenn, ¿verdad? ¡Mago supremo imperial, el más grande de todos los talentos alineados con el Imperio!

El hombre de la túnica lanzó una risita. Su sonrisa sesgada se profundizó. Apenas parecía capaz de contenerse, como si en cualquier momento fuera a echarse a reír de un chiste que solo él conocía.

—¿Y qué te trae aquí esta noche?

—Lo de siempre —respondió Artan—, me preocupa el Imperio.

El hombre alzó una ceja.

—Así que todavía te aferras a ese engreimiento gastado de la neutralidad. Siempre tan cumplido.

—Yo sirvo a largo plazo, como siempre.

—¿A largo plazo? Tú solo te sirves a ti mismo, Tay. —Los ojos se posaron en Kiska—. ¿Y quién es ésta?

Aquéllos pozos oscuros que eran sus ojos fascinaron a Kiska, que quiso responder. De repente, la joven ansiaba contarle a aquel hombre todo sobre su persona. La mano de Artan le dio un doloroso pellizco en el antebrazo. Kiska hizo una mueca y se quedó callada.

—Está conmigo.

La sonrisa se ensanchó.

—Siempre has tenido ojo para el talento, ¿hmm, Tay?

Artan se quedó callado y apretó las mandíbulas como si hiciera frente al cebo. Al verlo, la sonrisa del hombre se atenuó y adoptó una expresión aburrida, con un pequeño matiz de desilusión. Suspiró.

—Quédate si tu intención es apartarte, Tay. No te muevas hasta que todo haya acabado. Cualquiera que suba se considera partícipe... ¿comprendido? —Artan asintió. El hombre inclinó la cabeza—. Hasta la mañana, entonces.

—Quizá.

La sonrisa secreta volvió a aparecer.

—Sí. Por supuesto. Quizá. —Se volvió y se alejó, atravesó una puerta y giró la esquina como si fuera a subir las escaleras.

Kiska se quedó mirando al lugar por el que había desaparecido. Ansiaba comprobar si se había ido de verdad.

—¿Era él de verdad? —le susurró a Artan.

Artan le hizo una seña a Hattar, sacó una silla y se sentó con gesto cansado ante la larga mesa de comedor. Hattar cerró la puerta.

—Aquí deberíamos estar a salvo —dijo mientras se masajeaba la frente. El

enfrentamiento parecía haberlo dejado exhausto, cosa que sorprendió a Kiska, ya que cuando se había enfrentado a más de cincuenta adeptos había presenciado simple irritación y desdén.

Artan le hizo un gesto a Kiska para que se sentara.

—¿Él de verdad? —repitió—. No en carne y hueso, si es a eso a lo que te refieres. Eso era un envío... una imagen. Es obvio que esta noche está forzando todos sus límites. Cosa comprensible.

—Te llamó Tay.

—Así es.

Kiska se humedeció los labios.

—¿Cómo en Tayschrenn?

—No —gruñó Hattar.

Artan (Tay) le hizo un gesto cansado a Hattar.

—Sí.

¡Por todos los dioses! Allí estaba ella, sentada junto a uno de los hechiceros más grandes de la época. Mejor, a decir de muchos, que el propio emperador. Había tantas cosas que Kiska quería preguntar, ¿pero cómo iba ella, la última mona de un lugar perdido, atreverse a dirigirse a semejante personaje? Kiska reflexionó con horror creciente sobre su comportamiento con él. ¿Cómo la había soportado? Lo observó de soslayo, de repente aquel hombre se había convertido en una persona extraña, totalmente ajena a su vida.

Una vela cobró vida en la puerta. Hattar encendió con ella un candelabro de la mesa y una luz cálida hizo que cobrase vida el centro de la habitación. Unos grandes tapices (botín de guerra con toda probabilidad) aislaban las paredes, intercalados con escudos, estandartes y una multitud de banderas de barcos, anteriores al Imperio, que provocaban un torbellino de colores y diseños. Tayschrenn se había sentado en el extremo de la mesa más alejado de la puerta, en una silla de madera oscura de respaldo alto. Kiska ocupó una silla del costado, situada entre la mesa y la pared. Hattar volvió a vigilar la puerta.

Kiska se aclaró la garganta.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —Tayschrenn se recostó en la silla y dejó escapar una exhalación larga y lenta. Sus ojos parecían magullados y hundidos—. Ahora esperamos.

Kiska asintió y miró al techo.

—Hay mucho silencio.

Los hombros de Tayschrenn se tensaron.

—Costumbre malazana —dijo en voz muy baja—. El toque del asesino. El roce de una tela. Un sorbo de vino. El brillo de una hoja tan fina como el colmillo de una serpiente. Tu nombre susurrado justo cuando te quedas dormida. —Sacudió la cabeza

como si estuviera triste o lamentara algo. La luz de las velas reflejó el dorado de sus ojos. Súbitamente, se dirigió a la chica—. ¿Y qué hay de ti, entonces?

Kiska se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Yo?

—Sí. Háblame de ti.

Las mejillas de Kiska ardieron de vergüenza y bajó la cabeza. ¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando, justo encima de sus cabezas, el propio abismo parecía listo para abrirse?

—¿De mí? Nada. No hay nada que contar. Nací aquí. Mi padre murió en el mar cuando yo era muy pequeña. Casi no lo conocí. Era marino. Mi madre es costurera. —Kiska levantó la cabeza. Tayschrenn la estaba contemplando con la cara apoyada en la pirámide que había formado con los dedos. La visión le secó la garganta a Kiska.

—¿Y lo de tu mentora? —preguntó—. ¿Cómo empezó eso?

Kiska tragó saliva y enrojeció otra vez, pero no pudo evitar sonreír.

—Por accidente, se podría decir. Forcé la entrada de la tienda de Agayla y me sorprendió.

Tayschrenn se echó hacia atrás y lanzó una carcajada. Bajó los hombros cuando la tensión desapareció de ellos. Esbozó una gran sonrisa y Kiska, de repente, ya no supo la edad que tenía. Sus rasgos cautelosos hablaban de una vida entera de vigilancia y cálculos. La carcajada y la sonrisa le habían quitado de encima décadas enteras.

—Yo era muy joven —añadió Kiska, picada.

—Tenías que serlo para intentar robarle.

—Has dicho que os habíais visto. ¿La conoces? —La idea fascinaba a Kiska. Agayla, familiarizada con semejantes círculos mareantes de poder, como otra vida secreta.

Tayschrenn negó con la cabeza.

—En realidad solo por su reputación. Se podría decir que somos colegas.

Kiska se echó hacia atrás. Vaya, colegas; ¡menudo notición! Asombroso que ella conociera a alguien que Tayschrenn consideraba colega. ¿Qué pensaría Agayla de que la llamaran socia? De hecho, conociéndola, quizá no le hiciera mucha gracia. Pocas veces hablaba de política, pero cuando salía el tema, el calor de su desprecio podía hacer enroscarse las raíces secas que colgaban de las vigas.

Por el rabillo del ojo Kiska observó a aquel hombre que se sentaba separado solo por unos simples centímetros de piedra revestida del encuentro que bien podría decidir su destino. Parecía haberse apoderado de él una calma antinatural, incluso contemplativa: un largo dedo índice acariciaba el puente de su nariz aguileña. Como si estuviera contemplando solo su interior. Quizá reflexionaba sobre el resultado y su propia suerte. Claro que, quizá no, se había declarado neutral en el asunto. Agayla a

veces llamaba al cuadro imperial de magos, cuadro que Tayschrenn dirigía sin lugar a dudas, los «escribanos con pretensiones del Imperio». Como tal, debería serle indiferente quién terminara por ocupar el trono. Es decir, aparte de sus propias ambiciones personales.

A pesar de la tensión, Kiska sintió que empezaba a impacientarse. Luchó contra el impulso de jugar con algo y miró a Hattar. Hasta él, el salvaje hijo de las estepas de rasgos planos, había sucumbido al ambiente cargado. Kiska observó su mirada, que se alzaba hacia las piedras talladas que tenían encima. Le brillaban los ojos cuando examinaba las grietas en busca de alguna insinuación de lo que estaba pasando arriba.

Kiska se humedeció los labios secos y carraspeó.

—¿En qué —le susurró al mago supremo— estás pensando?

Los ojos de Tayschrenn, dorados a la luz de las velas, se posaron en ella. Desde las profundidades resurgió la conciencia.

—Me pregunto —empezó él a decir en voz baja, perplejo— quién le está tendiendo la trampa a quién. Torva le ha dispuesto una trampa a Kellanved ahí arriba. Pero fue él el que eligió el momento y el lugar hace mucho tiempo, quién sabe hace cuánto, y lleva todo ese lapso preparándose. Así que quizá esta trampa sea para ella. Una trampa que es muy probable que ella reconozca, pero que no puede evitar. Tenía que venir. Tenían que venir los dos. —Entonces el mago frunció el ceño. Las líneas que le rodeaban la boca se profundizaron, convertidas en surcos—. ¿Y qué esperaban ganar Danzante y él? A sus seguidores los han matado o dispersado. No queda ningún tipo de apoyo organizado salvo el culto de Sombra de Danzante, y esos están en la clandestinidad y son muy pocos. Su autoridad no sería aceptada por las garras, ni por los puños gobernantes, si volvieran.

—Y Oleg. ¿Qué hay de su mensaje?

El mago hizo una mueca y se tocó una sien como si quisiera calmar la palpitación de una vena.

—Sí, Oleg. Nuestro místico ermitaño. Se flagelaba y mortificaba. ¿Lo había vuelto loco, quizá, su propia y contundente ambición? ¿O era un profeta neciamente ignorado? —Suspiró—. Si sigo con precisión las líneas de su razonamiento, me llevan al suicidio de Kellanved y Danzante. Cosa que no puedo aceptar sin más. Conozco a esos dos y jamás lo permitirían.

¿Suicidio? No, Kiska tampoco podía imaginárselo. Ésos dos no. Kellanved se había abierto camino hasta el poder con uñas y dientes y había salvado demasiados obstáculos. Destruiría a cualquier persona o cosa que se interpusiese en su camino. Era su firma.

Tayschrenn se revolvió y levantó la cabeza como un mastín al oler un rastro.

—Escucha —susurró mirando hacia arriba.

Kiska se mordió el labio y examinó el techo. La espera, el pavor y la incertidumbre le habían dejado rígidos los hombros y el cuello. Inmóvil durante tanto tiempo, sentía la pierna lesionada como si se la hubieran fusionado por la rodilla. Cambió de postura, la flexionó y alivió la tensión de la espalda. ¿Qué estaba pasando? En la periferia, vio que Hattar se estaba deslizando como un gato con gesto protector, cada vez más cerca de ellos y con las armas en la mano.

—¿Cómo vamos a...?

Tayschrenn se llevó un dedo a los labios.

—Escucha.

Kiska se esforzó por atravesar la quietud. El sutil palpitar del oleaje vibraba a través de la roca. El polvo caía y las piedras que aportaban calor a la noche atraían garrapatas e hilillos de motas de las paredes.

Entonces lo oyó. Un golpecito distintivo y un leve shh, pum-shh, pum-shh, que cruzaba el techo de un lado a otro.

Kellanved.

Ella nunca lo había visto, por supuesto, pero había oído muchas descripciones, algunas contradictorias, la mayor parte vagas. Muchos mencionaban su bastón y el paso lento, pero todas hablaban de su edad extrema, de la piel negra y el rizado cabello plateado de un anciano dalhonesio de la sabana del suroeste de Quon Tali. Y, por supuesto, estaba su afición a las ropas grises y negras.

Como si quisieran confirmar las sospechas de Kiska, Tayschrenn y Hattar se lanzaron una mirada.

Una sensación abrumadora de presión cayó sobre ella como una mano invisible. Kiska percibió algo enorme cerca, silencioso en la oscuridad, como un buque de guerra taliano que pasara a muy poca distancia. Una presencia grávida y letal, demasiado enorme para advertir su existencia. Miró a Tayschrenn y lo vio hacer una mueca con las puntas de los dedos apretándole las sienes. Una gota de sangre le caía de la nariz.

Es él, pensó Kiska, asombrada. Hasta yo puedo sentirlo.

Los paseos por la habitación, porque eso era lo que le parecían a Kiska, se detuvieron de pronto. Siguió un largo silencio. Kiska se imaginó la conversación y se preguntó con qué desesperación querría saber Tayschrenn su contenido. Claro que, a un hombre como él quizá le aburrieran lo que podría ser poco más que un intercambio de advertencias y amenazas mutuas.

Los bloques de piedra caliza del techo dieron entonces una sacudida, como los juguetes de un niño, y cayó una lluvia de polvo. El impacto silencioso clavó a Kiska en su silla e hizo que le estallasen los tímpanos. Las velas se apagaron. El metal resonó en las piedras de arriba. Armas, imaginó Kiska. Golpes secos y estrépito, como de cuerpos cayendo. Un grito (un rugido de rabia sin palabras) que se

desvaneció en el silencio. En la calma cargada que siguió, Kiska apenas se atrevió a respirar.

Llameó una luz. Hattar, sereno y flemático, volvía a encender las velas. Kiska no se podía creer el aplomo de aquel hombre.

Y entonces, el chillido agudo de una mujer desgarró la piedra sólida y Kiska saltó de la silla. Miró a Tayschrenn, pero los rasgos apretados del mago no revelaban nada. ¿Era el final de Torva? ¿Habían ganado Kellanved y Danzante? Pero el grito no contenía ninguna nota de desesperación o muerte. En su lugar, escupía frustración y veneno.

Tayschrenn se aclaró la garganta. Se pasó un pañuelo por la nariz y se apartó de la mesa. Se levantó, se colocó bien el manto sobre los hombros y le hizo una seña a Hattar. El seti la miró. El tajo estrecho de boca bajo la nariz aplastada se crispó en una mueca de desprecio. Tayschrenn, que cruzaba el espacio que lo separaba de la puerta, no vio la reacción de su guardia.

Hattar dio un paso para bloquear la puerta y Tayschrenn se paró en seco, sorprendido. Hizo otra seña. En la mesa, Kiska se preguntó qué estaba pasando, si podía suponer una amenaza para ella. De repente, fue muy consciente del peso del cuchillo curvo de Lubben en el costado. Pero esos dos no pretendían hacerle daño, ¿no?

Hattar, con las manos aferradas a los mangos de los cuchillos envainados, miró a Kiska, furioso.

—No —escupió.

Kiska se levantó y se colocó de modo que interpuso la mesa entre ellos y ella. Se masajeó la cadera, donde se había dado un golpe. ¿Qué era eso, tareas de limpieza? ¿Iban a hacerla callar? Pero ¿por qué se iba a negar Hattar? Kiska hubiera dicho que el seti disfrutaría de la oportunidad. Pero ¿por qué esperar hasta ese momento?

Tayschrenn ejecutó unas señas furiosas. Hattar se limitó a sonreír y enseñar unos dientes amarillentos. Sacudió la cabeza. Tayschrenn se volvió a medias hacia ella. Parecía perplejo y molesto.

—Bueno —comentó mientras la miraba—. Una especie de dilema. Tengo que ir arriba. Hattar se niega a quedarse aquí para vigilarte y yo creo que sigue siendo demasiado peligroso dejarte sola. —Tosió cubriéndose la boca con un puño y levantó una ceja fina. Era como si estuviese intentando adivinar los pensamientos de la chica—. ¿Cómo sugerirías tú que resolviéramos esto?

Kiska se humedeció los labios.

—Llévame contigo.

Tayschrenn se volvió hacia Hattar como si eso resolviese el asunto. Hattar esbozó un ceño feroz. Hizo una seña corta y brusca; una negativa, supuso Kiska. Tayschrenn respondió con un encogimiento de hombros que decía que, en realidad, estaba

resuelto. Con un gesto le indicó a Kiska que se acercase.

—Vendrás conmigo. Quédate a un lado y dos pasos más atrás. No digas nada y haz lo que hagamos Hattar o yo en todo momento. ¿Aceptas? —Casi incapaz de respirar, Kiska asintió—. Bien. —Después el mago miró a Hattar. De mala gana, el hombre de las llanuras se apartó un poco de la puerta. Tayschrenn pasó. Kiska se acercó. El guerrero seti no dijo nada, aunque su mirada ardiente se clavó en el cráneo de la chica.

Una junto al otro, Kiska y Hattar subieron las escaleras detrás de Tayschrenn. La chica se sentía como si la hubieran iniciado en la escolta del mago. Y pasara lo que pasara, comprendió de repente, haría todo lo posible por hacer honor a esa confianza. Rezó para que no hubiese necesidad.

Hattar la miraba de soslayo. Encogió los labios y dejó al descubierto los dientes afilados con una mueca de desdén. Kiska le devolvió la mirada, furiosa. El hombre apartó los ojos y lanzó una carcajada seca que decía, «espera y verás».

La luz parpadeaba más adelante. Ésos pasillos eran más cálidos, acogedores, y estaban habitados. Se metieron en un corredor amueblado con suntuosidad al que salían a intervalos puertas de madera pulida. El subpuño Pell y su círculo más íntimo habían ocupado esos aposentos durante los últimos siete años, pero no esa noche. Kiska se preguntó con aire ocioso dónde estaría, después desechó la idea. Seguramente se habría encerrado abajo, en la bodega, o estaría durmiéndola en su catre.

Tayschrenn caminaba con paso firme, sin prisas, por el pasillo. Pasaron junto a espejos de plata y retratos de hombres y mujeres que Kiska no reconoció, cabezas montadas de jabalíes, espadas de exhibición y ejemplos de heráldica capturada como Kiska no había visto jamás, salvo por la barra negra vertical y la onda de color azul pálido de Korelrii, muy al sur. La luz de un fuego cálido se derramaba por una puerta abierta en el otro extremo del pasillo, una luz que enviaba sombras que rielaban y danzaban como locas. Una corriente de aire frío rozó las mejillas de Kiska y oyó, a lo lejos, el oleaje que murmuraba más abajo.

En la entrada, Tayschrenn hizo una pausa y le tapó la vista a Kiska. La corriente, más fría allí, le hacía ondear el manto. Le hizo una señal a Hattar y después entró. Hattar gruñó, tiró de la manga de Kiska y le hizo un gesto para que se quedara cerca de él. Kiska tragó saliva e intentó respirar más despacio. El labio de Hattar volvió a hacer una mueca de desprecio, como si esperara que la chica se desmayara allí mismo.

El calor la golpeó en la puerta como el estallido de un horno atizado. Eso y el hedor a humo mezclado con el olor acre a hierro de la sangre derramada. Hattar se movió hacia un lado de la puerta. Kiska se fue hacia el otro y apretó la espalda contra

las piedras calientes.

Era una habitación rectangular. Kiska se preguntó si quizá se trataba de una especie de sala de recepción. En ese momento carecía de todo tipo de muebles y adornos. Un gran fuego llenaba el enorme hogar que había en el muro interior izquierdo. En el suelo, esparcidos, los cadáveres yacían como ropas desechadas. Junto a un par de puertas rotas que llevaban a un balcón estaban apilados en un grupo más denso. Garras, todos ellos. Kiska contó doce.

En el centro de la habitación había una mujer sentada en el único mueble de toda la sala: una sencilla silla de madera. El cabello castaño de la mujer estaba cortado al uno, al estilo militar. El tinte azulado de su piel la señalaba como napaniana. Vestía una camisa de seda verde, rasgada y manchada de sangre, un fajín ancho de color verde esmeralda y pantalones sueltos ceñidos en los tobillos. Tenía los pies oscuros y llenos de callos, como si siempre los llevara desnudos. Una garra se había arrodillado a su lado y le vendaba una mano. Kiska la reconoció, era el hombre que había librado el duelo con el coloso de la armadura: Zarigüeya.

Torva. A Kiska le sorprendió lo menuda que era, y lo serena y dueña de sí misma. Era imposible adivinar que acababa de hacer frente y de vencer a dos de las figuras más temidas de la historia quontaliana reciente. Claro que, ella era la tercera de esa lista.

Tayschrenn cruzó la larga habitación hacia ella. Una sonrisa irónica crispó una comisura de la boca de la mujer cuando lo miró. A medio camino, el mago se detuvo y bajó los ojos hacia el suelo de piedra desnuda. Kiska también miró, pero no vio nada, solo un fino torbellino de polvo rojo derramado. A un lado de Kiska, un siseo escapó de la boca de Hattar. Las mandíbulas del hombre de las llanuras se movieron y sus manos se convirtieron en puños blancos que se aferraban a los mangos de hueso de sus cuchillos largos. Con lentitud y mucho cuidado, Tayschrenn se recogió el manto y sacudió el polvo de los bordes. Continuó andando y pasó por encima de los cadáveres como si no fueran más que charcos en una calle embarrada. Casi a punto de llegar junto a Torva, se inclinó sobre el cadáver que estaba más cerca de la silla y le levantó la cabeza. Kiska reconoció el cuerpo.

—Ceniza —dijo Torva—. Exteniente de los Abrasapuentes. Y un hombre muy decidido. —Alzó la mano vendada—. Ácido.

Tayschrenn dejó el cuerpo y se irguió, después se volvió hacia las puertas destrozadas del balcón. Se acercó a ellas y miró al exterior.

—Desaparecido, ¿eh?

Torva asintió, pero con brusquedad, como si las cosas no hubieran ido exactamente como ella deseaba. En el suelo, justo ante el balcón, yacía un bastón entre las salpicaduras de sangre. Un bastón de madera oscura, ébano quizá, con un puño de plata. Kiska se lo quedó mirando. ¡Dioses! ¿Y ya estaba? ¿Estaba muerto?

Una segunda garra superviviente salió del balcón en sombras. De una altura inusual, apoyaba más peso en una pierna y se acunaba el brazo derecho junto al pecho ensangrentado. Llevaba la capucha bajada y la prenda revelaba un cabello largo y blanquísimo, una cara oscura, nariz ganchuda, una perilla y unos ojos negros y relucientes. Kiska no lo había visto jamás.

—Organiza la búsqueda de los cadáveres —le dijo Torva a Zarigüeya. Éste se inclinó y se dirigió de espaldas a la puerta. Kiska lo observó de soslayo cuando pasó y vio que tenía una cuchillada en la pechera de la camisa y que la sangre le manchaba el manto. Pero la cara ensombrecida por la capucha no se giró para mirarla. Era como si aquel hombre tuviera una misión y todo lo demás fuera simple escoria.

Tayschrenn salió al balcón. Habían roto o reventado la barandilla de arcos bajos de piedra y habían dejado una gran brecha al aire abierto. El mago se asomó al fondo con una mano enguantada en el borde destrozado. Su manto se hinchaba al viento y aleteaba y desde abajo se oía el ritmo apagado de las olas.

Se volvió hacia Torva, las botas arañaron el suelo plagado de escombros.

—No puedes tener la certeza...

—Certeza suficiente —le soltó ella—. Desde luego. Se acabó y no hay más que hablar. Se terminó. Me sorprende que te molestaras en venir.

—En realidad me atrajo aquí otra razón, si tienes que saberlo —murmuró Tayschrenn mientras volvía a mirar el balcón.

La rabia destelló como fuegos oscuros en los ojos de Torva y con la mano buena le disparó al mago supremo como si quisiera aplastarlo con el puño. Kiska estuvo a punto de gritar una advertencia, pero tan rápido como se alzaron los fuegos, así de rápido se sofocaron. La mujer lanzó una carcajada breve y profunda.

—Puedes hacerte el gran señor pomposo con tus siervos, Tay, pero no conmigo. El hecho de que estés aquí desmiente tus palabras.

El mago se volvió hacia ella. Kiska lo observó parpadear, como si no entendiera en absoluto la reacción de la mujer. Pero ¿cómo podía ser? Habían trabajado, luchado e intrigado juntos durante generaciones. Tenían que saber al milímetro hasta qué punto podían provocar al otro. Era obvio que Tayschrenn quería recordarle algo a Torva.

Los hombros masculinos se alzaron y cayeron con un encogimiento lento e indiferente.

—Si insistes. Con todo, parecería...

—Me da igual lo que a ti te parezca. —Torva se estudió la mano vendada—. Se acabó. Ya no soy la regente imperial. Tomaré el trono y un nuevo nombre con el que dirigirlo. ¿Qué dices a eso?

El mago no dijo nada. Kiska se imaginó que ya había reflexionado con sumo cuidado sobre todos los posibles resultados.

—Ave, emperatriz —apuntó la garra desde el balcón mientras se acariciaba el cuello con una mano embutida en un guante verde de cuero. Tayschrenn miró al hombre, que le dedicó una sonrisa depredadora a su vez. Había una antipatía abierta entre Tayschrenn y aquellos criados serviles del trono. Kiska se preguntó cómo se habría desarrollado un encuentro así años antes, con Kellanved y Danzante también presentes. Con toda probabilidad habría sido un nido de víboras.

Tayschrenn realizó una pequeña reverencia. Kiska no supo muy bien si era sincera o burlona.

—Desde luego, ave —repitió el mago.

Torva respondió con un asentimiento seco, una auténtica profesional.

—Bien. Bueno, tenemos mucho que comentar... —Inclinó la cabeza hacia Hattar y Kiska, cuyo corazón dio un vuelco ante la atención.

Tayschrenn señaló a la garra con la mano.

—¿Y qué hay de él?

Una sonrisa débil tensó los labios de Torva.

—La Garra ahora forma parte de la estructura de mando, Tay. Las garras hablan con una medida de mi autoridad personal; cada una será, en cierta medida, mi representante. Topper se queda.

Tayschrenn se inclinó con un gesto tan breve como el anterior y retrocedió. Después se dirigió a Hattar.

—Tu trabajo ha terminado por esta noche. Llévatela y regresad al comedor. Dormid un poco. Yo me reuniré con vosotros más tarde.

La mandíbula de Hattar se tensó con expresión de desagrado, pero asintió. Después, Tayschrenn se dio la vuelta con un tosco gesto de despedida dedicado a Kiska. Hattar le señaló el pasillo y la empujó por delante de él. Sorprendida por la brusquedad de todo, la joven giró la cabeza y miró por encima del hombro. ¿Y ya estaba? ¿Ni siquiera un adiós? Hattar le metió prisa pinchándola en la espalda.

En el pasillo, Kiska lo miró con furia.

—¿Es que no podía ni decir una palabra? —siseó.

La cara del hombre de las llanuras permaneció impassible.

—Ahora no. Mañana.

Kiska se relajó y dejó de resistirse.

—De acuerdo. —Siguió caminando—. Es que no quiero que se deshagan de mí por las buenas, ¿sabes? Me tomé muchas molestias para hablar con él. —Kiska se echó a reír al pensarlo—. Todas las molestias del Embozado. —Pero Hattar miraba adelante y no le hacía ningún caso. Kiska cerró la boca. Allí estaba ella, quejándose al único tipo al que le importaba un bledo.

En el comedor, Kiska observó mientras Hattar bloqueaba la puerta con una silla,

encendía las velas y se sentaba. El hombre puso los dos pies con un golpe seco en la mesa, después se desató el cinturón y lo colocó delante de él para tener a mano los cuchillos envainados.

Kiska se acomodó con cautela en una silla al otro lado de la mesa.

—¿Qué pasaba con ese polvo rojo de arriba? ¿Qué era? ¿Veneno?

La mirada de Hattar se había clavado en el techo. En ese momento, la posó sobre la chica. Los ojos eran meras ranuras, ilegibles.

—¿Has oído hablar del mineral de Otataral?

—¿Algo que ver con la magia?

—Amortigua la magia. —La mirada volvió a dirigirse al techo—. Arriba, en esa habitación, está indefenso.

—Entonces Torva debe de haber sembrado la habitación —se le escapó a la chica—, o lo habrá arrojado, y Kellanved...

El asentimiento de Hattar fue salvaje.

—Un gran igualador, ése. Y después, solo cuchillos y superioridad numérica pura y dura.

Kiska se quedó callada, intentaba imaginarse lo que debía de haber sido: el lisiado Kellanved era una carga inútil en cualquier batalla mundana. Danzante esforzándose por luchar y protegerlo a la vez. Los dos retirándose hacia el balcón, desesperados por escapar. ¿Cuántos muertos había visto? ¿Doce? Sacudió la cabeza, asombrada.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Esperamos.

Kiska se mordió el labio y observó a Hattar, que se había quedado mirando la oscuridad.

—Te he caído mal desde el principio —preguntó Kiska tras un momento—. ¿Qué tienes contra mí?

Una ligera crispación de la boca masculina pareció traicionar que el tipo estaba debatiéndose entre si debía responder o no.

—Ésta noche he perdido a tres buenos amigos —rezongó entonces—. Tienes una opinión demasiado elevada de ti misma si crees que tienes algo que ver con mi humor, muchacha.

Kiska bajó la cabeza con las mejillas coloradas. ¿Quién se creía ese hombre que era? Claro que, ¿quién se creía ella que era? Desde el punto de vista de él, ella era una simple civil entrometida, y encima chica; nada más que un riesgo para la seguridad, y un impedimento para la tarea que había jurado realizar.

Kiska se apretó las manos y estudió la polvorienta superficie de la mesa.

—Lo siento. Tú estás cumpliendo con tu obligación. Lo entiendo. Pero yo no pienso desaparecer solo por tu conveniencia. Maldita sea, esta noche lo he pasado muy mal. Tanto como tú, quizá. ¡Tiene que servir para algo! —Levantó la cabeza, se

limpió los ojos y maldijo las lágrimas de frustración. Miró furiosa a Hattar y lo desafió a despacharla; después se quedó con la boca abierta de pura incredulidad: la cabeza del hombre de las llanuras colgaba hacia atrás y el pecho se alzaba y caía con regularidad. ¡Dormido! ¡Bueno, maldito fuera, por todo el abismo! ¿Cómo era capaz?

Al observarlo dormir, Kiska sintió que a ella también se le cerraban los ojos. La rodilla, el hombro y el costado le dolían de una forma endiablada y le pedían un descanso. Suspiró, se apartó de la mesa y empezó a hacer un pequeño fuego en el hogar con astillas y troncos partidos que había a un lado. El fuego no tardó en prender y Kiska se envolvió con el manto y se sentó con la espalda apoyada en la pared. La incertidumbre sobre su seguridad seguía acosándola, pero el agotamiento envolvía la preocupación y al final la barbilla se le hundió en el pecho.

Al final de la calzada de la Muralla, los dos adeptos que habían acompañado a Temple a las escaleras salieron de la oscuridad para encontrarse con él. El veterano hizo caso omiso de ellos. El delgado dejó caer la más leve de las risitas cuando pasó Temple, como si hubiera contribuido personalmente a la matanza de arriba y supiera todos los secretos que esos labios sellados debían proteger. El engreimiento enfureció a Temple. Se detuvo en seco y se volvió hacia ellos, ninguno de los dos se había ganado ese derecho.

Los hombres se detuvieron, pero mucho más cerca que antes, al alcance de la mano, en realidad. El delgado echó hacia atrás la cabeza cubierta por la capucha y señaló con ella la fortaleza.

—Una pérdida de tiempo, ¿no? Como dije, ahora sirves a mi amo.

—Deberías aprender a tener un poco de respeto.

El hombre miró a su compañero y lanzó una carcajada.

—Te ha enviado nuestro amo a hacer un recado, soldado. Hazlo y cierra el pico.

—Si Danzante es tu amo, entonces sí, hice un trato. Pero no incluye tener que soportar a cachorros bocazas como tú.

El puño de Temple se disparó y alcanzó al adepto en un lado de la cabeza.

La capucha chamuscada cayó hacia atrás y reveló a un joven con el pelo rubio muy corto y barba. El chico se lo quedó mirando, incapaz de hablar y con la sangre brotando de la piel rasgada de la mejilla. Sacó un cuchillo de entre las ropas. Sin más comentario, su compañero más fornido se hizo a un lado. El joven agitó el arma delante de Temple, sujetándola con un gesto ambiguo.

—Pralt nos advirtió que eres un hombre peligroso, soldado. Yo digo que solo eres una reliquia vieja y cansada. Voy a enviarte con mi amo y señor.

—Hablas demasiado para preocuparme, muchacho.

El adepto se abalanzó con un gruñido. A Temple casi lo cogió desprevenido. No creía que fuera a atacar en realidad. La hoja se enganchó en el borde de una hojuela

de hierro partida y estuvo a punto de alcanzar el hueco de la axila del camisote. Temple agarró con un guantelete el cuello del tipo y apretó. El arma le arañó el costado. Cogió la mano del joven y se la retorció para que soltara el cuchillo, después se lo clavó en el estómago. El cuchillo se deslizó justo por debajo de las costillas. El adepto se estremeció, sufrió una arcada y lanzó un chillido medio ahogado.

Temple lo zarandeó por el cuello y después lo dejó caer en un montón. El joven yació encogido alrededor del cuchillo, como un insecto empalado. Gimió. Temple se enfrentó al otro.

—Vamos. —Y empezó a bajar hacia el estrecho del Cúter. Tras unos momentos, unas pisadas anunciaron que lo seguía el más fornido.

Mucho antes de que Temple llegara a las casas del viejo barrio que rodeaba la Casa de Muerte y la posada del Colgado, vio signos de la batalla que tenía por delante. La gélida niebla nocturna se había espesado (de una forma sobrenatural) pero entre ella parpadeaban estallidos de fosforescencia. Ocultos más allá, los mastines aullaban, varios de ellos, y con sus voces ahogaban el crujido quebradizo de la energía pura y las pequeñas erupciones.

A Temple le recordaba al peor tipo de combate que había visto: duelos de magos donde morían más por los estallidos colaterales de las sendas desatadas que por el hierro afilado. Algo más adelante salió un adepto de la niebla y se quedó inmóvil, al parecer esperándolo. La figura le hizo un gesto para que se adelantara y se metiera en aquel muro agitado. Temple apretó la mandíbula y continuó, el adepto echó a andar a su lado. Su antiguo escolta se detuvo fuera de la barrera, lo que implicaba una jerarquía dentro de la organización. Quizá los que estaban dentro se habían iniciado en secretos superiores. O bien, reflexionó Temple, los había que al culto no le importaría perder si la operación se iba al abismo.

La niebla opaca lo oscureció todo. Los edificios se desvanecieron y también el adepto que llevaba al lado. Se preguntó si quizá lo acababan de acompañar a una porción de la propia senda. Cavilaba sobre eso y no estaba preparado cuando una especie de murciélago salió de repente de entre la bruma. Temple lanzó un gáñido y se agachó, la forma fantasmal de su escolta apareció a su lado e hizo un gesto. La criatura se plegó sobre sí misma y se alejó aleteando. Temple estaba conmocionado, parecía no ser más que un trozo de sombra que parpadeara. Se acercó más al adepto, que le sonrió desde el interior de la capucha.

—¿Dónde estamos? —rezongó Temple.

Su escolta se encogió de hombros.

—En ninguna parte, estrictamente hablando. —Agitó una mano para indicarle a Temple que continuara—. Vamos, no tenemos mucho tiempo.

Siguieron caminando, a Temple le sorprendió encontrarse subiendo por la ligera

pendiente de un camino empedrado. Allí la niebla era más fina y tras unos cuantos pasos más, su escolta y él dejaron atrás lo peor. Más adelante, en la cima de la suave cuesta, se encontraba la Casa de Muerte y el muro medio derruido que la rodeaba. A su alrededor, esperaban unos adeptos. En cuanto al resto de la ciudad, no se veía por ninguna parte, borrada por la calima. Era como si él, los asesinos y la Casa hubieran sido transportados a otra isla. Unas nubes altas tapaban el cielo y hacían de la luz algo siniestro y difuso, como un amanecer prematuro que se derramaba desde una dirección imposible de discernir. En la puerta principal se había reunido un grupo de adeptos y su escolta lo llevó con ellos.

Temple miró la Casa de Muerte. Las ventanas oscuras y cerradas con contraventanas no traicionaban indicio alguno de lo que podría estar pasando dentro. Fueron los terrenos lo que le llamó la atención: las ramas negras y muertas de los árboles se estremecían como dedos espasmódicos y la tierra desnuda se abombaba y palpitaba como si algo se agitara debajo. Temple olió el polvo en el aire, parecido al de una cripta largo tiempo sellada, y sobre él el hedor a ozono del poder, como la descarga baja y constante de una senda canalizada.

Un adepto con túnicas pálidas se separó del grupo y fue a encontrarse con Temple. Despidió con un gesto a la escolta.

—¿Pralt? —preguntó Temple.

El otro asintió e invitó a Temple a acompañarlo hasta el muro de piedras apiladas.

—¿Entonces es esto? ¿Sombra?

—No, no en sí. Es más bien un puente. Una etapa intermedia creada por las condiciones especiales de esta noche.

—¿Los mastines?

—Los hemos dejado atrás. No hace falta preocuparse por ellos. Tenemos otras cosas de las que ocuparnos.

Temple detectó la ironía de una afirmación que se había quedado muy, pero que muy corta. Se detuvo en seco y apoyó los puños en las armas.

—De acuerdo. He seguido el juego hasta ahora. Pero ahora que estoy aquí, ¿cuál es el plan?

Pralt miró los terrenos y después se volvió hacia Temple. Incluso teniéndolo tan cerca, el veterano solo veía la oscuridad que llenaba la capucha y eso lo sacaba de quicio. El asesino se cruzó de brazos y metió las manos enguantadas en las mangas anchas de la túnica, como si fuera una especie de sacerdote.

—Un asalto a la Casa. Así de simple.

Temple frunció el ceño.

—¿Defensas?

—Ah, sí. Has dado con la mayor preocupación. Nadie sabe qué es lo que es la Casa. Algunos afirman que es un simple portal. Otros dicen que es una entidad en sí,

una entidad que está a horcajadas de los reinos. Sea cual sea el caso, no somos en absoluto los primeros que intentamos dominarla. A lo largo de las épocas, un sinfín se han atrevido y todos han fracasado. Y todos los que fracasaron, ahora son esclavos de la Casa, dedicados a defenderla. —Pralt se quedó callado un rato y dejó que el otro lo asimilara—. Ingenioso, ¿no? A medida que pasa el tiempo, sus defensas van ganando fuerza. Impresionante.

Temple se lo quedó mirando, incapaz de hablar, después lanzó una carcajada de absoluta incredulidad.

—Ya te puedes olvidar, Pralt. No hay forma de que esta andrajosa unidad sea capaz de ganar esta batalla. Esto os supera.

La capucha asintió como si el hombre estuviera de acuerdo.

—Oh, sí. No tenemos la potencia de fuego suficiente para vencer a la Casa. Pero ese nunca ha sido nuestro objetivo.

Temple frunció el ceño todavía más. Ya antes no le había gustado la dirección que llevaba aquello, pero empezaba a estar seguro de que al final lo odiaría.

—Yo no soy el señuelo de nadie.

La capucha lo miró directamente.

—Eso es todo lo que has sido siempre, Temple —dijo con suavidad tras un momento—. Hasta los miembros de la Espada eran solo eso: un estandarte para llamar la atención del enemigo más fuerte. Un cebo para hacerlos salir.

Temple apretó los puños con gesto reflexivo, pero respiró hondo y dejó pasar el comentario. Dassem solía hablar de eso. Se llamaba a sí mismo el Rayo del Ejército. Y todos lo habían sabido también: él, Virola, Punta y los demás. Pero en su momento no les había importado porque eran jóvenes y creían que nadie podía vencer a Dassem. ¿Y qué importaba, en realidad? Que todos los recién llegados lo intentaran, la fraternidad de la Espada siempre prevalecería. Ni pensaban en ellos ni les importaban aquellos que se aprovechaban de su sangre y sus vidas.

—Gruesas palabras —rezongó al fin Temple mientras se quedaba mirando la Casa—, para ser alguien que espera mi cooperación.

—Nada de lo que digamos ahora puede cambiar el pasado. Y diste tu palabra.

Temple lanzó un bufido, se quitó un guantelete raído por los dientes de un mastín. Se frotó la cicatriz arrugada de la barbilla con el índice y asintió.

—Sí. Supongo que eso hice. De acuerdo. Vamos.

Pralt lo invitó a acercarse a la verja. Temple se dio una palmada en el muslo con el guantelete pensando: *bueno, una incursión de distracción*. Entrar y salir a toda prisa. Eso significaba que el verdadero asalto llegaría de otra dirección y tendría un perfil mucho más discreto. Le pareció que ya sabía quién sería.

Ante la puerta se reunieron con los otros adeptos. Temple los estudió. ¿No había más? ¿Solo ellos seis? Pralt y su compañero hablaron una vez más con las cabezas

encapuchadas casi rozándose. Temple, inquieto, posó las manos en los pomos de hierro de las espadas. ¿Él solo era un par de manos más o había algo más en perspectiva? No tenía una opinión tan alta de sí mismo como para creer que necesitaban su participación. O que la hubieran incluido en sus planes siquiera. No, la sensación era de algo improvisado. Un cambio de última hora. Ya estaba seguro de que lo odiaba. Pero había dado su palabra y él, al menos, tenía su honor. Intervendría, pero saldría de allí en cuanto las cosas se pusieran demasiado calientes para su gusto. Y tenía la impresión que no se tardaría mucho en prender esa llama.

Pralt y sus amigos interrumpieron su charla. Los signos volaron entre ellos. Temple no supo interpretar el lenguaje de signos, no era el habitual en Malaz. Eso no le hizo ninguna gracia. Hacía que le picara la nuca.

Pralt se volvió hacia él.

—Prepárate. Tú te pondrás en cabeza por el centro, entre Jasmine y yo.

Temple saludó con la cabeza a Jasmine (¿una chica?), que respondió con una ligerísima inclinación de la capucha. El veterano sacó las espadas largas y bajó los hombros para relajarlos. Pralt se acercó a la sencilla verja de hierro forjado.

Un grito a su espalda hizo sobresaltarse a Temple.

—¡No entréis en esos terrenos!

Se volvió. Allí estaban Faro Balkat y Trenech. Tenían el mismo aspecto de siempre. Faro frágil y con los ojos llorosos y Trenech apagado y fuerte como un bhederin. Solo que Trenech llevaba una alabarda de aspecto vil con el asta clavada en la tierra y era obvio que Faro se había desprendido de su estupor drogado. Varios adeptos se acercaron corriendo y los rodearon. Faro hizo caso omiso de ellos como había hecho con los soldados del Colgado horas antes.

Pralt los miró y les dedicó una reverencia rígida.

—Nuestra misión no se cruza con la vuestra —exclamó—. ¿Por qué estáis aquí?

La boca de Faro se plegó de indignación. Temple jamás había visto al tipo tan animado.

—No juegues conmigo, esclavo de Sombra. Al cruzar las barreras las debilitas y eso no es de nuestro gusto.

Pralt se encogió de hombros.

—Es de lamentar, pero sé a qué se limitan vuestros papeles y no podéis impedir que nadie entre en los terrenos.

Las manos nudosas de Faro se apretaron en los costados.

—Eso es muy cierto. —Se acercó un paso más—. Te pido que no lo hagas. Juegas con fuerzas de las que no tienes ningún conocimiento.

Pralt sacudió la cabeza encapuchada y se dio la vuelta. Temple se quedó mirando al hombre. ¿Qué prometía eso para él?

—Están esperando —susurró Jasmine con urgencia—. Tenemos que actuar ya.

Pralt se enfrentó a la verja.

—¡Soldado! —exclamó Faro. Temple se giró—. No entres. No regresarás.

Temple levantó una espada a modo de despedida.

—Lo siento, Faro. He dado mi palabra. —Habló con tanta bravura como pudo reunir, aunque tenía un nudo en el estómago provocado por la certidumbre de que ya estaba más metido de lo que deseaba.

La verja crujió bajo la mano de Pralt, oxidada por el desuso. Faro se quedó callado. Trench levantó la larga alabarda.

Un sendero de losas de pizarra llevaba a los escalones delanteros pasando junto a montículos desnudos que a Temple le recordaron a tumbas de batalla cavadas a toda prisa. Hasta el momento reinaba el silencio, la Casa estaba oscura y sin vida. Pralt y Jasmine avanzaron a ambos lados y Temple los siguió. Parecían relajados, pero de un modo sobrenatural, sin arma alguna a la vista. A medio camino del sendero se detuvieron. Pralt se volvió hacia él.

Temple se lo quedó mirando sin saber qué hacer y se humedeció los labios secos.

—Nosotros solo llegamos hasta aquí —dijo Pralt. Su voz sonaba extrañamente solemne—. Esto no es lo que yo tenía en mente y lo siento. Órdenes de Danzante. Adiós, soldado.

Pralt y Jasmine desaparecieron. Temple giró en redondo: los otros tres también se habían ido. Era como si hubiera entrado allí solo. El terreno palpitaba a ambos lados del camino. La tierra desnuda y húmeda se desmigajaba y humeaba mientras arriba, las ramas de los árboles azotaban el aire y crujían. Unas llamas de color verde azulado como fuego de hayuco bailaban sobre ellas y por los muros bajos de piedra. Trench había bloqueado la verja con la alabarda baja. Faro permanecía detrás. Más allá, reunidos otra vez, se encontraban los adeptos, Pralt y Jasmine incluidos, observando con los brazos cruzados.

Temple los señaló con la espada para gritar que les arrancarían el corazón cuando un chirrido estrepitoso retumbó en la Casa. Se volvió y flexionó los músculos con las armas preparadas. La puerta se abrió con un crujido, el polvo caía de las jambas. Se hizo la oscuridad en el interior, pero solo para que la llenara el avance de una figura gigantesca.

Traicionado. Una repetición del último asalto contra Y'Ghatan. *No había aprendido nada, maldita fuera.* Temple echó atrás la cabeza y aulló con una rabia incandescente y arrolladora que pareció prender en llamas cada fibra de su cuerpo.

Agayla y Obo ocupaban un promontorio de roca suspendido dentro de un canal de un chorro de poder puro. El oleaje había cubierto la playa y castigaba las rocas que quedaban por encima. El viento les arrojaba granizo pero este se abría ante su pequeño círculo de calma como polvo apartado a un lado. Encima de ellos, un tejado

de nubes rozaba las cimas de las colinas, eclipsaba el cielo y se extendía hacia el interior hasta cubrir con una mortaja la isla entera. A lo lejos, al sur, las nubes de tormenta se remontaban cada vez más altas, se agitaban y ondeaban alanceando los mares con una constante descarga de rayos que iluminaban el baile de arremetidas de los lejanos jinetes.

La sensación de una presencia a su espalda hizo girar a Obo la cabeza. Clavó la mirada en la colina desnuda, por donde descendían dos figuras. Una le hizo un gesto a la otra para que permaneciera entre las rocas y siguió bajando solo con las túnicas oscuras ondeando al viento. El segundo se movió para refugiarse al socaire de un alto plinto de roca y se agachó con los codos apoyados en las rodillas y la camisa mojada y brillante.

—Viene alguien. —Agayla no respondió. Obo se volvió hacia ella, la mujer se había sentado encorvada hacia delante y se aferraba la cabeza como si quisiera evitar que le explotara—. Es tu muchacho, Agayla. Parece que he perdido la apuesta.

Agayla levantó la cabeza, pero sus ojos estaban vacíos de entendimiento. Poco a poco la conciencia fue despertando en su interior. Parpadeó, cuadró los hombros y se irguió de un tirón.

—Bien. Muy bien.

Cuando se acercó la figura con la calva reluciente, Obo articuló sin ruido una maldición.

—Bueno. Es él. No confío en éste. El hedor del Gusano se aferra a él.

—Está libre de todas sus ataduras, Obo. No me habría acercado a él de otro modo. —Se inclinó ante el recién llegado—. Saludos, Tayschrenn.

Tayschrenn devolvió la cortesía.

—Obo —saludó. Obo le dio la espalda. Tayschrenn señaló al sur—. Esto es incalculablemente peor de lo que había imaginado.

Agayla asintió.

—Estamos ocultando la mayor parte de la isla. Espantoso, ¿no?

—Me recuerda al emperador en sus momentos más brutales.

—¡Ése era un idiota con un palo afilado comparado con esto! —ladró Obo. Después miró furioso a los dos. Cuando Tayschrenn le devolvió la mirada, apartó los ojos con una sacudida y miró al sur una vez más. Lo que vio allí lo hizo estremecerse.

Tayschrenn observó el agotamiento de Agayla y la postura rígida de Obo e invitó a sentarse a la mujer.

—Estáis perdiendo.

Agayla se limitó a asentir con gesto cansado, demasiado exhausta para fingir siquiera.

—Sí. Antes del amanecer, fracasaremos. Es decir... a menos que tú te comprometas.

—Sin embargo, alguna fuerza estaba conteniendo esto. ¿Dónde están?

—A él lo han vencido.

—¿A él? ¿Uno contra todo esto? No hay nadie. Osserc, quizá...

Obo lanzó otro bufido.

Agayla se limitó a masajearse la frente con los dedos.

—En serio, Tay. Tú, sobre todo, deberías saber que hay poderes antiguos, poderes para los que esos imperios que construís Kellanved y tú no son más que estaciones pasajeras. Los caminos que llevan a la ascendencia son mucho más variados de lo que imaginas. —Agayla se estiró con un suspiro—. Pero ahora no es el momento. La campaña de Torva contra la magia ha dejado sus fuerzas muy mermadas. Solo quedaba una fracción de todo el talento al que se podía recurrir, así que lo arrollaron.

—Ella no tenía forma de prever las consecuencias más profundas de sus acciones.

—Tú sí.

Obo giró en redondo.

—¿Es eso cierto?

Con el rostro convertido en una máscara, Tayschrenn se sujetó las rodillas con las manos.

—Es cierto que tenía ciertos presentimientos, sí. Inquietud al ver la alteración de un equilibrio de poder tan antiguo. —Se enfrentó a la mirada furiosa de Obo—. Pero juro por los sin nombre que no sospechaba nada tan profundo... tan... peligroso.

Obo miró a Agayla y escupió.

—Y este es al que querías abordar.

La fuerza de la cólera que se aferró al pecho de Tayschrenn como respuesta al desprecio de Obo lo sorprendió, nadie lo trataba a él así. Había tolerado las burlas de Kellanved y en esos momentos hacía caso omiso de la rivalidad confundida de Torva, pero nadie lo desdeñaba a él con semejante desprecio. De un bolsillo del forro de su manto sacó un par de guantes de piel de cabritilla mojados y luchó con ellos para ponérselos. Mientras abría y cerraba los dedos, reflexionó que Obo era, después de todo, Obo. Ése hombre sería capaz de darle con la puerta en las narices al mismísimo Embozado.

Agayla se limitó a observar, su mirada lo sopesaba todo. Tayschrenn se desprendió de la incómoda sensación de que lo estaban juzgando... y que no lo encontraban a la altura.

—Y, sin embargo, lo permitiste —comentó Agayla con tono especulativo.

Tayschrenn aceptó la oportunidad de explicarse.

—Haberse opuesto a las órdenes de Torva habría despertado sospechas innecesarias.

—¿Sospechas de?

—Connivencia, comunicación, simpatizar con él.

—Ah. Ya veo. —Agayla se apartó los mechones de pelo mojado de la cara y se pasó una mano por la frente. Tayschrenn le habría ofrecido un paño si hubiera tenido algo que no estuviera empapado. La mujer suspiró y levantó los ojos para mirarlo—. Pobre Tayschrenn. Un día despertarás y abandonarás este mísero politiqueo y todas sus maniobras. Te quemará muchas veces y tú escaldarás a tantos otros antes de descubrir la sabiduría. —Los ojos oscuros de la mujer sondearon la conciencia del mago. Después le susurró—: Ni siquiera has recorrido trecho suficiente como para preguntarte por el coste, ¿verdad?

Tayschrenn se la quedó mirando; jamás, no desde su periodo de formación en el templo, había derribado nadie sus defensas con tal facilidad, pero se recuperó al momento.

—¿Deseas mi ayuda o no?

—Es que es eso, ya ves. Es posible que no queramos tu ayuda.

Aturdido, Tayschrenn se pasó una mano por la boca. Allí se encontraban dos poderes, (sí, podía admitirlo, poderes), que se enfrentaban a la aniquilación bajo los talones de un enemigo de una fuerza incalculable, ¿y serían capaces de rechazar su ayuda?

—Pero, la isla... miles de almas.

—Oh, vamos. Más murieron solo en la caída de Unta. No finjas que su destino te preocupa. No, si caemos, entonces tú tendrás que comprometerte, ¿no es cierto?

—¿Me comprometería? Dices que no me importan nada esas vidas, ¿y sin embargo me comprometería a defenderlas? Siento desilusionarte, Agayla. Me apartaría.

Obo, en silencio hasta entonces, lanzó un bufido burlón.

—¿Sí? —dijo Agayla sin aliento, después volvió la cara hacia el sur—. ¿Eso harías?

Su mirada atrajo la de Tayschrenn. Lo que vio apartó todo pensamiento consciente de su mente, como si un velo se hubiera rasgado y viera por primera vez la horrenda verdad de lo que, para los sentidos normales, parecía un frente tormentoso de una escala sin precedentes. El clima era un simple efecto secundario de una batalla mucho más profunda entre reinos rivales. Invocó su senda Thyr y sondeó el trabajo de los misteriosos hechiceros de los jinetes de la tormenta, los magos de la varita. Parecía una cortina de energía, una réplica de la luz trémula que a veces jugueteaba sobre el cielo nocturno septentrional. Caía a chorro de las alturas de la atmósfera y cortaba el aire con una línea divisoria que, al contrario que la mayor parte de las manipulaciones teúrgicas humanas, no terminaba en el agua sino que se hundía en ella. Con el ojo interior, Tayschrenn siguió su descenso acelerado y le horrorizó ver que continuaba ininterrumpido hasta las profundidades de la fisura que se hundía en las grietas insondables, donde vislumbró un corazón resplandeciente de hielo que no

era de este mundo. Un corazón que, mientras observaba, palpitaba y se hinchaba. El mago se apartó de repente, mareado por una sensación vertiginosa de poder, un poder que él solo había conocido una vez en su vida, como suplicante ante su antiguo señor, D'rek, el Gusano del Otoño que corroe el mundo.

—Puedes decidir apartarte, Tayschrenn —comentó Agayla—. Malaz caería, dejaría de ser una barrera que contendría la expansión de los jinetes. Ésa es la antigua preocupación, ¿no es verdad? ¿Que, libres de los confines del estrecho, llegaran a dominar los mares? ¿Una amenaza para todos?

Tayschrenn asintió con cautela, sin saber adónde quería llegar la mujer.

—Sí, por supuesto.

Agayla se estremeció, se cruzó de brazos y luego miró a Tayschrenn a los ojos.

—¿Pero y si no fuese la isla en sí lo que buscan? Piensa en ello. ¿Qué se encuentra en Malaz, a tiro de piedra de la costa? ¿Y si esto no fuera una tormenta sin sentido que solo busca una ruta de escape, sino un intento calculado de alcanzar el poder, la influencia? —Agayla barrió con un brazo el cataclismo de cielo y mar que se extendía por todo el horizonte—. Dime, Tayschrenn, ¿podría la Casa soportar todo esto?

El mago se la quedó mirando, aturdido. ¿Qué podía ser la Casa para esos seres ajenos a su mundo? Con todo... ¿qué eran ellos para los demás? Un enigma. Un punto focal de poder y posibilidades en potencia. Eso al menos se podía dar por cierto: era posible. Quizá la isla no era solo un obstáculo en su camino. Quizá era lo que querían, querían el premio que contenía. Tayschrenn maldijo a la hechicera, a ella y a todas las demás alineadas con la Encantadora, los ojos de todas ellas lo veían todo. Pero tenía que ayudar. No podía arriesgarse a que se diera la alternativa que Agayla le había insinuado, tal y como, Tayschrenn estaba convencido, ella siempre había sabido.

—Muy bien, Agayla. —El mago inclinó la cabeza—. Tú ganas. Tendrás toda mi fuerza. Cada gramo que poseo. Se ha de contener a los jinetes.

—No esperes que yo me eche a llorar de la emoción —murmuró Obo.

Al principio Kiska pensó que era un sueño. Un cosquilleo le hormigueó en la piel. Tuvo la sensación de que alguien la observaba. Poco a poco, la conciencia de dónde se había quedado dormida se coló por sus pensamientos y se despertó de golpe.

Una mujer morena se inclinaba sobre ella con las manos abiertas, como si pretendiera cogerla. Kiska se levantó de un salto y la mujer se encogió, sobresaltada. Las manos de Kiska volaron por instinto a la cintura, las mangas y el cuello de la ropa, pero salieron vacías. La joven gruñó con los brazos levantados.

La mujer se irguió y levantó las manos abiertas.

—Espera, niña. Me has dado un buen susto.

Kiska miró a su alrededor. Hattar había desaparecido, al igual que su cinturón y las armas. Las brasas brillaban en el hogar y las velas se habían consumido casi por completo. Su hoja yacía envainada sobre la mesa. Había alguien en la puerta, el jorobado, el mismo hombre que le había prestado aquel arma.

—¿Yo te he asustado a ti? —se rió Kiska. Se irguió e hizo una mueca al sentir el dolor que le apuñalaba el costado y la rodilla.

La mujer era la maga mercenaria napaniana. Asintió.

—Sí. Estabas bajo una ligera guarda, un sueño sanador. Solo estaba poniendo a prueba su fuerza cuando despertaste y la rompiste con facilidad. Tu resistencia es muy poco habitual.

Kiska lanzó un bufido y quitó importancia a las palabras de la mujer. ¿Qué era lo que estaba tramando en realidad? ¿Dónde estaba Hattar? ¿O Tayschrenn, ya puestos?

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué hora es?

La mujer se arrodilló para calentarse las manos en la chimenea y, Kiska supuso, que también para tranquilizarla.

—Esperábamos que pudieras decírnoslo tú. Aquí no hay nadie. La fortaleza está vacía. ¿Y la hora? —Se encogió de hombros—. Después de la décima campanada de la noche, creo.

Kiska recogió el arma y se la metió entre la ropa, en el costado.

—Si quieres respuestas, solo tienes que subir. Estoy segura de que las garras estarían encantadas de ayudarte.

El tintineo del acero anunció el avance arrastrado del jorobado. A la luz tenue del hogar, Kiska vio que lucía una olla de acero oxidada y abollada a modo de yelmo. La armadura le colgaba del cuerpo encorvado en capas de muchos pliegues con hojuelas de acero en los hombros, el pecho, el estómago y los brazos. También llevaba un hacha de lanzamiento de mango largo. Kiska se lo quedó mirando, horrorizada, segura de que cualquier hombre normal ya se habría derrumbado bajo semejante carga.

—No quiere hacerte ningún daño, muchacha —rezongó el viejo—. Ya se ha ido todo el mundo. ¿Qué sabes tú?

Kiska miró a uno y después a otro.

—¿Qué importa? Se acabó. Ha ganado Torva.

La mujer se estremeció.

—¿Estabas allí? ¿Lo viste?

Entonces Kiska recordó con quién estaba hablando y se le cortó la respiración.

—Oh. Y a Ceniza. Lo vi. Está muerto. Lo siento.

La mujer se echó hacia atrás el largo cabello con un suspiro.

—Yo no. Ése hombre está mejor muerto. Debería haber muerto hace muchos años. Éstos tiempos no eran de su gusto. Con todo, yo tenía con él una gran deuda.

Kiska apartó la mirada.

—Bueno, me alegra que estés bien.

—¿Así que también lo viste a él?

Kiska se frotó los brazos para calentarlos y protegerse de aquel frío inusual. Estaba aterida y tenía hambre, pero se sentía mejor, como si hubiera dormido una noche entera. Hasta la rodilla la tenía más fuerte, le palpitaba y la sentía rígida, pero firme.

—No. Eso no lo vi. Pero estuve allí justo después. Torva dijo que Kell... que cayeron del balcón, que cayeron por el risco. Nadie podría sobrevivir a eso. Hay cien brazas.

Lubben y la mujer se miraron, su escepticismo era patente.

Ofendida, Kiska se apartó.

—A Torva le bastó con eso. Dijo que se había acabado. Incluso... —La chica se contuvo y tragó saliva—. Bueno, todo el mundo estuvo de acuerdo. —Pero al tiempo que lo decía, le entraron dudas. ¿Dónde estaban Hattar y Tayschrenn? ¿O Torva? ¿Había sido Tayschrenn el que la había cubierto con ese hechizo, si es que había sido un hechizo, como afirmaba la mujer? ¿Habían mentido sobre cómo habían terminado las cosas? Si era así, no podía haber sido por su presencia. No, tenían que tener otras razones, y sin duda razones muy diferentes. Puede que se mintieran por pura costumbre. *El modo malazano*, recordó que Tayschrenn había susurrado con ironía mordaz. Y en las palabras del mago supremo, Kiska había oído también cierta indignación consigo mismo. Se frotó los costados con las manos y apartó la mirada.

—Supongo que no lo sé. Creí que todo había acabado.

—Bueno, pues no es así —dijo la mujer, que parecía extrañamente enfadada—. Eso seguro. —Kiska la observó, perpleja—. Por aquí hay una inmensa perturbación entre las sendas —explicó la mujer—. Puedo sentirla con tanta fuerza como la tormenta que está rompiendo sobre la isla. Allí es donde se habrá ido todo el mundo, con toda probabilidad.

—La Casa de Muerte —dijo Kiska sin aliento al recordar las palabras de Oleg.

La mujer clavó los ojos en ella y la midió con la mirada por segunda vez.

—Sí. La Casa de Muerte. Todo esto —y señaló el piso de arriba— no era más que una distracción, seguro. Un espectáculo secundario.

—Pero todos los muertos. Y Ceniza, también.

La mujer se volvió hacia las ascuas.

—Nada como una masacre para confirmar las apariencias. —Cogió un atizador de un soporte que había junto al hogar y hurgó entre los carbones que quedaban para extenderlos entre las cenizas—. Aquí no hay nada más que averiguar, Lubben. —Hablabla con un tono de mando que sorprendió a Kiska—. Iremos a la Casa.

Lubben asintió con un gruñido y acunó el hacha contra el pecho. Que el

independiente y cínico jorobado se sometiera con tanta facilidad a las órdenes de la mujer a Kiska le pareció de lo más revelador. En la posada, la mujer había actuado como la segunda al mando de Ceniza, que, si se podía creer a Torva, había sido oficial de los Abrasapuentes. Era posible que aquella mujer tuviera también un rango equivalente a comandante.

—Llévame contigo —soltó Kiska de repente.

La mujer sonrió al percibir la impaciencia de Kiska, pero negó con la cabeza.

—No. Es demasiado peligroso.

—Puedo ser útil. Sé cosas.

La mujer la escrutó y ladeó la cabeza.

—¿Por ejemplo?

Kiska se humedeció los labios e intentó recordar todas las cosas importantes que Oleg había dicho, junto con todo lo que sospechaba ella.

—Sé que tendríamos que llegar allí antes del amanecer, pero ese uso de una senda sería peligroso, porque los mastines son sensibles a ellas e incluso podrían viajar por su interior a voluntad. Sé que hay un acontecimiento que se va a producir y que se concentra en la Casa. Y que... —hizo una pausa e intentó recordar la palabra que había usado Oleg—, que podría ser un portal de Sombra...

—¡Basta!

Kiska paró en seco, sorprendida. La mujer levantó una mano para disculparse.

—Perdona. Pero ciertas cosas es mejor no insinuar que se saben, nunca, en ningún sitio.

Se dio la vuelta y empezó a pasearse. Kiska la observó, tensa, desesperada por insistir, pero temía que con eso solo la molestara más.

—Yo le echaré un ojo —se ofreció Lubben desde la oscuridad que rodeaba el exiguo fulgor de la chimenea.

La mujer estudió a Kiska desde el otro lado de la repisa de la chimenea.

—De acuerdo —dijo—. Si deseas venir, puedes. Pero harás lo que yo te diga.

—Sí.

—Te llamas Kiska, ¿no?

—¿Y tú?

La mujer respondió con una sonrisa burlona, el tatuaje negro de su frente se arrugó.

—Corinn. Bueno, Kiska, ¿has viajado alguna vez por una senda?

El primer impulso de Kiska fue mentir, temía que esa carencia arruinara sus posibilidades. Pero después sacudió la cabeza, frustrada por su inexperiencia.

Corinn frunció los labios por un momento y a Kiska se le cayó el alma a los pies, pero después se encogió de hombros.

—No importa. Pero no te separes mucho. Lubben, tú quédate detrás.

El hombre rezongó, impaciente.

—¿Y los mastines? —preguntó Kiska.

Aquélla sonrisa otra vez, desafiante y llena de vida.

—Tendremos que movernos deprisa. —La mujer agitó una mano. El aire rieló ante el hogar, como si surgiera de él una oleada de aire caliente. Aparecieron unas vetas grises que adquirieron brillo y se convirtieron en jirones de un purísimo color plata resplandeciente. Los jirones se encontraron y fusionaron, y crearon un espejo flotante de mercurio que titilaba como el agua.

Por las insinuaciones de Agayla, dejadas caer aquí y allá, Kiska reconoció la senda como la de Thyr, la senda de Luz. Había oído que se suponía que la Encantadora, la reina de los Sueños, practicaba la senda de Thyr.

Corinn se adelantó y desapareció en el óvalo flotante de azogue como si se sumergiera.

Kiska dudó, temerosa a pesar de su fascinación.

—Date prisa, muchacha —la alentó Lubben—. No servirá de mucho perderla y vagar por las sendas solos para siempre.

Espoleada por el horror de esa idea, Kiska saltó. Si Lubben la siguió, nunca lo supo. Era como si se hubiera metido de un salto en una sala de espejos. Reflejos de ella misma y de Corinn se iban alejando en apretadas filas a una distancia infinita. Cientos de Corinn se volvieron y le tendieron la mano. Kiska se quedó quieta, incapaz de moverse, con el corazón golpeándole en el pecho, aterrado. ¿Cuál era la real? ¿A cuál debería responder?

Como una nadadora atravesando un lago, una nueva Corinn surgió de una imagen de sí misma. Kiska extendió una mano y suspiró de alivio cuando tocó carne y hueso.

—¿Dónde está Lubben?

Corinn tiró de Kiska.

—Todo el mundo sigue su propio camino en Thyr. Ahora no te separes de mí.

Continuaron avanzando sin moverse, o eso le pareció a Kiska. No podía discernir progreso alguno; con todo, Corinn seguía tirando de ella. Luego, cuando estudió las imágenes de ella misma que pasaban, empezó a ver diferencias, algunas ligeras, otras sorprendentes. En una aparecía con una delgadez dolorosa y vestía ropas que no era más que harapos; en otra estaba mutilada, le faltaba el brazo derecho desde el codo. La imagen le provocó un escalofrío en ese brazo al recordar una herida de una caída siendo niña. En otra imagen más vestía el ropaje oscuro de una garra. Kiska estuvo a punto de gritar de asombro.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó a Corinn, y tiró de ella para que parara—. ¿Qué significan todas estas imágenes?

Corinn se volvió, la irritación oscurecía los tatuajes de su frente.

—¿Ves imágenes?

—Sí. ¿Tú no?

Corinn levantó las cejas, impresionada.

—Vaya. Lo tuyo es innato. Thyrr debe de sentarte bien. —Instó a Kiska a que continuara mientras hablaba por encima del hombro—. Son solo posibilidades, fantasmas, no les hagas ningún caso. No estamos aquí por eso.

—¿Qué es lo que ves tú?

Corinn contestó sin volverse.

—Yo camino por un puente de piedra sobre el vacío, con un cielo azul y abierto a mi alrededor.

Kiska se quedó mirando las confusas paredes plateadas que cambiaban a su alrededor, incluso por encima y por debajo.

—¿Por qué? ¿Por qué un puente sobre el vacío? ¿Cómo?

Corinn miró atrás con la misma sonrisa misteriosa.

—Me gusta ver las cosas así, es más seguro. Y cuanto al cómo, bueno, eso llevaría años.

Kiska asintió con una mueca. Sí. Años de estudio y práctica. Los mismos polvorientos ejercicios mentales y de meditación que Agayla había intentado imponerle tanto tiempo atrás, y solo para rendirse el día que Kiska abrió una ventana en el techo y se arriesgó a hacer una peligrosa escalada de tres pisos antes que quedarse sentada durante horas para, en sus propias palabras, intentar ponerse bizca. Después de eso, Agayla había respetado su acuerdo: le había proporcionado todo tipo de instrucción, pero dejó de presionarla para que adquiriera algún tipo de formación arcana. Se había limitado a advertirle que terminaría por lamentar esa decisión.

Y casi de inmediato Kiska la lamentó, pero su orgullo no le permitía admitirlo. ¡Su obstinado orgullo que le daba la vuelta al fracaso y al final incluso presumía de su ignorancia! Lo único que sentía en esos momentos era vergüenza por mostrar una testarudez tan infantil. Tras esa noche le rogaría a Agayla que la perdonara.

Al pensar en Agayla, el roce de sus suntuosos vestidos bordados y su espesa melena de cabello cobrizo, Kiska sintió un cosquilleo en el cuello. Ralentizó el paso, mareada por un momento y después se detuvo con una sacudida cuando una de las imágenes que tenía delante rieló como la superficie de un estanque. Cambió, se oscureció hasta parecerse a una mujer sentada en la playa, fustigada por un viento punitivo y amenazada por unas nubes bajas. La mujer levantó la cabeza y Kiska vio a Agayla como no la había visto jamás: agotada, ojerosa, la cara demacrada y pálida, el pelo azotado por el viento y empapada. Agayla levantó la cabeza, confusa y después alarmada.

—Aquí no, niña —dijo con voz ronca, distraída.

Kiska se precipitó hacia delante.

—¡Agayla! —Pero la imagen se deshizo con una ondulación y en su lugar

reapareció Corinn. La mirada que le lanzó a Kiska la hizo sentirse como si le acabaran de salir alas. La filigrana del tatuaje de la frente de la mujer parecía palpitar.

—En el nombre de los ancestrales, ¿qué crees que estás haciendo?

—Creí ver a alguien —tartamudeó Kiska—. Alguien que conozco. Tiene problemas. ¡Tengo que ir con ella!

Corinn murmuró algo e hizo un gesto brusco. Toda insinuación de su anterior sonrisa maliciosa había desaparecido.

—Yo no percibo nada. Quédate conmigo. Éste no es sitio para juegos.

Ofendida, Kiska abrió la boca para explicárselo pero la mujer emprendió la marcha sin esperar. Kiska se apresuró tras ella, luchando por no alejarse.

—Tenemos que salir antes de llegar a nuestro objetivo —dijo Corinn por encima del hombro—. Algo bloquea el camino, ¿lo ves?

La visión de Kiska no iba más allá de la imagen de sí misma que había justo detrás de Corinn. Era como si caminara hacia sí misma, aunque cada paso que daba no la acercaba más.

—Yo no veo nada diferente de antes —dijo Kiska. Pero Corinn no respondió. Había desaparecido.

Un grito murió en los labios de Kiska cuando la plata reflectora de la senda se amortiguó y espesó hasta convertirse en una niebla opaca. Su adiestramiento le cerró la boca para contener cualquier grito que la traicionara, porque acababa de reconocer dónde se encontraba. Era su tercera visita al reino de Sombra.

Se encontraba en una llanura plana de polvo y tierra arrastrada por el viento. Un cielo pálido y plomizo se arqueaba sobre ella. Muy a lo lejos se alzaba un gemido bajo que se alargaba, el viento o un mastín.

Delante de ella se elevaba un afloramiento de roca. Jamás había visto cosa semejante. Parecía un revoltijo de enormes filos cristalinos, negros y emborronados como humo congelado. Kiska pensó en las piedras que Agayla poseía en su tienda, los racimos de cuarzo y cristales de sal. ¡Cuarzo de humo! ¡A eso le recordaba! Y estaba cambiando. Mientras observaba, cada hoja se iba alterando, rotando, desapareciendo o cambiando su translucidez. La estructura entera parecía carecer de definición, ser cambiante. Ni siquiera podía estar segura de su tamaño. Era hermosa, parecía hablarle y Kiska sintió que debía de contener las soluciones a todos los misterios sobre los que ella siempre se había preguntado, todas las respuestas a cualquier interrogante sobre Agayla. Lo único que tenía que hacer era entrar y sabría cómo se encontraba Agayla en esos momentos. Incluso dónde estaba Tayschrenn en ese mismo instante. Cualquier pregunta hallaría respuesta. El destino de su padre. Quién sería su amante. Kiska dio un paso hacia los cristales.

Algo se interpuso en su camino. Una mano dura como una roca la empujó.

—No sirve de nada quedarse mirando con tanta atención —dijo una voz sin aliento.

Era el ser del puente, Caminante del Filo. Aturdida, Kiska parpadeó y se frotó los ojos con las palmas de las manos. ¿Qué había pasado? ¿No había algo...? Habría jurado que había pasado algo extraño. Se encogió de hombros, pero mantuvo la vista apartada del afloramiento de cristal.

Más allá, las arenas daban paso a un montículo de granito desnudo que descendía hasta un lago de agua lisa que reflejaba el cielo apagado como un espejo. Un muro inmenso de hielo se alzaba en la orilla contraria; el glaciar que poco antes no había sido más que una línea lejana en el horizonte. En ese momento, el hielo se extendía como una llanura inmensa. Las luces jugaban sobre él de un modo que Kiska no había visto jamás en los cielos nocturnos del sur: estandartes de los colores del arcoíris y cortinas que destellaban y bailaban.

¿Se había movido ella o se había movido el cielo?

—Esto es Sombra —le dijo al ser. Éste inclinó la cabeza desecada para asentir—. No debería estar aquí.

—Pero lo cierto es que pareces muy persistente.

Kiska estudió las cuencas de los ojos, oscuras y vacías, donde debería haber tenido los ojos; ¿había hecho un chiste?

—¿Y puedes enviarme de regreso otra vez?

—Se podría decir que es mi obligación.

—Antes de que lo hagas, ¿qué es eso? ¿Ésa cosa? —Kiska señaló con un gesto el montón de cristales que parecían cuarzos.

—Ésa es la Casa de Sombra. El corazón de Sombra, por así decirlo.

—¿En serio? ¿Eso? Pero está...

—Vivo. Pues sí. Y es muy peligroso.

—¿Peligroso? ¿Pero qué hay de... de los que querrían reclamarlo?

El ser encogió los delgados hombros.

—Los ocupantes del trono van y vienen. —Levantó una mano terminada en garras para señalar el glaciar que había al otro lado del lago de hielo derretido—. Pero eso. Eso es el auténtico peligro.

—¿Qué es?

—Es ajeno a este reino. Me recuerda a los jaghut, pero es profundamente ajeno a ellos. Ellos, por lo menos, no eran tan diferentes de ti. Se dice que hace mucho tiempo, los jaghut permitieron sin querer que entrara en este mundo cuando tejieron su magia de hielo con demasiada intensidad.

—Pero hay un loco, un asesino, que puede que tome el trono. ¿No vas a hacer algo? ¡Éste tampoco es su sitio!

La criatura no le dio la espalda al risco del glaciar.

—Cierto. Pero esta es una amenaza más letal. Debo estar listo por si esto se abriera camino y alcanzara la Casa.

—¿Abrirse camino?

—Hay resistencia presente. Pero eso podría cambiar en cualquier instante. Los que se enfrentan a él se van debilitando por momentos.

—¿Pero qué hay de Kell... del trono? —poco menos que gimió Kiska.

—Lo siento. Ésa es una preocupación menor dado todo lo que está en juego, esta conjunción.

—¿Menor?

Kiska creyó oír crujir la carne seca del cuello de la criatura cuando giró la cabeza para mirarla.

—Sí. En una perspectiva más amplia. Lo siento. Ahora debes irte.

—¡Pero espera! Tengo tantas preguntas. Yo...

Un gris opalescente se cerró alrededor de Kiska y oscureció su visión con tanta certeza como el humo. Muy cerca se oyeron gritos, chillidos, el estruendo de las armas. Oyó a una mujer gritar algo, ¿su nombre?

Kiska se agachó, lista para el combate, tanteando con una mano las cortinas ondeantes.

—¿Corinn?

—Aquí.

Kiska giró en redondo, no discernía nada salvo niebla. ¿Había vuelto a Malaz? ¿Pero dónde? Dibujó un círculo intentando ver algo, pero en vano.

—¿Corinn? —susurró, algo más alto. Con mucho cuidado fue sacando el cuchillo de combate curvo.

—Calla —le advirtió una voz lejana.

¿Había sido Corinn? ¿Qué clase de juego era aquél?

—¿Dónde estás? ¡Muéstrate!

—Justo detrás de ti. —Una burla al oído de Kiska.

La chica se volvió, vapor vacío que se agitaba y rizaba. Kiska contuvo el ataque de pánico y apretó las manos con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas. *Da igual lo que esté o no pasando: conserva la calma.* Era una guerra de nervios y estaba perdiendo ella.

Escucha, chica, se desafió. Escucha. ¿Qué oyes? Hizo un esfuerzo e intentó distinguir entre el fondo de gritos apagados y chillidos para discernir indicios cercanos, arañazos y susurros. ¡Ahí! Una pisada a su derecha. Y, o bien muy lejano, o un tanto apagado, un rugido de rabia. ¿Lubben?

Una vez más, el roce del cuero en la piedra. Tras ella, más cerca. Sin esperar a otro susurro de burla, Kiska se abalanzó con los brazos abiertos. Un tejido basto le rozó la mano derecha. Kiska se aferró a él y lo acercó de un tirón.

La tela era un tejido suelto, teñido de gris. Un adepto.

Una hoja fría mordió el hombro de Kiska cuando la manga del asesino le rozó el cuello. Al reconocer la estocada y la postura de su oponente, la joven reaccionó de forma automática. Dobló el brazo, estrelló el codo contra la garganta de su adversario y después le asestó un golpe en el pecho. Su rival se desplomó en el suelo.

Kiska se arrojó sobre el cuerpo y le tapó la boca con una mano. Escuchó. Satisfecha al ver que estaban solos, o al menos tras renunciar a intentar detectar la presencia de otro, Kiska bajó la cabeza. Era una mujer joven. Quizá el golpe había roto el hechizo del disfraz, o había sido la caída, pero, en cualquier caso, la cara de la mujer estaba desnuda y la capucha reposaba en la calle empedrada. Unas pequeñas burbujas se alzaban y caían en los labios de la mujer, que luchaba por respirar. El cabello y la tez eran claros, los pómulos altos y finos, delicados. Taliana, quizá, de aspecto acaudalado. Kiska le quitó con suavidad la daga de la mano. Las uñas estaban limpias, llevaba la manicura hecha y tenía la palma suave. Los ojos de la mujer siguieron la hoja fina cuando Kiska la levantó entre la cara de las dos.

—¿Por qué? —susurró Kiska.

El aliento de la mujer resollaba, superficial y húmedo. Un aullido rasgó la niebla como un grito al oído de Kiska. No pudo contener el estremecimiento de sus músculos. La mujer sonrió al verlo. La sonrisa hablaba de una victoria sobre Kiska, un triunfo sobre el miedo que traicionaba la joven.

Kiska esbozó un gruñido de desdén, se levantó y examinó las cortinas agitadas en busca del mastín. ¿Iba a por ella? Quizá la misión de la adepta había sido retrasarla lo suficiente para que llegara el animal. De ahí el juego, esa partida al escondite. Kiska se maldijo por cooperar, por esperar como una idiota, por reaccionar en lugar de tomar la iniciativa. Se había puesto en sus manos ella sola.

Oyó un bufido bajo y satisfecho y se dio la vuelta. Allí, bajo la bruma, pendían dos ojos verdes. Verdes, uno era diferente. Tampoco eso importaba mucho. Tras haber visto uno de cerca, Kiska se desesperó. La criatura había derribado una puerta y había partido hombres con armadura por la mitad. La única elección que le quedaba a ella era que la derribaran por detrás mientras huía o que acabaran con ella luchando. Dio un grito de rabia ante la injusticia de todo aquello y, con la hoja desnuda en la mano, cargó contra los ojos.

Al sexto paso tropezó. El pie que había adelantado se enganchó en un desnivel del suelo. Kiska cayó rodando, se metió en una explosión de ruido, (un tiroteo ensordecedor de poder crujiente, gritos en una multitud de idiomas), y estampó la cabeza contra un muro. Yació allí, aturdida, mientras unas energías fosforescentes rielaban y jugaban sobre ella.

Al salir de la puerta de la Casa, el gigante se inclinó para esquivar el dintel. Ajeno a

ese mundo, una armadura ornamental de placas de bronce y cuero repujado y labrado le resplandecía en el pecho, los brazos y las piernas. Un fajín dorado le envolvía los hombros de una anchura inhumana. De otro, que llevaba en la cintura, colgaban dos espadas. Tenía el rostro oculto por un yelmo de guerra de hierro pulido dorado con espirales de bronce y unos guanteletes de hojuelas de bronce le cubrían las manos.

Temple retrocedió después de lanzar una mirada rápida a su espalda. Trench bloqueaba la frágil verja y lo apuntaba con la alabarda. Cuando la aparición bajó del porche, las piedras del camino se hundieron bajo sus pies. Temple oyó gritos de desesperación detrás de él, interrumpidos por la carcajada abrasadora de Faro.

—¿Veis? —gritó el anciano, al que se le quebraba la voz—. ¡Necios! Habéis hecho salir al jaghut. El más grande de todos los que cayeron intentando dominar la Casa. ¡Ya veis ahora a lo que os enfrentáis!

Temple retrocedió hasta la verja pero se detuvo en seco cuando Trench lo amenazó con la gran hacha.

—¡Déjame salir, maldito seas!

Detrás de Trench y Faro, los adeptos se desplegaron, Pralt y Jasmine entre ellos, y se repartieron por todo el muro bajo.

—Soldado —exclamó Faro dirigiéndose a Temple—, has entrado por propia voluntad. —El parpadeo fosforescente de las energías de la senda danzaban por sus brazos demacrados—. Lo siento, pero no podemos permitir que nadie abandone los terrenos. Tomaste una decisión.

¿Qué? Pero si acababa de entrar. ¡Bueno, al abismo con ellos! Los muros eran lo bastante bajos como para salvarlos de un salto. Un choque de espadas hizo darse la vuelta a Temple. El jaghut tenía sus hojas preparadas. Éstas centelleaban, la luz se ondulaba por su metro veinte de longitud, la criatura las hizo entrechocar otra vez. Sobre la casa estalló un trueno.

Los terrenos palpitaron y surgieron cientos de manos y brazos desecados y esqueléticos, miembros que cavaban y arañaban, miembros de los cadáveres que luchaban por liberarse de la tierra. Energías de color cian parpadeaban sobre los muros y las ramas de los árboles se crispaban y balanceaban. El ruido de todo ello, el rugido y los crujidos, los gritos aterrados de los adeptos, ensordeció a Temple.

Alrededor del camino de losas, unas manos fibrosas, la carne seca y convertida en cuero, se aferraban al aire. Temple le dio una patada a la más cercana, pero la mano le agarró el pie y necesitó de toda su fuerza para liberarse. Los miembros se agitaban entre él y el muro, una cosecha malévolas que pretendía derribarlo. Se preguntó cómo les iría a sus hojas contra ellos pero ya casi tenía al jaghut encima. Adoptó una posición de combate, aunque dudaba poder sobrevivir a un solo golpe. Con todo, al igual que Surgen Riss, el jaghut casi no era consciente de su presencia, su visera se había clavado en la verja que tenía Temple detrás. Solo se le movían las piernas, los

pies se estrellaban con pesadez contra el sendero. Después, destellando como luz líquida, las hojas se dispararon. Temple apenas fue capaz de reaccionar. Bloqueó la estocada, pero la fuerza del segundo golpe lo arrojó del sendero como el barrido lateral de un ariete. Rodó, dio varios tumbos y se detuvo sobre la tierra fría y suelta de los terrenos.

Bocabajo, luchó por recuperar el aliento y se atragantó con el polvo y la tierra. A lo lejos, entre el tumulto, oyó los pasos pesados del jaghut que se dirigía a la verja. Unas cosas se retorcían y cambiaban de postura bajo él, como serpientes. Una voz le gritó entre sus aturcidos pensamientos: *¡Muévete, hombre! ¡Vete al muro!*

—Claro —jadeó en voz alta mientras escupía tierra—. Moverme. —Con las espadas todavía apretadas en los puños, se arrastró como un nadador agotado que intenta llegar a una orilla demasiado lejana. Pasó por encima de un mar de manos marchitas que intentaban coger algo y brazos que se agitaban en el aire. De momento, los muertos parecían más concentrados en liberarse que en atacarlo a él. Una nueva nota de urgencia entró en la refriega cuando resonó una especie de yunque y un bramido reverberó en la verja.

Temple siguió arrastrándose. El tosco muro se alzaba casi a su alcance, de una altura risible, casi inútil. Tras él pasó corriendo un adepto que ni siquiera se molestó en mirarlo allí tirado. Más adelante, cadáveres enteros con armadura se habían liberado con uñas y dientes. Algo atrapó el pie de Temple. El veterano le dio una patada, pero lo que fuera resistió. Temple rodó de lado y bajó la vista, se encontró con una mano esquelética que le rodeaba el tobillo. El miedo le arrancó un grito y se giró para azotar a aquella cosa de forma repetida. Otras manos intentaban sujetarlo. Los tendones se partieron como madera seca y el soldado se soltó el pie de un tirón.

Con un escalofrío de horror invadiéndolo todavía, Temple gateó con frenesí, pero bajo él la tierra cambiaba y se abría. El hedor mohoso y rancio de carne muerta desde hacía décadas se coló hasta él y después, los dedos de uñas largas se abrieron paso por las grietas. En el muro, los cadáveres liberados se aupaban apoyados en las piedras y se abalanzaban contra los adeptos que pasaban detrás. Cogieron a uno por la manga y tiraron de él para meterlo en su terreno. Se hundieron con él envuelto en sus brazos huesudos, los gritos del adepto se cortaron en seco cuando le hundieron la cabeza bajo la tierra.

Temple se lo quedó mirando, horrorizado. Que Ascuá lo ayudase, ¡él sería el próximo! Saltó al muro, pero algo lo sujetó de la pierna y se quedó corto, solo pudo rozar el muro con las espadas. Un cadáver lo retenía. El cráneo destrozado se tambaleó cuando Temple le propinó una patada. El veterano descargó su furia, golpeó el torso con todas sus fuerzas y la criatura cayó al suelo.

La bilis ácida y caliente de las náuseas arañó la garganta de Temple. Era capaz de enfrentarse a cualquier guerrero de cualquier tierra, ¡pero eso! Se levantó de un

empujón y estaba a punto de saltar el muro cuando algo se estrelló contra él de lado y lo mandó dando vueltas por el patio.

Tirado en el suelo, Temple se giró para mirar el muro. Su mirada se encontró con una garra vestida de negro con un bastón junto a ella. ¿Por la mala estrella de Fener, qué estaba haciendo allí una garra? Los gritos y las explosiones de la energía de una senda más allá de los muros respondieron a su pregunta. En medio de una caótica refriega de humo, bruma, fuego de senda y un torbellino de túnicas que cortaban el aire, el negro luchaba contra el gris. En la verja, Trench y Faro batallaban contra el jaghut y nadie, con muy buen criterio, parecía dispuesto a interferir en semejante duelo titánico. En otras partes de las murallas, los adeptos y las garras luchaban codo con codo contra los muertos, que parecían menos inclinados a defender las murallas que a trepar por ellas.

La garra que lo había golpeado se bajó la capucha y reveló un pelo largo y negro y una cara estrecha de hacha. Zarigüeya. El hombre parecía haber estado también en una pelea, tenía las túnicas rasgadas y ensangrentadas. Zarigüeya sonrió a Temple, lo miraba igual que un muerto de hambre contemplaría un buey asado.

Temple lo invitó con un gesto de la mano. Zarigüeya negó con la cabeza. Temple intentó incorporarse para embestir al malnacido, pero cayó: algo se aferraba a su tobillo como las mandíbulas de un perro. Ya le habían metido el pie en la tierra de un tirón.

—¡Maldito seas, te hundirás en el abismo del Embozado! —chilló.

—¡Después de ti! —respondió Zarigüeya entre los estallidos de fuego mágico.

Colérico, Temple lanzó una de las espadas contra la garra, que la apartó con el bastón. Zarigüeya se echó a reír, se despidió con la mano, dio un paso atrás y desapareció.

Temple luchó por levantarse, casi llorando de frustración. ¡Había estado a punto de conseguirlo! Si no hubiera sido por aquel cabrón, habría escapado. Con un bramido, introdujo la mano en la tierra suelta y palpó a ciegas. No era una mano sino una enredadera o una raíz de algún tipo, pero se aferraba a él como un cepo. Temple tiró pero estaba tan tenso como una cuerda.

Colina abajo, le llamó la atención un intercambio especialmente fiero de energía de alguna senda. Allí, lo que parecían ser los últimos adeptos que quedaban se habían reunido en un último esfuerzo por enfrentarse a las garras. Trench y Faro todavía defendían la verja contra el enorme y ensordecedor jaghut. En los muros, las garras habían sustituido a los adeptos pero, a juzgar por sus gritos aterrados, no parecía irles mucho mejor.

Un crujido seco susurró a espaldas de Temple y el veterano se giró. Se alzaba tras él uno de los árboles atrofiados del patio, cuyas ramas se extendían hacia él. ¡El árbol! ¡Lo tenía cogido el puñetero árbol! Un horror puro borró cualquier

pensamiento coherente de su cabeza. Arrojó la segunda espada por encima del muro, sacó las dos dagas de parada y hundió las hojas cortas y pesadas en la tierra.

Con el primer roce del hierro, la raíz se agitó y el árbol se estremeció de abajo arriba. Temple creyó que lo había vencido, pero entonces la raíz le ciñó mejor el tobillo y le hundió todavía más la pierna en la tierra, hasta la rodilla. El veterano gimió de dolor y miedo y coló un brazo para cortar y rebanar la raíz. Sintió un dolor ardiente en la otra pierna cuando también se la hundieron en el suelo. Frenético, lanzó cuchilladas con las dos hojas a tanta profundidad como se atrevía a llegar. Pero no bien cortaba una raíz, ya tenía otra envuelta a su alrededor. Unos zarcillos le sujetaron los brazos. Tenía la mitad del barbote apretado contra la tierra y sabía que en cualquier momento la raíz le apresaría el cuello. Desde donde se encontraba podía ver el árbol oscuro contra el cielo. Lo examinó. Era una criatura escuálida, atrofiada y llena de nudos, el tronco no era más grueso que su muñeca y apenas alcanzaba su altura. Temple sonrió, pensando: *Pareces estar a mi alcance, cabrón*. Con un bramido de rabia, sacó de un tirón los brazos de la tierra y se abalanzó.

Puede que Kiska yaciera allí durante cierto tiempo, no lo sabía. Solo fue consciente de algo que oscilaba al borde de su campo de visión y una voz conocida y cercana que decía: «Me sorprende mucho verte aquí». Kiska parpadeó para contener unas lágrimas de dolor, entrecerró los ojos, miró arriba y se encontró la cara arrugada y crispada por la locura de Oleg Vikat. Su sombra parecía notablemente sólida, fuera lo que fuera aquel sitio. Al lado de Kiska se levantaba un muro de granito y bloques de caliza apilados de cualquier modo, contra eso era contra lo que se había golpeado la cabeza.

—¿Dónde estamos? —susurró Kiska con una mueca, mientras se frotaba el cráneo tras la oreja.

Oleg le deslizó una mano bajo el brazo para levantarla y señaló algo por encima del muro.

—El ojo de la tormenta.

Kiska gimió y apoyó la barbilla en el muro bajo. Estaban en el único edificio de Malaz en el que nunca se había atrevido a entrar. El viejo edificio con un nombre ridículo: la Casa de Muerte. Llámalo superstición, pero ella nunca había visto a nadie entrar o salir de allí y lo había usado como excusa para no echar nunca un buen vistazo. Un edificio abandonado no albergaba ningún interés para ella.

Estaban detrás de la Casa, en el muro trasero e irregular que se alzaba más o menos a la altura de la cintura. Más allá, en los terrenos, se levantaban cuatro montículos importantes, encorvados como montones de basura y que humeaban como si los hubieran revuelto hacía poco. Unos árboles achaparrados y retorcidos de ramas negras crecían aquí y allá sin demasiado orden aparente. En una esquina había un

monumento de piedra, unos plintos de granito apilados como cartas y ahogados bajo las enredaderas que serpenteaban por todo el terreno. En cuanto a la Casa, las ventanas parecían oscuras y vacías, el único acceso trasero era una estrecha entrada para sirvientes al fondo de las escaleras, obstruida por las malas hierbas.

No se movía nada, excepto las ramas de los árboles que se crispaban. En la parte delantera de la Casa, Kiska oyó el estruendo de una lucha. Varias capas de niebla cubrían la distancia pero pudo distinguir cadáveres tirados en varios sitios, contra el muro. De Corinn y Lubben no había ni rastro. ¿Dónde estaban?

Un siseo bajo de Oleg volvió a captar su atención. El hombre miró furioso por encima del muro, encorvado pero tenso, como un gato con el lomo arqueado.

—¿Qué pasa? —preguntó Kiska, que no veía nada.

—¿No los ves?

—No. ¿A quién? ¿Dónde? —Kiska preguntó «quién», pero por el veneno en la voz de Oleg ya se lo imaginaba.

—Mira entre los dos montículos más alejados. ¿Ves moverse las enredaderas?

Kiska miró y tras un momento advirtió que la estera de follaje se sacudía un poco, cambiaba y se estiraba como si se retorciera tras algo. Después, las hojas se ennegrecieron, humearon y cayeron convertidas en cenizas.

Oleg, con los puños en la barbilla, se puso a gemir.

—¡Noooo! ¡Se está escapando! —El anciano se volvió hacia ella—. Tú estuviste en Sombra. ¿Conociste al ancestral?

—¿Ancestral?

Oleg lanzó un siseo exasperado.

—El que vigila sus fronteras.

—Oh, sí. Lo conocí.

—¿Y? ¿Qué dijo? ¿Dónde está? ¿Va a actuar?

Kiska gimió para sí.

—No puede, es decir, no lo hará. Lo siento.

Las manos espectrales de Oleg se abalanzaron hacia la garganta de Kiska, pero se apartaron de un tirón en el último momento. La joven se encogió. Con una mirada salvaje, el viejo murmuró para sí, después pasó las manos por el muro con rápidas caricias tentativas, como si estuviera caliente y le quemara los dedos.

—No hay más remedio —lo oyó gimotea Kiska—. ¡Lo veré esclavizado por toda una eternidad! ¡Eso tiene que ser mío! —Las energías de una senda crepitaron y destellaron, cegando a la joven. Cuando volvió a mirar a Oleg, este estaba dentro del muro, cruzando el terreno a gatas. Las enredaderas que intentaron atraparlo se ennegrecieron y convirtieron en cenizas.

El viejo no tardó en llegar junto a las enredaderas, que se estremecían y agitaban. Kiska oyó un grito, un desafío o una advertencia. Cerca de Oleg se arrastraba otro

hombre, pero la joven apenas lo había visto cuando el poder estalló, dorado y violeta entre los dos, un poder que hizo pedazos árboles cercanos y levantó nubes de tierra de un montículo. La fuerza del impacto hizo temblar el muro y lanzó a Kiska espatarrada de espaldas. Las piedras y la arena cayeron a su alrededor como una lluvia. Kiska se puso de rodillas y miró con los ojos entrecerrados por encima del muro mientras se los protegía con una mano del brillo cegador del poder. Oleg estaba arrodillado y emitía con las manos un flujo de energía malva con aspecto de serpiente que derramaba sobre la espalda de un hombre. A pesar del castigo, el hombre seguía arrastrándose hacia la Casa.

Y luego, tan rápida y repentinamente se movía, otra figura (esta vestida con harapos, delgada como un espantapájaros y con unos miembros alargados de proporciones extrañas) apareció de un salto como una serpiente al ataque, salió del montículo destrozado y envolvió con los brazos la presa de Oleg.

Oleg gritó, triunfante, e interrumpió las energías que había estado invocando. En el silencio resultante, los oídos de Kiska vibraron. El hombre capturado agitaba los brazos y arañaba la tierra suelta mientras lo arrastraban hacia el montículo. En ese momento Kiska pudo verlo con más claridad: un dalhonesio bajo, de cabello gris, con la ropa rasgada y manchada de tierra. Kellanved, o lo que quedaba de él, capturado cuando estaba a punto de conseguir su objetivo, dejó escapar un aullido desgarrador y se aferró en vano al suelo. Arrodillado en la tierra rota y humeante, Oleg lanzó una carcajada aguda de victoria.

Apareció entonces una tercera figura que hizo que Kiska se quedara sin aliento. ¡Danzante! Éste se bamboleó, se había quedado sin manto y la camisa oscura le colgaba del cuerpo, hecha trizas. La sangre le manchaba el torso y los brazos y chorreaba hasta la tierra desgarrada. Antes de que Kiska pudiera gritar una advertencia, levantó de repente a Oleg como si fuera un fardo de trapos y lo tiró sobre las figuras que se retorcían. De inmediato, la pálida forma esquelética soltó a Kellanved y cogió a Oleg. Ambos se pelearon, Oleg chillando, el otro en silencio... un silencio inquietante. Danzante se metió y tiró de Kellanved para liberarlo. Juntos se tambalearon los últimos pasos hasta la Casa y cayeron contra la pared trasera; Oleg agitaba los brazos, chillaba y lanzaba puñados de tierra mientras la criatura lo iba arrastrando metódicamente hasta su montículo.

Oleg desapareció trozo por trozo. *Pero está muerto, es un espíritu*, pensó Kiska. ¿Cómo era posible? A menos que allí, en los terrenos, no quedara distinción alguna entre la carne y el espíritu; allí, la Casa capturaba a todos y cada uno de los que entraban.

Los ruegos roncós de Oleg cesaron y Kiska volvió a mirar el montículo. Lo único que se movía era el simple asentamiento de la tierra, que se hundía un poco de un lado. En la parte posterior de la Casa, Kellanved y Danzante luchaban con una

estrecha puerta combada. Danzante la abrió de un tirón y se precipitó en el interior tan deprisa que fue como si lo hubieran agarrado. Kellanved esperó. Como si sintiera su mirada, el hombre se volvió hacia ella. Kiska quiso agacharse detrás del muro, pero algo la atrajo, algo la tentó a permanecer de pie. Una sonrisa cansada cruzó los labios de Kellanved, como si pudiera divertirse si todavía conservara la energía necesaria. Kiska sintió que la emplazaban a saltar el muro. Kellanved se limitó a levantar la barbilla y la chica se sintió obligada a entrar. Su pie, protegido por una sandalia de cuero suave, se posó en la cima del muro. Una sacudida eléctrica de la roca, como una chispa de energía estática, la envolvió entera y lanzó un gañido cuando cayó hacia atrás.

Una maldición rabiosa resonó en el interior de los terrenos, después, algo parecido a un puño gigante se estrelló contra la pared. Las piedras le hirieron la espalda y las llamas la lamieron. Kiska se levantó de un salto, se golpeó el pelo y la ropa con las manos mientras resonaba una carcajada burlona. Terminó súbitamente cuando la puerta se cerró de golpe.

Kiska corrió. Quería correr para siempre entre la bruma, lejos de aquellos horrores, pero en su camino se interponía una figura gris. Chilló pensando que era Danzante, que iba en su busca, pero la figura pasó junto a ella con un destello, como un animal herido, y se derrumbó contra el muro con un jadeo. Yació allí, estremecida y sollozante. Kiska estiró la mano, sentía una extraña compasión, pero un bramido profundo y un estrépito de acero llevaron de repente su mirada hacia lo que ocurría delante. Allí, un gigante con armadura libraba un duelo con un hombre con una alabarda al que respaldaba un anciano de aspecto frágil. Las energías de la senda que crepitaban entre ellos habían dejado la tierra calcinada y humeante.

Una carcajada y Kiska bajó la cabeza para mirar al adepto. Era un hombre joven de ojos pálidos repletos de desesperación, a pesar de su suave risita. El chico se limpió la boca y se dejó una mancha de sangre en la cara.

—Se acabó —dijo, e hizo una mueca—. Ganado o perdido, se acabó. —Una daga le resbaló de la mano ensangrentada y dejó caer la cabeza.

Kiska se lo quedó mirando.

—¿Se acabó? —repitió.

El chico asintió, demasiado exhausto para que le importara nada. Kiska quiso preguntar qué era lo que había terminado, con exactitud, pero retrocedió cuando una mano cubierta por una armadura manchada de tierra apareció detrás de las piedras. Rodeó el cuello del muchacho y lo metió dentro a rastras por encima del muro. El chico no pareció sorprenderse, se limitó a desaparecer sin luchar.

El guantelete apareció otra vez arrastrándose por el muro. Lo siguieron la cabeza y los hombros, la cabeza oculta dentro de un yelmo de guerra con barbote y una gola articulada. La criatura ahogó un grito, respiraba con un resuello irregular y húmedo, y

balbuceaba para sí. Unos ojos de loco, los dos en blanco, ardían en la oscuridad del yelmo. Kiska dio un paso atrás. Había visto a esa criatura, o una muy parecida, en la fortaleza de Mock. Quizá se había escapado de la Casa ya en primer lugar. La criatura rodó por el muro y se estrelló contra el suelo con un estrépito de la armadura. La tierra le caía del cuerpo en terrones. Así que, pensó Kiska, había salido arrastrándose de la tumba. Pero por extraño que fuera, en la otra mano se aferraba a la rama hecha pedazos de un árbol.

Mientras yacía allí con el pecho palpitante, ¿palpitante?, ¿estaba viva?, Kiska intentó decidir si debía apuñalar a aquella cosa mientras parecía indefensa o si debía huir corriendo. Mientras dudaba, la criatura hurgó en el suelo y se fue arrastrando entre jadeos. Ése, comprendió Kiska de pronto, era el único sonido. Reinaba el silencio. A la joven le zumbaban los oídos en ausencia del conflicto y de la explosión de la magia de las sendas. Rodeó la Casa y se dirigió al frente. El hombre de la alabarda se limitaba a mirar a su gigantesco oponente y de repente Kiska lo reconoció, ¡el borracho de la posada de Gallera! ¿Pero cómo podía ser? ¿Todo el mundo se había vuelto loco esa noche? Los brazos del gigante de la armadura le colgaban a los lados. No parecía derrotado ni herido, solo estaba observando, paciente. El anciano lo llamó y se dirigió a él en un idioma de vocales musicales aflautadas. Tras un momento, el gigante respondió del mismo modo.

¿Ése era el final de las hostilidades por esa noche? Kiska miró a su alrededor. Los terrenos parecían un campo de batalla de cadáveres roturados, claro que allí siempre se había respirado un ambiente similar. No parecía haber nadie más por ahí. Unas nubes de niebla seguían oscureciendo la distancia, anónima como siempre. Se preguntó si ya habría amanecido sobre la ciudad. Tenía frío, como si la niebla y la oscuridad pertenecieran a una típica mañana invernal de la isla de Malaz, cuando los barcos de pesca chasqueaban y gemían con la escarcha marina.

Pendiente abajo, más alejados de la verja, unas figuras en sombras aparecían y desaparecían entre destellos. ¿Más combates? ¿Los últimos intercambios salvajes? Pero Kiska no oía nada. Quizá solo fuera otro de los trucos cambiantes de la bruma. No obstante, se sentía muy expuesta allí de pie. De entre la niebla salían formas que se dirigían a ella. Parecían conocidas, y una vez que Kiska estuvo segura de quiénes eran, se cruzó de brazos con una sonrisa y esperó.

Tayschrenn y Hattar salieron del banco de niebla y treparon por la cuesta; el guardaespaldas sostenía al mago, que se encorbaba a su lado. ¿Estaba herido? Kiska no le vio ninguna herida. Solo parecía pálido, demacrado y exhausto. El mago sacudió la cabeza con lentitud cuando la reconoció. Hattar frunció el ceño como si un gato que hubiera tirado al río acabara de aparecer otra vez.

Kiska intentó ocultar el inmenso alivio que la presencia del mago supremo le infundía. Recordó su anterior chulería (la chica que lo había seguido hasta la fortaleza

de Mock). Parecía que había pasado tanto tiempo.

—¿Te encuentras bien? —le gritó Kiska—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tayschrenn le contestó con voz débil.

—¿Y cómo llegaste tú aquí?

—Me trajo una amiga.

—Tu amiga no demuestra mucho criterio.

Kiska ansiaba contarle todo lo que había visto, pero si esa noche le había enseñado algo era a ser cautelosa con la información. Cuando estuvieron más cerca, Kiska percibió una frialdad incómoda que emanaba de él como un aura de invierno. El vapor se enroscaba alrededor de sus hombros.

—¿Qué está pasando ahí atrás?

Tayschrenn dudó. Después se lo contó con un suspiro.

—Torva sospechaba desde hace tiempo que algunos renegados de su orden se habían unido al culto de Sombra. Ahora solo están haciendo limpieza.

Kiska lanzó un bufido.

—¿Haciendo limpieza? ¿Por qué te pones tan exquisito? Están borrando el culto del mapa. Son rivales, ¿no?

—Algo así. Viejos rivales.

—Bueno, de todos modos ya es muy tarde para eso.

A Kiska le pareció que la expresión agotada del mago se hacía más quebradiza.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mientras los adeptos se sacrificaban para llevar a las garras a una persecución inútil, yo vi a dos hombres que alcanzaban la Casa por detrás. Los dos que Torva afirmó que estaban muertos.

Tayschrenn hizo una mueca como si las palabras le provocaran un dolor físico y agitó la cabeza.

—No. Te equivocas.

—¿Me equivoco? ¡Los vi!

El mago contuvo una respuesta colérica y respiró despacio para tranquilizarse.

—Kiska —dijo muy despacio, poniendo mucho énfasis—, tienes que estar equivocada, porque Torva y yo hemos acordado que esos dos están muertos y enterrados. ¿Comprendes?

Por tercera vez esa noche Kiska quiso poner objeciones, decir «pero» y por tercera vez sospechó que permanecer en silencio, resistir el impulso, podría salvarle la vida. Así que se limitó a asentir al oír la afirmación de Tayschrenn y cerró la boca. Hattar se hizo eco del asentimiento, que subrayó como una advertencia permanente.

Tayschrenn agitó una mano como si quisiera decir que ya había quedado todo atrás.

—Voy a ver si el guardián quiere hablar conmigo, después regresaremos a la

fortaleza de Mock. Deberías acompañarnos.

Kiska miró a su alrededor. Seguía sin haber señal de Corinn o Lubben. Accedió. No tenía ni idea de cómo salir de donde fuera o lo que fuera aquello.

Tayschrenn se irguió, soltó a Hattar y lo dejó atrás, después continuó con paso vacilante hacia la verja. Se detuvo a una distancia respetuosa del anciano y se dirigió a él. Kiska estaba demasiado lejos para oír mucho. El anciano respondió con tono brusco. Su mirada no se apartaba ni un ápice del gigante de la armadura, que permanecía como una estatua de bronce sólido junto a la verja abierta, sin salir. Ya no atacaba pero tampoco daba ninguna impresión de derrota. En su lugar, presintió Kiska, estaba esperando algo, reuniendo fuerzas para una nueva masacre. A unos cuantos pasos de distancia, el guardián permanecía en guardia, con la alabarda en ristre. Si bien era alto, apenas le llegaba al gigante a los hombros. Pero era casi igual de ancho, con la forma de una espuela roma de piedra. Un rival digno para el gigante hasta el momento.

Los dos hombres hablaron, en apariencia muy distintos pero de algún modo hermanados a los ojos de Kiska. ¿Era ese el fin del encuentro, entonces? ¿Un intercambio civilizado sobre una alfombra de cuerpos, después un buen fuego y mañana nos vamos a cumplir otro encargo? ¿Y qué pasaba con ella? ¿Podía volver a las habituales rondas de espionaje y pequeños hurtos sabiendo lo que sabía? ¿Habiendo saboreado lo que podía ser? ¡Como si la isla no le hubiera parecido pequeña y provinciana antes!

Hattar se puso rígido de repente y lanzó un grito galvanizante. Kiska vislumbró por un instante a un adepto alto de Sombra detrás del guardián, que sufrió un espasmo y cayó de lado sin un solo sonido. Muerto en el acto, al parecer.

El gigante se lanzó hacia el umbral de la puerta. Las energías de la senda estallaron en una cortina de llamas plateadas y color carmín que sacudieron el suelo y derribaron a Kiska. El gigante bramó y lanzó una estocada contra la barrera mientras el anciano levantaba los brazos y doblaba toda su fuerza.

Kiska se apartó arrastrándose, con un brazo levantado sobre la cara para defenderse del fulgor del infierno. Cuando el gigante metió un brazo por la guarda mágica, Tayschrenn se unió a la batalla. Un poder puro recorrió el espacio y se arqueó sobre la falda de la colina con relámpagos que estallaban al azar. De nuevo Kiska tropezó y se esforzó por erguirse contra la presión que la clavaba en el sitio. Oyó el gruñido de rabia desesperada de Hattar y lo vio correr hacia la verja. El guardaespaldas desapareció, absorbido por pura energía incandescente.

Momentos después salió Hattar de aquel horno cegador, arrastraba a Tayschrenn con él. Un instante más tarde, dejaba caer al mago junto a Kiska. Un lado de la mata de pelo del guardaespaldas había desaparecido y le salían volutas de humo de la mejilla y la oreja. El brazo derecho le colgaba sin fuerzas, ennegrecido, una brecha en

carne viva de sangre que manaba.

Que Kiska viera, ninguna herida afectaba al mago supremo. Parecía tener enteros cuerpo y miembros, aunque le sangraban la nariz y los oídos y unas nubes rosadas le decoloraban los ojos.

—Debemos buscar a alguien que lo sane —le gritó Hattar a Kiska. En su mirada vibraba la furia de un loco y a Kiska la conmocionó ver que la desesperación le llenaba los ojos—. ¡Ayúdame!

—Pero el demonio... ¿escapará?

—¡Solo él puede detenerlo si escapa! ¡Cógelo!

—Pero...

—¡Levántalo! —Un sollozo se escapó de la garganta de Hattar cuando empezó a sacar con torpeza uno de los cuchillos que llevaba envainados a la cintura.

Kiska se tragó cualquier otra objeción que pudiera tener. Puso al mago en pie de un tirón y se echó los brazos del mago a ambos lados del cuello y su peso a la espalda. Con la ayuda de Hattar lo sujetó por los brazos y empezó a avanzar con esfuerzo, con las piernas del mago arrastrando tras ellos. Hattar la empujó colina abajo. Kiska iba dando tropezones, cada paso le hacía vibrar las rodillas. Estaba convencida de que chocaría de frente con algo en medio de la bruma. Hattar la alcanzó y usó el brazo que tenía sano para estabilizar el peso de Tayschrenn contra la espalda de la joven. Siguieron a paso ligero de esa guisa, uno junto a la otra, y entonces Hattar aceleró un poco.

—Haz lo que yo —murmuró mientras se adelantaba cojeando. La sangre le caía como agua derramada del brazo desgarrado. Aunque el peso que llevaba a la espalda amenazaba con derribarla, Kiska lo siguió tan rápido como pudo, sacando fuerzas del ejemplo de Hattar.

Estuvo a punto de caer cuando pisó unas losas mojadas. Hattar se hizo a un lado y se apoyó en una forma oscura en medio de la bruma: un muro de ladrillos. Apretó la cabeza contra él, con los ojos cerrados. A lo lejos, la niebla se fue diluyendo, deshaciéndose en jirones. Kiska pudo reconocer entonces dónde estaban.

—Tú conoces la ciudad —la retó Hattar.

—Sí.

—¿El cirujano o sanador más cercano? —El guardaespaldas se humedeció los labios y se obligó a abrir los ojos. Al principio de la noche tenía el color del cuero curado, pero a esas alturas su rostro estaba tan pálido como la niebla—. ¿Dónde?

Kiska miró a su alrededor con furia y pensó. Estaban en la ciudad vieja, no demasiado lejos de la Casa de Muerte, en realidad. La joven reflexionó un momento más y después señaló a la izquierda con un gesto de la barbilla.

—Por aquí.

Temple pudo presumir del dudoso honor de no haber perdido el sentido ni una sola vez, ni siquiera cuando el árbol empezó a susurrarle.

Y tampoco le hubiera extrañado a nadie que se hubiera desmayado, con aquel árbol prometiéndole con voz chirriante que le haría tragar retoños que se alimentarían de la sangre de su corazón, o que le extraería el alma durante toda la eternidad para crecer más alto y más fuerte a su costa.

¡Pero él lo había vencido! ¡Lo había arrancado de cuajo y lo había hecho pedazos! Él no se había roto. Él no se rompía jamás. Se había templado en la furia de las últimas campañas talianas, en Falar y en Siete Ciudades. El propio Dassem lo había elegido entre todos los reclutas: por su testarudez manifiesta, había bromeado el paladín. Durante más de una década había servido como miembro de la Espada. Pero ya estaban todos muertos y él era el último. Virola y Dassem se habían ido. ¿Era esa la bienvenida del Embozado?

Unas manos lo sujetaron y le dieron la vuelta. Una cara se lo quedó mirando desde arriba. Una mujer con tatuajes, Corinn. La mirada de la mujer buscó algo en su cara, a Temple no le gustó el modo que tuvo la mujer de morderse el labio ante lo que vio.

—¿Qué aspecto tengo? —dijo con voz ronca.

Corinn ahogó un grito, asombrada de que él todavía pudiera hablar.

—Muy malo, ¿no?

—Como el mismísimo Embozado. ¿Puedes ponerte de pie?

—No sé. Hace ya un rato que no lo intento. —Procuró reírse, pero solo pudo escupir tierra y sangre.

Apareció otra cara que lo miraba de soslayo, nerviosa. Lubben.

—Pareces algo que haya desechado un imass.

—Ayúdame a levantarme y te lo haré pagar.

Los otros lo cogieron por los brazos y lo levantaron.

—Más tarde —le contestó Lubben con voz sorda—. Ahora mismo lo que vamos a hacer es salir de aquí. Las garras y los chicos de gris están muy ocupados dándose de garrotazos, así que nosotros vamos a escabullirnos por detrás, ¿eh?

Temple vio que el jorobado había recuperado sus espadas. No respondió y apretó las mandíbulas para contener la agonía que suponía la vida que empezaban a recobrar sus piernas. Corinn lo observaba como si estuviera hecho de cristal y pudiera estallar en pedazos en cualquier momento.

En la verja resonó un grito. Lubben se volvió y lanzó un gruñido de sorpresa. Una detonación repentina golpeó las piernas entumecidas de Temple y el veterano volvió a caer. El estallido le recordó a las explosiones alquímicas moranthianas que había soportado. El suelo se combó y palpitó, y una ráfaga de aire caliente le abrasó los pulmones. Temple rodó por el suelo y se puso bien el yelmo. Unas energías de color

carmesí y escarlata bramaron y recorrieron la verja como una enorme catarata. En el interior batallaba la figura en sombras del jaghut.

Temple se volvió hacia Lubben y se dirigió a él a gritos entre las detonaciones.

—¿Pinta tan mal como me parece a mí?

Lubben asintió e hizo una mueca de indignación.

—Un gris acaba de derribar al tipo del hacha. ¡Creo que el viejo y el otro tipo también la han palmado! —Gateó hasta Temple y lo cogió por el brazo—. El propio Embozado está a punto de llegar. ¡Hay que largarse!

Temple cogió sus espadas de manos de Lubben y se lo quitó de encima.

—No. Ésos dos defendían la verja por una razón. No podemos dejar que salga esa cosa.

—¡Maldita sea, Temple! ¡Ésta batalla no es tuya! Déjasela a las garras.

Temple se echó a reír.

—Son demasiado listas. Se han largado corriendo.

Corinn se arrojó al suelo, al lado de los dos hombres.

—¿A qué estáis esperando vosotros dos? ¡Tenemos que salir de aquí!

Temple le señaló algo.

—Mira. —Una figura ennegrecida y humeante salió arrastrándose de la estela que dejaban las energías cegadoras. Temple se puso en pie y se tambaleó hacia ella. Tras unos cuantos pasos, Lubben se puso a su lado y lo sujetó. Cuando se acercaron, el jorobado dejó escapar un silbido al ver los estragos sufridos por el cadáver que tenían delante. Las energías puras no habían dejado sano ni un solo milímetro de su cuerpo. Con unas quemaduras que lo habían dejado irreconocible, le faltaban las manos y los antebrazos habían quedado reducidos a un hueso blanco y astillado.

Temple volvió la cara para evitar el humo y el hedor a carne quemada.

—Faro —susurró.

Un trueno volvió a estallar en la verja. La cortina de poder vaciló y se onduló como un estanque golpeado por una piedra antes de reformarse de nuevo.

—Soldado... —siseó una voz que salía de las mandíbulas descarnadas.

—¡Soliel tenga misericordia de nosotros! —Lubben se atragantó y se apartó tambaleándose entre náuseas secas.

—Soldado...

Temple se arrodilló junto al cuerpo abrasado.

—¿Faro?

—Cubre el vacío, soldado —dijo una voz sin aliento, como si hablara el propio suelo—. Acepta la carga.

—¿Y qué hay de los fuegos?

La figura alzó un antebrazo espantoso, ennegrecido y carbonizado, para rogarle.

—¡Recibe la custodia de este lugar!

Temple se sentía angustiado y agotado por completo. Posó las manos en las rodillas. ¿Por qué siempre recaía todo sobre él? ¿No había hecho ya bastante?

—Acepto —respondió, como si esa fuera la única respuesta que era capaz de dar, como si eso solo fuera lo que lo había llevado a la isla.

Les echó un vistazo a las energías que lo recorrían todo y se rascó la barbilla con el dorso de un guantelete.

—¿Y qué hay de esas llamas? —Nadie le respondió. Bajó la cabeza. El cadáver yacía inmóvil. Temple presintió que fuera lo que fuera lo que había mantenido a Faro con vida, ya se había ido. Sintió que el miedo le secaba la garganta. ¿Qué era lo que acababa de prometer?

Corinn llegó junto a él y se agachó.

—¿El viejo? —Temple asintió mientras miraba la tormenta de fuego que palpitaba no muy lejos; tras ella creyó ver unas figuras que se retiraban en la niebla.

—Ya no importa.

El veterano sintió la mano de la mujer en su hombro.

—Tenemos que irnos. Ahora.

—Corinn, ¿tú podrías protegerme de esas energías?

—¿Qué?

—¿Podrías cubrirme?

Corinn se lo quedó mirando, horrorizada.

—¡Estás loco!

—¿Podrías hacerlo?

La mirada de la mujer saltó de él hacia la verja, y después volvió a posarse en él. Temple percibió algo en sus ojos, un rayo trémulo de lucha, de espíritu, hasta que el pavor lo ahogó todo. La mujer sacudió la cabeza.

—Olvídalo.

Temple miró el chaleco de la mujer, al lugar donde habría estado prendido el sigilo con el puente y la llama.

Corinn percibió su mirada y se ruborizó al instante.

—¡Maldito seas! ¿Cómo te atreves? —El veterano la observó y esperó. La mujer suspiró y contempló la barrera una vez más—. Quizá, por un momento. —Él asintió, respiró hondo durante unos segundos y echó a andar hacia la verja—. ¡Solo por un latido!

Temple continuó andando.

—Me basta —murmuró—, seguramente eso es todo lo que tendré.

Se detuvo al lado mismo de la estela de energías y se protegió los ojos. La forma indistinta del jaghut parpadeaba justo detrás. La barrera parecía más fina, menos opaca que antes. Temple pensó que ojalá supiera cuánto tiempo quedaba para que se derrumbase, pero le habían pedido que cubriera el vacío una vez más, igual que había

hecho por Dassem, y no podía negarse.

Lubben llegó a su lado. Ni siquiera volvió la cabeza para ver qué le parecía a Temple, de todos modos era su lado ciego. Temple miró a Corinn, que levantó los brazos y articuló: «Muy poco tiempo».

Temple asintió, se ajustó los guanteletes y relajó los hombros. Después ralentizó el ritmo de su respiración y el martilleo de su corazón.

—Dentro y deprisa. Tú por abajo, yo por arriba —le gritó a Lubben.

Lubben asintió con una sacudida brusca de la cabeza y levantó el hacha. Temple se colocó bien el yelmo.

—¡Ahora! —gritó Corinn.

Temple saltó a la cortina de energías, sintió que el pelo se le chamuscaba y que la armadura se le calentaba como si la hubieran arrojado a un horno. Pero él no se quemó, aunque la energía de la barrera chirriaba y se revolvía a su alrededor. El camino barrido por las llamas que pisaba humeaba y siseaba bajo sus pies. Sintió que Lubben seguía a su lado.

En solo tres pasos llegó junto al jaghut. La lucha de la criatura por escapar de los terrenos de la Casa parecía haber sido tan dura para ella como para Faro. La armadura de bronce le humeaba en los hombros y el pecho. El magnífico revestimiento dorado se había corrido y estaba ennegrecido. Pero las espadas brillaban incluso con más fuerza que antes y resplandecían como si las hubieran sumergido en el más fiero de los fuegos.

Temple arremetió y lanzó un golpe alto. Una hoja cogió la placa de un hombro, giró hacia arriba y rebotó en el yelmo. Lubben amagó un barrido bajo y luego lanzó una estocada con la pica mortal contra la cabeza del hacha.

El jaghut se volvió, esquivó la estocada y le asestó a Lubben un corte en el hombro y la columna. Lubben se derrumbó con una sacudida que lo alejó del lado de Temple.

Habían fracasado en su primera y mejor oportunidad. Durante la siguiente fracción de segundo, Temple decidió adoptar una nueva táctica. Chilló y se abalanzó con lo que esperaba que pareciese una auténtica furia desquiciada. Después de dos intercambios, el jaghut lo creyó y cedió terreno, a la espera de que la rabia ciega de Temple le proporcionara un espacio abierto. El veterano defendía el umbral de la verja. La barrera de poder canalizado chasqueó como una puerta al cerrarse de golpe.

Temple dejó de atacar. Se vio recompensado con una brevísima vacilación de su oponente que traicionó una fluctuación en el ritmo. En ese instante, Temple sintió el fulgor del éxito de una maniobra junto con algo más: una fuerza renovada que subía del suelo y le invadía las piernas. El peso plomizo del agotamiento y el dolor se desprendió de él como una capa de tierra en un arroyo frío y vivificante. La serenidad que lo invadía durante la lucha, la paz interior que lo había sostenido en medio de

todo el caos de batallas pasadas, se aposentó sobre él como una afirmación. Temple se permitió esbozar una sonrisa tensa y fiera.

El jaghut hizo entrechocar sus hojas y avanzó una vez más. Temple no le podía ver la cara, pero imaginó su reevaluación del duelo y su determinación a hacerlo pedazos por atreverse a enfrentarse a él. El ataque rodó contra Temple como las olas de una tormenta chocando contra la costa. Temple defendió la verja, se agachaba bajo los golpes como una roca que nada ni nadie podía agrietar aunque resonaran las espadas. Eludió las estocadas con tanto cuidado como pudo para ahorrarle daños a sus hojas, mucho más ligeras. El jaghut le ofreció brechas, pero Temple hizo caso omiso de ellas y se negó a ceder terreno.

Éste no tardó en darse cuenta de que allí no se enfrentaba a ninguna habilidad letal, como la que presentaban Surgen o Dassem, espadachines a los que jamás podías anticiparte porque jamás durabas el tiempo suficiente para comprender su estilo. En lugar de eso, lo que allí había era poder puro encarnado, como la arremetida directa e irresistible de un maremoto. Las espadas del jaghut destrozaban las piedras de ambos lados y atravesaban la tierra.

A Temple le parecía imposible que pudiera desviar semejantes golpes, pero algo le otorgaba fuerzas, algo que brotaba de la tierra para concederle poderes, y el veterano se preguntó si allí había un auténtico dios patrón. Y si ese era el caso, ¿al servicio de quién o qué había entrado?

El estilo de ataque cambió entonces y empezó a ejercer una presión constante; la criatura había abandonado los golpes rápidos y decisivos y parecía decidida a desgastarlo. Eso llevaría más tiempo, había juzgado con toda probabilidad la criatura, pero era más seguro. Y Temple estuvo de acuerdo con el cálculo. Ya había consumido la reservas frescas que habían acudido a él como una bendición con el portazo de la verja. Lo único que le quedaba era terquedad pura y dura, y cada vez era más lento y estaba más cansado. Las hojas se fueron acercando poco a poco con un siseo. Y entonces se detuvieron.

Temple se irguió, sorprendido.

El jaghut se había retirado un paso. Temple se arriesgó a echar un vistazo a los lados. Estaba solo. Todo y todos se habían desvanecido. A su alrededor se extendían las colinas desnudas, redondeadas por el tiempo. Y la Casa ya no era una casa. Un montón de bloques megalíticos se alzaba en su lugar, con todo el aspecto de un túmulo de piedras derribado. Hasta los árboles y los montículos del patio habían desaparecido. El jaghut se encontraba a un lado, con el yelmo levantado para mirar al suroeste.

Unas luces del color del arcoíris zigzagueaban y rielaban en un cielo nocturno despejado. Una bóveda oscurecida de constelaciones distorsionadas de una forma extraña. En el horizonte se extendían un fulgor verde azulado como el que Temple

había visto una vez en el mar, cuando su barco pasó cerca de las costas de las montañas Fenn, bloqueadas por el hielo. Notó que su aliento humeaba por el yelmo y un frío extremo le mordía las extremidades. Por la sabiduría de Ascua, ¿se podía saber dónde estaba?

El jaghut volvió el yelmo hacia él y señaló al sur con una espada.

—Han fracasado —dijo en un taliano perfecto.

—¿Quién ha fracasado? —preguntó Temple, sorprendido de ver que se dirigían a él.

El jaghut habló como si Temple no le hubiera respondido.

—Jamás confíes en aliados inciertos, humano. Siempre te decepcionarán.

Temple se recordó que no debía bajar la guardia. La partida había cambiado y se había hecho más peligrosa si cabía, había oído suficientes leyendas y relatos de jaghuts que manejaban argumentos sutiles y ofrecían regalos envenenados. Físicamente se sentía fuerte. Fuera cual fuera el poder a cuyo servicio había entrado, había encontrado en él un recipiente suficiente para la tarea de enfrentarse a la arremetida de ese ser. Quizá el jaghut también lo sabía y por eso Temple se encontraba en aquella tesitura. *Un cambio de estrategia*. Sintió el poder de la mirada del ser como la mirada de un gigante que lo empujara hacia atrás.

—¿Sabes quién soy, humano?

Temple luchó por recuperar la voz.

—No.

—Soy Jhenna. ¿Conoces ese nombre?

¿Jhenna? ¿Llevo todo este tiempo enfrentándome a una hembra?

—No.

—¿De veras que no? —La criatura sacudió el yelmo—. Hasta qué profundidades del pozo de la ignorancia habéis caído los humanos. Hace mucho tiempo yo era una de los profesores de tu especie. Os sacamos del barro. ¿Lo sabías?

Temple se dio unas palmadas en los costados con las manos apretadas para calentarlas.

—No.

—Nuestra presencia ya era pujante en el mundo cuando tus ancestros todavía se vestían con pieles y vivían entre su propia suciedad. ¡Os dimos el fuego! ¡Os protegimos de los k'chain!

Temple se encogió de hombros. Él no era ningún estudioso, solo un simple soldado.

—Lo que estoy diciendo, humano, es que me digas tu precio.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que deseas? Sea lo que fuere. Solo tienes que apartarte. Nada que haya en el mundo de tu era está fuera de mi alcance. ¿Es un gobierno lo que ansías?

Tallaré para ti un reino que abarque un continente entero. ¿Poder? Te enseñaré misterios que los practicantes de tu época ha mucho tiempo que han olvidado. ¿Riquezas? Conozco las ubicaciones de tesoros que jamás podrías imaginar. ¿La inmortalidad? Sé de artes que inmunizarán tu cuerpo contra el paso del tiempo. Apártate y todo eso o cualquier otra cosa que desees puede ser tuyo. ¿Qué me dices?

Temple lanzó un bufido de desdén. *Algunas cosas no cambian nunca*. Era como si el viejo ogro en persona se encontrara ante él y le prometiera el propio Engendro de Luna. Recordó cómo le había ido al consejo de nobles de la provincia de Quon Tali después de sellar un trato con Kellanved. Los reunieron a todos y los decapitaron. Y había una expresión intemporal para hablar del engaño y la traición: hacer tratos con un jaghut. Se puso en posición de guardia y tensó los brazos para calentarlos.

—Lo que me interesa es volver a meterte en tu agujero.

El jaghut sacudió la cabeza como si lo compadeciera.

—Veo que careces de la imaginación necesaria para comprender la oportunidad incomparable que tienes ante ti. Es una decepción... pero no una sorpresa. —Temple esperaba una nueva arremetida tras ese rechazo, pero Jhenna no hizo ningún movimiento contra él. En su lugar, la jaghut señaló al sur otra vez con la espada—. Y aquí viene otra decepción.

Sin dejar de observar con cautela a Jhenna, Temple se permitió echar un rápido vistazo. Alguien subía sin prisas por la pendiente de piedra desnuda, alguien herido o lisiado. Temple esperó con las armas preparadas. Jhenna se dirigió a él con tono familiar, como si quisiera ser sociable.

—¿Ya has empezado a preocuparte por el paso del tiempo aquí, humano? ¿Cuántas horas de la noche han pasado? ¿O ha pasado tiempo siquiera? ¿Tu limitada imaginación ya ha comenzado a descifrar ese peliagudo problema?

En realidad no, pero no era algo que Temple fuera a admitir delante de Jhenna. ¿A qué se refería aquel diablo? ¿Insinuaba que podía mantenerlo allí, fuera lo que fuera aquel sitio, para siempre? ¿Era eso posible? ¿Tendría que hacer guardia allí para toda la eternidad? Temple volvió a sujetar con más fuerza las armas a través de los andrajosos guanteletes. Vio que la escarcha le había cubierto como un manto de plumas los eslabones de hierro de las mangas.

Jhenna se giró a medias.

—Te he traído a Omtose Phellack. Es el hogar de mi especie. Nuestra senda, como las llamáis vosotros. Ella es nosotros y nosotros somos ella. Ésta noche de conjunción me ha permitido al menos disfrutar de un pequeño aliciente: regresar a mi antiguo hogar. —La cara protegida por el yelmo miró a Temple—. Pero para ti, humano, de lo que se trata es de que el tiempo, tal y como tú lo conoces, aquí no pasa. Podría mantenerte aquí una era entera solo para regresar un instante nada más después de irnos.

La jaghut se metió las armas por el fajín que le ceñía la cintura, después se quitó el yelmo y lo sostuvo con aire despreocupado. Miró al veterano a través de unos ojos centelleantes que relucían con una emoción inhumana. Unos caninos que parecían colmillos sobresalían de las amplias mandíbulas, pero aparte de eso, a Temple le parecían unos rasgos casi humanos, solo que demasiado grandes: unas cejas que parecían un acantilado, unos pómulos anchos, una frente amplia e inclinada. Tenía una melena leonina que estaba apelmazada y grasienta. Unas hebras de hilo de oro y trozos de cuero ataban una multitud de trencitas. Colas de rata, las llamaban los soldados.

—Piénsate mejor mi oferta, humano. —La jaghut cruzó los largos brazos—. Tenemos tiempo.

El mundo empezó a derrumbarse alrededor de Temple. ¿Estaba condenado a enfrentarse a aquel monstruo durante siglos? Por supuesto, con el tiempo terminaría derrotado o loco. ¡Maldito fuera Faro, por todos los pozos de D'rek! Él sabría cómo contrarrestar esa táctica, ¿por qué no había podido advertírselo? ¿Qué debía hacer? Él solo era un soldado. Después de lo que pareció una eternidad por derecho propio, Jhenna habló con alguien que estaba detrás de Temple.

—¿Y qué regalos traes tú, vagabundo disimulado?

Temple cambió de posición hasta que tuvo a ambos seres a la vista al mismo tiempo. Le sorprendió encontrarse con que el recién llegado era la criatura que lo había rescatado poco antes esa misma noche, Caminante del Filo. La desecada criatura acunaba junto a su pecho un objeto largo envuelto en harapos. Del objeto brotaban zarcillos de vapor.

Junto al muro bajo pero sin pasar, Caminante del Filo se detuvo y tiró la carga dentro. El objeto rodó y se liberó de los harapos. Estalló una niebla como el humo de las hojas verdes al arder. La niebla se disipó y reveló algo parecido a una vara que parecía tallada de una gema preciosa: cristal entreverado de venas de color púrpura, azul brillante y un sorprendente verde vivo. El objeto se hizo espuma ante sus ojos, se disipó y no dejó nada.

—Te traigo la señal de tu fracaso, Jhenna. Han expulsado a los jinetes. No se conseguirá así liberación alguna en esta conjunción. Los devotos de Sombra se han retirado. Y es más, estoy aquí para negarte el acceso a Sombra si intentases emprender esa ruta, mientras que esta bloquea tu salida principal. Tus opciones se están desvaneciendo a toda prisa. ¿Qué vas a hacer?

La gigante se volvió para mirar a Temple.

—¿Has oído eso, humano? Ya todo se reduce a ti. Solo tú te interpones en mi camino. Seguro que comprendes que lo sabio es aceptar mi oferta. ¿No es obvio que te venceré?

Temple levantó las espadas, no recordaba haberlas bajado. Después se dirigió a

Caminante del Filo.

—Ésta dice que me puede mantener aquí para siempre. ¿Es eso cierto?

La criatura se quedó inmóvil un rato, hasta que respondió sin aliento.

—Es cierto a medias. Pero ¿qué es el tiempo para ti o para mí? Yo, yo puedo esperar. El tiempo no significa nada para mí.

Temple dejó escapar un bufido colérico.

—Yo no puedo esperar. ¡No puedo quedarme aquí para siempre! ¿Qué quieres decir? ¿Es verdad o no?

—Estás hablando con una jaghut, humano. La conjunción es como un eclipse entre reinos. Incluso aquí pasa mientras hablamos. El tiempo de Jhenna es limitado.

La mujer jaghut se echó a reír con desdén y señaló a la criatura.

—Lo que habla ahí es su propio interés, humano. Somos viejos enemigos, él y yo, y sabe que si tú te apartas, entonces es su papel ser el siguiente defensor del camino. Tendrá que llenar el vacío y le da pavor la idea de que lo destruyan. Es un cobarde que desea aprovecharse de tu sacrificio. No desperdicies tu vida sin necesidad. Que se ponga él donde debe, en tu lugar.

Temple intentó soplar las manos y se arriesgó a mirar por un segundo a Caminante del Filo.

—¿Es eso cierto?

—Una vez más, una verdad a medias, como todas las de los jaghut. Es cierto que estoy aquí para disputar la libertad de Jhenna, para interponerme en su camino como haces tú. Pero yo solo le negaría el acceso a Sombra. Todos los demás caminos quedarían abiertos. Incluyendo la entrada a tu mundo.

—¡Qué impostura! —exclamó Jhenna—. ¡O bien él se pone donde tú estás o no lo hace! No permitas que utilice tales evasivas.

Temple encorvó los hombros.

—No soy yo quien debe decirlo.

Jhenna dio un paso más y Temple luchó por contener el impulso de encogerse. Levantó las armas todo lo que se atrevió, aunque la mujer no tenía ninguna lista; había, después de todo, muchas clases de armas.

—Ah, pobre hombre. Estoy haciendo todo lo que puedo por perdonarte la vida, pero no estás cooperando mucho.

Los ojos de la jaghut brillaban como faroles dorados y Temple se estremeció. Clavó la mirada justo en el centro del torso de la jaghut, apretó los dientes y esperó.

—¿Temple, no? —preguntó Jhenna, después asintió cuando el veterano se estremeció al reconocer el nombre—. ¡Vaya, por supuesto! ¡Temple, el miembro de la Espada! —La jaghut abrió los brazos—. Qué tonta he sido. ¿Qué otra persona podría enfrentarse si no a un jaghut? Pero esto es maravilloso.

Temple tembló bajo una ráfaga repentina de aire frío. Se dio cuenta que no podía

abrir las manos, las tenía congeladas y pegadas a los mangos de las armas. No sentía los pies y sus pensamientos eran densos y lentos. Parpadeó para espantar el hielo que comenzaba a cubrirle las pestañas.

—¿A qué te refieres? —consiguió decir.

Jhenna bajó la voz y habló con un susurro.

—Me refiero a que es maravilloso porque sé a ciencia cierta que Dassem Ultor vive todavía.

Temple se irguió con una sacudida.

—¿Qué?

—Sí, es cierto. Vive. ¡Y yo puedo encontrarlo! Seguro que ha sido el destino el que nos ha reunido a los dos, tú, su último y más leal compañero y yo, la que puede llevarte con él.

Temple hizo una mueca contra el frío que le entumecía los labios y hacía que le dolieran los dientes.

—Mientes —susurró.

—No. En este asunto no necesito enturbiar los hechos en absoluto. Sigue vivo.

La cabeza de la jaghut se cernía casi al alcance del brazo de Temple y este sintió que se encendía una alarma sorda.

—¿No es cierto, Trazador de Filos? —lo interrogó Jhenna.

—No puedo decir si ese hombre vive o no.

—¡Ja! ¿No puedes o no quieres? Observa lo reservado que es este ahora con sus conocimientos, humano.

Los pensamientos del veterano se arrastraban, gélidos y viscosos como si ellos también estuvieran congelados. ¿Dassem vivo? ¿De veras? ¿Por qué iba a tirar su vida por la borda entonces?

—Mis conocimientos los limito a un último comentario, mortal —urgió Caminante del Filo con su voz contenida y sin aliento.

—¿Cuál? —gruñó Temple, molesto por las palabras secas y crujientes de la criatura.

—Cuidado con el frío, humano. Cuidado con el hielo que se apodera de ti. Con la escarcha que todo lo silencia.

Temple oyó, a lo lejos, un gruñido de la jaghut, seguido por una explosión, como si la barrera estuviera bajo asalto una vez más. La cabeza le pesaba y la barbilla se le había hundido en el pecho. Abrió los ojos y vio que una capa de hielo le envolvía las piernas hasta las rodillas y que los pies le habían desaparecido en un bloque de hielo negro como el azabache que parecía haber crecido como un cristal de las grietas del propio lecho de roca.

Algo en el interior de Temple chilló con un terror antiguo. Una tormenta de energías cobró vida sobre él con un estallido. En lugar de quemarle la carne y

desprender el metal de su armadura, hizo cantar sus miembros y levantó de golpe las hojas para eludir dos golpes de Jhenna, que cayó sobre él con gesto despiadado. El yelmo de la jaghut rodó detrás de ella sobre las piedras. El hielo de las piernas de Temple explotó convertido en un vapor que se desvaneció bajo el crujido de las energías.

Jhenna rugió y asestó una estocada tras otra con la intención de derribar a Temple. Pero el veterano se mantuvo firme, la fuerza fluía de la roca para recibir la potencia desnuda que pretendía machacarlo. Así continuaron luchando, hasta que la jaghut levantó una espada hacia la cortina de energía. El aura desapareció con un estallido, como si le arrebataran la existencia y dejó solo el retumbar de un trueno que resonó sobre las colinas a su paso. Jhenna tropezó, gruñendo y escupiendo, totalmente desprovista de toda razón, y a Temple le horrorizó pensar que había escuchado a medias al monstruo espumeante que tenía delante.

El paisaje rieló, el cielo nocturno se iluminó con un color pizarra pálido. Detrás de la jaghut reaparecieron los montículos y los árboles y la Casa contempló de nuevo a Temple con el ceño fruncido.

Distraído, al veterano estuvo a punto de decapitarlo un rayo. Un cabezazo lo golpeó en la parte superior del casco; mordió el hierro y le lanzó la cabeza hacia atrás, deslumbrándolo con una lluvia de chispas. Aturdido, Temple se las arregló para eludir las estocadas más letales, pero sus movimientos se estaban ralentizando. El siguiente golpe le arrancó varias escamas del hombro. Sufrió un espasmo cuando un barrido le abrió una brecha en el muslo derecho. Su defensa se estaba derrumbando. ¿Había durado lo suficiente? ¿Un combate tan corto podría haber supuesto alguna diferencia?

Jhenna se giró de golpe y detuvo un arma que le habían lanzado, un hacha. El arma le asestó en la parte superior del brazo un golpe oblicuo y la jaghut bramó.

En esa fracción de segundo, Temple se agachó y consiguió recuperarse. Jhenna dobló el brazo, pero otro objeto voló contra ella por encima del hombro de Temple: una energía blanca y crujiente que se estrelló en el peto de la jaghut. Ésta dio un solo paso atrás mientras farfullaba maldiciones con voz ronca. Jhenna lo atacó de nuevo, inexorable como una fuerza de la naturaleza. Semejante poder asombraba a Temple. Quizá no llegara nunca a cansarse. Él ya estaba más allá del agotamiento. Creyó oír gritos ahogados en sus oídos tras el trueno de la barrera, que era como una catarata. El siguiente ataque llegó en forma de frenesí colérico, desequilibrado y desesperado. Temple esquivaba los golpes, los brazos le ardían con la agonía punzante del agotamiento. Jhenna chilló su frustración a los cielos y echó el brazo hacia atrás para lanzar una espada con la punta por delante.

Temple supo que estaba muerto. Se tensó con un movimiento involuntario y contuvo el aliento. Pero la hoja no lo tocó siquiera. En su lugar, Jhenna se tambaleó y

luego cayó de rodillas con un estrépito de armadura.

La jaghut se quedó sentada, inmóvil, durante un momento, con las espadas reposando en el suelo.

—Estoy acabada, humano —dijo arrastrando las palabras—. No me queda nada. —Lanzó una risita, baja y gutural—. Ahora verás cómo premia la Casa la traición de sus sirvientes. —Poco a poco se fueron reuniendo raíces que se retorcían y reptaban por el suelo. Se enroscaron alrededor de las piernas de la jaghut. Ésta se resistió a ellas, pero las cuerdas la estrecharon todavía más y la arrastraron de lado. Unas raíces gruesas como puños le envolvieron el torso. Cuando de un tirón la hundieron aún más en la tierra, que no dejaba de soltar vapor, la jaghut le dedicó a Temple una sonrisa burlona—. Ten cuidado, humano, o este será también tu destino. —Los ojos dorados sostuvieron los del veterano como si quisiera arrastrarlo consigo mientras se le hundía la cabeza bajo el suelo deshecho. Los brazos y las manos fueron lo último en deslizarse bajo tierra, sin soltar las espadas que humeaban.

Temple parpadeó para espantar el sudor que le empapaba los ojos. Intentó tragar saliva pero tenía la boca seca como una piedra. Aspiró el aire fresco y observó la niebla que se dispersaba y no revelaba traza alguna de los cuerpos mutilados, las túnicas rasgadas o las armas esparcidas. La Casa se lo quedó mirando sin verlo y los edificios circundantes volvieron a rodearla. Temple se quedó allí, con los puños entumecidos alrededor de las empuñaduras de las espadas, jadeando, su cuerpo sufría espasmos de agotamiento. Una mano le tocó el hombro y él saltó con un tambaleo. Cayó como un cadáver, con la espada apoyada en el muro bajo de piedra.

—Ha amanecido —dijo Corinn mientras lo sostenía—. Estábamos intentando decírtelo... —Lubben se encontraba tras ella, cubriéndole la espalda como si esperara el ataque de última hora de un adepto de Sombra.

—¿Amanecido? —preguntó con la voz quebrada. Pronunció la palabra sin ruido, sin comprender. *Amanecido*. Corinn intentó cogerlo con torpeza cuando el veterano se deslizó al suelo en el que resplandecía el rocío de la mañana.

RESOLUCIONES



El deleitable aroma a caldo en el fuego se insinuó en los sueños de Kiska. La joven sonrió, se estiró y luego siseó cuando el dolor destelló en casi cada uno de sus miembros. Algo la tocó en el hombro y despertó con un estremecimiento. Un hombre pálido y gordo lanzó un gañido y se apartó de golpe.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

Con una sonrisa nerviosa, el hombre señaló algo bajo ella.

—Mi delantal. Estás echada sobre mi delantal.

Kiska lo reconoció entonces, era Gallera, el tabernero de la posada del Colgado. Bajó la cabeza y vio que había estado durmiendo sobre un banco acolchado por mantas, un edredón harapiento y fardos de ropa.

—Perdón. —Kiska movió el brazo y el hombre liberó el delantal de un tirón.

—Te dije que se despertaría —comentó alguien desde el otro lado de la habitación.

Kiska se dio cuenta de que llevaba la ropa de otra persona: un grueso jersey de lana de esos que ella odiaba porque la hacían parecer una cría, y una falda larga de varias capas de lino remendado. Bajó las piernas al suelo y se frotó los ojos. Estaba en una vivienda privada, en la planta baja. La puerta parecía haber sido arrancada de los goznes. Detrás se veía una calle bañada por el sol, pero vacía. Un niño con los pies sucios y descalzos frotaba las manchas oscuras del suelo de madera mientras, no muy lejos, un hombre estaba sentado a una mesa, con el pelo ondulado y negro cayéndole por los ojos, mojando un trozo de pan en un guiso. Gallera se acercó de espaldas a la puerta sin dejar de agradecer con reverencias el haber recuperado su

mandil.

—Hasta luego, Gallera —exclamó el hombre agitando una corteza pringosa.

Gallera volvió a inclinarse. Una carcajada nerviosa estalló en sus labios y salió corriendo por la puerta.

Kiska intentó ponerse de pie, siseó al sentir la llama de dolor en la rodilla y volvió a caer sobre el banco. Después cojeó hasta la mesa y se agarró a ella para no derrumbarse cuando se le enturbió la vista y se le disparó el corazón. La joven se apretó el costado. El dolor que sentía allí amenazaba con doblarla en dos.

El hombre se levantó de un salto y la ayudó a sentarse en una silla.

—Con cuidado —le advirtió el tipo... *Un poco tarde*, pensó ella.

Kiska se sentó con una mueca.

—Gracias. ¿Qué le pasa a ése?

—Oh, cuando llegaste anoche le diste un buen susto. Tengo entendido que tú también pasaste bastante miedo.

La joven se echó a reír.

—Sí, yo... —Se contuvo y miró furiosa a su alrededor—. ¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Tay... los hombres con los que vine. —Se levantó de un salto y gimió cuando el costado se le hizo un nudo—. ¿Se han ido?

El hombre la hizo sentarse otra vez con un toque de la mano.

—Relájate. Tengo un mensaje y hay un guiso caliente en la chimenea. ¿Quieres un poco?

—¿Y tú, quién eres? Ah. Eres el médico, ¿no? Sí, tomaré un poco.

—Sello me llamo. ¿Y tú?

—Kiska. —La chica se tiró del jersey—. ¿Por qué la ropa?

—Ah, lo siento. —Sello se encogió de hombros para disculparse—. Fue lo mejor que encontré. Tu antigua ropa la tuve que quemar. —Se inclinó hacia la olla negra y sirvió un cuenco entero.

¿*Quemar?*, se preguntó Kiska. ¿*De verdad tenía que quemarla?*

—Bueno, Kiska. Hablando de sustos, el que me diste anoche fue bastante feo.

La chica cogió el cuenco de guiso humeante, partió un poco de pan y empezó a engullirlo. No se había dado cuenta de que estaba muerta de hambre. Sello la observó comer, una sonrisa le tiraba de las comisuras de la boca.

—¿Dónde están y cómo están? —preguntó Kiska con la boca llena.

—Tenemos tiempo, y vivirán. Hay uno, un miembro de la tribu seti, creo, del que me siento especialmente orgulloso. El otro... bueno, en realidad se cuidó solo. De lo tuyo también me enorgullezco bastante, por cierto.

—¿Yo?

—Sí. Torcedura y magulladuras en los huesos de la rodilla. Diversos cortes leves

y contusiones por el cuerpo. Lo peor: un riñón lastimado y la musculatura desgarrada. Es posible que como resultado de un impacto o golpe fuerte.

Kiska hizo una mueca al recordarlo. Se había sentido como si aquella mesa la hubiera partido por la mitad, pero había seguido corriendo de todos modos. Era asombroso lo que podías hacer cuando estabas muerta de miedo. Tragó el bocado y se obligó a no escupirlo cuando la invadió una oleada de náuseas.

—¿Y?

—¿Y?

—¿Cuál es el mensaje? ¿Dónde están?

Sello se sentó más erguido.

—¡Ah! ¿Preguntas lo que deberías hacer sobre las varias heridas que te has infligido en el cuerpo? Bueno, yo aconsejo una comida copiosa. Y si esta noche te encuentras mal, sugiero un vomitivo. Las hojas de aliso hervidas, según tengo entendido, funcionan bastante bien. También te aconsejo que te tomes las cosas con calma durante unas cuantas semanas. Descanso, ningún esfuerzo indebido. Y, desde luego, nada de luchar ni correr, ¿comprendido? —Kiska se quedó mirando al hombre, observó el rostro demacrado, los ojos hundidos rodeados de sombras y el temblor de las manos que cogían el cuenco. El cirujano captó su mirada y agitó la mano con gesto lánguido—. No te molestes en darme las gracias.

Aquél hombre estaba totalmente destrozado. Era obvio que había recurrido al máximo a su senda Denul para lograr lo necesario la noche anterior. Kiska sospechó que lo que le debía era mucho más de lo que él había sugerido. Empujó el guiso por el cuenco durante un momento y se aclaró la garganta.

—Bueno, ¿hay un mensaje de verdad o no?

—Oh, sí. —Y el médico esbozó una sonrisa secreta, satisfecho consigo mismo.

—¿Y? ¿Cuál es?

El hombre levantó un dedo.

—¡Ah! Primero el tratamiento. Termina tu comida.

El chico se acercó a Kiska y le dio un cucharón de agua. Distraída, Kiska lo cogió y tragó. El agua era dulce y fresca, recién sacada de un pozo del interior. Le dio las gracias al chico, que se la quedó mirando con unos grandes ojos castaños llenos de curiosidad.

—Eso es todo, Jonat —dijo Sello. El chico regresó con sus manchas—. Mi hijo, Jonat —le dijo a Kiska.

La chica asintió, después recordó lo que quería y miró al médico, furiosa. Se metió en la boca más pan y volvió a hablar con la boca llena.

—Creo que sé cuál es el mensaje.

Sello se limitó a sonreír mientras la observaba comer.

—Anoche estabas hecha un desastre. ¿No te acuerdas?

—No, no me acuerdo. Creo que el mensaje es que están abajo, en el muelle.

Sello se sobresaltó y abrió mucho los ojos. Después tosió y se rió al mismo tiempo, se golpeó el pecho con un puño y se meció en la silla.

Kiska ya se había puesto en pie. Le dedicó al cirujano una sonrisa igual de satisfecha y él la despidió con un movimiento del dorso de la mano.

—Bien hecho —consiguió decir—. Muy bien hecho, desde luego.

Kiska salió cojeando al camino de la Anguila.

Los residentes de Malaz recibieron el amanecer como supervivientes aturridos de un tifón y un terremoto combinados. Las caras se asomaban a la mañana desde detrás de las contraventanas y las puertas se abrían apenas una ranura. Aunque el sol brillaba ya a medio camino del mediodía y solo unas nubes finas estropeaban la esfera perfecta del cielo, la mayor parte de los habitantes no parecían muy convencidos de que la pesadilla de la noche anterior hubiera llegado a su fin.

Mientras bajaba por las calles, Kiska encontró caras que la espían con expresión cauta. Se dio cuenta del aspecto que debía de tener, con el jersey demasiado grande y las largas faldas recogidas con una mano. Sello parecía haber elegido el peor revoltijo de prendas que podría haber encontrado. Con todo, supuso que había que estar agradecida de que aquel hombre tuviera unas cuantas cosas de mujer en su casa.

Al principio las miradas la molestaban. Después decidió que le importaban un bledo. Cuando se encontraba con un grupo de ciudadanos suspicaces (por lo general, apiñados cerca de un sitio destrozado o de un círculo de losas con manchas sospechosas, susurrando, comparando historias), Kiska se limitaba a seguir andando, o cojeando, en realidad, con los dientes apretados y acunándose el costado. Los vecinos dejaban de susurrar para mirarla con la boca abierta sin ocultarse y luego, cuando ella pasaba, empezaban otra vez. *Al menos no señalan con el dedo*, pensó Kiska.

No tardó en bajar al paseo marítimo y vio movimiento en la cubierta del cúter mensajero y en la pasarela. Figuras que iban y venían estibando el equipo y las provisiones. Kiska bajó cojeando las escaleras que conducían al muelle.

En el amarradero reconoció a la mayor parte de los trabajadores como estibadores locales. Unos cuantos de los hombres a bordo parecían marineros que inspeccionaban las jarcias y los maderos de estibar. Hattar, con el brazo envuelto en una tela blanca sujeta al pecho, estaba sentado en el tejado del barracón del centro del barco mientras se examinaba en un espejo de plata pulida apoyado en un rollo de cuerda. La cabeza le brillaba, acalorada, como si se la acabara de afeitar, y la mitad de la cara le relucía con un tono incluso más rosado, ampollada y resplandeciente bajo un ungüento grasiento. Junto a él había un cubo y tenía la barbilla mojada con jabón. El muy idiota

estaba intentando afeitarse con una sola mano.

—¡Ah del cúter mensajero! —exclamó Kiska desde el amarradero.

Hattar miró hacia allí sin una sola palabra y la saludó con la cabeza. Dio un puñetazo en el techo y luego volvió a estudiarse la barbilla torciendo la boca de un lado a otro; aquellos labios tenían un aspecto extraño, pensó Kiska, hasta que se percató de que el bigote había desaparecido, había perdido la mitad la noche anterior y acababa de arrasar con el resto.

Tras un momento, Tayschrenn subió por la escalerilla que comunicaba con los camarotes. Iba vestido con unos pantalones sueltos y una túnica larga de un color cian profundo. Llevaba la cola peinada hacia atrás y recién engrasada. Tenía todo el aspecto de haber dormido una noche entera en un colchón de plumas.

—¡Saludos! —exclamó el mago.

—¿Os vais?

—Sí. Pronto.

Kiska asintió, con gesto estúpido, pensó. Se humedeció los labios con la punta de la lengua. Se había acabado de verdad. Una oportunidad a punto de zarpar. ¿Podía dejarla pasar?

—Llebadme con vosotros —se le escapó, aliviada y aterrada de haber pedido por fin lo que llevaba toda la noche queriendo pedir.

Tayschrenn se acarició los labios con el índice.

—¿En serio? ¿Estás ofreciendo de modo formal tus servicios? —Kiska asintió con gesto tenso—. Bueno, tendrás que hablar con aquí, mi jefe de personal. —Con un barrido del brazo señaló a Hattar.

Kiska se desinfló. Sabía que Agayla siempre insistía en que debería disimular sus emociones, pero no pudo evitar mirar al cielo y dejar que se le hundieran los hombros. Rezó para que el mago estuviera tomándole el pelo, pero no se atrevió a desafiarlo. Estaba segura de que si saltaba al barco, Hattar se limitaría a arrojarla con la borda, con un solo brazo o sin él.

—¿Qué dices tú, Hattar? —preguntó Tayschrenn.

El nativo continuó inspeccionándose la barbilla.

—Tiene potencial —admitió—. Pero poca disciplina.

—¡Disciplina! —gritó Kiska sin poder creérselo.

Hattar se quedó inmóvil, con el cuchillo junto a su propia garganta. La miró e incluso desde el muelle, Kiska sintió la desaprobación gélida de aquellos ojos furiosos. Tragó saliva e hizo un gesto de disculpa.

—Como he dicho, muy poca disciplina.

—Quizá con estudios —sugirió Tayschrenn—. El adiestramiento podría solucionar eso.

Hattar frunció el ceño.

—Quizá —asintió—, sí. Quizá tras unos cuantos años podría...

—¡Unos cuantos años!

Hattar se levantó de un salto y estiró el brazo de repente para arrojar el cuchillo, que tembló incrustado en la madera del amarradero justo delante de los pies de Kiska.

—¡Quizá, en unos cuantos años aprenda a no interrumpir!

Kiska hizo una mueca. ¡Maldita fuera su boca! ¡Su impaciencia! Quería disculparse, explicar que solo era que aquello resultaba muy importante para ella. Pero esa vez se contuvo. Un estallido más y la largarían con viento fresco. Se arrodilló, sacó el cuchillo de la madera y se lo arrojó a Hattar. Éste lo cogió y sonrió al ver el lanzamiento.

—Bien. —Después regresó a su afeitado y a mirarse en el espejo con el ceño fruncido. A Kiska le entraron ganas de reírse, seguramente no se había visto jamás sin bigote. Tayschrenn hizo una leve reverencia y se retiró de nuevo dentro de la cabina.

Kiska se apoyó en un barril y se acunó el costado mientras los trabajadores portuarios iban y venían por la pasarela con barriles de agua y provisiones. La joven se quedó mirando a Hattar. ¿Eso era un sí o un no? ¿Cuál era la decisión? ¿Más tratamiento de silencio? ¿Debería hablar?

—¿Y bien?

Hattar levantó la vista.

—¿Hmm?

—¿Y bien? ¿Cuál es tu respuesta? He ofrecido mis servicios. ¿Aceptas?

Hattar miró el espejo y se pasó la hoja por la barbilla.

—Nos vamos en dos campanadas. Contigo o sin ti. —Levantó el cuchillo—. ¿Comprendido?

—¡Sí! ¡Oh, sí! —Kiska empezó a subir por el muelle, pero se detuvo para señalar como si con eso quisiera impedir que se fueran en ese mismo instante—. Sí. Estaré aquí. Desde luego. Gracias. ¡Ya lo verás! —Kiska subió corriendo la mitad de los escalones antes de que un calambre en el costado le quitara el aliento y la dejara jadeando y sujetándose al saliente cincelado para no caerse dando tumbos. *Despacio, muchacha*, se dijo. *No te desmayes ahora. Tranquila*. Iría a ver a Agayla primero, después se dirigiría a casa y le daría la noticia a su madre. Se alegraría, ¿no? Sí, se alegraría. Agayla la apoyaría. Y les enviaría noticias de su persona. Tan pronto como pudiese.

Subió sin prisas la pendiente del camino del Coral mientras el sol le calentaba el cuello y las mejillas. Le alivió la tensión, suavizó el dolor de los músculos y el escozor de los cortes. Se sentía más relajada, más cómoda de lo que recordaba jamás. ¿Ésa deliciosa sensación procedía de saber que en muy poco tiempo dejaría atrás la isla, quizá para no volver jamás? Kiska saboreó la idea.

Pasó junto a personas que vagaban por las calles con aspecto aturdido y se

quedaban mirando los restos dejados por la batalla, las ventanas rotas y las fachadas destrozadas de las tiendas. Parecían estudiarse unos a otros como si quisieran que los tranquilizaran ante semejantes pruebas y les dijeran que la noche no había sido más que una absurda pesadilla.

Kiska encontró el callejón del Límite sobrenaturalmente desierto. Cualquiera otro día del año lo habría visto asfixiado de vendedores con carretas, agachados en esteras extendidas o de pie, con sus mercancías en cestas rebosantes. Ni siquiera había rastro de los chuchos que deberían de haber estado corriendo entre los pies de todos. Aterrados por los olores que persistían, supuso Kiska. Llamó a la puerta de Agayla. Las guirnaldas de flores secas colgaban sin fuerzas, su olor acre y almizclado sorprendió a Kiska.

—¡Tía! ¡Hola! ¿Estás ahí?

Mientras Kiska esperaba, una anciana empujó una carreta de mollejas calle arriba. Después la maniobró para apoyarla en una pared y se sacó la pipa de la boca para saludar con la cabeza.

—¡Buenos días! —respondió Kiska.

—¡Gracias sean dadas a Ascua y la Dama bendita por este día!

—Sí. Démosles gracias.

—A mí casi me comió uno de esos diablos —anunció la vieja mientras exhalaba una bocanada de humo.

—¿De veras?

—Oh, sí. Pero le recé al propio Embozado toda la noche y los demonios me pasaron de largo.

—¿Al Embozado? —repitió Kiska, sorprendida.

—Oh, sí. Al Embozado le recé. Al viejo Agitahuesos. Por favor, pasa de largo junto a mi pobre, delgada y agotada alma. Llévate a mi vecina en su lugar. Y así fue, se llevó a mi vecina. —La anciana lanzó una risa aguda y guiñó un ojo.

Kiska se rió, incómoda. ¡Que Oponn la librera de aquella isla de locos! Volvió a golpear la puerta mientras la vieja espantaba las moscas que querían posarse en sus mollejas.

—¡Agayla! ¡Abre! Soy yo, Kiska. —Silencio. La chica empujó la pesada puerta de tablones y esta se abrió. Sorprendida, Kiska se quedó mirando unos segundos la oscura tienda. Se inclinó hacia delante y llamó a su tía—. ¡Agayla!

—Vamos, entra, muchacha —la animó la anciana desde enfrente—. Nadie entra ahí que ella no quiera que entre. Adelante.

Kiska se metió en la tienda y cerró la puerta. Solo por si acaso, la atrancó también.

—¿Tía? —No respondió nadie. Kiska se fue metiendo entre los estantes. En la

parte posterior encontró a Agayla sentada delante de un taburete con la cabeza inclinada bajo una toalla—. ¿Tía?

Agayla levantó la toalla y alzó los ojos cansados y somnolientos.

—Ah, hola, niña.

—Tía, ¿qué estás haciendo?

Agayla se echó hacia atrás y se apretó la toalla contra la cara. Un cuenco de agua reposaba sobre el taburete, despidiendo volutas de vapor aromático.

—He pillado un tremendo resfriado.

—Oh. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Solo cansada. Muy, muy cansada. —Levantó una mano hacia Kiska—. ¿Y qué hay de ti? Sana y salva, por lo que veo.

Kiska acercó una silla.

—Sí. Tía, ha ocurrido una cosa asombrosa. Éste es el mejor día de mi vida...

—Te vas de Malaz.

—¡Tía! ¿Cómo lo sabías?

—Solo eso podía hacerte tan feliz.

Kiska cogió el brazo de su tía.

—Oh, tía. No es que quiera dejarte. Es solo que tengo que salir de esta isla. Tú lo entiendes, ¿verdad?

La mujer cubrió la mano de Kiska con la suya y esbozó una sonrisa débil.

—Sí, niña. Lo entiendo. —Después se apoderó de ella un ataque de tos y se llevó la toalla a la boca.

Kiska la observó con gesto nervioso. Desde que la conocía, en todo aquel tiempo, jamás había padecido la menor enfermedad.

—Tú estás bien, ¿verdad?

—Sí, sí. Claro. Es solo que ha sido una noche muy dura. Una de las más duras que he vivido jamás.

Kiska la miró con ojo crítico.

—Creí verte...

—Solo un sueño, niña. Una visión en una noche de visiones.

—Con todo, había algo...

El mismo espectro de una sonrisa levantó los labios de Agayla.

—Meras sombras.

Kiska no la creyó, pero el tiempo pasaba. Se levantó.

—Tengo que irme... No puedo esperar.

Agayla usó la silla para apoyarse y ponerse en pie. Kiska la sostuvo por el brazo.

—Sí, sí —la alentó—. Desde luego. Vete. Corre a ver a tu querida madre. Que sepa que estás bien.

—Sí, eso haré. Gracias, tía. Gracias por todo.

Agayla la rodeó con sus brazos y la abrazó, después la besó en la frente.

—Envía noticias pronto o te juro que te mandaré una maldición.

—Lo haré.

—Bien. Y ahora corre. No hagas esperar a Artan.

Kiska ya había bajado medio callejón del Límite cuando se le ocurrió una cosa: ¿cómo diablos sabía Agayla ese nombre? Se detuvo y sintió la tentación de dar la vuelta, pero el tiempo apremiaba y sospechaba que despedirse de su madre le llevaría mucho más tiempo de lo que ella creía.

Aunque la vista se le iba y tuvo que descansar en cada explanada para evitar desmayarse, Temple subió por la calzada de la Muralla hasta la fortaleza de Mock. Era una locura que anduviera por ahí en su estado pero de ninguna de las maneras pensaba perderse el alboroto que habría en el torreón esa mañana. Una multitud atestaba ya la entrada principal, comerciantes y ciudadanos aterrados con ruegos y quejas para el subpuño Pell. Con un grueso manto que había cogido en el Colgado, Temple se abrió camino a la fuerza. Se encontró a Lubben roncando en una silla apoyada contra la pared húmeda, con el pecho envuelto en vendajes bajo los cordones sueltos del chaleco.

—¡Despierta, desgraciado, vago!

El jorobado abrió el único ojo que tenía. Temple se quedó asombrado al ver lo rojo que estaba. Lubben lo miró de arriba abajo. Chasqueó los labios e hizo una mueca al notar el sabor.

—En el nombre de la tumba del Embozado, ¿se puede saber qué haces tú aquí?

—Tengo el turno de día.

—¿El qué? ¿El turno de día? ¡Dioses, hombre, descansa un poco! Me siento viejo con solo mirarte. Di que estás enfermo.

—¿Qué, y perderme toda la diversión?

Lubben puso el ojo en blanco.

—Bueno, si no te queda más remedio... —Levantó una petaca de peltre y se la ofreció a Temple—. Un pequeño refuerzo para la dura prueba que tienes por delante.

Temple se metió la petaca bajo la camisa.

—Gracias. Te veo luego.

Lubben cambió de postura en la silla y siseó de dolor al doblar la espalda.

—Supongo. Será inevitable.

Antes de llegar siquiera a los barracones, a Temple le dieron el alto cuatro veces. En la fortaleza había más prisas, más susurros y caras pálidas que nunca. El veterano lanzó una risita mientras se ponía con cuidado el camisote y el uniforme de la

guardia. Podría haberse reído a carcajadas, pero tenía que apretar los dientes cada vez que flexionaba los brazos entumecidos y estiraba la espalda apaleada. Los guardias entraban y salían a toda velocidad y a Temple le complació ver que la mayor parte estaba viva y coleando, aunque ninguno de humor para las bromas habituales. La única cara que no vio fue la de aquel fanfarrón, Larkin.

Temple detuvo a Wess, un joven recluta de las llanuras del sur de Li Heng.

—¿Dónde está Larkin?

El joven se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos de asombro.

—¿No te has enterado?

Temple sintió un nudo en el estómago.

—¿Enterarme de qué?

—Está arrestado. Se negó a ocupar su puesto anoche. Desafió las órdenes. —La carcajada de Temple hizo sobresaltarse a Wess, que se quedó con la boca abierta—. Es una acusación muy grave. —Temple le indicó con un gesto de la mano que continuara su camino. El joven le dedicó una última mirada perpleja antes de seguir corriendo.

Con otra risita, Temple recogió su pica fuera de los barracones y se dirigió a las escaleras interiores. Hacía mucho tiempo que no se sentía de tan buen humor. Caza se encontraba en las almenas. Temple nunca había pensado que se alegraría de ver a aquel oficial novato, pero esa mañana se alegraba. Por una vez las garras se habían guardado las cosas solo para sí y habían hecho caso omiso de la guarnición local.

Caza se volvió hacia él.

—Llegas tarde, soldado. —Parecía más distraído que irritado.

—Tuve un pequeño desacuerdo con la botella anoche. Perdí yo. —Temple apoyó los codos en un almenar.

—¿Por qué no me sorprende? —se burló Caza.

—Bueno —empezó a decir Temple mientras señalaba la muralla exterior y los hombres que entraban y salían corriendo—, ¿y a qué viene tanto alboroto?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—No —dijo Temple arrastrando las palabras—, no estoy muy seguro.

—¡Por los huesos del Embozado, hombre! ¡Y eres un guardia de aquí! —Caza contuvo su indignación. Parecía incapaz de comprender la falta de interés de Temple. Estuvo a punto de largarse y dejarlo como una causa perdida, pero en su lugar solo suspiró—. Mientras tú estabas borracho como una cuba anoche, la oficial de visita sufrió un intento de asesinato. —Caza se inclinó un poco y bajó la voz—. La lucha fue de lo más rápida y desagradable, según he oído.

—¿Según has oído? ¿Quieres decir que no se despertó a la guarnición?

Caza se aclaró la garganta, incómodo. Después apartó la vista.

—No. Ocurrió todo arriba, dentro de la torre. No oímos ni un solo sonido.

Temple ocultó una sonrisa. El tipo estaba decepcionado, incluso. Se rascó la barbilla.

—¿Y qué hay de la guardia de noche?

Caza se acercó a él por detrás, toda indignación y desaprobación olvidadas.

—¡De eso se trata! ¡He oído que nadie de la guardia de noche vio nada! Así que figúrate.

Temple parpadeó.

—Lo siento...

—Las sendas —susurró el oficial con tono confidencial—. Nada que pudiéramos hacer.

—Aah. —Temple asintió, comprensivo—. Qué injusto por su parte, ¿eh?

Caza se alejó con una sacudida. Sus ojos de color avellana destellaron de cólera.

—¡Ya estás otra vez! Te crees que lo sabes todo. Siempre de burla. Bueno, es solo la casualidad, sabes. Los Mellizos del Azar y la edad. Solo has tenido más suerte. ¡Así que yo digo que al Embozado contigo! ¿Dónde estabas cuando las cosas se pusieron feas por aquí, eh? ¡Tenías la nariz metida en una botella! ¡Y al parecer también te metiste en una riña de borrachos!

El oficial se fue con paso resuelto mientras Temple lo observaba. No sabía muy bien qué pensar de todo aquello, así que lanzó una risita para sí. ¡Ah, la juventud! Tan segura de sí misma y a la vez tan indecisa. Se apoyó un poco más en el almenar y posó la cabeza en el merlón de caliza. Tenía la sensación de que lo había arrastrado una manada de caballos por encima de rocas rotas, cosa que, reflexionó, no se alejaba demasiado de la verdad. Pero no podía quitarse la sonrisa satisfecha de los labios, lo había vuelto a hacer, había cubierto el vacío. Había defendido el fuerte.

Durante el último año lo único que había hecho había sido huir. Y la sospecha lo había obsesionado: ¿todavía tenía lo que había que tener? ¿Todavía podía plantarse? O, lo que era más importante, ¿quedaba algo por lo que mereciera la pena luchar? Bueno, pues ya lo sabía y por eso se sentía más cómodo. Más tranquilo consigo mismo. Incluso sentía cierta gratitud por todo lo que había pasado.

Con Corinn en especial. No podría haberlo conseguido sin ella. Tendría que decírselo esa noche y preguntarle si se iba a marchar una vez acabado aquello para lo que había ido a la isla. Quizá podría incluso decirle que esperaba que no se fuera porque sospechaba que él iba a pasar mucho tiempo en la isla. Largos ratos en la posada del Colgado de Gallera.

Se frotó el hombro y flexionó la pierna sin dejar de hacer muecas de dolor. Al menos no corría ningún riesgo de quedarse dormido, no con la mitad del cuerpo gimoteándole en la cara lo mucho que le dolía. Muralla abajo, la veleta de Mock permanecía en silencio en su pica. Temple le echó un vistazo, el maldito trasto parecía congelado al través del viento. Le dio la espalda al fulgor del sol para

sumergirse en lo que siempre lo ayudaba a sacar adelante el día: observar el mar.

Allá abajo, la bahía espejeaba en calma. El estrecho parecía contener el aliento. En la reluciente lejanía iban pasando unos cuantos barcos de guerra. Más cerca, anclados en la bahía, las carabelas mercantes y los navíos se mecían con suavidad al socaire del puerto. El cúter mensajero llamó la atención de Temple. Con las velas izadas, comenzaba a salir de la bahía a buena velocidad, incluso bajo aquella calma relativa. Lo había visto llegar justo antes del atardecer del día anterior y ese día, hacia la campanada de mediodía, volvía a estar de camino. Mensaje entregado, supuso Temple.

¡Menuda noche para haber atracado allí! Temple especuló con aire ocioso sobre la coincidencia. ¿Podría ser Torva u otro, de regreso a Unta o más allá? Seguramente no. Demasiado mundano. Torva y los otros ya se habrían ido por alguna senda. En cualquier caso, el veterano les dedicó una cálida despedida y añadió el sentido deseo de que ninguno volviera a poner jamás los pies en aquella isla.

Después se echó al colete un trago de la petaca para brindar por esa idea.

EPÍLOGO



Con su paso de lisiado, Caminante del Filo cruzaba trabajosamente la cámara de paredes inclinadas y oscuras como una noche vitrificada. Seguía un camino difuminado por un dedo de polvo de otra forma ininterrumpido. La senda terminaba junto a dos hombres echados, inmóviles como el propio polvo. Caminante del Filo hizo una pausa y se los quedó mirando durante un rato muy largo, como si buscara señales de vida.

—Por la palabra de los sin nombre, ¿se puede saber qué quieres? —graznó uno.

Caminante del Filo inclinó la cabeza con una reverencia superficial.

—Saludos y bienvenido, señor, a la Casa de Sombra.

El que había hablado se incorporó y se quedó sentado. Aparte, como si se dirigiera a una tercera persona, ofreció el papirotazo cansado de dos dedos de la mano izquierda. Caminante del Filo se giró hacia atrás, donde el gemelo del otro hombre se había puesto en pie con los filos cruzados. Cuando cambió de postura para estudiar a la forma del suelo, esta rieló y se desvaneció.

El que estaba sentado lanzó una risita tonta.

—Mis disculpas. Viejas costumbres. ¿Y tú eres?

—Caminante del Filo.

El hombre asintió con tono pensativo.

—Ah, sí, ya recuerdo el nombre. Se te menciona... por allá y acullá. —El hombre levantó un brazo—. Ayúdame a levantarme... eh, es decir... Cotillion.

Las armas de las manos de Cotillion desaparecieron y Caminante del Filo vio que, de hecho, no habían sido armas reales en absoluto, sino sombras de armas y que desde ese momento aquellos dos podrían crear lo que desearan con la materia prima que tuvieran a su disposición.

Puesto en pie, el hombre apenas le llegaba a Caminante del Filo al pecho. Encorvado y canoso, tenía el aspecto de un anciano, pero sus movimientos no traicionaban vacilación alguna. Miró a su alrededor, a las dimensiones inclinadas y angulares de la cámara e hizo una mueca de disgusto.

—No —decidió—. No es de mi gusto en absoluto. —Agitó la mano y la cámara se desdibujó y cambió. Caminante del Filo se encontró en el salón principal de un torreón. Unas banderas de piedra yacían bajo sus pies desnudos y un hogar de piedra ardía en una pared. En el techo, las maderas ennegrecidas abarcaban la oscuridad. El hombre lanzó una mirada perspicaz a derecha e izquierda y después asintió, satisfecho consigo mismo—. Con esto servirá. Por el momento. Bueno, Cotillion, ¿te apetece dar una vuelta por el reino?

—¿Y qué hay de éste?

—Ah. Caminante del Filo. Tú puedes ser nuestro guía.

—Creo que no.

El anciano hizo una pausa y parpadeó.

—Disculpa. ¿Has dicho...?

—Yo no acepto tus órdenes.

Un bastón le dio un empujón a Caminante del Filo en el pecho. La criatura no recordaba con exactitud cuándo había aparecido en la mano del anciano.

—Quizá debería invocar a los mastines para que te descuartizaran.

—No lo harían.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque somos parientes. Esclavos de Sombra.

El anciano lo miró con más atención y levantó las cejas.

—Ah, ya veo. Te ha tomado Sombra. Eres esclavo de la Casa. Muy bien. Te permitiré tus pequeñas impertinencias. Pero recuerda que mientras tú eres esclavo de Sombra, yo domino Sombra. Que no se te olvide.

Caminante del Filo no dijo nada.

El anciano apoyó las dos manos en la cabeza del mastín de plata de su bastón. Él y su compañero Cotillion se fueron desvaneciendo como sombras proverbiales bajo la luz de la luna que salía, hasta que, al final, desaparecieron del todo.

Caminante del Filo se giró y se alejó cojeando de la Casa. En la llanura abierta tomó una dirección hacia el anodino horizonte. Remolinos de polvo le seguían los pasos. ¿Cuántas veces, se preguntó, había oído esa misma arrogancia en un pretendiente al Trono? ¿Nunca aprenderían? ¿Cuánto tiempo, se preguntó, duraría aquél? ¿Por qué era que ninguno de aquella larga cadena de aspirantes se molestaba jamás en preguntar por qué el Trono tendría que estar vacío ya en primer lugar? Después de todo, quizá hubiera una razón.

Con todo, la estancia de aquel debería presagiar tiempos nuevos e interesantes

para Sombra. Debería estar agradecido a aquellos hombres, pues, al final, lo único que su presencia podría reportarle a la eternidad perdurable del reino era el potencial de cambio y por tanto, la posibilidad continua de... progreso.

El objeto extraño no se parecía a nada que el niño o su hermana hubiera visto jamás, a nada de lo que hubieran oído hablar tampoco. Habían salido a buscar cangrejos durante la marea baja vespertina y se lo habían encontrado metido como una cuña entre unas rocas incrustadas de lapas, medio enterrado en la arena. En contra de la insistencia silenciosa de su hermana para que se fueran de allí, el niño usó un palo para hurgar en la forma pálida.

—Es un hombre ahogado —susurró la niña en voz muy baja.

—No —respondió el niño, que desdeñaba los conocimientos que pudiera tener su hermana de la pesca, o de cualquier otra cosa, si a eso iban—. Tiene escamas. Es un pez.

La niña bajó la cabeza y miró el lugar donde estaba arrodillado su hermano y el cuerpo pálido y en sombras que permanecía a los pies del niño. El brillo trémulo del cuerpo bajo la luz escasa de la tarde le recordó al fulgor que a veces veía por la noche al borde de las olas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de pez es, entonces? —preguntó para tomarle el pelo a su hermano.

La cara del niño se arrugó con una mueca irritada ante lo tontas que eran las preguntas de las niñas.

—No lo sé. Uno grande. Por lo menos apesta como un pez.

El olor era innegable. Pero la niña seguía intranquila. Le pareció ver el destello de un ojo que los observaba desde detrás de la maraña de algas que había en un extremo del cuerpo.

—Es un cadáver. Un hombre ahogado. Sal de ahí o su fantasma te perseguirá —susurró con la esperanza de asustar a su hermano pequeño y alejarlo de aquella cosa.

El niño se volvió y la miró, furioso.

—Yo no tengo miedo.

La niña no respondió porque detrás de su hermano la forma pálida se movió. Un brazo, lustroso en la oscuridad, salió de debajo del cuerpo. Las algas cayeron de una cara de líneas angulares, afiladas como cuchillos, que albergaban unos ojos del color del oro fundido.

La niña gritó. El niño lanzó un chillido cuando una mano fría lo cogió por el tobillo. Los dos niños gritaron bajo el crepúsculo vacío, la boca de la criatura también se movía, su mensaje borrado por los chillidos combinados de ambos pequeños. Y después la criatura soltó el tobillo del niño.

Entre sollozos, el niño se alejó a gatas a toda velocidad, su hermana le tiraba de la

túnica para meterle prisa, como si todavía lo retuviera algo. Tras ellos, la forma se derrumbó entre las sombras de las rocas.

Tras la caída del sol, una única luz se acercó a las rocas. La marea que subía lamía y chapoteaba entre los dientes negros y relucientes de las piedras. Con la luz en alto, un anciano se abría camino por los charcos y brechas. El cabello largo y la barba brillaban con un color blanco que azotaban los vientos contrarios. En la orilla, un farol brillante revelaba a los dos hermanos cogidos de la mano.

El anciano fue avanzando de forma metódica. Hizo un barrido por delante con la luz, la metió en las grietas que quedaban entre los peñascos y la bajó sobre el agua que subía. Se volvió hacia los niños.

—¿Aquí? —exclamó.

—Más allá —respondió la niña con lo que fue casi un grito ahogado.

El anciano se sacó un cuchillo del cinturón. La hoja era fina, afilada como una hoz. Cambió de mano la luz y el cuchillo y luego se adentró más en la marea. De pie, con el agua gélida por la cintura, decidió que ya se había alejado de la orilla más que suficiente. Se subiría a las últimas rocas altas que quedaban como un baluarte ante las olas y luego regresaría a decirles a sus nietos que el fantasma había huido de regreso a su salado descanso.

Los hermanos observaron a su abuelo auparse con torpeza a las altas rocas entre la espuma de la marea que subía y después desaparecer por sus escondrijos. Los niños esperaron sin decir nada, ninguno se atrevía a hablar. A la niña le pareció que su abuelo llevaba lejos mucho tiempo cuando su hermano carraspeó.

—¿Crees que lo ha atrapado? —le preguntó el niño con voz titubeante.

—¡Shh! Claro que no —lo tranquilizó la niña. Pero ella también se lo preguntaba, ¿lo había cogido? Y en ese caso, ¿qué harían ellos? ¿Adónde podían ir? ¿Al pueblo? Pira estaba a un día de camino. Y además, ¿qué ayuda encontrarían allí?

La niña recuperó la conciencia de sí misma cuando su hermano aspiró una bocanada de aire con un siseo y su mano húmeda y helada se aferró con más fuerza a la suya. La niña levantó la cabeza y vio que el fantasma se bajaba de los peñascos. Pero no era un espectro porque llevaba una luz y ningún fantasma llevaría una, por muy poderoso que pudiera ser. Mientras observaba a su abuelo pasar con cuidado de una roca a otra, se le ocurrió un pensamiento nuevo e inquietante: aunque su abuelo había regresado sano y salvo, ¿cómo podría estar jamás segura que el fantasma no lo había atrapado? Pues los espectros, ella se lo había oído decir a muchos, eran criaturas conocidas por su falta de fiabilidad, ¿y quién podía decir lo que había pasado allí fuera en la oscuridad, ocultos entre las rocas, la espuma y el mar?

Cuando su abuelo salió de entre las olas con una sonrisa, le tomó el pelo a su hermano. El espíritu, dijo, ya hacía mucho tiempo que había vuelto a su hogar del

mar. La niña sabía que estaba mintiendo. El fantasma lo había atrapado. La niña lo vio en sus ojos, algo nuevo que no estaba allí cuando los había dejado. Su hermano era demasiado pequeño para verlo. Estaba allí y no desapareció ni siquiera cuando les dijo que los espíritus del mar a veces visitaban la costa pero que todos debían regresar a las profundidades, como había hecho aquél. La niña asintió pero no se dejó engañar. Lo mantendría bien vigilado.

Mientras regresaba a casa, el anciano no hizo caso de la mano de su nieto, que se aferraba con fuerza a la suya, ni del rostro pensativo de su nieta, que los seguía con el farol. Solo veía los ojos ambarinos y agitados del hombre del mar, con el cabello como las algas: el jinete de la tormenta. El jinete le había hablado y, para su asombro, él lo había entendido. La criatura había hablado en un vacilante korelano, el idioma de las islas al sur del Tajo, donde los jinetes y los habitantes de Korel guerreaban de forma continua por la muralla de las Tormentas, la barricada levantada por los hombres que se interponía entre la tierra y el mar. Su propio abuelo afirmaba que la familia había salido de Korel siglos antes y le había enseñado algunas palabras del idioma cuando era un muchacho, lo suficiente para entender la tosca pronunciación del jinete. Le parecía que tenía sentido que los jinetes asumieran sin más que el korelano era la lengua de los humanos.

Allí tirado, medio muerto entre la espuma, el jinete le había hecho una pregunta, una única y sencilla pregunta que había desencadenado una avalancha de interrogantes en los pensamientos del anciano.

—¿Por qué nos estáis matando? —preguntó el jinete y él se lo había quedado mirando, le parecía que aquel ser extraño no debía de entender lo que estaba preguntando. ¿Nosotros matándolos a ellos? Ellos eran los demonios que partían los barcos por la mitad y enviaban a los hombres a su perdición. Pero tres veces más el jinete hizo la pregunta antes de que él se las arreglara para reunir el valor suficiente para estirar la mano y acercarle el filo lo bastante como para rebanarle la garganta. Jamás olvidaría su sorpresa cuando la sangre del jinete brotó, cálida y roja, sobre su mano.

GLOSARIO

TÍTULOS Y GRUPOS

Primera espada del Imperio: malazano y t'lan imass, título que denotaba a un paladín imperial

La Espada: así se hacía llamar la escolta de Dassem Ultor, primera espada del Imperio

Puño: gobernador militar del Imperio de Malaz

Puño supremo: comandante de los ejércitos dentro del Imperio de Malaz

T'lan imass: ejército antiguo de no muertos comandado por el emperador

Los Abrasapuentes: división de élite legendaria del Segundo Ejército de Malaz

La Guardia Carmesí: famosa compañía de mercenarios enfrentada al Imperio de Malaz

La Garra: organización secreta del Imperio de Malaz

El Espolón: organización secreta imperial sobre la que corren rumores y que data de fecha anterior a la Garra

Culto de Sombra: adoradores y devotos del reino de Sombra

PUEBLOS Y LUGARES

Jinetes de la tormenta, «jinetes»: habitantes no humanos de los mares de Tormentas

Mar de Tormentas: estrecho oceánico situado entre la isla de Malaz y el subcontinente de Korel; habitado por los jinetes de la tormenta

Y'Ghatan: antigua ciudad de la región de Siete Ciudades

Korel: nombre de un archipiélago y subcontinente al sur de Quon Tali. También conocido como «Puño»

Fortaleza de Mock: antigua fortaleza que domina la ciudad de Malaz

Mastines de Sombra: guardianes del reino de Sombra

HECHICERÍA

Las sendas (otros reinos/mundos de los que los magos extraen su poder)

Denul: la senda de la Curación

D'riss: la senda de la Tierra

Sendero del Embozado: la senda de Muerte

Meanas: la senda de Sombra e Ilusión

Ruse: la senda del Mar

Rashan: la senda de Oscuridad

Serc: la senda del Firmamento

Sombra: la senda de Sombra

Thyr: la senda de la Luz

Telas: la senda de Fuego

LAS SENDAS ANCESTRALES

Kurald Galain: la senda ancestral de Oscuridad

Kurald Emurlahn: la senda ancestral de Sombra

Omtose Phellack: la senda ancestral jaghut de Hielo



IAN CAMERON ESSLEMONT creció en Winnipeg, en Manitoba. Estudió arqueología y escritura creativa. Viajó y trabajó durante años en Asia y actualmente reside en Alaska.

El imaginario de Malaz surgió de las mentes de Steven Erikson y de Ian Cameron Esslemont. Idearon ese mundo, en un principio, para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó la primera historia de Malaz en un guión, pero no cuajó. En 1999 publica el primer libro de una larga serie, *Los jardines de la Luna*.

No fue hasta 2004 cuando llegó la primera novela de Esslemont relacionada con este mismo universo malazano. Se trata de *La noche de los cuchillos*. Tras esta llegó *Return of the Crimson Guard*, en 2008, *Stonewielder*, en 2010 y *Orb, Sceptre, Throne*, en 2012. Esslemont tiene pensado publicar otras tres obras más sobre Malaz.